



*La Vida
en el
Hijo*

Por Robert Shank

La Vida en el Hijo

Un Estudio de la Doctrina de la Perseverancia

por ROBERT SHANK

con una Introducción de

William W. Adams, *Doctor en Teología*

Versión castellana de

SERGIO FRANCO



BEACON HILL PRESS de KANSAS CITY
Kansas City, Missouri, E.U.A.

Quedan reservados los derechos literarios de acuerdo a la ley. Se prohíbe la reproducción de cualquier parte de esta obra, sin el permiso escrito de los editores, excepto las referencias necesarias en reseñas de la misma.

IMPRESO EN E.U.A. — PRINTED IN U.S.A.

LIBRARY
NAZARENE THEOLOGICAL
SEMINARY

La Vida en el Hijo

Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.

I JUAN 5: 11, 12

“Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre”

APOCALIPSIS 1: 5

PROLOGO A LA EDICION CASTELLANA

LA VIDA EN EL HIJO ve por primera vez la luz pública en castellano por varias razones: Una, la necesidad reconocida de un concepto que declare los puntos fundamentales de la relación del creyente con el Hijo de Dios. Dos, la urgente necesidad de un concepto claro sobre la polarización de doctrinas relacionadas con la experiencia y la vida del Espíritu. Tres, la escasez hoy día de un manifiesto que condense en forma imparcial los postulados del Calvinismo en su relación con la doctrina *wesleyana*.

El autor, Robert Shank, quien hoy por hoy ocupa el pastorado de una Iglesia Cristiana en Billings, Missouri, en los Estados Unidos fue muy amable en permitirnos la traducción de su bien aceptada obra agregando datos que prestaron mayor claridad a esta traducción.

Sin duda que algunos de los conceptos del autor dejan de encuadrar perfectamente en las doctrinas y postulados de nuestra iglesia. En cuando menos una ocasión hemos incluido una nota explicativa al pie de la página y con permiso del autor. Hay puntos muy finos y delicados en la interpretación de obras magnas como las de Calvino y de Wesley. La utilidad de la obra en su totalidad satisface a mayor abundancia y justificación el sentir de los editores que aprobaron el proyecto.

Nuestra recomendación del libro y de la traducción resulta por demás. El lector se percatará de la minuciosidad y efectividad del tratamiento.

LOS EDITORES

PROLOGO

EN LOS DIAS de los Apóstoles, los hombres a quienes nuestro Señor les había encomendado personalmente "la fe que ha sido una vez dada a los santos" podían dar contestaciones explícitas a preguntas esenciales de doctrina. Una definición exacta de la doctrina es problema más difícil en nuestro día. Las definiciones yacen en las Escrituras, pero, ¿qué dicen las Escrituras? En algunas áreas importantes de doctrina, hay hombres sinceros que están en desacuerdo. Ya no podemos apelar a "los que le oyeron" para que nos definan más allá de lo que leemos en las Escrituras mismas. Por lo tanto es imperativo hacer una investigación intensa del significado de las Escrituras.

Pocas doctrinas han sido la ocasión de tanta controversia entre los cristianos evangélicos como la doctrina de la perseverancia de los santos. Este libro trata con esa doctrina, y es, por lo tanto, controversial. Pero la controversia no es mala; es la sierva de la verdad. Sólo el prejuicio es malo y el enemigo de la capacidad de entender.

Sobre el asunto de la seguridad del creyente se han escrito muchos volúmenes. Pero tal vez haya lugar todavía para otros. Presentamos esta obra con la convicción de que es el cumplimiento, por imperfecto que sea, de una tarea que el Espíritu de gracia y de verdad le encomendó a un siervo inútil. En cierto sentido es un testimonio de uno cuyo estudio de las Escrituras le llevó a abandonar una definición de doctrina que otrora defendiera. Ahora anhela sinceramente que su esfuerzo estimule a otros cristianos a examinar de nuevo esta doctrina de importancia práctica y decisiva.

Algún día dejaremos de conocer en parte. La palabra final no se dirá sino hasta que haya venido Aquel que es el Alfa y Omega. Mientras tanto, creyendo que estar en desacuerdo con hombres sinceros no es impugnar su honor, y que la verdad se beneficia por toda investigación honesta, marchemos hacia una comprensión más cabal de las Santas Escrituras y hacia una definición más exacta de la fe salvadora en Jesucristo.

* * *

Estoy agradecido a mis amados padres, el pastor Ernest F. Shank y esposa, por sus oraciones y su estímulo en mi tarea; a

mi querida esposa y mis hijos por su amor y paciencia durante muchos días sumamente ocupados; a los miembros de la Iglesia Bautista de Louisburg—una iglesia pequeña y querida—por su comprensión y tolerancia en esos días en que su pastor dedicó muchas horas a escribir, y por su noble espíritu bereano; a la señora Warren Scarbrough, por su espléndida contribución al escribir en máquina todo el manuscrito; al doctor William W. Adams por haber tomado generosamente el tiempo necesario para leer toda la obra, y escribir la introducción, y a mi querido amigo, el pastor Roe Matthews, por haberle hablado al Dr. Adams de mi obra; a la esposa del señor Cecil Pitts, por su ayuda de inmenso valor en leer las pruebas; a otros amigos que también me dieron importante ayuda; al Instituto Bíblico Central y Seminario, en Springfield, Missouri, por darme generosos privilegios con su biblioteca; a varias casas publicitarias y otros dueños de derechos literarios que nos dieron permiso de usar porciones de sus obras; a eruditos bíblicos de días pasados, de cuyos esfuerzos nosotros seguimos cosechando; y sobre todo a Aquel cuya gracia ha sido suficiente y cuya fuerza ha sido perfeccionada en mi flaqueza, la fuerza sin la cual nada podemos hacer en su santo servicio. Alabado sea Jesucristo.

ROBERT SHANK

Louisburg, Missouri

Octubre 12, 1959

PROLOGO A LA SEGUNDA EDICION

Estoy agradecido por la espléndida acogida que ha recibido este libro desde su publicación hace menos de un año. Esta edición es esencialmente una reimpresión de la primera. Sin embargo, hemos hecho varias alteraciones con fines de clarificación y mejoría, y hemos añadido una sección al Apéndice E. Que Cristo y su Palabra salvadora sean magnificados y su pueblo edificado mediante el ministerio continuo del libro.

R.S.

Louisburg, Missouri

Febrero 14, 1961

INDICE

<i>Capítulo</i>	<i>Página</i>
INTRODUCCION	xi
I. POR GRACIA, POR MEDIO DE LA FE	1
II. EL ELEVADO COSTO DE UN DON GRATUITO	11
III. VIDA EN EL HIJO	19
IV. ¿PUEDE PERDERSE LA VIDA ETERNA?	29
V. "¿QUE DICEN LAS ÉSCRITURAS?"	49
VI. NO TENDRA SED JAMAS	73
VII. NACIDO DE DIOS	83
VIII. LAS ARRAS DEL ESPIRITU	103
IX. UNA VEZ PARA SIEMPRE	121
X. UN ABOGADO PARA CON EL PADRE	131
XI. CASTIGADOS POR EL SEÑOR	141
XII. SI LE NEGAREMOS	153
XIII. EL PECADO NO SE ENSEÑOREARA DE VOSOTROS	185
XIV. MAS QUE VENCEDORES	203

XV. LA CARRERA QUE TENEMOS POR DELANTE	219
XVI. EL ENGAÑO DEL PECADO	247
XVII. GUARDADOS POR EL PODER DE DIOS	261
XVIII. PARA QUE SEP AIS QUE TENEIS VIDA ETERNA	277
XIX. ¿TIENE REMEDIO LA APOSTASIA?	299
APENDICE A	323
APENDICE B	328
APENDICE C	330
APENDICE D	335
APENDICE E	348
BIBLIOGRAFIA	359
INDICE DE ASUNTOS Y NOMBRES	362
INDICE DE CITAS BIBLICAS	364

INTRODUCCION

POR WILLIAM W. ADAMS

TENEMOS UNA PROFUNDA deuda con todas esas personas que, firmemente arraigadas en la tradición, son ortodoxas y firmes. Son el baluarte necesario en contra de reformadores y rebeldes fanáticos, cuyas convicciones son débiles e inestables, y que se interesan más en lo que es nuevo que en lo que es verdadero, y cuya influencia es negativa y destructiva. Si se les permitiera, estos reformadores destruirían nuestra fe cristiana y la civilización en una generación. Afortunadamente nunca se les permite. Hay vigías alertas e inteligentes, firmemente arraigados en la fe histórica, que están siempre listos a analizar y a desafiar cualquier abandono de la teología, la creencia y las costumbres tradicionales. Tenemos también una profunda deuda con estos vigías, pues son nuestra defensa en contra de las erosiones de las especulaciones ociosas y teorías huecas.

Sin embargo, estamos igualmente endeudados con pensadores responsables que se atreven a desafiar la tradición. Estos son los pioneros que exploran nuevas áreas de verdad, que clarifican conceptos, que ensanchan la visión, y que enriquecen nuestro depósito de conocimiento, dando al traste con el control paralizador de una esclavitud a la tradición, esclavitud ciega y que se niega a analizar o criticar nada. Si no fuera por estos pensadores, no se lograría ningún progreso hacia una comprensión más cabal de la verdad.

De vez en cuando cruza nuestro sendero un libro que está cargado con dinamita, un libro que con una sacudida nos despierta y vivifica todas nuestras facultades intelectuales. *La Vida en el Hijo* es esta clase de libro. Muy pocas veces se publica un libro que exhiba una independencia tan audaz de pensamiento, una libertad tan completa de las cadenas de la tradición, y una objetividad tan completa en el estudio de las Escrituras, como éste. Es un libro que merece la consideración de todos los estudiantes serios de la Biblia, y especialmente de todos aquellos que enseñen o prediquen.

El libro aparece en una hora apropiada. Vivimos en un tiempo de tensión teológica. El ritmo cada día más rápido de eventos humanos y la aparente impotencia de la cristiandad organizada ante un mundo caótico están haciendo que hombres juiciosos y serios examinen de nuevo su teología, esta vez con candor. Es dolorosamente evidente que las fuerzas del mal están ganando terreno alrededor del mundo. No estamos ni confrontando los asuntos ni dominando las fuerzas que están moldeando nuestro mundo moderno. La crisis de las edades parece estar a punto de llegar, y nosotros no estamos listos para ella. ¿Será posible que nuestra impotencia trágica se derive en parte del hecho de que hemos estado usando sólo una pequeña porción de la verdad y del poder que tenemos disponibles en Cristo y en las Santas Escrituras? ¿Será acaso posible que una falta de comprensión de la verdad revelada sea una causa principal de nuestra falta de éxito? La aparición de un libro que demanda que escudriñemos las Escrituras de nuevo y reexaminemos una doctrina de suma importancia será recibida con beneplácito por todos los hombres juiciosos y responsables.

Algo más, *La Vida en el Hijo* aparece en un tiempo de confusión en el mundo eclesiástico. Hay verdaderamente cientos de denominaciones protestantes, incluyendo veinticinco grupos bautistas,* algunos de los cuales siguen subdividiéndose. Si bien es cierto que esta vergonzosa multiplicidad de sectas debe atribuirse parcialmente a hombres ambiciosos que prosiguen sus propios intereses y ambiciones personales, también es cierto que en parte se atribuye a confusión doctrinal. Nadie podrá contradecir este axioma: la Biblia no enseña ideas contradictorias sobre cualquier doctrina. Por lo tanto debemos concluir que las creencias y costumbres contradictorias y divisivas entre las diversas denominaciones y entre grupos de una misma denominación son la consecuencia de ignorancia o de interpretar erróneamente ciertos pasajes de las Escrituras. Esfuerzos inteligentes y perseverantes de interpretar objetivamente las Escrituras, en su debido contexto, histórica y comprensivamente, eliminarían la mayor parte de los conflictos teológicos y las divisiones eclesiásticas. Cualquier libro que haga que los hombres reexaminen con vehemencia una área importante de doctrina, en la que

* El Dr. Adams, autor de esta introducción, es un teólogo bautista.

ha habido por largo tiempo opiniones y posiciones divisivas, servirá propósitos constructivos y alimentará la esperanza de que venga una unidad doctrinal verdaderamente bíblica. La publicación de un libro tal será bienvenida por todos los hombres que se interesen más en la unidad del Espíritu y de la fe, y del conocimiento del Hijo de Dios que en la defensa de cierto credo o dogma.

Además, este libro aparece en un momento en que muchos pastores y líderes denominacionales están cada día más trastornados porque más de la mitad de los miembros de nuestras iglesias no apoyan la iglesia local ni la misión cristiana en el mundo con suficiente regularidad para poder contar con ellos. ¿Por qué? ¿Es posible que esta situación trágica se derive en gran parte de la escasez de predicación expositiva, que atrofia a los púlpitos por doquier? La publicación de un libro que recalca la importancia suprema de estudio exegético serio y la predicación expositiva eficaz que sin duda vendrá después de tal estudio, serán bienvenidas por hombres de buen discernimiento e interés.

Sin duda ha llegado el momento en que se escuchen nuevas voces, trayendo apprehensiones nuevas de la verdad santa. Una y otra vez en la historia, en la plenitud de los tiempos, Dios ha preparado y enviado a sus mensajeros, profetas hijos suyos para que interpretaran más cabalmente al Hijo quien también vino "en la plenitud de los tiempos." Es enteramente posible que una voz profética que necesitamos urgentemente resuene ahora a través de este libro.

El señor Shank me ha conferido dos distinciones. En primer lugar, mediante un mutuo amigo, me dio el privilegio de leer su manuscrito antes de que fuese impreso. En segundo lugar, me pidió que escribiera esta introducción. Acepté por las siguientes razones:

1. Me da la oportunidad de expresar públicamente mi gratitud eterna al autor por haber escrito uno de los libros más fascinantes y trastornadores que jamás he leído.

2. El libro del señor Shank me da nueva fe y confianza en el cristianismo evangélico. El cristianismo neotestamentario posee sus propias correcciones y recursos para sanarse a sí mismo.

Se encuentran en la Biblia. Con el tiempo, la Biblia corrige la mayoría de las interpretaciones falsas, incompletas y desequilibradas de su contenido.

3. Este libro me da nueva confianza en mi propia herencia bautista. La iglesia local es autónoma en realidad, no meramente en teoría. El señor Shank es pastor de una iglesia bautista local que está completamente al tanto de sus creencias. Sin embargo él sigue en libertad de desafiar y rechazar una doctrina básica que por largo tiempo ha sido tradicional entre los bautistas. Esto demuestra una vez más que no tenemos una jerarquía entre nosotros—ni señores eclesiásticos que puedan mandar nuestra conciencia ni privarnos de nuestra libertad. Los bautistas creemos y practicamos el principio bíblico básico del sacerdocio de creyentes. Cada creyente tiene el derecho de la interpretación privada; y seguramente cada ministro del evangelio, a quien Dios ha llamado, tiene el derecho y el deber de interpretar las Escrituras y de predicar tal como lo guíe el Espíritu Santo, libre de toda condenación como no sea la de las mismas Escrituras. Somos hombres libres en una sociedad libre, y por lo tanto verdaderamente responsables ante Dios. Hay, desgraciadamente “bautistas” que quisieran silenciar cualquier interpretación de las Escrituras que desafíe o trastorne, y que lo hacen al poner sus manos dictatoriales, totalitarias, amenazando excomulgar a quienes sean responsables de tales interpretaciones nuevas. El hecho de que no lo logran demuestra tanto la realidad como el significado de la autonomía de la iglesia local y del sacerdocio de todos los creyentes.

Algo más: Al escribir una introducción, puedo hacer un servicio a todos los que gustan de leer libros. El tiempo es tan valioso y hay tantos libros disponibles que son al mismo tiempo provechosos y amenos, que sencillamente no hay justificación de que uno lea libros que no aprovechen. Por lo tanto, es enteramente correcto declarar francamente la naturaleza y el mensaje de este libro, y sugerir quién debe leerlo y quién no debe leerlo.

La Vida en el Hijo ofrece un estudio fresco, comprensivo y que demanda nuestra diligencia, de las Escrituras tocante a la doctrina de la perseverancia de los santos, definida comun-

mente como “una vez en gracia siempre en gracia.” El autor concluye que, cuando todas las Escrituras pertinentes son examinadas cuidadosamente y cabalmente consideradas, es necesario rechazar la doctrina. Para los bautistas y para muchos otros cristianos evangélicos, esto inmediatamente clasifica este libro como una obra revolucionaria.

Hay ciertas personas que no deberían leer *La Vida en el Hijo*:

Personas que ya han decidido lo que intentan creer, y que leen sólo para confirmar sus opiniones presentes no deben leer el libro del señor Shank. Su obra no fue escrita para personas con mentes con una puerta de resorte, que ha saltado ya.

Personas que prefieran formular sus doctrinas basándose en unos cuantos “textos de prueba” e ignorar o menospreciar los demás pasajes, o separarlos de su debido contexto tampoco deben leer *La Vida en el Hijo*. Este libro no les caerá bien, puesto que no muestra parcialidad alguna hacia cualquiera de los pasajes bíblicos que tienen que ver con el importante asunto de la doctrina de la perseverancia.

Personas que leen la Biblia con la convicción de que deben ser dogmáticas y terminantes en todos los asuntos de doctrina, no dejando lugar alguno para la humildad o para posponer el juicio o decisión, no deben leer *La Vida en el Hijo*. Esta obra demanda que sus lectores examinen y reexaminen y pesen cuidadosamente la evidencia antes de adoptar conclusiones.

Personas que leen sólo para aumentar su propia comodidad y tranquilidad no deben leer este libro. *La Vida en el Hijo* afecta profundamente a sus lectores, y no cumplirá el propósito de los que intentan seguir “reposando en Sion.”

Los pastores que nunca leen excepto para reunir material para el sermón del próximo domingo no deben leer *La Vida en el Hijo*. Requeriría meses, y tal vez hasta años, preparar a la congregación bautista típica para confrontar la exégesis bíblica fresca que contiene este libro.

De modo que hay ciertas personas que sería mejor que no leyeran *La Vida en el Hijo*. Por otro lado hay otras personas que deben leerlo por todos conceptos:

Personas cuya primera lealtad sea para las Escrituras, y no para las interpretaciones y credos tradicionales deben leer este libro. Estas son personas que están dispuestas a pensar y a pesar la evidencia, y que no podrían dejar de recibir mucho provecho de leer sus páginas.

Personas que acepten y sigan la verdad, cualquiera que ésta sea y a cualquier lugar que las conduzca, deben leer *La Vida en el Hijo*. Estas son personas que aprovechan *cualquier* estudio serio de la Biblia.

Personas que tienen la capacidad de leer un libro y aceptar parte de su contenido sin, por ello, tener que aceptar todo el libro, deben leer *La Vida en el Hijo*. Sea que acepten finalmente o no la tesis del señor Shank, saldrán beneficiados de este estudio.

Personas que están verdaderamente preocupadas por ciertas tendencias y condiciones alarmantes en nuestras iglesias y en el cristianismo contemporáneo deben leer *La Vida en el Hijo*. Los que están buscando causas y remedios encontrarán mucho material significativo en estas páginas.

Sin lugar a dudas, *La Vida en el Hijo* debe ser leído por todos los que profesionalmente "contienen por la fe" (pugilistas eclesiásticos) que se ganan la vida buscando motas reales o imaginarias, y poniéndoles "ojos negros" a individuos, instituciones y denominaciones que se atreven a diferir de ellos, a los que valerosamente atacan mediante cruzadas "santas" (y lucrativas) sufragadas por creyentes que deberían abrir un poco los ojos. Sea que puedan refutar o no las interpretaciones y tesis del señor Shank, estos "teólogos" negociantes para quienes la fe es un artículo de ganancia, podrán presentar erróneamente el asunto a sus adherentes, y por algún tiempo, divertirse y explotar al señor Shank, su libro y todos aquellos que lo recomiendan.

Si estuviera a mi alcance el poner un ejemplar de *La Vida en el Hijo* en las manos de cada pastor, maestro, líder y laico que sinceramente ama la Biblia, al Salvador, la iglesia y la plenitud de la vida espiritual, lo haría. Mi única condición al hacerlo sería que lo leyeran con oración, con sus Biblias abiertas al leer, y siguiendo los comentarios del autor como un punto de principio de un estudio fresco, exhaustivo, paciente e incluyendo el contexto, de los pasajes que el señor Shank discute en su libro. Tal estudio produciría los resultados más saludables:

Nos enseñaría la sabiduría de protegernos en contra de aceptar la tradición rápidamente y sin la debida crítica, muy a pesar de su aparente santidad, edad venerable o devotos estimables que pueda tener.

Nos haría a todos caer de rodillas, en vez de buscar oportunidades para debates o argumentos públicos, y estudiar la Biblia como nunca antes en una búsqueda vehemente de la verdad, toda la verdad y nada sino la verdad.

Nos haría enfrentarnos a las causas de tanto "peso muerto" en los libros de nuestras iglesias, y a preguntarnos si hemos predicado *todo* el Evangelio de Cristo y si hemos declarado *todo* el consejo de Dios a los que han aceptado a Jesucristo como Señor y Salvador.

Nos haría, vamos, nos forzaría, en humildad genuina, a examinar nuevamente algunos de nuestros principios hermenéuticos, a mejorar nuestros métodos exegéticos, y a barrer nuestras propias puertas teológicas antes de criticar a otros y de presumir que así corregimos sus interpretaciones de la Biblia.

Nos haría darle gracias a Dios por hombres como el señor Shank, hombres dedicados a Dios y a la verdad, hombres que poseen comprensión intelectual y espiritual, y que tienen también el interés pastoral y la audacia profética para hablar en nombre de Dios aun cuando tal cosa significa poner en tela de duda y rechazar uno de los postulados más venerables de la teología tradicional en su denominación, y al riesgo de que posiblemente más tarde se demuestre que han huido de una posición extrema sólo para caer en la opuesta.

Es difícil escribir un libro como *La Vida en el Hijo*. Nada puede darse por sentado, excepto Dios, la verdad y el deber. Todo debe ser examinado minuciosamente e interpretado comprensivamente. Esto demanda un trabajo exigente y continuo del más elevado orden. Y siempre hay el peligro de que el erudito o investigador se empape tanto con el espíritu vivificante de razonamiento independiente que a veces se vuelva demasiado hostil hacia cualquier tradición y excesivamente enamorado de lo nuevo, lo que resulta en el daño del investigador. Sólo el

tiempo revelará qué tan bien se salvaguardó el señor Shank en contra de este peligro en su estudio.

El señor Shank no me pidió que yo endosara la tesis presentada en su libro. Si lo hubiese hecho, me habría visto forzado, en ese entonces, a rehusar. Ciertamente nadie podría o debería ya aceptar o rechazar la tesis del señor Shank, sin antes leer su libro varias veces y sin tratar de refutar su interpretación de las Escrituras con la misma clase de estudio objetivo y exhaustivo que el señor Shank siguió en su obra. Todavía está por ver si tal cosa puede hacerse.

El señor Shank sólo me pidió que yo escribiera la introducción a su libro, y considero un privilegio acceder a sus deseos. Creo que *La Vida en el Hijo* es uno de los libros más significativos en esta generación. Considero del todo posible que el juicio del tiempo sea que fue uno de los libros más importantes escritos jamás. Insisto de todo corazón en esto: Que todos los que tengan un interés sincero de entender la verdad revelada en las Santas Escrituras consigan un ejemplar de *La Vida en el Hijo*, y con Biblias abiertas, y mentes y corazones receptivos, lean el libro cuidadosamente y en un espíritu de oración al menos tres veces. Tomando el cuidado máximo de permanecer tan objetivos como les sea posible ser, que sinceramente traten de refutar con las Escrituras las interpretaciones y las tesis que el señor Shank presenta. Entonces, y no antes, que se formen sus conclusiones y se preparen a declarárselas a otros.

Si el señor Shank está correcto en sus interpretaciones y tesis, es de máxima importancia para el tiempo y la eternidad que lleguemos a compartir su entendimiento de las Escrituras. Si está equivocado, nos toca a nosotros refutar su tesis al demostrar que somos mejores exégetas e intérpretes de la Escritura que lo que él ha demostrado ser. En cualquier evento, un examen nuevo y crítico de uno de los postulados históricos de nuestra teología ahora se ha vuelto obligatorio debido a la publicación de este libro. Ya no tenemos base ni razón para aferrarnos a convicciones positivas sobre la doctrina de la perseverancia hasta que un estudio objetivo y exhaustivo haya ampliado y clarificado nuestra comprensión de toda verdad revelada que tenga relación a este asunto esencial de la doctrina.

Creo que ahora me corresponde dirigirme al autor con respecto a las clases de reacciones que su libro probablemente recibirá. Señor Shank: a menos que la naturaleza humana haya cambiado reciente y radicalmente, hay algunas personas que harán todo lo que les sea posible por "enterrar" este libro suyo. Habrá algunos que se considerarán demasiado eruditos para reconocer que no han sabido ya todo lo que se puede saber sobre este tema. Considerarán que su primera obligación es hacia su propia reputación académica y sus intereses profesionales. Con gran dignidad erudita, menospreciarán cuidadosamente esta obra.

Otros denunciarán en voz alta el libro de usted sencillamente porque en sus páginas se pone en tela de duda algunas de las interpretaciones de costumbre y se desafía su posición doctrinal tradicional. Le tacharán a usted de hereje o de novicio. Permítame sugerirle que debe hacer caso omiso de todas las críticas que se hagan de su persona, y de todas las críticas de su libro que no sean sino meras denuncias o expresiones generales de desaprobación. A esto recurrirán sólo esos hombres que sean incapaces de presentar cualquier contestación seria a sus interpretaciones y tesis aquí vertidas. La crítica negativa que deje de demostrar objetivamente que sus interpretaciones son incorrectas no merecerá consideración seria, ni servirá en forma alguna la causa de la verdad.

Algunos considerarán que "la unidad" es más importante que la verdad, y que, bien o mal, correcto o erróneo, la conformidad a la tradición y a la opinión popular es el único curso sabio que seguir. Los hombres se vuelven esclavos tan fácilmente a sus intereses creados y representados en el *status quo*, que muchos de ellos se negarán a aventurarse y arriesgarse a buscar sinceramente la verdad a cualquier costo.

Pero algunos, gracias a Dios, leerán su libro provocados en medida creciente y con una hambre insaciable y decisión de llevar este estudio hasta una conclusión innegablemente bíblica. Hay algunos (y oro que sean muchos) que derivarán gran provecho de la lectura de su libro y de cualquier esfuerzo sincero de refutarlo. Cualquiera que sea el veredicto final, su conocimiento de las Escrituras aumentará y sus vidas y testimonio cristiano se enriquecerán por este libro.

Señor Shank: hay muchas otras reacciones a su libro que ni usted ni yo podemos anticipar. Pero de esto sí podemos estar seguros: todos los eruditos verdaderos y los que de veras buscan la verdad tendrán que tomar en consideración el libro que usted nos ha dado.

WILLIAM W. ADAMS

*Profesor de Interpretación del Nuevo Testamento;
Cátedra James Buchanan Harrison en el Seminario
Teológico de los Bautistas del Sur, Louisville,
Kentucky / Junio de 1959*

INTRODUCCION A LA SEGUNDA EDICION

Desde que *La Vida en el Hijo* fue publicado hace un año, he participado en muchas discusiones y en voluminosa correspondencia acerca del libro del señor Shank, y también he leído muchas reseñas de esta obra tan significativa. Mi interés y preocupación han sido profundos puesto que el libro rechaza un postulado doctrinal que por largo tiempo ha sido tradicional entre los bautistas—uno que yo mismo he atesorado al paso de los años.

El señor Shank ha presentado un caso tan firme en contra de tal doctrina que yo he llegado a sentir muy profundamente que todos los que intenten ser sinceros consigo mismos y con Dios y las Santas Escrituras deben aceptar el desafío que les lanza este libro, de examinar de nuevo las enseñanzas de las Escrituras respecto a una área de doctrina que es críticamente importante, y que deben, finalmente, o refutar exitosamente la tesis que el señor Shank endereza sobre las Escrituras, o aceptarla. Por lo tanto, yo mismo he tratado por todo medio a mi disposición de estimular una lectura seria del libro, así como todos los esfuerzos honestos de refutar tal tesis apelando también a las Escrituras.

Si bien algunos han denunciado el libro vigorosamente, tengo que asentar que nada ha llegado a mi conocimiento que haya refutado exitosamente, con las Escrituras, las posiciones principales en las que el señor Shank edifica su tesis. Más que nunca, estoy convencido de la importancia insólita de este libro y de la necesidad imperativa de confrontar francamente el desafío que presenta.

WILLIAM W. ADAMS

*Seminario Teológico Bautista del Sur
Louisville, Kentucky
Febrero de 1961*

Por Gracia, Por Medio de la Fe

Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna.

TITO 3: 5-7

Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe.

EFESIOS 2: 8, 9

Antes creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, de igual modo que ellos.

HECHOS 15: 11

CAPITULO I

POR GRACIA, POR MEDIO DE LA FE

SE HABIAN REUNIDO para considerar un asunto de grave importancia. La iglesia en Jerusalén, como en todos los demás lugares, estaba dividida. Algunos de la secta de los fariseos que habían creído (Hechos 15: 5) seguían insistiendo en que creer en Jesús estaba bien, en todo lo que incluía, pero añadían que meramente confiar en Cristo y en su gracia salvadora no bastaba. Aducían que era necesario que los gentiles convertidos se circuncidaran y asumieran las obligaciones de la ley de Moisés.

Sus argumentos eran persuasivos. ¿Acaso no era judío su Salvador? ¿No había El sido circuncidado? ¿No había guardado la ley? Ciertamente que Cristo había menospreciado las vanas tradiciones que los hombres le habían añadido a la ley, pero, ¿no había honrado la ley misma? El había declarado que había venido, no a destruir la ley sino a cumplirla. Lo que era más, unos pocos días antes de su muerte, les había recordado a sus discípulos que “en la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos. Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo” (Mateo 23: 1-3). ¿Debían sus seguidores abandonar ahora la ley de Moisés?

Los legalistas habían llegado a ser un grupo poderoso en la iglesia en Jerusalén. Y su influencia se estaba extendiendo. Estaban enviando a sus apologistas por todos lados, pisándoles, por así decirlo, las huellas a los mismos apóstoles, para asegurarse de que los convertidos gentiles recibieran toda la verdad, y para que sin faltar en ningún aspecto, estuvieran seguros de su salvación.

Pero había también muchos que estaban convencidos de que los judaizantes, a pesar de su celo, eran líderes equivocados. Allí estaba Pablo, a quien el Señor no le había dado ninguna

instrucción de esa clase en la revelación personal del evangelio que El le había impartido; Pablo, quien con Bernabé, había contendido contra los apóstoles de la circuncisión en Antioquía (Hechos 15:2). Y allí estaba también Pedro, a quien el Señor había enviado a los gentiles en la casa de Cornelio en Cesarea, y quien allí había presenciado la salvación de todos los que habían escuchado y creído la Palabra del perdón de pecados en el nombre de Jesús, salvación de la cual Dios, "quien conoce los corazones" les había dado testimonio mediante el don del Espíritu Santo "purificando por la fe sus corazones" (Hechos 15:7-9), sin que estuviera de por medio consideración alguna de la ley y sus ordenanzas.

La disensión había sido intensa y el asunto decisivo, pues las implicaciones eran fundamentales. Y por lo tanto,

. . . se reunieron los apóstoles y los ancianos para conocer de este asunto. Y después de mucha discusión, Pedro se levantó y les dijo: Varones hermanos, vosotros sabéis cómo ya hace algún tiempo que Dios escogió que los gentiles oyesen por mi boca la palabra del evangelio y creyesen. Y Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo, lo mismo que a nosotros; y ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones. Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar? Antes creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, de igual modo que ellos (Hechos 15:6-11).

Así dio Pedro su definición inspirada del camino de la salvación. Dios, declaró el apóstol, había purificado los corazones de Cornelio y sus compañeros, por la fe. Y de igual manera a esos gentiles, Pedro y sus demás paisanos judíos creyentes habían de ser salvos mediante la gracia del Señor Jesucristo, sólo por la fe, enteramente aparte de la ley y las ordenanzas de la carne.

La narración que Pedro dio de su experiencia en Cesarea concordaba completamente con la tesis de Pablo, tal y como la declaró en Antioquía de Pisidia, el axioma cardinal del evangelio que le había encomendado el Cristo resucitado: "Por medio de él (Jesucristo) se os anuncia perdón de pecados, y que de todo aquello de que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en él es justificado todo aquel que cree" (Hechos 13:38, 39).

Pablo enseñó posteriormente, y con gran detalle, este axioma cardinal de la justificación por la fe solamente, aparte de las obras de la carne, o de las ordenanzas, en sus epístolas a las iglesias en Galacia y en Roma. Lo que es más, el axioma es declarado tan sencillamente por todo el Nuevo Testamento, con tal fuerza y frecuencia que uno se maravilla del éxito que tienen hoy día algunos en traer verdaderas multitudes a la esclavitud del legalismo (Gálatas 2:4; 5:1). Sin embargo, la explicación es aparente. El éxito de los legalistas del siglo veinte se debe a que sus doctrinas contrarias a las Escrituras apelan a un concepto profundamente arraigado en el hombre natural: ¡la persona no se atreve a confiar en que Dios le salve sólo por su misericordia y su gracia!

La idea de auto-justificarse está profundamente arraigada en la humanidad y es tan antigua como la historia del hombre. Por ejemplo, allí está Caín. Por todo el curso de la historia humana, cada religión falsa ha incorporado el principio de la auto-justificación, y este incluye las muchas perversiones del cristianismo (con excepción del antinomianismo). Así de difícil es para los hombres creer que "por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios" (Efesios 2:8).

La misma dificultad existía en los días del ministerio terrenal de nuestro Señor Jesucristo: "Entonces le dijeron: ¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios? Respondió Jesús y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado" (Juan 6:28, 29). ¿Qué podemos hacer? ¿qué obras haremos para ganar el favor de Dios? La contestación es, y siempre será, *Esta es la obra de Dios, ¡que creáis en el Salvador a quien El ha enviado!*

Parece que muchas personas se resisten a conceder que la salvación debe ser por la gracia. No quieren ser salvos en manera tan oprobiosa. "Cuando *Lady* Huntington invitó a la Duquesa de Buckingham a que viniera a escuchar al evangelista Whitefield, la Duquesa contestó: 'Es monstruoso que se nos diga que nosotros tenemos un corazón tan pecaminoso como la gente del vulgo que se arrastra por la tierra; es excesivamente ofensivo e insultante'."¹

¹A. H. Strong, *Systematic Theology*, p. 832.

Como en los días de Pablo, la "locura de la cruz" es más de lo que muchas personas pueden tolerar. La cruz de Jesucristo es un recordatorio de la incapacidad del hombre de levantarse a sí mismo del pantano de su propia depravación espiritual. Como el símbolo de la gracia de Dios, es al mismo tiempo el símbolo de la culpa del hombre. La cruz de Jesucristo demanda que nosotros confesemos que, ". . . todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios. . . . No hay justo, ni aun uno . . . todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia." Muy bien lo expresó Isaac Watts al escribir:

Al contemplar la excelsa cruz
Do el Rey del cielo sucumbió,
Cuantos tesoros ven la luz
Con gran desdén contemplo yo.

El aceptar a Jesucristo como el Salvador personal del pecado que uno ha cometido es una experiencia humilladora. Requiere que la persona abandone toda la confianza que pudiese tener en su propia supuesta bondad, y en el mérito redentor igualmente supuesto de todas sus mejores acciones. Pero sólo así puede una persona, cualquier persona, ser salva. El teólogo Abraham Kuyper lo expresa diciendo:

Jesús es un Salvador, no de los justos, sino de pecadores. . . . El no espera hasta que se vuelvan puros y santos, para entonces unirse, como en un matrimonio espiritual, con ellos; sino que se desposa con ellos a fin de que se puedan volver puros y santos. . . . No les dice: "Limpios, y volved sabios y ricos; y cuando seáis una novia rica, me desposaré con vosotros;" sino que declara: "Te tomo tal como eres. Te digo, tal como eres, vive. Aunque eres pobre, al desposarme contigo, te haré partícipe de Mí mismo y de mi tesoro. Pero nunca poseerás un tesoro de ti mismo."²

Alguien ha dicho bien que somos salvos no por nuestros logros, sino por su gran Logro, la propiciación. Esta parece ser una verdad dura que aceptar para muchas personas. En su sermón intitulado "La Última Invitación desde el Trono." Alejandro Maclaren escribe:

. . . la única cosa que Cristo me pide que haga es abandonar mi pobre

² Abraham Kuyper, *The Work of the Holy Spirit*, p. 334.

ser pecaminoso, completa, confiada, constante y obedientemente a El. Esto es todo. ¡Ay! ¡Todo! Allí está exactamente el problema. . . . La extraña rebeldía de Naamán ante la orden de hacer algo relativamente sencillo para producir un gran efecto, a la vez que estaba dispuesto a cumplir una orden difícilísima para lograrlo, se repite una y otra y otra vez entre nosotros. No es raro ver hombres que pagan un gran precio por su condenación, hombres que no están dispuestos a tener la salvación porque es un don y ellos no tienen que hacer nada. Creo que hay multitudes de personas que preferirían, como los hindúes, enterrarse ganchos en su cuerpo, y colgarse de los pies, si tal cosa les consiguiera el cielo, antes que sencillamente contentarse con venir *in forma pauperis* y deberle todo a la gracia de Cristo, y nada a sus propias obras.³

Cuántos hay que, como la mayoría de los fariseos de los días de Pablo, vanamente tratan de establecer su propia justicia y por ende dejan de recibir la justicia (o justificación) de Dios en Cristo, mediante la mera y sencilla fe. Bien dice el teólogo Hodge: "Lo primero que el evangelio demanda es: renuncia a ese espíritu legal y que se auto-justifica. Hay que hacerlo, o de otra manera no es posible aceptar el evangelio. 'El que hace obras,' o sea, el que confía en sus obras, se niega a ser salvo por la gracia. . . ."⁴

Pero, ¿no declara Santiago que "la fe sin obras es muerta," y que tal "fe" no puede salvar? Claro que sí. Pero un examen cuidadoso del discurso de este apóstol (Santiago 2:14-26) revela que no contradice en manera alguna el principio de justificación por la fe solamente, mismo que las Escrituras enseñan de principio a fin. En realidad las palabras de Santiago sirven, no para establecer las obras como un medio de salvación, sino para calificar la clase de fe que salva. El juicio de Melancton es un resumen atinado del argumento de Santiago: "Es la fe, sola, lo que salva: pero la fe que salva no viene sola."

La fe salvadora es una fe viviente en un Salvador viviente, fe tan vital que no puede evitar expresarse. Pablo la describió como "la fe que obra por el amor" (Gálatas 5:6). Lightfoot hace el siguiente comentario de esas palabras del apóstol: "Estas palabras, *di' agapēs energoumenē*, son el puente sobre el golfo que separa el lenguaje de Pablo y de Santiago. Ambos

³ Alexander Maclaren, *Expositions of Holy Scriptures*.

⁴ Charles Hodge, *A Commentary on the Epistle to the Romans*.

apóstoles postulan un principio de energía práctica, en oposición a una teoría estéril e inactiva.”⁵

Jesucristo dijo: “El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también” (Juan 14: 12). La “fe” de hombres que no tienen una intención sincera de seguir en las pisadas del Salvador es algo menos que la fe salvadora. La “fe” de hombres que no tienen un interés verdadero en la causa del evangelio, y la tarea de la iglesia, no es la clase de fe en Cristo que salva. La “fe” que no se expresa en buenas obras es muerta.

Pero aun entonces, todas las “buenas obras” son en vano si no son el fruto de una fe sencilla en Jesucristo como Salvador, por la gracia de Dios. Una fe estéril no sirve de nada; pero todavía es la fe, no las obras, lo que salva.

Se cuenta la historia de una madre que vino ante un general a rogar por la vida de su hijo, un soldado que se había quedado dormido en su puesto.

—Señor, le ruego,—dijo la madre,—tenga misericordia de mi hijo.

—Pero su hijo merece morir,—contestó el general.

—Señor,—replicó la madre,—lo que pido es misericordia, no justicia.

Cuando nos arrodillamos ante la cruz de Jesús, comparecemos suplicando, no justicia, sino misericordia. No hay necesidad de pedirle justicia a Dios. Su justicia ya ha declarado: “El alma que pecare, esa morirá.” Y en muchísimos pasajes, las Escrituras afirman que la justicia inexorable será administrada sumaria y cabalmente para todo ser humano que muera sin arrepentirse. “La paga del pecado es muerte.” Eso es lo que dice la justicia. Pero gracias a Dios que hay misericordia, la cual dice: “Mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.”

En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados.

I JUAN 4: 9, 10

⁵ J. B. Lightfoot, *The Epistle of St. Paul to the Galatians*.

El Elevado Costo de un Don Gratuito

*Porque por gracia sois salvos por medio de fe;
y esto no de vosotros, pues es don de Dios.*

EFESIOS 2:8

*El don de Dios es vida eterna en Cristo Jesús
Señor nuestro.*

ROMANOS 6:23

¡Gracias a Dios por su don inefable!

II CORINTIOS 9:15

CAPITULO II

EL ELEVADO COSTO DE UN DON GRATUITO

LOS POETAS HAN dicho que las mejores cosas de la vida son gratuitas. Pero se puede decir algo más, la vida es gratuita—la vida abundante y eterna. En su carta a los romanos, Pablo habla de la justificación, la justicia que Dios imparte, y la vida eterna, y dice que todo esto es “el don de Dios” y “el don . . . por la gracia” (Romanos 5: 15-18) y luego declara que si bien “la paga del pecado es muerte . . . la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.” La salvación se ofrece sólo como el don gratuito de Dios para los hombres. Hay que recibirlo así. Parece que muchos no pueden entender esta sencilla verdad.

Un musulmán anciano, ciudadano influyente de Egipto, testificó recientemente de su fe y esperanza al hablar con un periodista norteamericano.

—Señor,—le dijo,—toda mi vida he obedecido los preceptos del *Corán* y he adorado fielmente a Alá. Si después de la muerte descubro que no hay un paraíso ni hay huries que consuelen a los hombres, como el *Corán* promete, razonaré que me han defraudado miserablemente.

Hay incontables “cristianos” cuya esperanza de llegar al cielo descansa en su vida moral, sus contribuciones generosas y su presencia fiel y apoyo a su “religión.” Todos aquellos que piensan negociar con Dios para lograr un lugar en su eterno cielo saldrán defraudados. Los dones de Dios no están de venta. Simón, el mago de Samaria quiso comprar la plenitud del Espíritu con dinero. Pedro le contestó severamente: “Tu dinero

perezca contigo, porque has pensado que el don de Dios se obtiene con dinero" (Hechos 8:20).

La salvación es el don de Dios para los hombres que no la merecen. No tenemos más que pedir para recibir. "Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber," le dijo el Señor a la mujer de Sicar, "tú le pedirías, y él te daría agua viva" (Juan 4:10). La última invitación en la Biblia es la rogativa de gracia de nuestro Salvador resucitado: "El que tiene sed, venga: Y el que quiera, tome del agua de la vida de balde" (Apocalipsis 22:17). "¡ . . . tome . . . de balde!" El agua de vida puede tenerse con sólo pedirla. ¡Noticias grandiosas para los pecadores en bancarrota!

¿Entonces la salvación no cuesta nada? La verdad es que no hay nada en todo el universo que haya costado tanto. Le costó al Verbo, quien desde el principio sin principio era *Dios*, y cara a cara como un igual en la Santa Trinidad, la humillación del exilio del salón del trono del universo, la renunciación a la gloria y majestad que habían sido suyas, y el aceptamiento de una identificación con la humanidad, tan completa, que desde entonces y para siempre seguirá siendo el Hijo del Hombre—circunstancia de la que no puede haber jamás cambio ni retirada en toda la eternidad por venir.

Al Padre le costó el sacrificio de su Unigénito Hijo, en quien "tenía contentamiento," en el árbol del Gólgota, donde "Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros," para que al que era sin pecado "por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él . . . el justo por los injustos, para llevarnos a Dios."

A Jesucristo le costó la peregrinación paciente del camino de la obediencia—y finalmente hasta la muerte, hasta la muerte de cruz, donde "él llevó nuestros pecados en su propio cuerpo en el árbol de la cruz," y donde "su vida fue puesta en expiación por el pecado," arrojándole a la desolación espiritual del infierno mismo y extrayendo de El el gemido angustioso que marcó la amargura terrible del vaso que el Padre le había puesto por delante: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"

Al Espíritu Santo le costó un ministerio que duró toda una edad de invitar pacientemente a los corazones testarudos de los hombres pecaminosos en el llamado del dulce evangelio de Cristo,

perezca contigo, porque has pensado que el don de Dios se obtiene con dinero" (Hechos 8:20).

La salvación es el don de Dios para los hombres que no la merecen. No tenemos más que pedir para recibir. "Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber," le dijo el Señor a la mujer de Sicar, "tú le pedirías, y él te daría agua viva" (Juan 4:10). La última invitación en la Biblia es la rogativa de gracia de nuestro Salvador resucitado: "El que tiene sed, venga: Y el que quiera, tome del agua de la vida de balde" (Apocalipsis 22:17). "¡ . . . tome . . . de balde!" El agua de vida puede tenerse con sólo pedirla. ¡Noticias grandiosas para los pecadores en bancarrota!

¿Entonces la salvación no cuesta nada? La verdad es que no hay nada en todo el universo que haya costado tanto. Le costó al Verbo, quien desde el principio sin principio era *Dios*, y cara a cara como un igual en la Santa Trinidad, la humillación del exilio del salón del trono del universo, la renunciación a la gloria y majestad que habían sido suyas, y el aceptamiento de una identificación con la humanidad, tan completa, que desde entonces y para siempre seguirá siendo el Hijo del Hombre—circunstancia de la que no puede haber jamás cambio ni retirada en toda la eternidad por venir.

Al Padre le costó el sacrificio de su Unigénito Hijo, en quien "tenía contentamiento," en el árbol del Gólgota, donde "Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros," para que al que era sin pecado "por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él . . . el justo por los injustos, para llevarnos a Dios."

A Jesucristo le costó la peregrinación paciente del camino de la obediencia—y finalmente hasta la muerte, hasta la muerte de cruz, donde "él llevó nuestros pecados en su propio cuerpo en el árbol de la cruz," y donde "su vida fue puesta en expiación por el pecado," arrojándole a la desolación espiritual del infierno mismo y extrayendo de El el gemido angustioso que marcó la amargura terrible del vaso que el Padre le había puesto por delante: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"

Al Espíritu Santo le costó un ministerio que duró toda una edad de invitar pacientemente a los corazones testarudos de los hombres pecaminosos en el llamado del dulce evangelio de Cristo,

y de consecuentar largamente a los hombres que menosprecian al Salvador—hasta algunos que se dicen ser cristianos. Ni todos los ángeles del cielo pueden declarar el costo de la salvación gloriosa que Dios en su gracia les ofrece a los pecadores que nada merecen, como su don gratuito.

Pero aunque la salvación es el don de gracia de Dios a pecadores en bancarrota espiritual, la aceptación de ese don, como su provisión, es costosa. Cuesta renunciar a sí mismo, y a mucho de lo que es precioso para los humanos. Pablo, quien pagó el costo con alegría, lo definió con expresiones como éstas: "Estoy crucificado con Cristo. . . . Para mí el vivir es Cristo. . . . Cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aún estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él. . . ." Uno no puede aceptar a Cristo y su salvación en términos menores que un rendimiento completo de sí mismo al Señor.

Los pastores hemos confundido el asunto cuando hemos hecho invitaciones desde el púlpito, como ésta: "Usted ha aceptado a Cristo como su Salvador, pero, ¿le ha hecho verdaderamente el Señor de su vida? ¿por qué no dedicar su vida completamente a Él?" Invitaciones tales implican que el aceptar a Cristo como Salvador y aceptarlo como Señor son dos acciones enteramente separadas. Pero todo lo contrario, son aspectos inseparables de una misma acción. Como el arrepentimiento y la fe, el uno involucra o demanda lo otro. Nadie puede aceptar al Señor Jesús como el Salvador de su alma sin aceptarle como el Señor de su vida. Hay multitudes de "cristianos" en nuestro día que parecen ignorar completamente este solemne hecho.

La iglesia está hoy paralizada en el momento de su oportunidad suprema porque hemos cometido la blasfemia de insistir que lo que es tan costoso para Dios debe ser cosa fácil para nosotros. No nos hemos atrevido a enfrentarnos a nuestras congregaciones con un evangelio severo.¹

El evangelio de Cristo, aunque es una Palabra que consuela,

¹Dr. Paul Calvin Payne, secretario general, Junta de Educación Cristiana, Iglesia Presbiteriana en E.U.A. Usado con permiso.

es en cierto sentido "un evangelio duro." El Señor Jesús les advirtió a sus oyentes que el discipulado tenía un costo elevado. En Lucas 14:25-35 leemos un capítulo de su ministerio que parece haber caído en completo olvido en nuestros días de discipulado fácil:

"Grandes multitudes iban con él; y volviéndose les dijo: Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo." Lo que Jesús estaba diciendo es: Contad el costo, y estad seguros de que intentáis terminar la carrera (vrs. 28-30). La sal solamente sirve en tanto que conserva su sabor (vrs. 34-35). El discipulado tiene un precio elevado. "¿Qué rey," preguntó el Maestro, "al marchar a la guerra contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil? Y si no puede, cuando el otro está todavía lejos, le envía una embajada y le pide condiciones de paz" (vrs. 31-32).

Las "condiciones de paz" que un rey le otorgaba a otro de menor poder eran, sumisión total. El rey más débil se volvía su vasallo, pagando tributo, y él y todos sus súbditos quedaban a las órdenes del otro rey. "Así pues," concluyó Jesús, "cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo" (v. 33).

Hemos de reconocer el señorío de Jesús sobre la vida, el yo, y las posesiones si queremos conocerle como Salvador. Todo debe rendirse a Quien lo dio todo por nosotros. El que dijo: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar" dijo también: "Llevad mi yugo sobre vosotros." En otra ocasión dijo: "El que cayere sobre esta piedra será quebrantado; y sobre quien ella cayere, le desmenuzará" (Mateo 21:44). El poder arrojarnos, o caer, sobre la Roca de nuestra salvación, requiere un quebrantamiento doloroso de nosotros mismos, del yo. Pero la única alternativa que tenemos es temible: ". . . sobre quien ella cayere, le desmenuzará." Hemos de caer y quebrantarnos, o la Roca caerá sobre nosotros y nos aplastará para siempre.

Jesús comisionó a sus discípulos que predicaran "el arrepentimiento y el perdón de pecados . . . en su nombre" (Lucas 24: 47). No hay perdón sin arrepentimiento. Y el arrepentimiento incluye a la vida en su totalidad. Tiene que ver, no sólo con el piadoso dolor por el pasado, sino más aún con nuestras intenciones para el futuro. Arrepentirnos significa abandonar nuestro propio camino egoísta para marchar en el camino de Dios, en obediencia a El y en compañerismo con El.

"Nada más acepte a Jesucristo y será salvo," es la invitación que muchos hacen. Pero recibir a Jesucristo como Salvador no es asunto de "nada más" aceptarle "sin condiciones u obligaciones." No podemos aceptar a Cristo sin al mismo tiempo tener un cambio definitivo de mente, corazón y voluntad, un cambio que afecta a la vida en su totalidad, todos nuestros afectos e intenciones. Es menester que haya un rendimiento cabal al señorío de Cristo, un aceptamiento sincero de su yugo.

Gracias a Dios que un ladrón moribundo que no tenía nada más que ofrecer que una confesión de su necesidad y una súplica de misericordia, recibió el perdón y la gracia salvadora de Dios en Cristo. Pero yerran los que presumen que, para ser salvos "tal como el ladrón moribundo," no tienen que decir nada en cuanto a esa demanda: ". . . niéguese a sí mismo . . . tome su cruz cada día . . . sígame . . . guardad mis mandamientos. . . ." Sólo un hombre moribundo puede ser salvo como el ladrón moribundo. Esto no significa que Dios tenga diferentes planes de salvación para diferentes personas, de acuerdo a las circunstancias. Lo único que significa es que, en cualquier punto de nuestra vida en que acudamos a Cristo en busca de la salvación, toda la vida de allí en adelante tiene que estar incluida en la decisión que hagamos, y la tenemos que entregar o someter al señorío del Salvador. Si el ladrón en la cruz hubiese encontrado al Señor Jesús a la mitad de su vida en vez de encontrarle como un ladrón crucificado, a las puertas de la muerte, se hubiera tenido que confrontar con las demandas graves de Jesucristo, que El presentó frecuentemente como los términos irreductibles del discipulado, a todos los que quisieran conocerle y seguirle. No puede haber tal cosa como recibir a Cristo como Salvador sin una entrega o consagración completa de uno mismo al Re-

dentor. La salvación no les cuesta nada a los hombres . . . y les cuesta todo.

Claro que el cristiano principia su vida nueva en Cristo como un recién nacido. Necesita tiempo y nutrición para desarrollarse. Tiene mucho que aprender en su nueva vida. Carece de entendimiento y se puede tropezar frecuentemente, demostrando su falta de madurez espiritual en muchas maneras. Pero las ventanas de su corazón estarán abiertas hacia el Sol de Justicia, y su vida estará básicamente orientada hacia Dios. Aunque sea imperfectamente, reconocerá el señorío de Cristo sobre su corazón y vida.

Aun una vida larga no bastará para enseñarnos todo lo que incluye un verdadero discipulado. Pero aunque nuestra devoción y obediencia sean bastante imperfectas, deben sin embargo ser sinceras y genuinas, si Jesús ha de ser nuestro Salvador personal. Las palabras del Salvador son realmente solemnes: "Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando" (Juan 15: 13, 14). "El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él" (I Juan 2: 4). La sumisión al señorío de Jesús no es algo opcional para los seres humanos que quieran conocerle como su Salvador.

Cuesta seguir a Jesucristo. El emblema de nuestra fe es la cruz. Hubo una para Jesús. Hubo una para Pedro. Hay una también para todo aquel que quiera seguir a Jesús. "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará. Porque, ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?" (Mateo 16: 24-26).

El don de la salvación es costoso. Le costó más a Dios que lo que el cielo puede declarar. A Jesús le costó ir a la cruz. Le cuesta a cualquiera que la reciba la sumisión total de su ser, al aceptar las demandas legítimas de Jesucristo sobre las vidas y almas de los que han de ser suyos por toda la eternidad.

Vida en el Hijo

Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó).

* * *

Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida. . . . Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios

I JUAN 1:1, 2; 5:11-13

CAPITULO III

VIDA EN EL HIJO

SE CUENTA QUE durante la Segunda Guerra Mundial un sargento de la infantería de marina desafió a sus hombres a seguirle en un ataque desesperado en una cabeza de playa, con estas audaces palabras: "¡Adelante, hombres . . . ¿acaso quieren vivir para siempre?" Pero la contestación universal de la humanidad es: Sí, ¡nos gustaría vivir para siempre! La antigua pregunta: "¿Qué haré para heredar la vida eterna?" ha estado en los corazones, cuando no en los labios de los hombres de cada generación. El poeta inglés Tennyson lo dijo en su día de esta manera:

"Es vida, de lo que no tenemos mucho.
Es vida, no muerte, por lo que gemimos:
Más vida, y más completa, lo que quiero."¹

"Más vida, y más completa" es también el deseo de todo corazón y es precisamente esta clase de vida—abundante y eterna—lo que Dios, por su gracia, se ha dignado brindarles a los hombres. "Este es el testimonio," escribe Juan el Apóstol, "que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo."

¿Qué es esta "vida eterna" que Dios les ha dado a los hombres en su Hijo? Es algo más que una mera existencia sin fin. No hay necesidad de que Dios obre para darles a los humanos una existencia interminable, puesto que desde la creación, la inmortalidad, en el sentido de existencia sin fin, es algo de que se ha dotado a la humanidad, y que nadie puede quitarle. La Biblia afirma la existencia sin fin de todo ser humano, salvo o inconverso. De modo que la "vida eterna" es una *cualidad* particular de la vida que emana de Dios, en vez de una mera *extensión* de la existencia. Para el hombre, es recibir y disfrutar

¹ *The Two Voices*, por Alfred Tennyson.

de la vida esencial del mismo Dios mediante Cristo, quien es el medio, por el Espíritu Santo, el agente. Es una participación, de gracia en la mismísima vida de Dios. "Es más que existencia interminable, puesto que es compartir la vida de Dios en Cristo."²

Claro que en cierto sentido, todos los hombres, salvos o perdidos, derivan su vida de Dios quien "da vida a todas las cosas" (I Timoteo 6:13), y quien es la fuente y base de nuestra mismísima existencia. "En él vivimos, y nos movemos, y somos" declaró Pablo ante la pagana Atenas (Hechos 17:28). Pero la vida de la que participan los hombres caídos está menguada, y carece de la cualidad esencialmente espiritual de la vida infinita de la Persona de Dios. La vida que experimentan los hombres "muertos en delitos y pecados" y "alejados de la vida de Dios" no es en forma alguna esa "vida eterna" que Dios les ofrece a los hombres en Jesucristo, su Hijo.

Para el cumplimiento de sus propósitos eternos, Dios creó al hombre a su propia imagen—una inteligencia moral con la facultad de iniciativa y de volición, un ser espiritual con la capacidad de conocer a su Creador y de compartir su vida en toda su plenitud. Para proveer la ocasión para el ejercicio de la facultad moral y espiritual del hombre, y para darle una oportunidad de adorar a su Creador y de tener fe en El, Dios confrontó al hombre con una prueba moral sencilla, pero esencial. Le dijo a Adán en el Huerto: "De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás" (Génesis 2:16, 17).

La sencilla prueba le presentó un desafío a la fe de Adán. El primer hombre nada sabía de la muerte, ni por experiencia ni por observación, y sólo por la fe podía captar el hecho de la muerte. El aceptar la realidad de la muerte, en estas circunstancias, como un peligro verdadero, y sólo porque su Creador se lo había dicho, era equivalente a ejercer fe en Dios mismo como la fuente de su propia vida. De esta manera, por la fe Adán evitó la muerte y participó en la vida eterna de Dios. En tanto que continuó viviendo en fe obediente, continuó en la vida eterna.

² A. T. Robertson, *Word Pictures in the New Testament*, Vol. V, p. 50.

Desde el principio de la historia humana ha sido cierto que "el justo por la fe vivirá" (Hebreos 10:38). Este principio cardinal postulado por el profeta Habacuc y repetido tres veces en el Nuevo Testamento, ha regido las relaciones personales de los hombres, individualmente, con Dios, en todas las generaciones. Aunque ha tenido diversos modos de expresión en diferentes circunstancias, el principio mismo ha sido constante y fundamental desde la creación del hombre. Rigió la relación espiritual de Adán con Dios en el Edén. Dios le había advertido a Adán que la paga de la transgresión era la muerte. "El día que de él comieres, ciertamente morirás" (Génesis 2:17). Y así fue como ocurrió:

Cuando Adán pecó, la muerte vino inmediatamente; pero en lo que tocaba al cuerpo, su separación completa del alma requirió más de novecientos años. Pero el alma murió inmediatamente, al instante; el lazo que la ligaba con el Espíritu Santo se cortó, y sólo sus hiladuras hechas trizas quedaron activas en los sentimientos de vergüenza.³

Aunque Adán se sepultó por el pecado en la muerte espiritual, y se vio privado de la vida eterna de su Creador en la que había participado por la fe, el primer hombre no quedó abandonado a una desesperación eterna. "Aunque Dios castigó a Adán y a Eva, no los maldijo, como hizo con la serpiente, pues ellos dos eran candidatos a ser restaurados."⁴ Dios inmediatamente prometió la venida de un Redentor: "la simiente de la mujer" (Génesis 3:15), quien aplastaría la cabeza de la serpiente.

Es evidente en las Escrituras (Génesis 3:21; 4:4; Hebreos 11:4) que Dios también instituyó la ordenanza de los sacrificios animales en el Edén. Fue también por la fe, y no por "buena suerte" que Abel ofreció a Dios un sacrificio aceptable. Puesto que "la fe viene por el oír," es evidente que Dios instituyó los sacrificios animales como una ordenanza que los hombres habían de observar, y que lo hizo antes de la acción de fe de Abel. La ordenanza servía como una representación de ese "sacrificio por los pecados para siempre" que sería provisto al final "mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para

³ Abraham Kuyper, *The Work of the Holy Spirit*, p. 281.

⁴ E. Harold Browne, *Commentary on the Holy Bible* (ed. F. C. Cook), Vol. I., p. 40.

siempre" (Hebreos 10:10-14). Esta ordenanza les ofrecía a los pecadores un medio por el cual podían acercarse a un Dios justo, en arrepentimiento y fe, y tener comunión con El, y disfrutar de su perdón y salvación misericordiosos.

No necesitamos suponer que cada persona que ofreció un sacrificio animal estaba enteramente al tanto del significado profético de la ordenanza. Aun los apóstoles fallaron en este punto, pues hasta ellos dejaron de asociar la ordenanza con la inminente muerte de Jesús, cuyo propósito y significado no lograron percibir sino hasta después de la resurrección. Pero el hecho de que los hombres no comprendieran el significado profético de la ordenanza de sacrificios animales no impugnaba su validez ante los ojos de Dios.

Cada vez que se ofrecía un sacrificio se daba en efecto una lección objetiva, que proclamaba el principio del sacrificio vicario y de la expiación substitucionaria. Cuando menos eso sí podían entender y apreciar los hombres que lo veían. El que el hombre ofreciera el sacrificio señalado constituía una confesión de su pecado y de su necesidad de purificación y redención. Era también expresión de su fe en Dios y una petición de gracia y de perdón. Aunque la ofrenda de sacrificios animales no hizo "perfectos a los (individuos) que se acercan" (Hebreos 10:1), Dios se agradaba con la fe de los que así le adoraban, que se expresaba en el acto del sacrificio, y por lo tanto les imputaba esa justicia que había de impartírseles a todos los creyentes de todas las edades mediante la ofrenda de una vez y para siempre que Cristo haría; ofrenda que todavía no se había consumado, pero que era eterna en el propósito de Dios.

La reconciliación del hombre con Dios y su restauración a la participación en la vida eterna de su Creador, requerían nada menos que una expiación perfecta y completa por todo su pecado. Los sacrificios animales no podían lograr esto: "Porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados" (Hebreos 10:4). Pero un Redentor apareció "para quitar de en medio el pecado . . ." (Hebreos 9:26), y para ofrecer por la redención de los pecadores su propia sangre preciosa, "como de un Cordero sin mancha y sin contaminación" (I Pedro 1:19).

La paga del pecado es muerte, tanto espiritual como física. Jesús pagó el castigo completamente, a un costo terrible para Sí mismo. No podemos imaginar el dolor físico de la crucifixión. Pero así de terrible, ese dolor no marcó la verdadera medida del "vaso" que tuvo que beber, de su agonía. La oscuridad que cubrió la tierra desde la hora sexta hasta la hora novena, mientras Jesús sufrió en la cruz, era simbólica de la desolación y la muerte espirituales que se cernieron sobre nuestro santo Salvador cuando Dios "cargó en él el pecado de todos nosotros" y El que no había conocido pecado "por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él" (II Corintios 5:21). Su *alma* fue puesta en expiación por el pecado, y El "derramó su vida hasta la muerte" (Isaías 53:10, 12). Del abismo de la desolación y la muerte espirituales salió ese grito angustioso: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" Atrás había quedado la comunicación preciosa de las horas anteriores en las que había podido decir: "*Padre*, perdónalos. . ." Ya ni siquiera decía: "Padre," sino "*Dios* mío." Y Dios le había abandonado. Estaba solo en su agonía de cuerpo y en su desolación de espíritu y alma. El Hijo del Hombre, hecho pecado por todos los culpables hijos de Adán, y exiliado de la santa presencia del Padre, gimió con toda la angustia del mismo infierno: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" El "derramó su vida hasta la muerte."

"¡Consumado es!" El grito triunfante de nuestro Salvador marcó la conclusión de la ofrenda de su alma por el pecado. Había bebido el vaso amargo hasta sus últimas viles gotas. El veneno furioso del pecado había descargado toda su fuerza en él. Pero el golfo terrible causado por el pecado había desaparecido para siempre. Una vez más El pudo entrar en la presencia gloriosa del Padre: "Padre, en tus manos. . ." Inclinando la cabeza, entregó su espíritu, y el cuerpo en el que había llevado nuestros pecados al árbol de redención se volvió presa de la muerte. El castigo cabal del pecado había sido pagado.

En la vida y la muerte de Jesús se había absuelto la santidad de Dios y su justa ley, y la justicia divina había sido satisfecha para siempre. En la cruz de Cristo se han encontrado la ira y la

gracia. "La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron" (Salmos 85: 10) en la cruz de Aquel que es nuestra paz. Ahora Dios puede ser "justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús" (Romanos 3: 26). En Cristo se ha obrado la propiciación—una propiciación objetiva que es eficaz para todos los que creen.

Aunque ningún hombre jamás dijera: "Tú, oh Cristo, eres todo lo que yo quiero; más que todo encuentro en ti," Dios lo dice. Cristo y su obra tienen este valor absoluto para el Padre, cualquiera que sea la opinión que de El tenga esta y esa otra persona. Y así como sólo sobre la base de Cristo y su obra la reconciliación se vuelve un hecho consumado, es una verdad estricta decir que la reconciliación—en el sentido del retorno del hombre a Dios y el ser aceptado por El— se basa en una propiciación objetiva. Por cuanto las demandas divinas han sido satisfechas por Cristo, el camino ha quedado abierto para que los pecadores regresen a Dios mediante el Salvador.⁵

Se ha logrado una reconciliación objetiva para toda la humanidad. Jesús "se dio a sí mismo en rescate por todos" (I Timoteo 2: 6), y "por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida" (Romanos 5: 18), pues "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo" (II Corintios 5: 19 y resto). Pero lo que ha sido provisto el hombre debe ahora apropiarse; lo que es objetivo ha de volverse subjetivo. Por lo tanto, "reconciliaos con Dios" (v. 20). La reconciliación con Dios en Cristo se vuelve realidad para los hombres, individualmente, sólo conforme cada uno de ellos confía en El. Siempre sigue siendo cierto que "el justo por la fe vivirá."

Los hombres que no participan por la fe en la redención en Cristo están "muertos en sus delitos y pecados" y "ajenos de la vida de Dios" (Efesios 2: 1; 4: 18). Pero tales hombres todavía portan la imagen de Dios (aunque esté deformada por el pecado) y todavía conservan la capacidad de participar en la vida de su Creador. Son el objeto del amor infinito de Dios, quien anhela compartir con ellos su propia vida eterna, mediante Cristo.

"Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida" (I Juan 5: 11,

⁵ James Denney, *The Christian Doctrine of Reconciliation*, p. 235.

12). Hablando de los que lo escuchan y lo siguen: "Yo les doy vida eterna." Pero el don de la vida eterna no puede ni ser recibido ni poseído aparte del Dador, quien dijo de Sí mismo: "Yo soy el camino . . . y la vida; nadie viene al Padre sino por mí." Tenerle es tener vida, pues Cristo es nuestra vida (Colosenses 3:4). Kuyper escribe:

Es cierto que en el alma del regenerado hay un principio vital, pero la fuente de su energía está fuera de nosotros mismos, en Cristo. Hay una morada, pero no saturación. El que mora y su casa son dos cosas distintas. Por ende en el hombre regenerado la vida es de afuera, su asiento no está en sí mismo. . . . El obtener gas de la compañía de la ciudad es una cosa; manufacturarlo, al propio costo de uno, en su propio establecimiento, es enteramente diferente. El hijo regenerado de Dios recibe vida directamente de Cristo, quien está fuera de él, a la diestra del Padre, mediante los canales de la fe.⁶

Aunque está corporalmente a la diestra del Padre en el cielo, Cristo sin embargo mora en nuestros corazones por la fe, espiritualmente (Efesios 3:17). Su promesa e invitación de gracia es: "Permaneced en mí, y yo en vosotros" (Juan 15:4). Su presencia que mora en todos los que permanecen en El, es en sí misma, el otorgamiento de la vida. "Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida."

Es igualmente cierto que "El que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida." No hay vida eterna para los hombres aparte de El. La misericordiosa invitación de gracia de nuestro Salvador es: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. . . . El que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente" (Juan 7:37; Apocalipsis 22:17). Pero la mayoría de los hombres que escuchan la invitación evangélica a la vida eterna no la aceptan, por una razón u otra. Como los hombres que fueron invitados a la gran cena, de la parábola del Señor (Lucas 14:16-24), tienen otros intereses. Muchos, a pesar de que se dan cuenta de una hambre desesperada de corazón y de alma, no están dispuestos a creer que sólo Cristo puede satisfacer. Como dijo Jesús: "No queréis venir a mí para que tengáis vida" (Juan 5:40). Se pasan sus días y su fuerza acumulando a su derredor todas las novedades.

⁶ Kuyper, *op. cit.*, p. 279.

Nosotros, los que conocemos a Cristo como Salvador y Señor, haríamos bien en preguntar: ¿Hemos fracasado en la asignación de demostrar persuasivamente que hemos encontrado a Uno que satisface los anhelos más profundos y que mitiga todas las necesidades de los que confían en El? En el hermoso Cantar de los Cantares, no es sino hasta después de que la Esposa ha declarado las excelencias de su Amado—"señalado entre diez mil"—que las hijas de Jerusalén, que al principio habían protestado diciendo: "¿Qué es tu amado más que otro amado?" se conmueven y exclaman: "¿A dónde se apartó tu amado, y lo buscaremos contigo?" (Cantar de los Cantares 5:9—6:1). Amigo cristiano, a menos que nuestro testimonio del Salvador sea atractivo y persuasivo, los seres inconversos que viven a nuestro derredor, y que están perdidos, no conocerán a Aquel que dijo: "Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia" (Juan 10:10).

Y esta es la vida eterna; que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.

JUAN 17: 3

¿Puede Perderse la Vida Eterna?

Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida. . . . De cierto, de cierto os digo, que el que guarda mi palabra, nunca verá muerte.

* * *

Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre. Y esta es la promesa que él nos hizo, la vida eterna.

* * *

Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.

JUAN 6: 63; 8: 51

I JUAN 2: 24, 25

I JUAN 5: 11, 12

CAPITULO IV

¿PUEDE PERDERSE LA VIDA ETERNA?

LOS CRISTIANOS HAN estado divididos por mucho tiempo en cuanto al asunto de que si un hombre, que una vez fue salvo, puede subsecuentemente perder su salvación. Millones de cristianos sinceros, y miles de estudiantes fieles de la Biblia han defendido la doctrina de la perseverancia de los santos, que se define popularmente como "una vez en gracia, siempre en gracia." Otros millones de cristianos, igualmente sinceros y devotos, se han opuesto a esa doctrina.

Desgraciadamente, muy a menudo hombres buenos de ambos bandos han puesto a un lado la caridad cristiana en el fervor de la contienda teológica. No debería ser así. Algunos grupos cristianos han demostrado que la pregunta no tiene que volverse una prueba para el compañerismo, y que hombres cristianos de buena voluntad de ambas posiciones pueden unirse en la proclamación de la gracia salvadora de Dios en Cristo. Por otro lado, el asunto de la validez de la doctrina tan popular de la seguridad incondicional es cosa que tiene más que interés académico. Uno no puede aceptar o rechazar a la ligera una doctrina de tal magnitud.

En cualquier consideración de la pregunta que nos confronta, lo que debe interesarnos es: "¿Qué dicen las Escrituras?" En todas sus enseñanzas, nuestro Señor y los apóstoles apelaron constantemente a las Santas Escrituras. A ellas debemos dirigir nuestra primera y nuestra final apelaciones al considerar la doctrina de la seguridad del creyente.

I.

En este capítulo consideraremos cuatro discursos del Señor Jesús, el primero de los cuales es la interpretación que El mismo

dio de su parábola del sembrador, de acuerdo a Lucas (capítulo 8):

11 Esta es, pues, la parábola: La semilla es la palabra de Dios.

12 Y los de junto al camino son los que oyen, y luego viene el diablo y quita de su corazón la palabra, para que no crean y se salven.

13 Los de sobre la piedra son los que habiendo oído, reciben la palabra con gozo; pero éstos no tienen raíces; creen por algún tiempo, y en el tiempo de la prueba se apartan.

14 La que cayó entre espinos, éstos son los que oyen, pero yéndose, son ahogados por los afanes y las riquezas y los placeres de la vida, y no llevan fruto.

15 Mas la que cayó en buena tierra, éstos son los que con corazón bueno y recto retienen la palabra oída, y dan fruto con perseverancia.

Hagamos ahora dos observaciones de estas palabras de nuestro Señor. Primero, es posible que alguien crea sólo temporalmente (v. 13). Claro que inmediatamente nos confronta esta pregunta ¿qué significa la palabra *creer*? ¿Denota aquí la fe que realmente salva, o es un "creer" que es punto menos que la verdadera fe de salvación?

La palabra *pisteuō* posee latitud. En el Nuevo Testamento esta palabra se usa "especialmente para denotar la fe por la cual un hombre recibe a Jesús, o sea, una convicción, llena de confianza gozosa, de que Jesús es el Mesías—el Autor divinamente nombrado de la salvación eterna en el reino de Dios, a la que acompaña la obediencia a Cristo."¹ Pero es cierto que la palabra se puede usar con referencia a una convicción que es punto menos que la fe que realmente se apropia o echa mano de Cristo como Salvador (véase Juan 2: 23-25; Santiago 2: 19).

El contexto, que necesariamente es una consideración principal en cualquier exégesis, tiene en este caso que consultarse para establecer el significado preciso de *pisteuousin*, en el versículo 13. El uso de la palabra en el versículo 12 establece su significado con el que se le usa en la parábola. Es muy claro que se trata de creer para salvación: ". . . para que no crean y se salven."

¹ Thayer, *Greek-English Lexicon of the New Testament*, p. 511.

No hay razón presente aquí para asignarle un significado diferente a la palabra, tal como aparece, o en su uso del versículo 13, y cualquier exégesis que lo requiera es obviamente el resultado del prejuicio. Los que "creen por algún tiempo" son aquí descritos por el Señor como personas que han hecho un principio sincero en la vida de fe. El lenguaje y el contexto impiden cualquier otra conclusión. Su caída subsecuente no altera el hecho o la verdad de que su acto de creer, mientras duró, era la fe de salvación.

La segunda observación que queremos hacer en cuanto a esta parábola de nuestro Salvador es esta: los que "dan fruto con perseverancia" (*hupomonē*, firmeza, paciencia, perseverancia) son aquellos que "retienen la palabra oída," o sea que la han oído y guardado (v. 15), en contraste con los que creyeron sólo "por algún tiempo." "Esta última palabra (*hupomonē*) da la nota clave de la parábola."² Es esencial que los que reciben la palabra, "la retengan" (*katechō*, aferrarse, conservar una posesión firme, ceñir intensamente).

El Señor Jesús declara en Juan 8:51 la necesidad de que un hombre retenga fielmente la Palabra salvadora después de haberla recibido: "De cierto, de cierto os digo, que el que guarda (*tēreō*, retener y observar) mi palabra, nunca verá muerte." Algo muy similar nos dice en Lucas 11:28, "Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan" (*phulassō*, guardar, observar). El contexto (vrs. 24-28) indica que observar y retener fielmente la Palabra, después de oírla y recibirla, es el camino de la liberación y salvación continua.

Advirtiendo que algunos "apostatarán de la fe," Pablo amonesta a Timoteo, pastor de la iglesia en Efeso, que tenga "cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren" (I Timoteo 4:1, 16). Les advierte a los corintios que si ahora son salvos mediante el evangelio que aceptaron cuando él se los predicó, lo son (*sōzesthe*, presente indicativo pasivo) "si retenéis (*katechete*, presente indicativo) la palabra que os he predicado" (I Corintios 15:1, 2).

² W. F. Adeny, *The New Century Bible: St. Luke*, p. 217.

Santiago exhorta a sus hermanos a que continúen recibiendo "con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas" (1:21). El apóstol Juan les advierte a sus queridos hijos en la fe en contra de los esfuerzos de apóstatas de extraviarlos mediante doctrinas falsas, al escribirles: "lo que habéis oído desde el principio (el verdadero evangelio), permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre. Y esta es la promesa que él nos hizo, la vida eterna" (I Juan 2: 24-25; véase también II Timoteo 3: 13-15; Colosenses 1: 21-23).

El testimonio de nuestro Salvador y de los escritores del Nuevo Testamento es que a la recepción inicial de la palabra del Evangelio debe seguir una retención fiel, si los hombres han de continuar en la gracia salvadora de Cristo y en la vida eterna de Dios.

II.

El segundo discurso de Jesús que consideraremos es su parábola del Señor y el siervo infiel (Lucas 12):

42 Y dijo el Señor: ¿Quién es el mayordomo fiel y prudente al cual su señor pondrá sobre su casa, para que a su tiempo les dé su ración?

43 Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así.

44 En verdad os digo que le pondrá sobre todos sus bienes.

45 Mas si aquel siervo dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir; y comenzare a golpear a los criados y a las criadas, y a comer y beber y embriagarse,

46 vendrá el señor de aquel siervo en día que éste no espera, y a la hora que no sabe, y le castigará duramente, y le pondrá con los infieles.

Algunos han discutido que el siervo infiel de los versículos 45 y 46 nunca representó a un verdadero discípulo, sino a un hipócrita desde un principio, y que la súbita aparición del Señor sencillamente pone fin a sus falsas pretensiones de discipulado. Tal argumento descansa en dos proposiciones sin fundamento:

Primera, se tiene que aceptar que la parábola presenta dos siervos, uno de los cuales resulta ser fiel, y el otro resulta infiel. Pero Jesús no habló de dos siervos. Todo lo contrario, El habló

solamente de "aquel siervo" (*ho doulos ekeinos*). El pronombre demostrativo *ekeinos* es enfático. El lenguaje que tenemos aquí impide asumir que hay más de un siervo en la parábola.

La segunda proposición errónea en la que se basa el argumento de la hipocresía original tiene que descansar deduciendo que el señor desconocía el verdadero carácter de su siervo cuando lo nombró, o sea que fue engañado por su hipocresía. Esto podría pasar en los asuntos de los hombres comunes y corrientes; pero no le puede pasar a nuestro Salvador, quien representa al Señor en la parábola. Si bien es cierto que muchos de los que se dicen ser siervos de Cristo no lo conocen ni le siguen como Salvador y Señor, es igualmente cierto que Cristo mismo no les puede encomendar responsabilidades personales en su servicio santo a hombres que no le pertenecen. Y es sempiternamente cierto que "conoce el Señor a los que son suyos" (II Timoteo 2: 19).

Es obvio que la parábola de Jesús no se aplica a hombres que no lo conocen como Salvador y Señor, y que no han tratado sinceramente de seguirlo y servirlo. Su parábola atañe solamente a los hombres que lo conocen y a quienes El les encomienda responsabilidades solemnes como sus discípulos verdaderos.

He aquí un análisis correcto de la parábola:

La Pregunta (v. 42): "¿Quién es el mayordomo fiel y prudente a quien su Señor recompensará cuando venga?"

La Respuesta (v. 43): "Aquel siervo al cual, cuando su Señor venga, le halle haciendo" como se le ha ordenado.

La Recompensa (v. 44): "Le pondrá sobre todos sus bienes."

El Peligro (v. 45): "Aquel siervo" puede volverse descuidado y llegar a ser infiel durante la larga ausencia de su señor.

El Castigo (v. 46): El señor vendrá inesperadamente y "le castigará duramente" y "le pondrá con los infieles."³

³ Apistos puede significar "infiel" en el sentido de incrédulo; o de no ser

Tal vez algunos quieran argüir que la parábola, después de todo, es sólo hipotética, lo que desde luego se puede entonces decir respecto a *todas* las parábolas de Jesús. Pero este argumento no carece de valor. Nuestro Señor no dio sus parábolas para entretener, sino para que fuesen vehículos de verdades espirituales solemnes. Además de cualquiera otra cosa que enseñe esta parábola de nuestro Señor, no se puede negar que enseña muy claramente que uno que sea verdadero discípulo de Cristo, a quien El conozca y haya confiado responsabilidades solemnes puede, por descuido y confianza en sí mismo, apartarse del sendero de la fidelidad y finalmente heredar vergüenza y ruina eternas.

La tesis de que hay dos cursos posibles que el discípulo puede tomar durante la larga ausencia de su Señor es verificada en Lucas 12:39. Jesús declara aquí que el padre de familia que permitiese que el ladrón entrase en su casa, *podía* haber velado si así lo hubiera escogido hacer. La misma tesis se postula frecuentemente en el Nuevo Testamento, y tal vez más concisamente en Hebreos 10:38 que en cualquier otro lugar: "Mas el justo vivirá por fe; y si⁴ retrocediere, no agradaará a mi alma."

fidedigno, indigno de confianza. El significado preciso de la palabra en el v. 46 no es de importancia, puesto que las Escrituras afirman constantemente que la fidelidad en servir es el fruto del cual la verdadera fe es la raíz.

⁴ No hay justificación en el texto griego para insertar las palabras *cualquier hombre*, como hacen algunas traducciones. Se le atribuye la introducción de *tis* en el texto de Hebreos 10:38 a Beza. Bloomfield comenta: "La razón ostensible de Beza al introducir *tis* es que, al hacerlo, evitaba otra traducción, que no era compatible con sus opiniones teológicas. . . . Cuando Beza tradujo: 'Mas el justo por la fe vivirá; pero *cualquier* hombre que retrocediere, no agradaará a mi alma,' sus dos métodos de excluir al 'hombre justo' de ser el sujeto de la última cláusula: 1. introduciendo las palabras 'cualquier hombre;' y 2. al transferir el desagrado de Dios de la *persona* que se retira, o retrocede, (él) al acto de retroceder (ello)—indican falta de buena fe, o una concesión indebida a opiniones teológicas. . . . Aunque (Calvino) no se aventuró en cuanto al cambio introducido por Beza, sin embargo, se esforzó por suprimir el sentido que naturalmente resaltaba de las palabras, al traducir, *ean huposteilētai*, 'si *subductus fuerit*;' a pesar de que tal cosa evidentemente es diferente del *usus loquendi* de ambos escritores clásicos y bíblicos. Y, puesto que no habría sido conveniente intentar justificación alguna de esta versión, Calvino escogió (en contra a su costumbre) guardar silencio en cuanto a estos versículos. Nada es más claro que todos los métodos aquí descritos tenían como su intención (tal como lo dice Adam Clarke) 'salvar la doctrina de la perseverancia final e incondicional: doctrina que este texto destruye.'"—S. T. Bloomfield, *The Greek Testament with English Notes, Critical, Philosophical, and Exegetical*, Vol. II, p. 457.

Pablo reconoció la temible posibilidad de que al fin fuese rechazado, si se permitía a sí mismo volverse descuidado y tolerante hacia el pecado. En I Corintios 9:27 el apóstol declara su propósito de seguir poniendo su cuerpo en servidumbre, con sus apetitos carnales, "no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado."

Muchos han interpretado que el temor que Pablo tenía no era de perder su salvación, sino más bien que llegase a encontrarse incapacitado de dar más servicio como apóstol, y que por ende perdiera la recompensa cabal que la fidelidad logra. Los que así piensan echan mano de la primera parte del capítulo 9, a guisa de contexto, especialmente los versículos 16-18. Pero este método pasa por alto el significado del contexto inmediato, 9:23—10:14. El famoso erudito A. T. Robertson escribe: "Pablo trae a colación la experiencia de los israelitas en el desierto como una confirmación de la declaración que ha hecho de sí mismo en 9:26 y 27, y como una advertencia poderosa a los corintios que pudiesen ser tentados a coquetear con las costumbres idólatras de sus vecinos. Esto no era un peligro imaginario, sino muy real."⁵ La influencia del contexto inmediato establece el hecho de que el temor de Pablo era la posibilidad de perder no oportunidades de servicio o sus recompensas, sino la salvación de su propia alma.

Es digno de notar que Pablo usa el mismo adjetivo (*adokimos*) en su advertencia a los corintios (II Corintios 13:5) de que se examinen a sí mismos para discernir si realmente están en la fe de Jesucristo y si El mora en ellos. Pablo les declara que Cristo no mora en ninguno que sea *adokimoi*. Personas tales no pueden estar en gracia, puesto que "el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida." Por lo tanto, el temor de Pablo de que pudiera llegar a ser *adokimos* no es meramente un temor de que él pudiera perder algunas de sus oportunidades y la recompensa por su servicio como apóstol. A. T. Robertson comenta sobre I Corintios 9:27, de la siguiente manera:

La mayoría de escritores interpretan que Pablo se refiere a la posibilidad de ser rechazado en su salvación personal al final de la carrera. El no presume de tener la perfección absoluta (Filipenses 3:12) y por

⁵ A. T. Robertson, *Word Pictures in the New Testament*, Vol. IV., p. 151.

lo tanto sigue adelante. Al final tiene una confianza serena (II Timoteo 4: 7), pues ha corrido la carretera y ha ganado la batalla. Es un pensamiento que nos humilla a todos nosotros el ver este temor sano, en vez de una autosuficiencia antipática en el más grande de todos los heraldos de Cristo.⁶

III.

El tercer discurso de Jesús que consideraremos aquí es la Parábola de la Ley del Perdón (Mateo 18):

21 Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete?

22 Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete.

23 Por lo cual el reino de los cielos es semejante a un rey que quiso hacer cuentas con sus siervos.

24 Y comenzando a hacer cuentas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos.

25 A éste, como no pudo pagar, ordenó su señor venderle, y a su mujer e hijos, y todo lo que tenía, para que se le pagase la deuda.

26 Entonces aquel siervo, postrado, le suplicaba, diciendo: Señor, ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo.

27 El señor de aquel siervo, movido a misericordia, le soltó y le perdonó la deuda.

28 Pero saliendo aquel siervo, halló a uno de sus consiervos, que le debía cien denarios; y asiendo de él, le ahogaba, diciendo: Págame lo que me debes.

29 Entonces su consiervo, postrándose a sus pies, le rogaba diciendo: Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo.

30 Mas él no quiso, sino fue y le echó en la cárcel, hasta que pagase la deuda.

31 Viendo sus consiervos lo que pasaba, se entristecieron mucho, y fueron y refirieron a su señor todo lo que había pasado.

32 Entonces, llamándole su señor, le dijo: Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste.

33 ¿No debías tú también tener misericordia de tu consiervo, como yo tuve misericordia de ti?

⁶ *Ibid.*, p. 150.

34 Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía.

35 Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas.

Aquí Jesús enseña que el perdón de Dios, aunque es otorgado completa y gratuitamente por pura misericordia y gracia a pecadores que no lo merecen, sigue siendo sin embargo, condicional, y depende de la reacción subsecuente del individuo al perdón misericordioso que ha recibido. Esta es la enseñanza de su parábola. El negar esto es negar que la parábola tiene significado alguno.

Algunos pretenden evadir el asunto al insistir que la enseñanza de esta parábola pertenece a otra dispensación.⁷ Permítasenos observar aquí que tal objeción constituye una admisión tácita de que la doctrina de la seguridad incondicional no puede ser establecida en la era pre-cristiana. También constituye un argumento o contención de que la fe de salvación en la era presente difiere esencialmente de la fe de salvación en eras anteriores. Lo que es más, parece extraño que los hombres le prohibieran a Jesús el privilegio de enseñar, durante su ministerio terreno, cualquier gran principio que gobierna la relación del hombre con Dios—no sólo durante los pocos días que le quedaban de su breve ministerio terreno, sino por toda la edad venidera, para la cual Él estaba aún entonces preparando a sus discípulos. Parece más extraño aún que los hombres que tan fácilmente rechazan gran parte de la enseñanza posterior de nuestro Señor, al argüir que “no se aplica a la presente dispensación” no titubean en aceptar muchas de sus enseñanzas anteriores (la de Nicodemo, por ejemplo), como que se aplican cabalmente a la edad presente. Un amigo mío me dijo durante el curso de una conversación que él hasta negaba que las palabras de nuestro Señor en Juan 15 tengan nada que ver con nuestra relación a Cristo hoy, puesto que fueron dichas “antes del Calvario,” ¡unas cuantas horas! ¡Con qué manos tan delicadas y frágiles pueden estos que ágilmente “dividen la palabra” hacer un tajo certero, con su hurda hacha hermenéutica!

⁷ Cf. Lewis Sperry Chafer, *Systematic Theology*, Vol. III, p. 292.

Es cierto que Jesús hizo mención de ciertos aspectos legales y ceremoniales de la economía mosaica que no tienen aplicación en nuestro día. Pero es igualmente cierto que El enunció principios cardinales que gobiernan la relación espiritual del hombre con Dios, que son tan válidos hoy como cuando los postuló. Uno de estos principios, de acuerdo a su enseñanza en la Parábola de la Ley del Perdón, es que el verdadero arrepentimiento hacia Dios está asociado inseparablemente de nuestra actitud hacia nuestros semejantes, y que no puede existir desligado de un espíritu caritativo y perdonador hacia los demás.

Tal arrepentimiento verdadero, como la fe sencilla y la retención fiel de la palabra salvadora del Evangelio, es necesario—no sólo por un momento pasajero en ese instante en que la persona se convierte—sino continuo y constante, como una condición esencial del perdón y de la salvación. “Así también mi Padre celestial hará con vosotros,” advirtió Jesús, “si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas.” El Señor Jesús en efecto estaba advirtiendo que era posible que Pedro, y otros que habían conocido la gracia perdonadora de Dios, pudiesen perder ese perdón. La gracia perdonadora de Dios no puede morar en corazones amargos y rencorosos. El que se niega a perdonar a su hermano no se ha dado cuenta verdaderamente de cuánto necesita el perdón de Dios, ni un derecho justo a su perdón de gracia. “Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.”

IV.

El cuarto discurso que consideraremos ahora contiene algunas de las palabras más solemnes e íntimas que nuestro Salvador pronunció jamás en cuanto a la naturaleza de la relación entre El y todos los que serían suyos. Las palabras fueron dichas en la víspera de su traición, poco después que El había instituido la cena sencilla que debe servir como memorial de su muerte hasta que El venga, y que es el símbolo de nuestra participación, por la fe, del cuerpo y de la sangre de quien es nuestra vida (Juan 15):

1 Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador.

2 Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto.

3 Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado.

4 Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí.

5 Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.

6 El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden.

Estas palabras de nuestro Señor contienen un axioma cardinal de la vida cristiana—tan cardinal que son como el principio básico que gobierna la relación de Cristo con el individuo durante su peregrinación terrestre en un universo moral y espiritual. Cada pasaje bíblico pertinente y cada consideración del asunto de la relación de un individuo con el Salvador debe considerarse y evaluarse a la luz de este principio fundamental enunciado por nuestro Señor.

Antes de examinar ese principio en su escenario en nuestro pasaje, consideremos dos versículos del discurso de Jesús en Juan 6, en los que el principio es gráfica y vívidamente postulado: “El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí” (Juan 6: 56, 57).

Jesús declara aquí que, así como El deriva vida del Padre que le envió, de igual manera todos los que participan de El por la fe vivirán por El, y El morará en ellos y ellos en El. El expositor Robertson escribe lo siguiente sobre el versículo 57:

El Padre es la fuente de la vida y por lo tanto “yo vivo por el Padre” (*kágō zō dia ton patera*). El que me come (*ho trōgōn me*). Una expresión todavía más audaz de la apropiación mística de Cristo (51, 53, 54, 56). Por mí (*dí' eme*). La misma idea aparece en 14: 19. “Porque yo vivo, vosotros también viviréis.” Véase 11: 25. Jesucristo es nuestra base de esperanza y garantía de inmortalidad. La vida está

en Cristo. . . . Como el Padre es la fuente de vida para Cristo, así Cristo es la fuente de vida para nosotros.⁸

Lo que Robertson describe como “la apropiación mística de Cristo” es más que una apropiación de una vez por todas, “puntiliar”—o sea, el acto de un momento; es un proceso continuo de apropiación. Esta verdad es expresada por los participios presentes *ho trōgōn* y *pinōn*. Es cierto que “el participio con el artículo a veces pierde mucha de su fuerza verbal.”⁹ Pero los participios presentes que estamos tratando aquí no pueden ser considerados como que hayan perdido el aspecto de duración acostumbrado en los participios presentes, dada la influencia del contexto. *Menō* (permanecer) y *saō* (vivir) son necesariamente verbos de duración, desde el punto de vista tanto de *Aktionsart* y de su significado intrínseco, y su influencia (del contexto) impone una cualidad de duración a los participios presentes de la que, bajo cualesquier otras circunstancias, podrían carecer por la presencia del artículo. Casi todos los traductores contemporáneos han reconocido este factor. Veamos, por ejemplo, algunas de sus traducciones:

Williams: “Todo aquel que continúa comiendo mi carne y bebiendo mi sangre continúa viviendo en unión conmigo, y yo en unión con él. Así como el Padre viviente me ha enviado y yo vivo en el Padre, igualmente cualquiera que sigue comiéndome vivirá por mí.”¹⁰

Montgomery: “El que se alimenta de mi carne y bebe mi sangre habita en mí, y Yo en él. Tal como el Padre viviente me ha enviado, y Yo vivo por el Padre, así también el hombre que se alimenta en mí vivirá por mí.”¹¹

Verkuyl: “Aquel que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí, y Yo en él. Así como el Padre que imparte vida me envió y

⁸ Robertson, *op. cit.*, Vol. V, p. 112.

⁹ A. T. Robertson, *A Grammar of the Greek New Testament in the Light of Historical Research*, p. 892.

¹⁰ *The New Testament: A Translation in the Language of the People*, por Charles B. Williams, Moody Press, Chicago. Usado con permiso.

¹¹ De *The New Testament in Modern English*, por Helen Barrett Montgomery, copyright 1924, 1952, por *The American Baptist Publication Society*, Philadelphia. Usado con permiso.

Yo vivo mediante el Padre, así todo aquel que se nutre de Mí vivirá por Mí."¹²

Procedamos ahora a postular el principio básico (de fundamento) que gobierna la relación de Cristo con un individuo tal como lo implican las palabras del Señor en Juan 15:1-6:

Durante el curso de esta peregrinación terrestre, la relación del individuo con Cristo nunca es una relación *estática* que existe como consecuencia irrevocable de una decisión acción o experiencia pasada. Más bien, es el hecho de que el creyente y el Salvador habitan mutuamente el uno en el otro; es la participación de una vida común que emana de Quien es "nuestra vida" (Colosenses 3:4). Para el creyente, es una participación viviente que procede de una fe viviente en un Salvador viviente. El principio se reduce a su declaración más sencilla posible en las palabras de Jesús: "Permaneced en mí, y yo en vosotros" (Juan 15:4).

Observemos tres verdades esenciales en la enseñanza de nuestro Señor en Juan 15:1-6. Primera, esta inter-habitación mutua de los discípulos y el Salvador depende de la voluntad de los discípulos. "Permaneced (*menō*, morar, permanecer, continuar) en mí, y yo en vosotros" (v. 4). La morada de Cristo dentro de los discípulos se presenta como un corolario de que ellos permanezcan o moren en El.

(Algunos han declarado que, a pesar de Juan 15:4, el versículo 16 indica que la decisión realmente yace en Cristo, más que en los discípulos. Han errado al asumir que la decisión, o elección del versículo 16 es con respecto a la salvación. Más bien, la decisión a la que aquí se hace referencia es la del Apostolado, como lo indica bien el contexto (vrs. 15-27). Lucas 6:13; Marcos 3:14; Juan 6:70; 13:18 y Hechos 1:2 son pasajes que tienen referencia, todos ellos, a la misma acción de Cristo de escoger: escoger de entre sus discípulos a algunos para ser apóstoles).

¹² De *The Berkeley Version of the New Testament*, por Gerrit Verkuyl, Zondervan Publishing House, Grand Rapids, Michigan. Usado con permiso.

La segunda verdad que debemos observar es que las consecuencias de continuar morando en Cristo son: que El continúe morando (v. 4a), y la consecuente fructificación del discípulo: "Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto" (v. 5).

La tercera importante verdad es que las consecuencias de dejar de morar en Cristo son: (1) esterilidad, ". . . como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí . . . porque separados de mí nada podéis hacer" (vrs. 4b, 5c); y (2) eliminación, "Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará. . . El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden" (vrs. 2a, 6). Robertson explica:

La única manera de continuar "limpios" (podados) y de dar fruto es mantener una conexión espiritual vital con Cristo (la vid). Judas se ha ido y Satanás sacudirá al resto de ellos como al trigo (Lucas 22: 31). El contentamiento ciego es un peligro para el predicador. . . . Para una rama seca y quebrada no hay nada sino secarse y morir. . . . De esta manera tan vívida se les advierte a los apóstoles en contra de la presunción. Jesús, como la vid, cumplirá su parte de la relación siempre que las ramas, o pámpanos, se conserven en unión vital con El.¹³

Los defensores de la doctrina de la seguridad incondicional invariablemente se han visto en un aprieto para interpretar Juan 15: 1-6. Cuando uno lee sus explicaciones de este breve pasaje, se acuerda del rótulo en el taller de un herrero, que decía: "Aquí se hacen torceduras vistosas de toda clase."

El Obispo Ryle nos exhorta a "recordar siempre que el pasaje que tenemos por delante es una parábola, y como parábola debemos interpretarlo. Debemos tener cuidado de no llevar demasiado lejos el significado de cada palabra y frase en particular . . . más bien debemos ver todo el propósito central y la gran lección que contiene, en vez de considerar cada cláusula."¹⁴ Después de exhortarnos a no examinar cada cláusula y cada palabra excesivamente, el Obispo Ryle procede a declarar de todos aque-

¹³ A. T. Robertson, *Word Pictures in the New Testament*, Vol. V, p. 258.

¹⁴ J. C. Ryle, *Expository Thoughts on the Gospels*, Vol. IV, p. 331.

llos que son arrojados, o echados, de la Vid. "Sin duda hay aquellos que parecen haberse apartado de la gracia, y que retroceden de la unión con Cristo; pero no necesitamos en esos casos, dudar que la gracia (que tuvieron) haya sido verdadera, y que haya sido aparente, y que su unión no fuese verdadera sino ficticia."¹⁵ Claro que este último razonamiento es lo que tienen que inferir los defensores de la seguridad incondicional. Más aún, su corolario inevitable es la declaración de que los "pámpanos en mí" de los que Jesús habló no son necesariamente verdaderos creyentes. Puesto que les es imposible negar que los "pámpanos" caen y son echados, los que proponen la seguridad incondicional se encuentran en la necesidad de "definir" los pámpanos. Por lo tanto, el Obispo Ryle esgrime que ". . . no se puede probar que 'un pámpano en mí' tiene que significar un creyente en Mí. Significa nada más 'un miembro de mi iglesia que ha hecho profesión, un hombre que se ha unido a la compañía de mi pueblo, pero no que se ha unido a Mí.'"¹⁶ Claro que tal posición se hace necesaria si uno quiere defender la doctrina de la seguridad incondicional. Pero a algunos de nosotros se nos hace difícil imaginar a Jesús diciéndoles a sus apóstoles: "Yo soy la vid, y todos los que han profesado ser miembros de mi Iglesia y que se han unido a la compañía de mi pueblo, aunque tal vez no se hayan unido a Mí, son los pámpanos en Mí."

En vena similar, Hengstenberg cita al expositor Lampe quien dice: "En cierto sentido, hasta de los hipócritas se puede decir que están en Cristo, parcialmente porque, en el compañerismo externo de la Iglesia, participan del sacramento de unión con Cristo, y por lo tanto *se ufanan ellos mismos* de estar en Cristo; parcialmente porque *otras personas les consideran* como que pertenecen al cuerpo místico, o cuando menos *se les tolera* en la comunión externa de los discípulos."¹⁷ Pero repetimos que es difícil imaginar que el Señor Jesús diría: "Yo soy la vid, y todos los que participan del sacramento en el compañerismo externo de la Iglesia, y que por lo tanto se ufanan de estar en

¹⁵ *Ibid.*, p. 334.

¹⁶ *Ibid.*, p. 334.

¹⁷ E. W. Hengstenberg, *Commentary on the Gospel of St. John*, Vol. II, p. 244.

Mí, y a quienes otros consideran como que pertenecen a mi cuerpo místico, o cuando menos se les tolera en la comunión externa de mis discípulos, son los pámpanos.”

En forma parecida, y en un intento de reconciliar este pasaje con su teología, Calvino declara que: “. . . hay muchos de quienes se cree que están en la vid, de acuerdo a la opinión de los hombres, que realmente no tienen raíz en ella.¹⁸ Ciertamente, pero le yerra al punto, puesto que Jesús no estaba hablando de las opiniones de los hombres, sino de realidades solemnes—de las cosas tal cual son, no como los hombres imaginan que son. Debemos protestar y postular que cualquier definición de los pámpanos que no pueda fácilmente insertarse en el discurso de nuestro Salvador sin que sea visiblemente incongruente es obviamente inadmisibles. Una vez más reiteramos que no podemos pensar que Cristo hubiera dicho: “Yo soy la vid, y todos aquellos de quienes se cree que están en la vid, de acuerdo a las opiniones de los hombres, algunos de los cuales no tienen realmente su raíz en la vid, son los pámpanos.” Tales definiciones arbitrarias de los pámpanos, por ridículas que sean, son sin embargo inevitables para todos aquellos que nieguen que Jesús enseñó que: hombres que sean verdaderos creyentes pueden finalmente abandonar su fe y dejar de permanecer en El, con el resultado de que morirán siendo echados, secos y al fin quemados.

Por otro lado, todos aquellos que definan los pámpanos como personas que meramente han hecho profesión externa, y que están asociados con la iglesia visible tienen que interpretar que Jesús se refiere, no a sí mismo, sino a la iglesia como “la vid.” Pero el Señor no dijo: “La iglesia es la vid,” sino más bien, “Yo soy la vid.” Ni tampoco habló de “pámpanos en la iglesia,” sino de “pámpanos en Mí.” Quienes intentan reducir el discurso grave y penetrante de nuestro Salvador al nivel de algo meramente externo, mediante la insistencia en que Jesús se refería sólo a la afiliación externa de los que profesan ser cristianos con la iglesia visible, se ven forzados a toda clase de artificios y posiciones absurdas. Permítasenos observar que sólo lo que en primer lugar estuvo vivo puede jamás secarse.

¹⁸ John Calvin, *Commentary on the Gospel According to John*, Vol. II, p. 108.

Terminemos de una vez con “torceduras vistosas de toda clase” como las de aquel herrero, en los intentos fútiles de hombres equivocados de reconciliar Juan 15:1-6 con lo que ellos sincera, pero erróneamente creen que es el mensaje total de las Santas Escrituras respecto al camino de la salvación y de la vida eterna. Reconozcamos la unión de la Vid y de los pámpanos como lo que es—la unión viviente de Cristo con todos los verdaderos creyentes, quienes derivan vida de El, al comer su carne y beber su sangre, tan sencilla y hermosamente simbolizada en la Santa Cena que Jesús había instituido poco antes de su solemne discurso en el que dijo: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos.” Aceptemos en su significado cabal la advertencia grave y amorosa de nuestro Salvador, de que de veras es posible que perdamos la vida eterna si dejamos de permanecer en El, “quien es nuestra vida.”

En su sermón titulado “Los Verdaderos Pámpanos de la Vid Verdadera,” Alejandro Maclaren, el famoso expositor bíblico bautista inglés, dice:

... aun en ese momento, nuestro Señor, con toda su ternura y compasión, no pudo menos que pronunciar (estas) palabras de advertencia—graves, solemnes y trágicas—que salieron de sus labios. A esta generación no le gusta oír las, pues tiene el concepto de que el evangelio es algo sin notas menores, sin amenazas. . . . Pero Jesucristo no pudo hablar de la beatitud de traer fruto y del gozo de la vida en Sí mismo, sin también hablar de lo opuesto: lo terrible de la separación de El, de la esterilidad, de la posibilidad de que los pámpanos se secan y fuesen quemados.

La separación equivale a secarse. ¿Vieron ustedes cuando los niños trajeron a la casa una ramita del campo y la clavaron en una maceta, y cómo en uno o dos días las hojas frescas y verdes se fueron secando, y la florecita perdió su frescura y su belleza, y adquirió un mal olor, y no se pudo hacer nada sino arrojarla al fuego? “Igualmente” nos dice Jesús, “mientras un hombre permanezca en Mí y la savia le llegue, florecerá; pero en cuanto esa conexión se rompa, todo lo que era bello principiará a secarse, y todo lo que era verde se volverá yerto y se volverá polvo, y todo lo que era pétalos se caerá, y ya no habrá fruto jamás.”

Marchitarse significa la destrucción. El lenguaje de nuestro texto es una descripción de lo que le sucede a las ramas de una vid material;

pero aquí es también una representación de lo que le sucede a esos individuos representados o simbolizados por esos pámpanos, por esa cláusula "como pámpano" (v. 6). Notemos cuán misterioso es nuestro lenguaje. "Los recogen." ¿Quiénes? "Los echan en el fuego." ¿Quién tiene la trágica tarea de arrojar las ramas secas a un fuego misterioso? El cuadro queda muy vago, con un terror inexplicado. El hecho solemne de que el marchitamiento de los hombres cuando se separan de Jesucristo requiere y termina en la destrucción por fuego de los pámpanos marchitos es todo lo que aquí tenemos. Tenemos que hablar de ello con honda compasión, con pesadéz, con terror, con ternura, con espanto, no sea que tal cosa sea nuestra suerte.

Pero, ¡oh, queridos hermanos! estad en guardia en contra de la tendencia a pensar como esta generación que quiere pegar un pedazo de papel sobre todas las amenazas de la Biblia, y borrar de su conciencia los asuntos graves que emanan de ellas. Una de dos cosas tiene que sucederle al pámpano: o está en la Vid o termina en el fuego. Si queremos evitar el fuego, estemos seguros de permanecer en la Vid.¹⁹

¡Qué felices aquellos que permanecen
 Muy cerca a tu sangrante costado!
 Los que de ti derivan fuerza y vida,
 y por ti se mueven y en ti viven.
 A ti damos corazón y manos:
 para que tuyos muramos y tuyos vivamos.

ZINZENDORF

¹⁹ Alexander Maclaren, *Expositions of Holy Scripture: St. John, Vol. II*, págs. 15-17.

“¿Qué Dicen las Escrituras?”

De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree en el que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida.

JUAN 5: 24

Y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre.

JUAN 10: 28, 29

CAPITULO V

¿QUE DICEN LAS ESCRITURAS?

HAY UNA INMUTABILIDAD solemne en las palabras de Juan: "Este es el testimonio, que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida" (I Juan 5: 11, 12).

¿Cuáles son las condiciones para que los hombres puedan tener al Hijo de Dios y vida en El? Los creyentes en las Escrituras están de acuerdo en que esas condiciones son: "arrepentimiento para con Dios, y . . . fe en nuestro Señor Jesucristo" (Hechos 20: 21). Pero no todos están de acuerdo en cuanto a la *circunstancia* esencial del arrepentimiento y de la fe salvadora. Muchos creen que la fe salvadora, o de salvación, es la acción de un momento—un gran momento en el que el pecador humildemente reconoce su pecado en arrepentimiento hacia Dios y acepta a Jesucristo como su Salvador personal. Creen que un momento grande y santo de decisión adentra a la persona a un estado irrevocable de gracia en el que está incondicionalmente seguro. Pero otros están persuadidos de que el momento de decisión santa es sólo el principio, y que el estado de gracia no es irrevocable en nuestra peregrinación terrena en el universo moral de Dios, en el cual "el justo vivirá por la fe." Están persuadidos de que la fe salvadora no es la acción de un momento, sino la actitud de una vida; y que la decisión inicial debe inyectarse perpetuamente durante toda la vida del creyente, y que esto no es algo mecánico ni inevitable. ¿Quién tiene razón? Defensores eruditos de la doctrina de la seguridad incondicional han presentado argumentos serios, argumentos que demandan respuestas de todos aquellos que se nieguen a recibir tal doctrina y guiarse por ella.

Muchos cristianos devotos y eruditos bíblicos creen sinceramente que la enseñanza de las Escrituras es que, una vez que una persona experimenta verdaderamente la gracia salvadora, su condición como hijo de Dios es irrevocable. "Una vez en gracia, siempre en gracia"—a pesar de cualquier cosa que pudiera pasar. No puede dudarse que muchos de los santos más nobles de Dios se suscriben a esta doctrina. Pero lo que debe preocuparnos no es: ¿Quién cree esto, y quién cree aquello? El único asunto que debe preocuparnos es: ¿Qué dicen las Escrituras? Recuérdese, conforme procedemos en el desarrollo de nuestra tesis, que estar en desacuerdo con hombres buenos no es restarles honor, y que aquí no tratamos con personalidades.

Un argumento popular de los defensores de la doctrina de seguridad incondicional, argumento que procede de la razón, se expresa en esta pregunta: Si la vida eterna puede terminarse, ¿cómo es entonces eterna? Pero esta pregunta emana de un concepto fundamentalmente erróneo. Descansa en la consideración errónea de que, en la conversión, Dios planta de alguna manera, una porción, o dosis de vida eterna en el alma del individuo en forma tal que se vuelve su posesión personal inalienable, *ipso facto*. Claro que la vida eterna es eterna. Pero la Biblia declara que la vida eterna—la mismísima vida del Dios mismo—puede sólo ser *compartida* por los hombres. No es algo que los hombres puedan poseer aparte o independientemente de una unión viviente con Cristo, en quien y por quien esa vida les es disponible. Maclaren lo ha dicho bien:

La unión con Cristo por la fe es la condición de una comunicación verdadera de la vida. "En Él estaba la vida," declara el Evangelio de Juan, queriendo de esa manera enseñar, en el lenguaje de Colosenses 1: 16, 17 que "en él fueron creadas todas las cosas . . . y todas las cosas en él subsisten." La vida en todas sus formas depende de la unión en diversas maneras con la Deidad, y se mantiene sólo por su continua energía. La criatura tiene que tocar a Dios, o perecer. El Verbo Increado de Dios es el canal de esa energía: "contigo está la fuente de la vida." Como la vida del cuerpo, igualmente la vida más elevada, consciente de sí misma, del alma que piensa, que siente y que anhela, se alimenta también y se mantiene viva por la operación perpetua de una energía divina superior, impartida también por el Verbo Divino. Por lo tanto, con profunda verdad, el salmo arriba citado añade: "En tu luz veremos

la luz," y por la misma razón también el evangelio de Juan continúa: "Y la vida era la luz de los hombres."

Pero todavía hay un plano superior en el cual puede manifestarse la vida, y (hay) energías más nobles que pueden acompañarla. El cuerpo puede vivir, y la mente y el corazón pueden estar muertos. Por lo tanto las Escrituras hablan de una vida triple: la de la naturaleza animal, la de la naturaleza intelectual y emotiva, y la del espíritu, que vive cuando está consciente de Dios y le toca por la aspiración, la esperanza y el amor. Esta es la vida más elevada. Sin ella, el hombre está muerto en vida. Con ella, vive aunque haya muerto. Y como las otras vidas, depende de la unión con la vida Divina que está depositada en Jesucristo; excepto que en este caso, la unión es una unión consciente por la fe. Si yo confío en El, y por lo tanto me apego firmemente a El, mi unión con El es tan real que, en la medida de mi fe, su plenitud pasa a mi vacío; su justicia a mi pecaminosidad, su vida a mi muerte, tan seguramente como la electricidad sacude todos mis nervios cuando yo pongo mis manos en los cables de un acumulador.

Ningún hombre puede impartirle a otro la vida física. Pero Cristo puede soplar su vida en nosotros, y lo hace; y este verdadero milagro de una comunicación de vida espiritual ocurre en cada hombre que humildemente se encomienda a sí mismo a El.¹

La tesis de Maclaren se confirma completamente por las Santas Escrituras. Consideremos los siguientes pasajes:

El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí (Juan 6: 56, 57).

Yo soy el camino, y la verdad, y la vida: nadie viene al Padre, sino por mí (Juan 14: 6).

Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente (Juan 11: 25, 26).

. . . Cristo, vuestra vida . . . (Colosenses 3: 4).

La dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro (Romanos 6: 23).

Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con

¹ Alexander Maclaren, *The Epistles of St. Paul to the Colossians and Philemon (The Expositor's Bible)*, ed. W. Robertson Nicoll, p. 259.

el Padre, se nos manifestó). . . . Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida. . . . Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre. Y esta es la promesa que él nos hizo, la vida eterna (I Juan 1: 1, 2; 5: 11, 12; 2: 24, 25).

No puede haber duda en cuanto a que la vida eterna dure. No puede cesar. Pero el punto de muchas advertencias solemnes en el Nuevo Testamento es que nuestro privilegio de *participar* en esa vida eterna depende directamente de que continuemos morando en Aquel que es el único en quien esa vida es disponible para los hombres. Si dejamos de morar en El, la vida eterna continúa; pero nuestra participación en esa vida cesa. Compartimos o participamos de esa vida sólo en la medida en que sigamos morando en quien es "nuestra vida."

El Nuevo Testamento está lleno de advertencias en contra de dejar de continuar en la fe y en la gracia salvadora de Cristo. Pero desgraciadamente, el verdadero significado de los pasajes de advertencia, a pesar de su claridad y sencillez, ha sido rechazado por muchos eruditos sinceros. ¿Por qué? No necesitamos ir muy lejos para entender la razón, la que, además, es fácil de entender. Como Westcott bien lo dice: "Estamos tan familiarizados con ciertas lecciones que contiene la Biblia que hemos llegado a considerarlas, tal vez inconscientemente, como la suma completa de sus enseñanzas. Frases, palabras, y eventos especiales inspiran nuestras propias almas y moldean nuestra propia fe . . . de modo que pasamos por alto largas secciones de las Escrituras, sin estudiarlas, o las forzamos a que estén en armonía con lo que escuchamos más fácilmente."²

En su popular obra titulada *Major Bible Themes* (Temas Principales de la Biblia), el Dr. Lewis Sperry Chafer declara:

Si bien el gran grupo de pasajes del Nuevo Testamento que tienen que ver directa o indirectamente sobre este asunto, declaran que el creyente está seguro, hay más de veinticinco pasajes que se han presentado como evidencia, por aquellos que mantienen que el creyente está inseguro.³

² B. F. Westcott, *The Epistles of St. John*, p. vii.

³ Por favor permítanme separarme del grupo de los que "mantienen que el creyente está inseguro." Las Escrituras dan abundante prueba de que el creyente

Es cierto que un individuo no puede estar al mismo tiempo seguro e inseguro. Por lo tanto, de estos dos grupos o cuerpos de pasajes de la Biblia, uno de ellos tiene que conformarse al otro.⁴

Por su convicción de que "el gran grupo de escrituras del Nuevo Testamento" enseñan la seguridad incondicional, sinceros hombres de Dios han quedado convencidos de que se debe encontrar alguna manera de que los pasajes de advertencia se "conformen" a "ese gran grupo de pasajes del Nuevo Testamento que declaran que el creyente está seguro." Procediendo sobre su convicción ferviente, han buscado interpretaciones de los pasajes de advertencia que los hacen "conformarse."

Su sinceridad está enteramente fuera de duda. Pero desgraciadamente su primera premisa ha estado equivocada. Han interpretado erróneamente los pasajes que ellos consideran que establecen la doctrina de la seguridad incondicional. La uniformidad en las Escrituras ha de encontrarse, no al aceptar los pasajes de advertencia con menos que el valor o significado que obviamente tienen, al asignarles interpretaciones injustificadas e ingeniosas, sino mediante un re-examen de los pasajes que se dice prueban la doctrina de la seguridad incondicional. No hay falta de conformidad entre los pasajes de advertencia y los pasajes que los defensores de la seguridad incondicional usan para probarla; la falta de conformidad ha estado entre los pasajes de advertencia y la construcción o interpretación errónea de dichos pasajes que se dice prueban la seguridad incondicional.

Nuestra intención es examinar los importantes pasajes "de prueba" que se usan comúnmente en defensa de la doctrina de seguridad incondicional. En este capítulo examinaremos dos importantes pasajes del Evangelio de Juan; ambos son promesas

está seguro. Pero sólo el creyente. Muchos que han discutido "la seguridad del creyente" se han salido por la tangente. El asunto no es: ¿está seguro el creyente? sino más bien, ¿qué es un creyente?

Chafer presenta 27 pasajes "que se dan en evidencia por los que afirman que el creyente está inseguro." En su obra de teología (*Systematic Theology*, Vol. III, págs. 290-312), Chafer cita 51 pasajes. Una lista de 85 pasajes del Nuevo Testamento que establecen la doctrina de seguridad condicional, y una comparación de la lista de pasajes de Chafer aparece en el Apéndice A.

⁴ Lewis Sperry Chafer, *Major Bible Themes*, p. 187.

de gracia de la vida eterna. Pero primero notemos que Melancton estaba muy en lo correcto al insistir en que las Escrituras deben ser entendidas gramaticalmente antes de que se les pueda entender teológicamente.

I.

En el décimo capítulo del Evangelio de Juan se encuentra una preciosa promesa de nuestro Salvador que ha traído consuelo y seguridad benditos a los suyos durante el paso de todos los siglos desde que El vivió entre nosotros lleno de gracia y de verdad. Jesús dijo: "Yo les doy vida eterna y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre" (Juan 10: 28, 29).

¡Gracias a Dios por una promesa tan preciosa como ésta de nuestro Salvador! Sin embargo no hemos citado toda la promesa. Desgraciadamente así es como generalmente se le repite, y muchos casi no están al tanto de que esta no es toda la declaración de nuestro Señor. No debemos pasar por alto el versículo 27, que es una parte íntegra de la declaración y muy esencial. Enuncia la condición específica que gobierna la promesa de nuestro Salvador.

Jesús dijo: "Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna. . . ." Todos los verbos hasta este punto son presentes de indicativo. "La característica más constante del presente indicativo (en el griego) es que denota acción en progreso."⁵ Si bien el presente de indicativo no denota invariablemente acción progresiva, generalmente así es. Robertson escribe: ". . . el sentido de duración no monopoliza el tiempo 'presente,' aunque más frecuentemente denota una acción lineal. El verbo y el contexto tienen que decidir."⁶ El *Aktionsart* de los verbos de que estamos tratando es duración, más bien que instantáneo o "puntiagudo." Y seguramente que el contexto (vrs.

⁵ Ernest De Witt Burton, *Syntax of the Moods and Tenses in New Testament Greek*, Sec. 9.

⁶ A. T. Robertson, *A Grammar of the Greek New Testament in the Light of the Historical Research*, p. 879.

2-5, 14) le asigna una acción progresiva a los tiempos presentes de indicativo que estamos considerando.

Montgomery adopta la forma progresiva "yo les estoy dando" para traducir *didōmi* (v. 28), con lo cual logra esta lectura: "Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen. Yo les estoy dando vida eterna. . . ." Su uso de la palabra *oyen* es digno de atención. Esta palabra posee una connotación de duración que no está presente en la palabra *escuchar*. Numerosos traductores modernos incluyendo a Goodspeed, Moffatt, Weymouth, Williams, Verkuyl y Knox han traducido la palabra *akouousin* en Juan 10: 27 de tal modo que le imparten una cualidad progresiva a la declaración de Jesús.

Fiel a su propósito en su traducción (*Expanded Translation*) Wuest vigorosamente recalca la cualidad de duración de los tres primeros de los cuatro presentes de indicativo que aquí tenemos: "Las ovejas que son mías tienen la costumbre de oír mi voz, y yo las conozco por experiencia, y ellas toman el mismo camino que yo tomo, y yo les doy vida eterna."⁸

En contraste a Montgomery, Wuest no usa el presente progresivo para traducir *didōmi*. Pero es obvio que la acción de Cristo de darles vida eterna a sus ovejas es paralela a su acción acostumbrada de oír y de seguir. Esta es una verdad esencial que se afirma mucha veces en el Nuevo Testamento, pero una verdad, ¡ay! que por una razón u otra muchos han pasado por alto.

El uso en el versículo 28 de la fuerte partícula negativa doble *ou mē* junto con la frase *eis ton aiōna* (cuya mejor traducción tal vez sea: "en ninguna manera para siempre") sin duda ha causado que muchos ignoren el significado de la condición (*oír* y *seguir*, v. 27) que gobierna la promesa de no perecer jamás, o para siempre. Pero precisamente las mismas palabras, *ou mē . . . eis ton aiōna*, aparecen en la promesa de nuestro Señor en

⁷ De *The New Testament in Modern English*, por Helen Barrett Montgomery, copyright 1924, 1952, por The American Baptist Publication Society, Philadelphia. Usado con permiso.

⁸ De *The Gospels: An Expanded Translation*, por Kenneth S. Wuest, copyright 1956 por Wm. B. Eerdmans Publishing Company, Grand Rapids, Michigan. Usado con permiso.

Juan 8:51, donde la condición que gobierna la promesa es especialmente obvia: "De cierto, de cierto os digo, que el que guarda mi palabra, nunca verá muerte." En Juan 8:12, nuestro Salvador declara vívidamente la necesidad de seguirle a fin de compartir su vida: "Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida." Tholuck comenta sobre Juan 10:29, diciendo:

La Iglesia Reformada (la Calvinista) basa en el v. 28 la doctrina de que el regenerado jamás puede apostatar. Sin duda alguna Cristo dice que ningún poder puede arrebatar a su oveja de su mano (Romanos 8:37-39); pero El también nos da las *características* de su oveja, y sólo en tanto que las estipulaciones contenidas en los versículos 27 y 28 se cumplan, sólo en tanto que el discípulo de Cristo *continúe* con Cristo, (Juan 8:31) sólo entonces es invencible.⁹

Hengstenberg protesta:

Es un consuelo muy frío decir, "Si son mis ovejas, y en tanto que sigan siendo mis ovejas, están seguras." ¡La fuerza cabal del deseo de nuestra alma es tener una garantía que nos salve de nosotros mismos! Y que hay tal garantía es lo que aquí se nos asegura. . . .¹⁰

Hengstenberg basa su posición en un argumento un tanto raro, en el que identifica a los ladrones y salteadores (v. 8) como "los fariseos, o el judaísmo opuesto a Cristo." También identifica al lobo (v. 12) como "el fariseo." Partiendo del hecho de que los fariseos no logran "separar al ciego de nacimiento, de Cristo" (capítulo 9), "que era la situación que el Señor tenía por delante cuando pronunció estas palabras," Hengstenberg llega a la conclusión de que ". . . es enteramente obvio que 'la garantía que nos protege de nosotros mismos' no debe excluirse, sino que más bien es el asunto principal de que aquí se trata."¹¹

Pero, ¿dónde, nos preguntamos, está tal "garantía que nos proteja de nosotros mismos"? En vez de ofrecernos una garantía que nos proteja de nosotros mismos, Jesús claramente nos con-

⁹ August Tholuck, *Commentary on the Gospel of St. John*, p. 266.

¹⁰ E. W. Hengstenberg, *Commentary on the Gospel of St. John*, Vol. I, p. 532.

¹¹ *Ibid.*

fronta con el hecho de que sólo aquellos que deliberadamente le escuchan y le sigan son sus ovejas, y por ende, están seguras en El y en la mano del Padre. Godet comenta:

. . . El poder (de Dios) sigue siendo la protección de la propiedad del Hijo, la que tiene en comunión con el Padre. ¿Puede esta garantía asegurar a los creyentes en contra de las consecuencias de su propia infidelidad, como Hengstenberg asegura? El texto no dice nada de esto. Lo que de aquí se trata es de enemigos que pudieran entrar de afuera a robarse a las ovejas, pero no de la infidelidad por la cual las ovejas dejarían de ser ovejas.¹²

La promesa de Cristo de proteger a sus seguidores no les exime de la necesidad de *seguirlo*. Meyer declara:

La oveja perdida, o sea, la oveja que se ha separado, y se ha extraviado del rebaño (Mateo 10: 6; Lucas 15: 4), tipifica a aquél que se ha separado de la protección y dirección misericordiosa de Cristo, y que ha caído en incredulidad. . . . La libertad y la posibilidad de la apostasía no están pues excluidas (en contestación a Agustín y a la enseñanza de la Iglesia Reformada); el que se ha extraviado ya no es (una oveja). . . .¹³

Westcott comenta:

En este pasaje se ha encontrado la doctrina de la "perseverancia final." Pero es menester que distingamos cuidadosamente entre la certidumbre de las promesas de Dios y su poder infinito por un lado, y la debilidad y volubilidad de la voluntad del hombre por el otro. Si el hombre cae en cualquier etapa de su vida espiritual, no es por falta de la gracia divina, ni por el poder abrumador de los adversarios, sino por su negligencia, al no usar aquello que debe o no debe usar. No podemos ser protegidos de nosotros mismos en contra de nuestra misma voluntad.¹⁴

"Yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre."

¹² Frederick Louis Godet, *Commentary on the Gospel of John*, Vol. II, p. 162.

¹³ H. A. W. Meyer, *Critical and Exegetical Handbook to the Gospel of John*, p. 329.

¹⁴ B. F. Westcott, *The Gospel According to St. John*, p. 158.

¡Qué preciosa promesa! Pero es una promesa sólo para aquellos de quienes Jesús puede decir: "Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen." Puede compartir su vida sólo con aquellos que lo siguen. Estos, y solamente éstos, experimentarán la gracia de Dios en Cristo que salva y que guarda.

II.

Tal vez no haya un versículo citado con mayor frecuencia por los defensores de la doctrina de seguridad incondicional, y como evidencia de ésta, que Juan 5:24, que reza así: "De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida."

"Por favor recalquen las palabras 'tiene vida eterna,'" dicen los defensores de la seguridad incondicional. ¡Muy bien! Pero por favor también recalquemos las palabras: "el que oye . . . y cree," puesto que denotan la condición que gobierna la promesa de la vida eterna, y la liberación de la condenación y la muerte. Y las acciones de *oir* y de *creer* de las que Jesús habló no son el acto de un momento. La cualidad de duración de oír y creer por los cuales los hombres participan de la vida eterna de Dios, mediante Cristo, es del todo aparente en la traducción de Young, quien toma en consideración la cualidad durativa de los participios presentes *akouōn* y *pisteuōn*, y nos ofrece la siguiente traducción sorprendentemente exacta: "De cierto, de cierto os digo, el que está oyendo mi palabra, y está creyendo a Quien me envió, tiene vida que dura por las edades, y al juicio (o condenación) no viene, pues ha pasado de la muerte a la vida."¹⁵

Muchos han puesto mucho énfasis en las palabras "no vendrá a condenación." Pero el texto griego realmente reza *erchetai*—presente indicativo, más bien que futuro de indicativo, y una traducción exacta debe conservar el tiempo presente, como la mayoría de los traductores han hecho. Es cierto que el tiempo

¹⁵ La traducción que Young hace de la última cláusula no es enteramente exacta. El [tiempo] perfecto en inglés no es en forma alguna equivalente del griego perfecto. Más exacto que "ha pasado fuera de la muerte" sería "permanece pasado fuera de la muerte."

presente puede servir la función del tiempo futuro. (Es obvio que cualquier "venida a la condenación" tiene por necesidad que ser futura, en relación con el momento presente). Pero el uso del tiempo presente, más bien que el futuro, refuta el énfasis que muchas personas han puesto en las palabras tal como aparecen en la traducción de Valera-Reina, Revisión del 60; y además, las traducciones que unos cuantos traductores han adoptado arbitrariamente parecen haber sido dictadas por su teología, como por ejemplo la indeseable traducción de Williams: "nunca vendrá a condenación." No hay base para esta traducción en el original. El punto o propósito de la declaración de Jesús es que, sobre la base de su fe presente, todos los que oigan y crean, son librados de la condenación presente, causada por la incredulidad (véase Juan 3: 18, 19), y resultan pasados (*metabebēken*, activo perfecto del indicativo), fuera de la muerte espiritual, a la vida.

Contrario a lo que muchos imaginan, Juan 5: 24 no presenta una posición privilegiada que una vez alcanzada, es irrevocable. Todo lo contrario, las palabras de nuestro Salvador describen una posición privilegiada gobernada directamente por la condición específica de oír y creer constantemente. Jesús declara que la circunstancia feliz de haber sido librado de la condenación presente y de haber pasado de la muerte a la vida es el privilegio sólo de aquellos que continuamente oigan su palabra y crean en el Padre. Es solamente sobre la base de oír y creer, como una acción presente, que uno comparte la vida eterna de Dios y disfruta de la libertad de la condenación presente y la muerte eterna. El comentarista Alford declara: "La acción *pisteuōn* (creer) y la acción *echei z. ai.* (tener vida eterna) son *conmensuradas*; donde existe la fe, existe la posesión de vida eterna; cuando una termina, la otra se pierde."¹⁶

La traducción de Wuest de Juan 5: 24, excepto su última cláusula, es excelente. Notemos el énfasis vigoroso que le da a los participios presentes, y su uso correcto del tiempo presente para traducir *erchetai*: "Definitivamente, les digo a ustedes. El que constantemente oye mi palabra y está creyendo a Quien me envió tiene vida eterna, y a condenación no viene. . . ."

¹⁶ Henry Alford, *The Greek Testament*, p. 747.

Pero su traducción de la última cláusula es muy desafortunada: ". . . pero ha sido transferido permanentemente de la esfera de la muerte a la vida."¹⁷

La traducción de Wuest de la cláusula final carece enteramente de base. En primer lugar, el indicativo perfecto *metabebēken* es activo, más bien que pasivo, como Wuest lo ha traducido. Pero mucho más seria es la añadidura que Wuest hace de la palabra *permanentemente*, lo que constituye una afirmación en cuanto al futuro, una declaración de que el *status quo* (o condición) resultante de la transición recientemente mencionada no puede ser alterado en el futuro. Pero el tiempo perfecto griego no hace afirmación alguna tocante al futuro. Afirma dos cosas: el hecho de una acción en el pasado, y el hecho de la existencia continua de los resultados de la acción, en cuanto al momento presente (el momento en que se habla). No hace afirmación alguna con respecto al futuro.

En su uso más frecuente, el indicativo perfecto representa una acción que todavía permanece pero que ha sido terminada cuando se habla. Por ende el tiempo tiene una referencia doble; implica una acción pasada y afirma un resultado existente. . . . Es importante observar que el término "completo" o "completado" como término gramatical no significa *terminado*, sino *llevado a cabo*, o sea, *algo que se ha llevado a su resultado debido, cuyo resultado permanece en el tiempo que el verbo denota*. "El perfecto, aunque implica que la acción se llevó a cabo en tiempo pasado, empero declara sólo que continúa completada en el tiempo presente."¹⁸

Es cierto que el tiempo perfecto es el tiempo que se debe usar si se sabe que una acción pasada ha tenido consecuencias permanentes. Pero es igualmente cierto que el tiempo perfecto no *afirma* en ninguna manera el hecho de permanencia; tan sólo afirma el hecho de la existencia presente de las consecuencias de la acción pasada, desde el momento en que se habla. El hecho de la permanencia actual debe establecerse por un comentario adicional. No hay nada en el lenguaje de Juan 5: 24 que afirme que la transición de la muerte a la vida sea irrevocable. El que Wuest inserte la palabra *permanentemente* hace que deje de

¹⁷ Wuest, *op. cit.*

¹⁸ Burton, *op. cit.*, Secciones 74, 85; las cursivas son de él.

ser traducción, y se vuelva más bien un embellecimiento injustificado, interpretación y comentario que dicta la teología más bien que el lenguaje del texto. Contrario a la traducción indeseable de Wuest, *metabebēken* en Juan 5:24 significa nada más "ha pasado y, en este momento en que hablamos, permanece como que ha pasado" (de muerte a vida).

La introducción, o interpolación de Wuest de la palabra *permanentemente* no sólo está enteramente injustificada desde el punto de vista del texto griego; también es enteramente contraria al contexto de todo el Nuevo Testamento. Nos abruma pensar cuántas veces los defensores de la falaz doctrina de la seguridad incondicional pueden repetir inocentemente la traducción de Wuest: "ha sido transferido permanentemente de la esfera de la muerte a la vida," en oposición al significado obvio de los pasajes de advertencia, solemnes y explícitos. Puesto que está en perfecta concordancia con su doctrina, muchos razonarán sencillamente que es una traducción exacta. Pero es completamente injustificada. Hay siempre el peligro de que hombres piadosos y sinceros forcen inadvertidamente su conocimiento o traducción del griego de acuerdo al patrón de su teología.

Diametralmente opuesto a las traducciones de algunos y las opiniones de muchos, el Nuevo Testamento afirma que la vida eterna en Cristo es nuestra posesión presente sólo con la condición de una fe viviente presente, más que la consecuencia irrevocable del acto de fe de un momento, en algún tiempo pasado. Consideremos Juan 1:12, "Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios." Es muy significativo que en el texto griego, tres aoristos en sucesión sean seguidos no por un participio aoristo, sino por un participio presente. Robertson cita las palabras de Broadus sobre este pasaje, quien indica que el griego "es un idioma amante del aoristo," especialmente el griego *koinē* del Nuevo Testamento.¹⁹ Por lo tanto es razonable concluir que, cuando un escritor del Nuevo Testamento adopta un tiempo más preciso en vez del aoristo indefinido de costumbre, lo hace para lograr más precisión y énfasis.

¹⁹ A. T. Robertson, *A Grammar of the Greek New Testament in the Light of Historical Research*, p. 831.

El cambio de una sucesión de aoristos al tiempo presente en Juan 1:12 puede considerarse deliberado para más énfasis de la cualidad durativa de la fe que hace de los hombres, hijos de Dios. Este énfasis resalta vívidamente en la traducción de Weymouth: "Pero a todos los que le han recibido—o sea, a los que confían en su nombre—El les ha dado el privilegio de ser hechos hijos de Dios."²⁰

Juan 1:12 demuestra claramente cómo la fe salvadora es al mismo tiempo algo de un instante (*puntiliar*) y duradera. Hay un momento de decisión cuando el alma consciente y deliberadamente ejerce la fe, recibiendo a Jesucristo como su Salvador. En ese momento, el individuo es aceptado por Dios en Cristo y se vuelve "nacido del Espíritu." Pero debe continuar en la fe si ha de continuar en la gracia y en la vida eterna. Westcott declara que en Juan 1:12, "la recepción eficiente de Cristo se explica como la energía continua de la fe que depende en El, y cree que es, para el creyente, lo que El ha manifestado ser."²¹ El Dr. Edwin Charles Dargan escribe:

Los hombres a veces cometen el error de considerar esta acción inicial del arrepentimiento y la fe como si completaran todo lo que el hombre tiene que hacer para ser salvo; y en cierto sentido, esto es cierto, siempre y cuando la fe y el arrepentimiento continúen; pero las Escrituras enseñan que debe haber esta continuidad, y esto es lo que llamamos perseverancia. Nuestro Señor nos dice: "El que perseverare hasta el fin, éste será salvo" (Mateo 10:22).²²

No hay justificación en el Nuevo Testamento para esa definición rara, de reposo en Sion, de la perseverancia, que les asegura a los cristianos que la perseverancia es inevitable, y que les exime de la necesidad de perseverar deliberadamente en la fe, al alentarles a que pongan su confianza en cierta acción o experiencia del pasado. Muy bien lo expresó James Denney al decir:

²⁰ De *Weymouth's New Testament in Modern Speech*, Harper & Brothers, New York. Usado con permiso.

²¹ Westcott, *op. cit.*, p. 9.

²² Edwin Charles Dargan, *The Doctrines of Our Faith*, p. 134.

. . . no hay nada superficial en lo que el Nuevo Testamento llama fe. . . . No es sencillamente el acto de un instante, es la actitud de una vida; es la acción correcta del momento cuando un hombre se abandona a sí mismo a Cristo, y es lo correcto que le mantiene bien delante de Dios por siempre jamás. Tan es verdaderamente el todo del cristianismo subjetivamente como Cristo es el todo de éste objetivamente.

.

No hay nada que por posibilidad alguna pueda ir más allá de la fe, y la entera promesa y potencia de la cristiandad están presentes en ella. El pecador que por la fe está bien con Dios ciertamente no es perfeccionado en santidad, pero el único poder que lo puede hacer perfecto ya está real y vitalmente operando en él. Y opera en él sólo en su fe y mediante ella.

.

La gracia no es algo que pueda inyectarse (y) no hay dones de gracia que pudieran, por así decirlo, almacenarse corporalmente en el alma. La gracia es la actitud de Dios hacia el hombre que se revela y se manifiesta con seguridad en Cristo, y la única manera en que se puede volver efectiva en nosotros para una vida nueva es cuando gana o produce en nosotros la reacción, o respuesta de la fe. Y así como la gracia es la actitud completa de Dios en Cristo hacia hombres pecaminosos, asimismo la fe es la actitud total del alma pecaminosa cuando se rinde a sí misma a esa gracia. Sea que la llamemos la vida del justificado, o la vida del reconciliado, o la vida del regenerado, o la vida de la gracia o del amor, la nueva vida es la vida de fe y nada más. El mantener la actitud original que le dio la bienvenida al amor de Dios tal como se reveló en Cristo llevando nuestros pecados—no sólo confiar, sino seguir confiando—no meramente creer en ello como un modo de transición de lo viejo a lo nuevo, sino seguir creyendo—y decir cada vez que respiramos: "Tú, oh Cristo, eres todo lo que yo quiero, y en ti encuentro más que lo que necesito," esto no es parte de la vida cristiana, sino el todo de ella.

.

"Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí." En expresiones como ésta se ha basado y ha encontrado su apoyo la doctrina de una unión—llamada a veces unión mística—de Cristo y el cristiano; y ya sea la justificación o la reconciliación misma, o la vida del justificado y reconciliado, se explica haciendo referencia a dicha unión. La propiciación objetiva, la obra terminada

de Cristo en la cruz, se ve con impaciencia cuando no hasta se le niega, y la unión con Cristo, la participación en su muerte y resurrección, se considera algo mucho más elevado y que contiene garantías más seguras de una vida nueva y santa que meramente la confianza en uno que murió por nuestros pecados. Sin embargo, este modo de pensamiento involucra una separación completa de las líneas del Nuevo Testamento. Claro que el Nuevo Testamento abunda en la idea de que el cristiano está unido a Cristo, y que en un sentido verdadero, es uno con su Señor. Pero es uno con El sencilla y solamente por la fe.²³

“Permaneced (*μενηθ̄*, permanecer) en mí, y yo en vosotros.” La fe en la que depende nuestra unión con Cristo no es la acción de algún momento pasado. Es una fe viviente y presente en un Salvador viviente. Pedro declara que somos “guardados por el poder de Dios *mediante la fe*, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero,” y que es sobre la base de nuestra *creencia presente* en El a quien no hemos visto que ahora estamos recibiendo el fin de nuestra fe, “la salvación de [nuestras] almas” (I Pedro 1: 5, 8, 9).

“Este es el testimonio,” escribe Juan, “que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.” Es imposible recalcar demasiado la verdad que Juan declara. Y es esencial que hagamos caso de la exhortación del Apóstol quien añade: “Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros” el verdadero evangelio, en contraste con el “evangelio” de los “anticristos” que tratan de “engañar” a los creyentes (v. 26). “Si lo que habéis oído desde el principio, permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre. Y esta es la promesa que él nos hizo, la vida eterna” (I Juan 2: 24, 25). Las palabras de Juan son un eco de la promesa de nuestro Salvador, que implica también una advertencia: “De cierto, de cierto os digo, que el que guarda mi palabra, nunca verá muerte” (Juan 8: 51).

Las advertencias de Juan y de Jesús hallan numerosos ecos en las palabras de otros escritores del Nuevo Testamento, incluyendo Pablo: “Pero el Espíritu dice claramente que en los

²³ James Denney, *The Christian Doctrine of Reconciliation*, págs. 291-303.

postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, . . . Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren" (I Timoteo 4: 1, 16). "Mas los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados. Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido; y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús" (II Timoteo 3: 13-15). "Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano" (I Corintios 15: 1, 2).

Una urgente advertencia de Pablo merece consideración especial en este punto. Les escribe a los colosenses: "Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él; si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído" (Colosenses 1: 21-23).

Este pasaje ha sido base de muchas dificultades para todos aquellos cuya teología les requiere que busquen alguna interpretación que les permita evitar la aceptación franca de lo que el pasaje en realidad dice. Los esfuerzos de algunos de rescatar su "teología paulina" de las palabras de Pablo han conducido a algunas interpretaciones ingeniosas y "arreglos" hechos por hombres sinceros y piadosos cuyos móviles eran nobles y buenos. Colosenses 1: 21-23 es otro pasaje sobre el cual podríamos colgar aquel rótulo de la herrería: "Aquí se hacen torceduras vistosas de toda clase." Chafer escribe:

En este contexto aparecen dos asuntos: el de la obra de Dios para el hombre y el de la obra del hombre para Dios. En realidad, el contraste entre la responsabilidad divina y la responsabilidad humana aparece muchas veces en la Epístola a los Colosenses. El desarreglo de estas ideas que difieren tanto entre sí ha causado un sinnúmero de desorden doctrinal. Un estudiante digno del nombre no descansará antes de poder

trazar la línea de su pensamiento, y de separación de estos dos tipos de verdades.²⁴

Es interesante observar cómo Chafer se las arregla para “trazar su línea de pensamiento y de separación de estas dos líneas de verdad” en Colosenses 1:21-23:

Por una puntuación que causa una impresión falsa, que se basa en sólo una coma después de la palabra *muerte*, las dos líneas de pensamiento no sólo se han conectado, sino que algunos han imaginado que la obra de Dios para el hombre depende en lo que el hombre haga para Dios. Esto sería una interpretación arminiana aceptable de doctrina, pero no es el significado del pasaje.²⁵ Sin puntuación en el texto original, es permisible poner una pausa cabal después de la palabra *muerte* (v. 22), y principiar una nueva parte de la frase con la siguiente palabra, *para*. Este arreglo, sin cambiar palabra alguna, divide correctamente los dos aspectos de la verdad que están enteramente desconectados, en el sentido de que no son interdependientes. De esta manera rescatamos el texto de implicar lo que no enseña: que la obra de Dios depende de la obra del hombre.²⁶

Es cierto que los escritores de la antigüedad solían unir palabras y frases en líneas ininterrumpidas, y que los más antiguos manuscritos griegos (unciales) revelan que las marcas de puntuación eran pocas y que los copistas las usaban raras veces. Por lo tanto tenemos que concluir que esta fue la circunstancia o condición de los autógrafos originales del Nuevo Testamento. Si bien es cierto que en la naturaleza del caso, ha sido necesario que los críticos textuales inserten marcas de puntuación conforme el texto parece requerirlas, tal procedimiento debe hacerse con toda cautela y medida posibles, pues inevitablemente cons-

²⁴ Chafer, *Systematic Theology*, Vol. III, p. 307.

²⁵ La acusación de Chafer es injusta. No se puede establecer de los escritos de Arminio que él haya creído o enseñado que “la obra de Dios para el hombre depende de la obra del hombre para Dios.” Lo que sí hizo fue negar que las Escrituras enseñen que la salvación es forzada sobre algunos, o negada a otros, incondicionalmente. Rechazó las doctrinas de Calvino de la propiciación limitada, la elección incondicional, y la gracia irresistible. El creía que la Biblia enseña que los hombres, como agentes morales responsables, tienen que apropiarse de lo que Dios, en misericordia y gracia, ha provisto para pecadores inmerecedores. Pero esto es enteramente diferente a enseñar que “la obra de Dios para el hombre depende en la obra del hombre para Dios.”

²⁶ Chafer, *op. cit.*, p. 307.

tituye cierta forma de interpretación. Debe encontrarse la justificación para cada puntuación que se inserte, especialmente cuando se trata de un signo tan significativo como una pausa cabal. Y esta justificación tiene que buscarse en el lenguaje del texto, más bien que en la teología de uno mismo. Es en este punto que rechazamos la conclusión de Chafer (que no comparte ningún crítico textual, del que nosotros sepamos) de que "es permisible poner una pausa cabal después de la palabra *muerte* (v. 22) y principiar una nueva parte de la frase con la siguiente palabra, *para*." Tal como su argumento francamente revela, la conclusión de Chafer emana de los requisitos de su teología; y es completamente contraria a los requisitos del lenguaje del texto. Si bien este "arreglo" no "cambia palabra alguna," divide una oración coherente en dos partes, de las cuales la primera sigue siendo una oración aceptable, pero la segunda queda reducida a un apéndice, una conglomeración incoherente de palabras que principian con una proposición y que carece de sujeto. Nos vemos forzados a insistir en que no es permisible insertar puntos en el texto de las Santas Escrituras meramente porque encontremos que la división de una oración "rescatará" cierto texto de contradecir nuestra teología.

El "arreglo" que hace Chafer le hace llegar a una conclusión seriamente errónea. Declara que "santos y sin mancha e irrepreensibles delante de él" son

. . . palabras que implican la responsabilidad y la fidelidad humanas. Naturalmente se concluye que, a la luz de esta responsabilidad, todo depende en esos creyentes. Este aspecto o significado del contexto es aumentado por la declaración posterior: "Si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe (doctrina cristiana), y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído" (v. 23).²⁷

El argumento de Chafer demanda que nosotros aceptemos que la circunstancia bendita de aparecer delante de Dios "santos y sin mancha e irrepreensibles" es en realidad un asunto de esfuerzo y logro personales, un asunto de desarrollo y crecimiento espirituales, algo que la persona ha alcanzado, para lo cual "todo depende del creyente." Pero nosotros no podemos concluir ni

²⁷ *Ibid.*, p. 307, el paréntesis es suyo.

aceptar esto, puesto que Pablo habla aquí de una condición absoluta, en tanto que los logros espirituales del creyente son sólo relativos. Desde el punto de vista de la experiencia no podemos alcanzar la perfección. Apareceremos delante de Cristo para ser juzgados tal como seamos o estemos al final de nuestra peregrinación—lo que seguramente estará muy corto de la condición absoluta de “santos y sin mancha e irrepreensibles.” Habrá mucho por lo que se nos pedirá que demos cuentas y por lo que justamente seremos censurados (véase II Corintios 5:10; I Corintios 4:5; Romanos 14:10, 12).

Enteramente contrario a lo que Chafer infiere, la bendita circunstancia de aparecer delante de Dios “santos y sin mancha e irrepreensibles” no es cosa de logro humano; es el privilegio exaltado de los creyentes “por la gracia, por medio de la fe.” Es la consecuencia misericordiosa de la imputación de “la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen” (Romanos 3:21).²⁸ La feliz circunstancia de poder aparecer delante de Dios “santos y sin mancha e irrepreensibles” es parte de la salvación misericordiosa de Dios para pecadores inmerecedores, que han sido salvos “no por obras de justicia que nosotros hemos hecho o pudiéramos haber hecho, sino de acuerdo a su misericordia.” Chafer ha tomado por hecho, erróneamente, la obra de Dios como la obra del hombre. Su conclusión, por errónea, hace que todo su argumento carezca de fundamento.

Chafer concluye su discusión de Colosenses 1:21-23 al declarar: “No se puede encontrar una expresión más completa de la obra de Dios para el hombre que la que tenemos en Colosenses

²⁸ Observemos que en Colosenses 1:22 aparecen idénticas palabras, *hagious kai amōmous . . . katenōpion autou*, a las que tenemos en Efesios *kai amōmous katenōpion autou*. Véase Efesios 5:27, la afirmación de que Cristo se presentará a la Iglesia a Sí mismo *hagia kai amōmos*. (Westcott, *ad loc.*: “Su idoneidad y su belleza se deben ambas al Sacrificio que hizo Cristo de Sí mismo”). Es enteramente improbable que Chafer hubiese dicho de estas palabras, tal como aparecen en los pasajes de Efesios que son “palabras que implican responsabilidad y fidelidad humanas.” Todo lo contrario, en los pasajes de Efesios se les interpretaría sin duda como que significan sólo la elección soberana (incondicional), excluyendo a cualquier idea de “responsabilidad y fidelidad humanas” y de que “todo depende de los creyentes.” Así son las variaciones de la teología.

2:10, que reza: 'Y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad.'²⁹ Claro que Chafer considera que las palabras de Pablo describen una relación estática entre Cristo y el creyente que es también irrevocable, a pesar de cualquier cosa, o todas las cosas, que pudieran pasar. Aparentemente menosprecia el significado de las graves advertencias que rodean el versículo 10: "Y esto lo digo para que nadie os engañe con palabras persuasivas" (v. 4); aquí la palabra que se traduce *engañe* es *paralogizomai*, engañar mediante un falso razonamiento, para persuadirlo a abandonar "la firmeza de [su] fe en Cristo (v. 5). Y: "Mirad que nadie os engañe (*sulagōgeō*, hacer presa de) por medio de filosofías y huecas sutilezas" (v. 8) al alejarlos del verdadero evangelio y la fe sencilla en Cristo, el único en quien estamos espiritualmente "completos" (v. 10). Los que procuraban persuadirlos a interesarse en "sombras" más que en Cristo mismo (vrs. 16, 17) de tener éxito, los "engañarían" (*katabrabeuo*, privarlos de su presa), al hacerlos que, como ellos, también se tornaran a la adoración de ángeles, sin apegarse firmemente a la Cabeza, Cristo (vrs. 18, 19). Las advertencias son verdaderamente urgentes.

Solamente en Cristo está todo lo que necesitamos en esta vida y para la eternidad. Estamos completos en Él. Hagamos entonces, caso de las muchas advertencias en contra del peligro de alejarnos de Quien es nuestra esperanza, nuestra paz y nuestra vida. No nos atrevemos a hacer caso omiso de la contingencia solemne con la que Pablo nos confronta: Dios, quien nos ha reconciliado a Sí mismo mediante la muerte de su Hijo, finalmente nos presentará (véase II Corintios 4:14) "santos y sin mancha e irreprehensibles delante de él" en su propia santa presencia —*si* en verdad permanecemos fundados y firmes en la fe, y sin movernos de la esperanza del evangelio que hemos oído.

¿No es ya tiempo de dejar de tratar de forzar los pasajes tan sencillos y explícitos de advertencia, para que se "conformen" a una comprensión incompleta de los pasajes que se consideran como de prueba de la errónea doctrina de la seguridad incondi-

²⁹ *Ibid.*, p. 308.

cional? ¿No es ya tiempo de principiar a dar atención a las muchas advertencias solemnes de nuestro Salvador y de los Apóstoles, en vez de "explicarlas" en tal forma que pierdan todo su significado y aplicación, mediante interpretaciones ingeniosas, o bien rodeándolas de hipótesis teológicas? Y algunos de nosotros haríamos bien en preguntarnos: ¿Continuaremos evitando el predicarles a nuestras congregaciones las urgentes advertencias que Pablo y otros les declararon tan fielmente a los creyentes en su día?

Y después de anunciar el evangelio a aquella ciudad (Derbe) y de hacer muchos discípulos, volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía, confirmando los ánimos de los discípulos, exhortándoles a que permaneciesen en la fe, y diciéndoles: Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios.

HECHOS 14: 21, 22

No Tendrá Sed Jamás

Mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.

* * *

Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva.

JUAN 4: 14; 7: 37, 38

CAPITULO VI

NO TENDRA SED JAMAS

EL APOSTOL Pablo le escribió a Timoteo, quien estaba en Efeso: "Los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor, mayormente los que trabajan en predicar y enseñar."

Los santos están muy endeudados con los hombres de Dios que trabajan diligentemente impartiendo la Palabra y las doctrinas de la santa fe. Grandes son sus responsabilidades, pues su tarea está saturada de consecuencias eternas y graves. El declarar la Palabra de salvación a almas inmortales que, de acuerdo a su comprensión y reacción a esa Palabra, morarán para siempre en la luz de la vida eterna, o en las sombras de la muerte segunda, no es una tarea que nadie deba tomar a la ligera. "Hermanos míos," aconseja Santiago, "no os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación."

La tarea del exégeta demanda tanto, que un conocimiento de la gramática es una herramienta esencial. Pero la gramática, a solas, no es una guía suficiente. Hay otras consideraciones importantes, especialmente el asunto del contexto. Y en cierto sentido, todo el canon de las Santas Escrituras debe considerarse como "el contexto." Ningún versículo o pasaje de las Escrituras puede tener un significado contrario a la revelación total de la Santa Biblia. Pasando por alto que toda la Biblia es "el contexto," muchos eruditos bíblicos distinguidos han errado en su interpretación de pasajes importantes.

En su libro *Treasures From the Greek New Testament for the English Readers*, el Dr. Kenneth S. Wuest escribe:

“Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (Juan 4: 13, 14).

La primera vez que aparece la palabra “bebiere” está en una construcción en el griego que se refiere a una acción continua, y la segunda vez presenta el mero hecho de la acción sin referencia al progreso de la misma. Por lo tanto una traducción más cabal sería así: “Cualquiera que constantemente sigue bebiendo de esta agua, volverá a tener sed, Pero cualquiera que tome un trago del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás.” . . . La persona que sigue bebiendo de los pozos del mundo (agua), sin vida, contaminada, estancada, salada, nauseabunda, volverá a tener sed. El mundo con todo su pecado no satisface, ni jamás puede. Pero la persona que bebe una vez del manantial de la vida eterna no tendrá sed jamás.

La razón por la que un trago satisface es que cuando el pecador bebe una vez de la vida eterna, lo que toma se vuelve en él un manantial de vida que salta, y se vuelve una fuente de vida eterna. . . . Este trago en sí mismo es un manantial que sigue brotando, siempre refrescando y siempre satisfaciendo al que bebió una vez del agua de vida.¹

La interpretación del Dr. Wuest implica que un acto de un momento de fe en Cristo efectúa un estado de gracia que se perpetúa a sí mismo y que es irrevocable. Pero el contexto total de las Escrituras afirma que si bien la provisión de gracia es constante y perpetua, la aplicación que el hombre hace de esa gracia para sí puede sólo ser progresiva, en vez del resultado de la acción de un momento, “de una vez por todas.” El acto inicial de apropiación es esencial; pero tiene que continuar subsecuentemente, y esto no es inevitable. La interpretación del Dr. Wuest descansa en el significado (que él infiere) de la yuxtaposición del participio presente *pinōn* (v. 13) y el subjuntivo aoristo *piēi* (v. 14). Es cierto que esta construcción es significativa en algunas ocasiones, pero no siempre, y ciertamente no en este caso. (Cualquier significado debe ser derivado, no del aoristo, sino del tiempo lineal).

¹ Kenneth S. Wuest, *Treasures From the Greek New Testament for the English Reader*, p. 29.

La interpretación del Dr. Wuest es permisible desde el punto de vista gramatical. Pero si bien es permisible, no es autorizada, puesto que hay otra interpretación igualmente justificable por la gramática. Lo que es más, esta otra interpretación es positivamente requerida cuando se consideran las otras Escrituras. Demostraremos estos dos puntos: (1) que no hay nada en el lenguaje del versículo 14 que limite la acción de beber a un solo acto, de una vez por todas; y (2) que una consideración de otros pasajes bíblicos requiere que la acción de beber, de este pasaje, se vea como una acción extendida y progresiva.

1. El Dr. Wuest está en lo correcto al declarar que un aoristo "presenta el mero hecho de [una] acción sin referencia al progreso de la misma." La acción representada por cierto aoristo puede efectivamente denotar "acción de punto," o de un instante, pero en lo que toca al lenguaje podría también ser acción lineal, o continua. Robertson declara:

El aoristo "constante" solamente *trata* la acción como un todo aislado, enteramente aparte de las partes, o del tiempo involucrado. Si el acto es un punto en sí mismo, muy bien. Pero el aoristo puede también ser usado para denotar una acción que no ocurre en un punto. Este es el avance que el tiempo hace sobre la raíz del verbo. Todos los aoristos son "de punto" o "puntiliares" en su declaración (véase lo que dice Moulton, *Prol.* p. 109). El aoristo "constante" trata un acto como puntiliar que no es en sí mismo acción de punto.²

La latitud del aoristo se encuentra en los modos dependientes, al igual que en el modo indicativo:

El aoristo de los modos dependientes representa la acción expresada por el verbo, como un solo evento o hecho, sin referencia alguna a su progreso o a la existencia de su resultado. Como en el caso del Indicativo, el verbo puede ser indefinido, inceptivo o resultativo, y cuando es indefinido se puede referir a una acción momentánea o extendida o a una serie de eventos.³

Robertson⁴ cita numerosos ejemplos de aoristos usados para

² A. T. Robertson, *A Grammar of the Greek New Testament in the Light of Historical Research*, p. 832.

³ Ernest De Witt Burton, *Syntax of the Moods and Tenses in New Testament Greek*, Sec. 98.

representar la clase de acción que requiere períodos extensos de tiempo, entre los cuales está Juan 2:20, donde la edificación del templo de Herodes, que requirió 46 años, se denota mediante el aoristo *oikodomēthē*. En Juan 1:14, el aoristo *eskēnōsen* (habitó) cubre la entera vida terrestre de Jesús. En Juan 1:18, el aoristo *exēgēsato* (le ha dado a conocer) se refiere a la entera manifestación de Dios hecha por Cristo durante su vida y ministerio terrestres.

Es obvio que los aoristos pueden representar acciones que requieren períodos extensos de tiempo. Por lo tanto es imprudente concluir en cualquier caso, sin evidencia que lo corrobore, que la acción denotada por un aoristo es necesariamente "acción de un punto." Desgraciadamente, traductores y exégetas han permitido algunas veces que la distinción entre tiempos aoristos y tiempos lineales imponga requisitos sobre los aoristos que son injustificados. Algunas veces han concluido que el contraste entre los aoristos y los tiempos lineales requieren que los aoristos especifiquen acción de un punto. Pero los aoristos sólo constituyen meras declaraciones de un hecho sin definiciones precisas. Fieles a su nombre, los aoristos sencillamente declaran el hecho de una acción sin especificar si la acción es puntiliar o lineal. Todos los aoristos son puntiliares en lo *que declaran*, pero no necesariamente *en hecho*. Por lo tanto, el concepto que transmite un aoristo, requiere definición por el contexto, la lógica y la analogía.

El uso de ambos tiempos, aoristo y durativo, pueden no indicar contraste alguno, aun cuando se usan uno cerca al otro. En I Corintios 10:4 encontramos un aoristo y un imperfecto que se usan indistintamente. El aoristo *epion* declara el hecho de que los israelitas bebieron del agua de vida de la Roca (Cristo) que los seguía, sin especificar si la acción de beber fue un solo acto o un proceso que duró. Pero el verbo imperfecto *epinon* especifica que la acción de beber no fue una acción momentánea, sino un proceso extendido. Tanto el aoristo como el imperfecto se refieren a la misma acción de beber de la Roca. Por lo tanto es obvio que el aoristo *epion* se refiere a un proceso extendido, más bien que a una sola acción momentánea.

⁴Robertson, *op. cit.*, p. 833.

Por ende es evidente que, si bien el aoristo subjuntivo *piñi* en Juan 4: 14 no *especifica* acción durativa, tampoco en forma alguna la *elimina*. No hay nada en el lenguaje de Juan 4: 14 que limite la acción de beber a una acción momentánea, de una vez por todas.

2. Una consideración de otros pasajes requiere que la acción de beber en Juan 4: 14 se considere como una acción progresiva, más bien que como una acción momentánea, y de una vez por todas. Ya hicimos referencia al hecho de que la acción de beber de la Roca espiritual (Cristo), tal como se describe en I Corintios 10: 4, es claramente una acción progresiva, más bien que un acto momentáneo, de una vez por todas. Toda la fuerza de la analogía de Pablo en I Corintios 10 queda destruida si uno da por hecho que nuestra acción de beber del agua de vida en la era presente, a diferencia de la manera en que Israel bebió en el desierto, es una acción momentánea, de una vez por todas, en vez de ser una acción progresiva.

Consideremos otra invitación de Jesús, casi idéntica a su invitación a la mujer de Sicar: "En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso de pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva" (Juan 7: 37-38).

El uso del presente imperativo *pinetō* en el versículo 37 es significativo, especialmente en vista de la preponderancia del imperativo aoristo en el Nuevo Testamento. En cuanto a la distinción entre el imperativo aoristo y el imperativo presente Robertson afirma que "en el imperativo positivo estamos en libertad de considerar el significado del tiempo aoristo (y presente) en su significado esencial. Aquí la distinción entre el aoristo (puntiliar) y el durativo (presente) es muy marcada."⁵ Burton afirma que "el presente de los modos dependientes se usa para representar una acción como en progreso, o como que se repite."⁶ El imperativo presente es generalmente durativo.

⁵ *Ibid.*, p. 855.

⁶ Burton, *op. cit.*, Sec. 96.

Es obvio que la acción ("beba") a la que Jesús invitó a los hombres en Juan 7:37 no es un acto momentáneo, de una vez por todas, sino una acción en progreso, o repetida. El lenguaje no permite ninguna otra interpretación. Nosotros sugerimos que si lo que Wuest infiere del aoristo en Juan 4:14 estuviese correcto, y un sólo acto momentáneo, de una vez por todas, de beber, fuese suficiente para todo el tiempo venidero, entonces el aoristo aparecería también en Juan 7:37, y en todos los pasajes similares. Pero, ese no es el caso.

Hagamos un resumen. En Juan 4:14 nos confronta un acto de beber, el cual, de acuerdo al lenguaje, puede ser puntiliar o durativo. En Juan 7:37 nos confronta un acto de beber, el cual de acuerdo al lenguaje, es definitivamente durativo. Sometemos a la consideración del lector que la construcción de Juan 7:37 necesariamente gobierna la interpretación de Juan 4:14. La acción de beber el agua de vida que Jesús enseñó en Juan 4:14 y en otros lugares es una acción continua y progresiva, más bien que un acto momentáneo, de una vez por todas, como Wuest y muchos otros lo han interpretado.

El agua que uno saca del pozo de Jacob pronto se agota, y uno vuelve a tener sed y debe regresar a sacar más agua. Así es con todas las satisfacciones temporales. Pero el agua de vida o viva que Jesús da es inagotable. Es un manantial viviente en el interior, que brota para vida eterna. La presencia viviente del Salvador en los corazones de todos aquellos que confían en El satisface continuamente la sed y los anhelos del alma. Pero el beber el agua preciosa de vida que el Salvador nos ofrece no es la acción de un momento. Es la comunión acostumbrada de todos los que confían en El, y que participan de la vida eterna de Dios mediante una fe viviente en un Salvador viviente.

En el último día, el gran día de la fiesta, Jesús se puso de pie y dijo en voz alta: "Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba. Cualquiera que siga creyendo en mí tendrá, como dice la Escritura, ríos de agua viva que correrán continuamente de su interior."

JUAN 7: 37, 38 (traducción libre
de la versión de Williams)

No queremos terminar el capítulo sin considerar brevemente la Fuente del agua de vida. La promesa de Jesús es que, a todos los que creen en El, "como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva." Tal como el erudito Vincent señala, aunque "no hay un pasaje que corresponda exactamente con éste . . . la cita que Jesús hace está en armonía con el tenor general de varios pasajes."⁷ Es posible que Jesús haya estado pensando en Isaías 58: 11, que reza: "Jehová te pastoreará siempre, y en las sequías saciará tu alma, y dará vigor a tus huesos; y serás como huerto de riego, y como manantial de aguas, cuyas aguas nunca faltan."

Hay todavía otra importante posibilidad. Robertson indica que algunos escritores occidentales de la antigüedad interpretaban que *ek tēs koiliās autou* (de su interior, o de su vientre) se refería a Cristo, más que al creyente. "Es un punto difícil y Westcott finalmente cambió de parecer y afirmó que *autou* se refiere a Cristo."⁸ Las Escrituras que apoyan la posición de Cristo son más numerosas que las que apoyan la otra alternativa. Uno de los pasajes prominentes entre aquéllas es la preciosa promesa de Isaías 12: 3, que dice: "Sacaréis con gozo aguas de las fuentes de la salvación." La traducción del Texto de Douay-Challoner nos atrae especialmente; dice: "Sacaréis aguas con gozo de las fuentes del salvador."

Las palabras de nuestro Salvador en Juan 7: 37, 38 fueron . . . probablemente sugeridas por las libaciones de agua que sacaban del estanque de Siloam cada mañana de la fiesta (a la vez que cantaban Isaías 12: 3), y que luego era llevada en vasijas de oro, en una procesión de sacerdotes que la derramaban sobre el altar durante el sacrificio de la mañana. Si se discontinuaba al octavo día, como parece probable, como un símbolo de haber venido a "una tierra de manantiales de agua," la proclamación de Jesús en el Templo no habría resultado menos impresionante, como la oferta de satisfacción para el alma cuya sed ningún ritual judío podía apagar.⁹

⁷ Marvin R. Vincent, *Word Studies in the New Testament*, Vol. II., p. 163.

⁸ A. T. Robertson, *Word Pictures in the New Testament*, Vol. V, p. 131.

⁹ J. A. McClymont, *The Gospel of St. John (The New Century Bible*, ed. W. F. Adeney), p. 197.

Considérense los siguientes pasajes similares: "Porque contigo está el manantial de la vida; en tu luz veremos la luz" (Salmos 36: 9). "Todas mis fuentes están en ti" (Salmos 87: 7). "Porque dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua. . . . ¡Oh Jehová, esperanza de Israel! todos los que te dejan serán avergonzados; y los que se apartan de mí serán escritos en el polvo, porque dejaron a Jehová, manantial de aguas vivas" (Jeremías 2: 13; 17: 13).

Jesús le prometió a la mujer de Sicar que "el agua que yo [te] daré será en [ti] una fuente de agua que salte para vida eterna." Pero un manantial de agua es sólo la manifestación de una fuente. Todo manantial, o "fuente de agua viva," tiene que tener su fuente en el interior de las entrañas profundas de la tierra. El "agua viva" es verdaderamente "un manantial de agua que sigue brotando en el interior (del creyente) para vida eterna" (Williams); pero su Fuente es siempre "esa Roca espiritual, Cristo," de quien continuamos bebiendo por la fe. El agua de vida, o viva, es siempre "el agua que Yo le daré."

Pedro declara acerca de los apóstatas que "han dejado el camino recto, y se han extraviado" que "estos (hombres) son fuentes sin agua" o "manantiales secos" como lo traduce Williams (II Pedro 2: 15, 17). No podemos seguir bebiendo del agua de vida si nos separamos de su bendita Fuente.

En medio del árido desierto de un mundo que perece, moremos siempre junto a la Fuente de Vida. Todas nuestras fuentes están en El. Bebamos sempiternamente de "ese cauce de misericordia que nunca cesa" como dice un himno, para que no tengamos sed jamás. Y al beber, invitemos a otros a que vengan a la Fuente cuyas aguas de vida no pueden dejar de apagar la sed.

A todos los sedientos: Venid a las aguas. . . . Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente.

ISAÍAS 55: 1; APOCALIPSIS 22: 17

Nacido de Dios

De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. . . . El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.

JUAN 3:3, 5, 6

El, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas. . . . Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas.

SANTIAGO 1:18, 21

CAPITULO VII

NACIDO DE DIOS

REINABA LA NOCHE. Ningún hombre prudente transitaba solo por las oscuras calles de Jerusalén durante la noche, a menos que su misión fuese urgente. Había el peligro de los ladrones que esperaban, escondidos en el marco de alguna puerta, en calle estrecha y oscura, y el peligro de los soldados romanos que frecuentemente eran sospechosos e impacientes con los hombres que se aventuraban por la noche.

Pero Nicodemo el Fariseo, miembro del Sanedrín y hombre de posición en Jerusalén, había venido a ver a Jesús de noche. Tal vez temía, más que a los ladrones o a los soldados romanos, la vergüenza de que sus colegas lo vieran, sentado como un discípulo ante ese extraño rabí joven de Nazaret. O tal vez las preguntas que torturaban su mente y su corazón no le habían permitido descansar hasta la mañana: ¿Quién era este Jesús que tenía un celo tan valiente por la santidad del templo, este obrador de milagros que hablaba con autoridad tan evidente? ¿Podía ser que de veras fuese el Mesías esperado por tan largo tiempo por Israel? Cuando menos parecía evidente que era un profeta—¡un maestro venido de Dios! ¿Qué nos podía decir del prometido reino?

Para sorpresa del fariseo, Jesús principió a contestar sus preguntas antes de que él tuviese oportunidad de expresarlas con palabras. Pero las palabras de Jesús le parecieron muy extrañas y misteriosas.

Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. Nicodemo le dijo: ¿cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por

segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu (Juan 3: 3-8).

De esta manera le reveló Jesús a una sola alma inquisitiva la naturaleza esencial de la relación con Dios que ha sido hecha posible mediante la redención que El efectuaría en Sí mismo. Hay otro nacimiento posible para el hombre que entre en este mundo nacido de mujer—es un nacimiento de arriba, del Espíritu de Dios; un nacimiento que le permite a un hombre ser parte del reino y de la familia de Dios y compartir su vida eterna.

“¿Cómo puede hacerse esto?” preguntó Nicodemo. Gentil pero firmemente Jesús le redarguyó por su ignorancia aparente de la naturaleza de la relación espiritual de Dios y los hombres que caminan con El por la fe. Le dijo: “¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto?”

Aunque con cierta oscuridad, la doctrina de un nacimiento espiritual de lo alto aparece en forma embrionica en el Antiguo Testamento. Numerosos pasajes ponen de manifiesto la relación espiritual entre Dios y los fieles, describiéndola como una relación entre un padre y sus hijos e hijas, y hay ciertos pasajes que implican un nacimiento espiritual de lo alto. (Compare Deuteronomio 14: 1; 32: 6, 19; I Crónicas 29: 10; Salmos 82: 6; 103: 13; Isaías 1: 2; 30: 1, 9; 43: 6; 45: 11; 63: 8, 16; 64: 8; Jeremías 3: 4, 19; 31: 9; Oseas 1: 10; Malaquías 1: 6; 2: 10; Ezequiel 36: 25-27; compare con Juan 3: 5). Las palabras de Pablo en II Corintios 6: 17f parecen ser, no una cita de cierto pasaje específico, o pasajes, sino más bien algo así como un mosaico que reúne en sí la esencia de mucho de lo que dijeron los profetas, que indica que la relación espiritual entre Dios y los creyentes es la de un padre y sus hijos.

Algo más: las palabras de Pablo en Gálatas 3: 23—4: 7 revelan que los creyentes bajo la Ley eran los hijos de Dios tanto como lo son los creyentes en la era presente. La distinción que Pablo

hace no es de relación, sino sólo de posición: los creyentes bajo la Ley estaban en la posición de niños menores sujetos a la supervisión del ayo (la ley), en tanto que los creyentes ahora disfrutaban de la posición de hijos maduros que han llegado a la mayoría legal de edad. Los fieles del Antiguo Testamento eran hijos y herederos de Dios, y el concepto novotestamentario de la relación filial de los creyentes con Dios, si bien es más vívido, no es nuevo en forma alguna. El hecho de un nacimiento espiritual en Sion, por la gracia de Dios, para hombres que nacieron pecadores, se describe hermosamente en el Salmo 87.

Puesto que era "maestro de Israel," Nicodemo fue justamente redargüido por su aparente ignorancia del nuevo nacimiento. Pero la reprensión de Jesús no implicó que Nicodemo debería haber entendido exactamente cómo el Espíritu efectúa el nacimiento espiritual de los hombres. El nacimiento del Espíritu involucra "cosas celestiales" que yacen escondidas en el poder y la sabiduría de Dios, cosas que no son inteligibles para el hombre finito.

Más allá de todas las definiciones (de la obra del Espíritu Santo en la regeneración) está el misterio de la vida, y el misterio de la acción del Espíritu sobre el espíritu. Ningún hombre sabrá jamás lo que es este toque de Dios que vivifica espiritualmente. Probablemente la regeneración misma nunca sea un asunto de lo que un hombre esté realmente consciente. Es aparente en sus consecuencias, pero no se discierne por sí misma; por lo tanto no tenemos oportunidad de examinarla. La región yace muy en lo profundo de nosotros, y el agente, el Espíritu Santo, obra invisible, sin llamar la atención a Sí mismo, y aparentemente sin desear ser visto en su obra interior. Por lo tanto no tenemos material para una definición de la regeneración desde adentro. Pero esta oscuridad no necesita molestarnos, pues es sólo la oscuridad que pesa sobre todos los procesos espirituales interiores: podemos señalar sus preparativos, y seguir sus consecuencias, pero los procesos yacen con demasiada profundidad para que los examinemos.¹

"Os es necesario nacer de nuevo" declaró Jesús. Pero el segundo nacimiento no es algo que los hombres deban o puedan

¹ William Newton Clarke, *An Outline of Christian Theology*, p. 397. Tenemos que rechazar muchas de las opiniones de Clarke; pero el párrafo arriba citado es excelente, y fiel a las enseñanzas de nuestro Señor en Juan 3: 3-8.

lograr ellos mismos—algo que los hombres puedan lograr y ofrecerle a Dios para que El lo inspeccione y lo apruebe. Más bien, es una relación santa con Dios obrada en el interior de las almas de los hombres por el poder del Espíritu, conforme ellos se someten a la voluntad de Dios mediante el arrepentimiento y la fe. Y es la circunstancia esencial en la cual los hombres comparten la vida eterna de Dios. Sin ella sólo hay la muerte espiritual.

Un cadáver puede ser embalsamado, perfumado con especias, y encerrado como una momia. Su corrupción es invisible, y todo aspecto de fealdad se ha encubierto cuidadosamente. Así es como muchos hombres embalsaman su alma muerta, la llenan con yerbas fragantes, y la envuelven, como si fuese una momia, en velos de justicia propia para que, casi nada salga a relucir de la corrupción interior. Pero así como los egipcios nunca pudieron con todos sus embalsamamientos restaurar la vida a sus muertos, tampoco pueden estas almas momificadas, con todo su arte egipcio encender una sola chispa de vida en sus almas muertas.²

“¡Os es necesario nacer de nuevo!” La necesidad del nuevo nacimiento para la salvación de los hombres es una nota potente del evangelismo, nota que no nos atrevemos a menospreciar. Pero cerciorémonos de que nuestra predicación y enseñanza sean bíblicas, no sea que nuestro énfasis se base meramente en una experiencia externa más que en una relación santa. Tengamos cuidado, no sea que demos la impresión de que el nuevo nacimiento es en alguna manera *un agente* de salvación, en vez de ser meramente *una circunstancia*. Es Jesús quien salva, no el nuevo nacimiento. Observemos que la enseñanza del Nuevo Testamento en cuanto al nuevo nacimiento fue impartida, no para evangelizar a los perdidos, sino para instruir a creyentes sobre la naturaleza de su relación espiritual con Dios por la fe en Cristo Jesús.³ La

² Abraham Kuyper, *The Work of the Holy Spirit*, p. 280.

³ Insistir en que Nicodemo no estaba bajo la gracia de salvación cuando tuvo su conferencia con Jesús es declarar que los hombres no podían experimentar la salvación bajo la vieja dispensación, o que Nicodemo era un impenitente hacia Dios y un incrédulo en cuanto al camino de salvación bajo la antigua dispensación (que permaneció en vigencia hasta el sacrificio de Jesús en la cruz). Tal declaración es contraria a la breve descripción que Juan hace de Nicodemo (3: 1 y versículos siguientes; 7: 50 y versículos siguientes; 19: 39-42), la que nos indica que Nicodemo era un judío piadoso de fe no fingida cuyo corazón estaba abierto a la verdad. La amonestación de Jesús, “no recibís nuestro

doctrina del nuevo nacimiento no aparece en ninguno de los discursos en el Libro de los Hechos, ni figura prominentemente en las Epístolas, excepción hecha de I Juan. Todo lo que se dice del nuevo nacimiento se dirige a creyentes que ya han entrado en tal circunstancia santa.

No se trata, y nadie debe hacerlo, de disminuir la realidad o la importancia de la vivificación que obra el Espíritu Santo en el nuevo nacimiento, por la cual la persona se convierte en "una nueva criatura en Cristo." Pero la nueva relación que así se logra no es irrevocable, de acuerdo a las muchas advertencias solemnes en contra de apostatar, y de acuerdo también al historial del Nuevo Testamento, de casos específicos de apostasía (compárese lo que decimos en la página 169 y las siguientes, y lo que decimos en la página 360 sobre II Corintios 5: 17). Si bien es cierto que es imposible dar demasiado énfasis a la doctrina del nuevo nacimiento, desgraciadamente es muy posible malentenderla.

Un error popular y serio es inferir que en alguna forma existe una comparación entre el nacimiento físico y el nacimiento espiritual; que cualquier cosa que esté intrínseca en el nacimiento físico está igualmente intrínseca en el nacimiento espiritual; que lo que pueda afirmarse de uno puede igualmente declararse del otro. Razonando bajo una hipótesis tan errónea, muchos han

testimonio," (v. 11 y siguientes) está en plural, lo que indica que la acusación no se dirigió personalmente contra Nicodemo, sino contra los fariseos y el Sanedrín colectivamente, y tal vez contra todos los judíos (compare Juan 1: 11). El hecho de que Nicodemo haya venido a Jesús en sincera búsqueda le distinguió como una excepción a la actitud de la mayoría.

A pesar de muchos sermones que han dibujado a Nicodemo como "un hombre religioso, pero perdido," no hay base para inferir que Nicodemo no estaba en las mismas circunstancias de Zacarías y de Elisabet, de quienes se dice que "ambos eran justos delante de Dios, y andaban irreprochables en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor" (Lucas 1: 6). Pero su entendimiento de la naturaleza de la relación espiritual de Dios y los creyentes era muy imperfecto (vrs. 3-13), y Nicodemo necesitaba urgentemente que se le enseñara el papel de Jesús como el verdadero sacrificio por los pecados, y el único objeto de fe para los creyentes en la nueva economía que pronto suplantaría la era de la Ley (v. 14 y siguientes), para evitar que se tropezara y cayera por ser escandalizado en Cristo (Lucas 2: 34; Romanos 9: 32 y siguientes), y que, al rechazar al Mesías en su aparición, se volviese "una rama desgajada por su incredulidad" (Romanos 11: 20).

llegado a la conclusión de que el nacimiento espiritual, como el nacimiento físico, es necesariamente irrevocable. Por ejemplo, se hacen la pregunta: "Si alguien ha nacido, ¿cómo puede jamás 'desnacer'?" Otro dice: "Yo puedo ser un hijo extraviado y desobediente, pero sigo siendo, para siempre, el propio hijo de mi padre." En defensa de los que a ellos les parece una conclusión obviamente lógica, han procedido, con buena conciencia a imponer interpretaciones injustificadas y elaboradas a muchos de los discursos sencillos de Jesús y a muchos pasajes llanos y explícitos de advertencias en el Nuevo Testamento. ¡Lo hacen porque todo lo que el Nuevo Testamento dice debe estar en armonía! Pero consideremos estas tres diferencias esenciales entre el nacimiento físico y el nacimiento espiritual:

1. El nacimiento efectúa el principio de la vida del sujeto *en toto*, en tanto que el nacimiento espiritual involucra sólo una transición de un modo de vida a otro.

(Se puede presentar la objeción de que el nacimiento espiritual no es una transición de una vida vieja a una vida nueva, basando tal objeción en que cuando la persona nace del Espíritu, pasa "de muerte a vida," y se vuelve "una nueva criatura en Cristo." Esto es cierto, pero sólo dentro de los límites de la definición total de las Escrituras, puesto que también es cierto que el hombre que está "muerto en sus delitos y pecados" es sin embargo un ser racional espiritual que es personalmente responsable por su vida y sus pecados y quien, a menos que se arrepienta, tendrá que comparecer ante Dios en un juicio solemne. Lo que se describe como "muerte," por la razón de que el pecador está "ajeno de la vida de Dios," es sin embargo *vida espiritual* en un plano degenerado—una vida espiritual por la cual los perdidos tendrán que dar cuenta a Dios en el juicio. El Nuevo Testamento contiene muchas referencias a la vida pasada de los cristianos antes de su conversión, referencias que tienen que ver con vidas espirituales de hombres en un estado irregenerado).

2. En el nacimiento físico, el sujeto no tiene conocimiento previo ni da consentimiento alguno, en tanto que en el nacimiento espiritual el sujeto tiene que conocer previamente el evangelio, y dar su consentimiento.

(Se puede presentar la objeción de que, a la luz de Juan 1: 13 y de Santiago 1: 18, el nacimiento espiritual de los hombres es por la voluntad de Dios, más bien que por la voluntad de los hombres. Tal objeción procede de la antigua falacia de "esto o lo otro," que es una inferencia ridícula a la que dan cabida, sin darse cuenta, muchos eruditos bíblicos sinceros. En realidad, el nacimiento espiritual de los hombres es por la voluntad de *ambos*: Dios y el hombre. Es cierto que "El, de su voluntad, nos hizo nacer," pero no aparte del consentimiento de nuestra voluntad. Por su propia voluntad el novio se desposa con su novia; pero no sin el consentimiento y la voluntad de la novia. Dios no estaba bajo la obligación de otorgar el nacimiento espiritual a los hombres, a tan terrible costo para Sí mismo, como no fuese la compulsión de su propio amor y gracia. "De su voluntad," por lo tanto, el Padre de las luces les da buenos dones a los hombres y engendra como sus propios y queridos hijos a todos los que crean su palabra de verdad. La iniciativa descansa en Dios. Pero la iniciativa de Dios requiere una respuesta del hombre. Los hombres no nacen del Espíritu sin un conocimiento previo del evangelio (Romanos 10: 8-17), ni sin su propio consentimiento [Juan 5: 40].⁴)

3. En el nacimiento físico, el individuo recibe vida independientemente de sus padres. Estos pueden morir, pero él sigue

⁴ Respecto a Juan 1: 13 notemos que muchos de los primeros Padres rechazaron la frase, *hoi . . . egennēthesan*, la que Tertuliano consideró una corrupción del texto hecha por los gnósticos valentinos, quienes negaban el nacimiento virginal de Jesús, a favor de un verbo singular (véase la obra de Blass, *Philology of the Gospels*, p. 234). Si los unciales griegos están correctos tal como los tenemos, la referencia es al nacimiento espiritual de los creyentes. Si Tertuliano, Ireneo y otros Padres primitivos están en lo correcto, Juan se refiere al nacimiento físico de Jesús. En favor de esta última interpretación se pueden aducir los siguientes importantes argumentos: (1) La opinión de algunos de los primeros e importantes Padres, como ya se indicó. (2) El lenguaje implica que aquí se hace referencia al nacimiento físico: "engendrados (no) de sangres (así dice el griego) ni de voluntad (*thelēma*, que Thayer interpreta: inclinación, deseo) de la carne, ni del deseo del hombre." (3) Una aseveración del obvio hecho de que el nacimiento espiritual de los creyentes no se efectúa por sangre o por la inclinación o deseo de la carne sería completamente sin necesidad o propósito. (4) El hecho de la Encarnación, por la cual el Verbo entró en el cauce de la humanidad, es el tema del Prólogo de Juan, y es lo que aquí se está considerando (v. 14).

viviendo. Pero en el nacimiento espiritual, el sujeto no recibe una vida independiente. Se vuelve un partícipe de la vida y la naturaleza de Quien le engendró—un partícipe por la fe, de la eterna vida de Dios en Cristo, “quien es nuestra vida.”

En vista de las diferencias esenciales y obvias, no es raro aceptar que el nacimiento espiritual, a diferencia del nacimiento físico no sea irrevocable. Es una necedad inferior que hay una relación de igualdad entre el nacimiento físico y el nacimiento espiritual, y que cualquier cosa intrínseca en el nacimiento físico lo esté también en el nacimiento espiritual. El nacimiento físico y el nacimiento espiritual son igualmente reales, pero también son esencialmente diferentes. Si bien existe una analogía entre ambos, no existe correspondencia alguna.

“Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.” Sin duda alguna Jesús se dio cuenta de que Nicodemo había aceptado un serio error muy común entre los judíos: inferían que el haber nacido descendientes carnales de Abraham de alguna manera les aseguraba una relación espiritual con Abraham y con Dios mismo (compárese Juan 8: 33-42). Pero la relación de Dios y los fieles es asunto de espíritu más que de carne. Si bien la relación física entre padres e hijos no se puede anular, la unión espiritual y la armonía entre padres e hijos terrenos puede destruirse (y trágicamente, muchas veces lo es). La relación entre los hombres y Dios, como su Creador, no puede ser anulada; pero la relación verdaderamente sublime y santa que Dios desea disfrutar con los hombres, es del espíritu, más que de la carne, y es voluntaria y no indisoluble durante la peregrinación probatoria del hombre en la tierra, el universo moral de Dios.

Muchos se han acostumbrado a pensar en el nuevo nacimiento exclusivamente en términos de una transformación inmediata obrada por el Espíritu cuando el individuo ha cumplido las condiciones del arrepentimiento y de la fe. Claro que esto es un concepto fiel a las Escrituras. Pero aunque es la verdad, no es *toda la verdad*. El nuevo nacimiento es una relación espiritual entre Dios y el hombre, que principia con una vivificación por el Espíritu cuando el hombre se rinde a la voluntad de Dios

mediante el arrepentimiento y la fe en Jesucristo, y que es sostenida por el Espíritu Santo conforme el individuo continúa en arrepentimiento y fe. El principio es esencial, pero no es el todo.

Consideremos Juan 1:12: "A todos los que le recibieron (*elabon*, aoristo indicativo, una acción definida en el tiempo pasado, la conversión) a los que creen (*pisteuousin*, participio presente, acción progresiva, perseverancia en la fe) en su nombre, les dio (*edōken*, aoristo indicativo, un acto definido en el tiempo pasado, conversión) potestad de ser hechos hijos de Dios." Juan describe ambos aspectos—el acto inicial de fe cuando Cristo es recibido, mediante el cual se efectúa la relación, y la fe perseverante en El por la cual la relación se sostiene. La distinción resulta vívida en la traducción de Verkuyl, que reza así: "Pero a aquellos que le aceptaron, El les otorgó la capacidad de volverse los hijos de Dios, esto es, a los que creen en su nombre." Westcott hace este comentario sobre Juan 1:12:

Lo que alcanzamos a concebir de esta "potestad de ser hechos hijos de Dios," yace en la unión potencial con el Hijo, por la cual los que le reciben son capacitados para realizar ese compañerismo divino. . . . Es importante observar cómo por todo el pasaje son unidos en perfecta armonía los lados divino y humano de la realización de ser hijos. El acto inicial es a la misma vez "ser engendrados" (*egennēthēsan*) y "recibir" (*elabon*). . . . El asunto está completo de parte de Dios, pero el hombre debe consumarlo, o hacerlo realidad, mediante un esfuerzo continuo (*genesthai tekna, tois pisteuousin*). . . . Las palabras (a los que creen) están en oposición con todos los que precede. La recepción de Cristo que tiene efecto se explica como la energía continua de fe que descansa en El, y que cree que es para el creyente lo que El ha manifestado que es.⁵

Pensar en el nuevo nacimiento exclusivamente como una transformación obrada por el Espíritu en el momento de conversión es tener un concepto inadecuado de la doctrina tal como la definen las Sagradas Escrituras. Hay dos aspectos del nuevo nacimiento: la experiencia inicial (conversión), y la relación sostenida (perseverancia). De las veinte veces en que el Nuevo Testamento

⁵ B. F. Westcott, *The Gospel According to St. John*, p. 9.

menciona el hecho de ser nacido de Dios (*gennaō* y *anagennaō*)⁶ siete casos son participios perfectos y tres son indicativos perfectos, lo que recalca el aspecto de la *relación sostenida* del nuevo nacimiento. (El tiempo perfecto afirma no sólo el hecho de un evento pasado, sino también la existencia que continúa de los resultados de ese evento, en el momento en que se habla). De los otros diez casos, uno es casi seguramente una referencia a Jesús (I Juan 5: 18, *gennētheis*)⁷ y otra es muy posiblemente una referencia a Jesús (Juan 1: 13), lo que deja ocho o nueve, o a lo sumo diez casos que recalcan el aspecto de la *experiencia inicial* del nuevo nacimiento.

El nombre *anakainōsis* (renovación) se asocia con una forma verbal puntiliar en Tito 3: 5, que hace referencia al aspecto de la *experiencia inicial* del nuevo nacimiento, y con una forma verbal durativa en Romanos 12: 2, donde recalca el aspecto de una *relación sostenida*. El verbo *anakainoō* (hacer nuevo) es durativo tanto en II Corintios 4: 16 como en Colosenses 3: 10, y en ambos da énfasis al aspecto de *relación sostenida* del nuevo nacimiento.

El nuevo nacimiento tiene que tener un principio. Debe principiar con una experiencia segura de conversión (la que, de acuerdo a las circunstancias, puede ser espectacular, o no serlo), en la que el individuo que se ha arrepentido y ha recibido a Cristo como su Salvador, es hecho una nueva criatura en Cristo por obra del Espíritu Santo. Pero desde el momento de su principio, el nuevo nacimiento se perfila como una relación presente que ha de ser sostenida por el Espíritu Santo.

De ocho alusiones en I Juan al hecho de que el creyente es nacido de Dios (considerando que *gennētheis* en I Juan 5: 8 se refiere a Jesús), cuatro son participios perfectos y tres son indicativos perfectos. Juan le da énfasis al nuevo nacimiento

⁶ Juan 1: 13; 3: 3, 5, 6, 7, 8; I Corintios 4: 15; Filemón 10; Santiago 1: 18; I Pedro 1: 3, 23; I Juan 2: 29; 3: 9; 4: 7; 5: 1 (tres veces) 4, 18 (dos veces).

⁷ El Manuscrito Vaticano reza: *tērei auton* en vez de *tērei heauton* (lo cual la mayoría de los eruditos considera correcto); esto hace que el participio pasivo aoristo *gennētheis* se refiera a Jesús, más que al creyente. Véase Williams, Verkuyl, Weymouth, Moffatt.

como una relación presente, más bien que como un evento pasado. Pero hay condiciones específicas esenciales a la conservación de la relación.

En I Juan 3:9 encontramos una verdad importante en cuanto al aspecto condicional del nuevo nacimiento: "Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios." En primer lugar, ¿cuál es el significado de "no puede pecar"? Seguramente que no significa que "no puede cometer un pecado," puesto que esto sería una contradicción de las propias declaraciones de Juan (véase I Juan 1:8—2:2) y del testimonio unánime de las Escrituras. Tal como Robertson declara: "el infinitivo activo presente *hamartanein* puede sólo significar 'y no puede seguir pecando.'"⁸ Esto está en armonía, no sólo con la gramática, sino también con la enseñanza constante del Nuevo Testamento. El que es nacido de Dios "no puede practicar o acostumbrar el pecado" (Williams).

Pero, ¿cómo es cierto que uno que haya nacido de Dios "no pueda practicar el pecado"? ¿Es una imposibilidad *absoluta* que principiara a practicar el pecado? Obviamente no, puesto que hay muchas advertencias dirigidas a los creyentes en contra de hacer eso exactamente, y el Nuevo Testamento registra muchos casos de apostasía (véase lo que decimos en la página 169). Por lo tanto, y puesto que obviamente no es una imposibilidad *absoluta*, es en vez de esto una imposibilidad *relativa*. Por ende, "estar engendrado de Dios" (una traducción literal del participio perfecto *gegennēmenos*) y "practicar el pecado" es una incompatibilidad moral y espiritual. Las dos condiciones no pueden coexistir.

Es evidente por lo tanto que la circunstancia "no puede practicar el pecado," no se presenta como una *consecuencia* inevitable del nuevo nacimiento, sino como una *condición* esencial que rige la realización o cumplimiento continental del nuevo nacimiento en el individuo. Una tesis principal de I Juan es la insistencia del apóstol de que hay ciertas condiciones específicas bajo las cuales *puede* existir el nuevo nacimiento, y otras condiciones

⁸ A. T. Robertson, *Word Pictures in the New Testament*, Vol. VI, p. 223.

específicas bajo las cuales *no puede* existir (véase 1: 5-7; 2: 3-11, 15-17, 24-29; 3: 6-24; 4: 7, 8, 20—5: 1). Juan insiste en que, aparte de una intención sincera y un esfuerzo de hacer bien, y de evitar el mal, nadie puede “estar engendrado de Dios,” y compartir su naturaleza divina y la vida eterna mediante la gracia salvadora de Dios en Cristo. (El reconocimiento de esta verdad “rescataría” muchas enseñanzas sencillas de Jesús que los defensores de la seguridad incondicional han descartado, diciendo que “no se aplican a la dispensación presente”).

Chafer objeta diciendo: “. . . el hacer que la condición de hijos (de Dios) lo que por su naturaleza es interminable y que es una posición ante Dios que descansa completamente en los méritos de Cristo, el hacer que la condición de hijos dependa en la condición, o de cualquier dignidad humana es contradecir todo el orden de la gracia divina, y hacer que el hombre impotente sea, al fin, su propio salvador.”⁹

En primer lugar, observemos que Chafer procede de la deducción errónea de que hay una igualdad o relación entre el nacimiento físico y el espiritual, pues afirma: “. . . la condición de hijos . . . por su naturaleza es interminable. . .” Por otro lado, hay un sentido en el que el hombre es definitivamente “su propio salvador” (véase I Timoteo 4: 16; Hechos 2: 40, etc.). El Salvador, que vino al mundo para que el mundo fuese salvo por él, no le beneficia a nadie excepto a aquellos “que le reciben” y que “creen en su nombre.” Al aceptar la invitación del evangelio de confiar en el Salvador que Dios ha provisto, un hombre se vuelve en cierto sentido (por cierto escriturario) “su salvador.” Lo que es más, no es enteramente erróneo hablar de “dignidad humana,” en vista de declaraciones como las siguientes:

Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas. El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borrará su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles (Apocalipsis 3: 4, 5).

. . . exhortándoles a que permaneciesen en la fe, y diciéndoles: Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de

⁹ Lewis Sperry Chafer, *Systematic Theology*, Vol. III, p. 225.

Dios. . . . Nosotros mismos nos gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios, por vuestra paciencia y fe en todas vuestras persecuciones y tribulaciones que soportáis. Esto es demostración del justo juicio de Dios, para que seáis tenidos por dignos del reino de Dios, por el cual asimismo padecéis (Hechos 14: 22; II Tesalonicenses 1: 4, 5).

El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo (Apocalipsis 21: 7).

A pesar de las objeciones de Chafer y de otros defensores sinceros de la doctrina de seguridad incondicional, nuestra condición de hijos sigue siendo condicional a través de nuestra peregrinación terrestre en el universo moral de Dios. Consideremos la advertencia de Pablo: "Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne; porque si vivís conforme a la carne moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios" (Romanos 8: 12-14). Más adelante declara: (v. 17) que somos hijos y herederos de Dios con Cristo sólo "si es que padecemos juntamente con él" (véase II Timoteo 2: 12, que reza, "Si sufrimos [*hupomenō*], también reinaremos con él; si le negáremos, él también nos negará"). Liddon hace el siguiente comentario sobre Romanos 8: 14, "Esta condición filial (*huiotēs*), si bien es un producto de la gracia de Dios, depende para subsistir, en la obediencia pasiva del hombre a la dirección del Santo Espíritu de Dios" (v. 14).¹⁰

El aspecto condicional del nuevo nacimiento es aparente en una comparación de las primeras cláusulas de los versículos 6 y 9 de I Juan 3:

"Todo aquel que permanece en él, no peca."

"Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado."

Lo que Juan atribuye en el versículo 6 a "permanecer en él," lo atribuye en el versículo 9 a haber "nacido de Dios." Así Juan implica que "permanecer en él" y haber "nacido de Dios" son equivalentes. Por ende vemos que "permanecer en Cristo" es infinitamente más que un asunto de "compañerismo" y de

¹⁰ H. P. Liddon, *Explanatory Analysis of St. Paul's Epistle to the Romans*, p. 132.

"consagración." No es punto menos que continuar o seguir siendo "nacido de Dios." El "estar engendrado de Dios" es, entonces, una relación presente que procede de la condición presente de "permanecer en Cristo." Esto está en cabal armonía con la enseñanza de nuestro Señor en Juan 15.

Muchos abogan que el "permanecer en Cristo" es un privilegio de "compañerismo" importante, pero opcional, para todos los que disfrutan de la "relación" de haber nacido de Dios. Declaran que es la llave para el poder y la victoria espirituales sobre el pecado en la vida del cristiano. Pero también afirman que uno puede seguir siendo nacido de Dios sin permanecer en Cristo. Gran parte de su dificultad emana de que ellos le asignan su propio significado específico, a la palabra "permanecer." Para ellos, el significado de esta palabra ha llegado a ser algo bastante remoto y diferente del verdadero significado de *menō*, palabra que es traducida: *permanecer, morar, continuar, perseverar, esperar*, etc. Sin duda alguna no habrían adoptado tan fácilmente su interpretación particular de las palabras solennes de nuestro Señor acerca de "permanecer" en El, tal como se hallan en Juan 15, si los traductores de la Versión Autorizada,* hubiesen traducido *menō*, "permanecer" (como lo hicieron en muchos otros pasajes, y como muchas otras traducciones contemporáneas lo hacen en Juan 15) en vez de "morar."

Algunos echan mano de la segunda cláusula de I Juan 3:6, "todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido," para aducir que los "cristianos" cuyas vidas no están de acuerdo con su profesión no son personas que se han alejado de Cristo, sino personas que nunca le conocieron verdaderamente como Salvador. Seguramente que hay muchos cuyas profesiones de fe son falsas desde el principio. Pero hay otras personas que se alejan de Cristo después de haberlo conocido verdaderamente como Salvador y Señor. Aquellos que echan mano de I Juan 3:6b como evidencia de que todos los "cristianos" cuyas vidas contradicen su profesión son necesariamente personas que nunca conocieron a Cristo en una verdadera relación salvadora basan su argumento, desde luego, en la traducción en inglés. Pero el tiempo del verbo en inglés (que es el tiempo perfecto) no coincide con el tiempo

* En inglés.

perfecto del griego (*heōraken* y *egnōken*). El tiempo en inglés tiene un solo aspecto, en tanto que el tiempo perfecto en el griego tiene dos aspectos. Tiene que ver no sólo con el hecho de una acción en el pasado, sino también con el hecho de que los resultados de esa acción o acto siguen existiendo hasta el momento presente. Un acto en el pasado, cuando se le considera enteramente aparte del asunto de la existencia continua de los resultados de ese acto, en el momento en que se habla, se afirma en griego, o con el aoristo o el imperfecto. Una traducción más amplia de las palabras de Juan sería: "todo aquel que deliberadamente practica el pecado no le ha visto y continúa viéndole, ni le ha conocido y continúa conociéndole." La declaración de Juan es aplicable a personas cuya profesión de fe ha sido falsa desde el principio, y es igualmente aplicable a los apóstatas que se han alejado de la verdadera fe de salvación en Cristo.¹¹

Westcott declara que la frase de Juan no tiene ningún efecto sobre "... el asunto de la indefectibilidad de la gracia. Tiene que ver con el estado actual del hombre. Lo que se vio en el pasado y lo que se conoció en el pasado dejan de ser a menos que sigan adelante."¹² Lange considera que Juan se refiere específicamente a la apostasía; escribe: "La idea de Juan es por lo tanto ésta, que todo aquel que peca, y mientras está pecando, es uno en quien el haber visto y haber conocido a Cristo es asunto del pasado, pero sin continuar obrando y durando hasta el presente."¹³ No hay nada en I Juan 3: 5 que afirme que los "cristianos" cuyas vidas contradicen su profesión de fe sean necesariamente hombres que nunca conocieron a Cristo en una verdadera relación salvadora.

¹¹ Muchos han apelado a Mateo 7: 23 para aducir que todos los falsos profetas (vrs. 15 y los siguientes) e impostores son hombres a quienes Cristo nunca ha conocido, de acuerdo a su declaración: "Nunca os conocí." Observemos que Jesús declaró solamente que El les *declararía* (*homologeō*) que nunca les había conocido. Compárese con Lucas 13: 25, 27, donde Jesús les advirtió a sus oyentes que de ellos diría: "No sé de dónde sois" lo cual podía ser cierto sólo en sentido figurado, no literalmente (compárese con Juan 8: 23, 44). Con respecto a los hombres que tenemos por delante en Mateo 7: 23, Jesús negará haber estado relacionado con todos ellos por igual. Pero si bien su relación con muchos de ellos no habrá sido sino una mera pretensión, la relación que tuvo con otros habrá sido, en cierto tiempo, real. Compárese con II Timoteo 2: 12; Apocalipsis 3: 5, 8-12.

¹² B. F. Westcott, *The Epistles of St. John*, p. 104.

¹³ J. P. Lange, *Commentary on the Holy Scriptures*, ad loc.

La Primera Epístola de Juan describe claramente el aspecto condicional que continúa, del nuevo nacimiento. Consideremos un silogismo lógico que se deriva de las declaraciones de Juan en 2: 29—3: 10:

Premisa Mayor: Todos los que siguen siendo engendrados de Dios evitan pecar deliberadamente (v. 9).

Premisa Menor: Sólo los que permanecen en Cristo evitan pecar deliberadamente (v. 6).

Conclusión: Sólo los que permanecen en Cristo siguen siendo engendrados de Dios.

“Permanecer en Cristo” es más que un asunto de compañerismo, o de consagración, y la “vida victoriosa.” Es la vida misma. Es permanecer en El, “quien es nuestra vida,” y por ende continuar siendo engendrados de Dios. Seguramente que estas consideraciones imparten un sentido profundo de tremenda solemnidad a las palabras de nuestro Salvador en Juan 15: “Permaneced en mí, y yo en vosotros. El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará, y los recogen, y los echan en el fuego, y arden.”

Antes de concluir este capítulo, consideremos el significado de las palabras: “la simiente de Dios permanece en él” (I Juan 3: 9). Los comentaristas bíblicos han ofrecido diversas definiciones de “la simiente.” Creemos que la interpretación más satisfactoria es que “la simiente (o semilla) es la palabra de Dios” (Lucas 8: 11). Esto está de acuerdo con la Parábola del Sembrador dada por nuestro Señor (compárese también con I Pedro 1: 23; Santiago 1: 18-22).

Algunos han objetado a esta interpretación aduciendo que Juan usa la palabra *sperma* en vez de *sporos*. Pero la objeción queda invalidada cuando uno considera que *sperma* y *sporos* son usadas indistintamente en II Corintios 9: 10, y que *sperma* se usa en Marcos 4: 31, haciendo alusión a la acción de plantar semillas y en I Corintios 15: 38 y Mateo 13: 24, con el mismo significado.

Claro que es enteramente posible que "la simiente" en este caso tenga referencia a Jesús. Seguramente que Jesús, "la simiente de la mujer" y de Abraham y David, es también "la simiente de Dios, "el unigénito del Padre." "La simiente de Dios" que permanece en todo aquel que sigue siendo engendrado de Dios puede verdaderamente referirse a Jesús, quien dijo: "Permaneced en mí, y yo en vosotros."

También se puede considerar con seguridad que "la simiente" que permanece en los fieles es la Palabra de Dios, sea que la consideremos como la Palabra hablada, que, guardada en nuestros corazones, nos salva de pecar contra Dios (Salmos 119: 11), o a "el Verbo encarnado" en la Persona de Jesús, quien permanece en todos los que permanecen en El. Probablemente sea imposible establecer una definición más precisa. Pero ninguna se necesita, puesto que existe la afinidad más estrecha posible entre la Palabra hablada y el Verbo Encarnado. Muchas cosas que las Escrituras le atribuyen a la primera, también se las atribuyen al segundo.

De una manera u otra, es imperativo que continuemos guardando, atesorando, en nuestro corazón, tanto la Palabra hablada de Dios que nos guarda de pecar contra El, como el Verbo Encarnado, que dijo: "Permaneced en mí, y yo en vosotros . . . el que guarda mi palabra, nunca verá la muerte." Si la Palabra y el Verbo no moran en nuestro corazón, no podemos ser engendrados de Dios.

Los hombres que quieran ver el reino de Dios harán bien en meditar y en obedecer todo lo que las Santas Escrituras declaran en cuanto al nuevo nacimiento que Dios, en su amor y misericordia, ha hecho posible para los hijos de los hombres, para que puedan participar de su reinado eterno, y compartir para siempre su propia vida eternal.



Las Arras del Espíritu

Y el que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos ungió, es Dios, el cual también nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones.

II CORINTIOS 1: 21, 22

En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria.

EFESIOS 1: 13, 14

Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención.

EFESIOS 4: 30

CAPITULO VIII

LAS ARRAS DEL ESPIRITU

¿LE HA dado usted gracias a Dios alguna vez por El mismo? ¿Le ha dado gracias jamás de que es en *El* que vivimos y nos movemos y tenemos nuestro ser? ¿Le ha dado las gracias por la clase de Dios que El es? “Fiel es Dios,” escribe Pablo, “por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor” (I Corintios 1:6).

Hace mucho tiempo, Agustín dijo: “Tú has hecho al hombre para ti, y él no descansa sino hasta que descansa en ti.” No sólo es cierto que el hombre verdaderamente no descansa nunca sino hasta que descansa en Dios; también es cierto que Dios mismo nunca estará satisfecho sino hasta que esté en medio de todos los suyos, en un compañerismo perfecto y eterno que jamás pueda ser manchado en forma alguna. “He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios” (Apocalipsis 21:3).

No, Dios nunca estará satisfecho sino hasta que, en su día eterno, El more entre su pueblo, mostrando para siempre “las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús” (Efesios 2:7). Moviéndose siempre hacia el cumplimiento del anhelo de su corazón y de todos sus propósitos en gracia, Dios está obrando también constantemente entre los suyos que todavía son peregrinos en la tierra, atrayéndolos hacia adelante, hacia la realización final de los privilegios de su santa condición de hijos.

“Estando persuadido de esto,” les escribe Pablo a los Filipenses, “que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfec-

cionará hasta el día de Jesucristo" (1:6). Y a los corintios les escribe que Jesucristo "os confirmará hasta el fin, para que seáis irreprochables en el día de nuestro Señor Jesucristo" (I Corintios 1:8). "Fiel es el Señor," les asegura a los tesalonicenses, "que os afirmará y guardará del mal" (II Tesalonicenses 3:3). Y ora por ellos diciendo: "Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo" (I Tesalonicenses 5:23). Ora con la confianza de que "fiel es el que os llama, el cual también lo hará" (v. 24).

En cuanto a sí mismo, Pablo está confiando en que "el Señor (le) librará de toda obra mala, y (le) preservará para su reino celestial" (II Timoteo 4:18). "Los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia" les escribe a los corintios, y añade: "Porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu" (II Corintios 5:4, 5).

Dios está obrando entre sus hijos. Les ha dado una promesa de su fidelidad y las arras del cumplimiento final de su propósito en la redención de ellos: su propio Espíritu, enviado para morar en los corazones de sus hijos que son peregrinos en este mundo. Pablo declara que el Espíritu Santo es a la misma vez el sello y las arras de nuestra redención final:

Dios "nos ha sellado [*sphragisō*, ha puesto una marca oficial sobre], y nos ha dado las arras del Espíritu [*ton arrabōna tou pneumatos*, genitivo de aposición: el Espíritu mismo es las arras] en nuestros corazones" (II Corintios 1:22).

"Vosotros . . . fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa (*tōi pneumati*, caso instrumental: el Espíritu es el instrumento de la acción de sellar) que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida" (Efesios 1:13, 14).

“No contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual [*en hōi*, el Espíritu es el elemento en el cual somos sellados] fuisteis sellados para el día de la redención” (Efesios 4: 30).

El Espíritu Santo es el sello oficial de la propiedad de Dios, y las arras que Dios le ha dado al creyente de su herencia que le ha prometido como hijo y heredero de Dios. ¡Maravilloso! Pero hay aún más: el Espíritu está continuamente obrando en el creyente para hacer posible la consumación de todo lo que está dentro de la perfecta voluntad de Dios para todos sus hijos en Cristo. El misericordioso Consolador, nuestro Paracleto en la tierra así como Cristo en el cielo, ha sido enviado por el Padre para morar en nosotros y quedarse para siempre, instruyéndonos, estimulándonos, y guiándonos en nuestro camino de peregrinos a la casa del Padre.

Benditos y múltiples son sus ministerios en nuestro favor. Ha venido a enseñarnos todas las cosas (Juan 14: 26); a darnos poder para que demos testimonio de Cristo (Juan 15: 26, 27; Hechos 1: 8); para guiarnos hacia toda la verdad y mostrarnos las cosas venideras y las cosas de Cristo (Juan 16: 13); para dirigirnos en nuestro servicio (Hechos 13: 2); para cumplir toda la justicia de la ley en nosotros (Romanos 8: 4); para dar testimonio de que somos hijos de Dios (Romanos 8: 16); para ayudarnos en nuestras flaquezas y hacer intercesión por nosotros (8: 26); para revelarnos algo de la gloria de las cosas que Dios ha preparado para los que le aman (I Corintios 2: 9); para impartir sus dones y así capacitarnos para un servicio efectivo (I Corintios 12: 1 y vrs. siguientes); para producir en nosotros su fruto precioso, y de gracia, de ser semejantes a Cristo (Gálatas 5: 22 y vrs. siguientes); y finalmente, para vivificar nuestros cuerpos mortales en la venida de Jesús (Romanos 8: 11). Sí, verdaderamente todos sus ministerios en nuestro favor son ministerios llenos de gracia.

Pero el Espíritu Santo no puede hacer nada para aquellos que rehusen o rechacen su ministerio. Por lo tanto, se nos exhorta a “ser llenos del Espíritu” (Efesios 5: 18); a “andar en el Espíritu” y no tras la carne (Gálatas 5: 16 y vrs. siguientes); a

sembrar para el Espíritu, en vez de para la carne (Gálatas 6: 7-9); a vivir "según el Espíritu" y no "según la carne" (Romanos 8: 1-13); y a ser guiados por el Espíritu de Dios, para que podamos ser hijos de Dios (Romanos 8: 14). Además, se nos exhorta y advierte que no apaguemos el Espíritu (I Tesalonicenses 5: 19), y especialmente que no despreciemos finalmente el Espíritu de gracia (Hebreos 10: 29). Todas estas solemnes exhortaciones y advertencias afirman que el creyente tiene una responsabilidad personal específica respecto al ministerio del Espíritu Santo que sencillamente no puede menospreciar.

"Fiel es Dios," declaró Pablo. Constantes y fieles son el Padre, el Hijo y el Espíritu. Pero la fidelidad de Dios no puede ser de ayuda alguna para hombres infieles. La confianza de Pablo en el caso de los filipenses de que Quien "comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo" no se basaba en alguna ley divina inexorable que continuaría en operación cualquiera que fuese la conducta de los filipenses. Todo lo contrario, la confianza del Apóstol emanaba de su observación de la conducta personal de los cristianos filipenses.

Muchos que han apelado a Filipenses 1: 6 en defensa de la doctrina de la seguridad incondicional parecen haber menospreciado completamente el contexto inmediato (y el contexto más amplio también). Considérese el versículo 7: "Como me es justo sentir esto de todos vosotros" (esto es, que la obra perfeccionadora de Dios en ellos continuaría hasta el día de Cristo), porque los filipenses estaban firmes, a un lado de Pablo, en la defensa y la confirmación del evangelio, a pesar de persecución creciente que ya había puesto a Pablo en cadenas. Además, la firmeza de su compañerismo en el evangelio en el pasado (v. 5), como Meyer declara

. . . forma también la base de la justa confianza (de Pablo) para su futuro. . . . [Su compañerismo en el evangelio], desde el primer día hasta ahora, es lo único que puede justificar y ameritar la confianza (de Pablo) en cuanto a ellos para el futuro. . . . Lo que (Dios) ha principiado El lo completará, específicamente por las operaciones posteriores de su gracia. La idea de que esta gracia sea rechazada, como una posibilidad de parte del hombre, no queda aquí excluida; pero Pablo no tiene que temer esto de parte de sus convertidos filipenses, como

anteriormente lo había hecho en el caso de los gálatas (Gálatas 1: 6 y 3: 3).¹

La fidelidad de Dios está más allá de cualquier tela de duda. Pero la fe y la fidelidad del hombre (las dos están ligadas inseparablemente, de acuerdo a las Escrituras) son otra cosa. En el caso de los filipenses, la suposición de Pablo de que la obra de gracia de Dios en ellos continuaría hasta el día de Jesucristo tenía amplia justificación en el celo evidente de la fe de ellos. Sobre la base de su firmeza, Pablo razonó que su confianza en la seguridad espiritual de los filipenses estaba ampliamente justificada. Tenía todas las razones posibles para suponer que la fidelidad de Dios continuaría confrontando una fidelidad correspondiente de parte de los filipenses mismos.

La confianza de Pablo en cuanto a los filipenses no era tal que él pudiera tener necesaria o automáticamente respeto a algunos otros de sus convertidos—por ejemplo, hacia los corintios. Consideremos también el caso de los gálatas. Estos principiaron “por el Espíritu” (3: 3); pero algunos de ellos después llegaron a creer que en alguna forma habían de “acabar (o perfeccionarse) por la carne.” En cuanto a la base de su justificación y esperanza, algunos de ellos se tornaron de Cristo hacia las obras de la carne. Por lo tanto Cristo dejó de aprovecharles en forma alguna; se habían “separado de Cristo” (véase lo que dice Thayer del verbo *katargeō*) y “caídos de la gracia” (5: 2-4). “Sembrar para la carne” aun aquellas cosas que parecen buenas en sí mismas, trae destrucción; pero “sembrar para el Espíritu” trae la vida eterna (6: 7-9).

La confianza de Pablo de que los filipenses continuarían firmes en la fe y en el evangelio era la base de la confianza del apóstol de que, en el caso de ellos, Dios continuaría realizando su obra de gracia en ellos hasta el día de Jesucristo. Comentando sobre Filipenses 1: 6, el exégeta Robertson escribe: “Dios principió y Dios lo consumará . . . pero no sin su cooperación y actitud de socios.”² Dios estaba obrando en los filipenses

¹ H. A. Meyer, *Critical and Exegetical Hand-Book to the Epistles to the Philippians and Colossians, and to Philemon*, p. 13.

² A. T. Robertson, *Word Pictures in the New Testament*, Vol. IV, p. 436.

para traerlos a la perfección en el día de Jesucristo. Pero la obra de Dios, lejos de eliminar la necesidad de un esfuerzo de parte de ellos, demandaba toda su cooperación y perseverancia. Esto es lo que Pablo demanda de ellos: "Pero en aquello a que hemos llegado, sigamos una misma regla," (Filpenses 3:16), versículo que Weymouth traduce de esta manera: "Pero cualquiera que sea el punto al que ya hemos llegado, perseveremos en el mismo curso."

Pablo los exhorta (3:3-17) a que sigan el ejemplo de él mismo, como quien persevera en la fe sencilla en Cristo solamente, excluyendo toda confianza en la carne, "prosiguiendo hacia la meta, para ganar el premio para el cual Dios, mediante Jesucristo, nos llama hacia arriba" (3:14, traducción libre de la versión de Williams). Les recuerda (vrs. 18, 19) que él les había advertido repetidas veces en contra del ejemplo de apóstatas cuyo dios era la satisfacción de apetitos carnales, como en efecto ahora les vuelve a advertir: "ahora lo digo llorando" ("una emoción profunda cuando dictó la carta y se acordó de estos infieles seguidores de Cristo"³). Les exhorta, en contraste a estos apóstatas sensuales, a que continúen mirando hacia el cielo en anticipación de la venida del Salvador (vrs. 20, 21), prospecto en vista del cual les advierte que estén "firmes en el Señor" (4:1).

En otros lugares de esta epístola, Pablo les amonesta a que se ocupen "en su salvación con temor y temblor" (2:12). Para su estímulo, les recuerda que "Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad" (v. 13). Muchos han recurrido al versículo 13 para negar que el versículo 12 impone responsabilidad alguna sobre los hombres en cuanto a su salvación efectiva. Dicen que de acuerdo a este versículo (13), la iniciativa descansa enteramente en Dios. Dios obra dentro de nosotros para motivarnos o causar que queramos y hagamos su buena voluntad. Por lo tanto, afirman, el que nosotros obremos, o logremos nuestra salvación no es tarea para nosotros, sino de Dios; y El no puede fallar.

³ *Ibid.*, p. 456.

Pero pasan por alto que la obra de Dios en los seres humanos no es una obra de compulsión o contra la voluntad de ellos. Las Escrituras dan abundante testimonio de que, a pesar de la obra de gracia de Dios, los hombres en efecto se apartan de su voluntad y sus buenas intenciones; y las advertencias en contra de hacer tal cosa son muchas y urgentes. Dios está obrando en sus hijos. Pero su fidelidad en su obra no hace innecesaria la importancia y necesidad esenciales de la cooperación de ellos, ni en forma alguna los compele o cohecha para que la den.

“Fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” (I Corintios 10:13). Observemos que la fidelidad de Dios no nos exime de nuestra responsabilidad. En vez de ello, sólo nos asegura de que podremos “resistir” cada tentación y “soportar”—si así lo deseamos. Pero todavía seguimos bajo la necesidad de continuar “huyendo de la idolatría” (v. 14), de no “tentar al Señor” (v. 9), y de “mirar que no caigamos” por excesiva presunción (v. 12). La fidelidad de Dios no le aprovecha de nada a hombres infieles.

La voluntad de Dios no es necesariamente la voluntad de los hombres hacia El. Pablo afirma en Romanos 2:4 que Dios, en su bondad, está guiando hacia el arrepentimiento aún a los hombres obstinados que, “por su dureza y su corazón no arrepentido” siguen atesorando para sí mismos ira en el día del juicio. Dios está mandando a todos los hombres en todo lugar que se arrepientan (Hechos 17:30); pero pocos hombres quieren hacer caso de su mandato. Jesús declaró que los fariseos y los doctores de la ley, al no querer someterse al bautismo de Juan, rechazaron los designios de Dios (*boulē*, propósito) para ellos (Lucas 7:30). La voluntad de Dios para los hombres no es necesaria ni automáticamente la voluntad de los hombres hacia El.

Cristo es eternamente fiel. Alford traduce II Timoteo 2:13, de la siguiente manera: “Si nosotros somos incrédulos, él sin embargo sigue siendo fiel, porque no puede negarse a sí mismo.” Nuestra esperanza de salvación descansa en la fidelidad de Quien es “el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hebreos 13:8). Pero su fidelidad no le puede aprovechar a hombres que le desconozcan. La urgente advertencia de Pablo a Timoteo, el

pastor de la iglesia en Efeso, cobra nueva vividez en la traducción de Verkuly, que reza: "Si sufrimos, entonces también reinarémos con El. Si le negamos o abandonamos a El, entonces El nos negará personalmente. Si somos falsos con El, El seguirá siendo fiel puesto que no puede ser falso consigo mismo." Nuestra traición a Cristo no puede alterar su fidelidad constante; pero tampoco puede dejar incólume nuestra relación con El. No puede negarse a Sí mismo; pero sí nos negará a nosotros, si nosotros le negamos a El. "Permaneced en mí, y yo en vosotros."

Si bien la infidelidad de muchos individuos de Israel no nulificó la fidelidad de Dios en el cumplimiento de sus promesas, tampoco la fidelidad de Dios impidió la infidelidad de muchos de los hijos de su pacto (Romanos 3: 3-8). La fidelidad de Dios hacia Israel no impidió que "algunas de las ramas" fuesen separadas de El: "Por su incredulidad fueron desgajadas" (Romanos 11: 20). Pablo les advierte a los creyentes gentiles que no se vanaglorien ni presuman, sino que reconozcan que la misma tragedia podría cernirse sobre ellos, puesto que sólo por la fe están en pie (vrs. 20-22). Asumir que dada la fidelidad de Dios, los cristianos no pueden perderse, es ignorar o menospreciar una parte esencial de la verdad. La fidelidad de Dios no puede aprovechar en forma alguna a hombres que se vuelven infieles. "Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió" (Hebreos 10: 23).

Abraham estaba "plenamente convencido de que (Dios) era también poderoso para hacer todo lo que había prometido" (Romanos 4: 21). Pero la fe que "le fue contada por justicia" (v. 22) no fue meramente la persuasión de un momento santo y grandioso; fue su persuasión *duradera*. Ninguna fe menor podía haber heredado la promesa de Dios. La fe duradera de Abraham que le fue contada por justicia, y que le hizo un heredero de Dios, está vívidamente descrita en Hebreos 6: 11-15, que es toda una exhortación urgente a los creyentes: "Deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma solicitud hasta el fin, para plena certeza de la esperanza, a fin de que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas. Porque cuando Dios hizo la promesa a

Abraham, no pudiendo jurar por otro mayor, juró por sí mismo, diciendo: De cierto te bendeciré con abundancia y te multiplicaré grandemente. Y habiendo esperado con paciencia, [Abraham] alcanzó la promesa.”

Las grandes promesas de la fidelidad de Dios en llevar a cabo su obra de gracia en nuestros corazones por su Espíritu hasta el día de Jesucristo (promesas tales como Filipenses 1:6; I Corintios 1:8; II Tesalonicenses 3:3; I Tesalonicenses 5:24 y II Timoteo 4:18) implican todas ellas una fidelidad correspondiente de parte del hombre. El suponer que tales promesas no tienen condiciones ni demandas implicadas, sencillamente porque no están expresadas en los mismos versículos, es tan falto de fundamento como deducir que todo el mundo ha de ser salvo sólo porque Juan 3:17 declara que “no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él.” No estamos en libertad de aceptar Juan 3:17 y al mismo tiempo pasar por alto el versículo 18 y una multitud de otros pasajes de las Santas Escrituras. No insistamos en que el todo de la revelación de Dios sea comprimido en un solo versículo. Filipenses 1:6 y otros versículos similares no están solos. “Fiel es Dios,” pero, ¿cuál es nuestra reacción a su fidelidad? Maclaren escribe:

... ¿qué actitud en nosotros corresponde a la fidelidad de Dios? Todo lo que tengo que hacer es citar una de las expresiones de la Epístola a los Hebreos para dar la contestación: “Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió.” Nuestra fe corresponde con la fidelidad de Dios y es la contestación a ella. Como en el caso de dos instrumentos afinados con el mismo diapason, cuando uno de ellos da una nota, las cuerdas del otro vibran y dan un eco, así también la fidelidad de Dios debe evocar la música de la fe que contesta en nuestros corazones que vibran y responden. Si El es digno de que confiemos en El, confiemos pues en El.

.....

El perfeccionamiento progresivo de la vida cristiana es garantizado por el pensamiento de la fidelidad de Dios. El no principia una obra y luego se hastía de ella, o se dedica a otra cosa, o encuentra que sus recursos no bastarán para terminarla.

.....

Nadie que observe la obra de Dios tendrá jamás el derecho de decir:

“Este hombre principió a construir y no pudo terminar.” No hay proyectos fallidos y a medio terminar en el taller de Dios. Pero el ser humano sí tiene que conservarse bajo la influencia divina. Es vano hablar de “la perseverancia final de los santos,” a menos que usted recuerde que sólo aquellos que se rinden continuamente a Dios son continuamente objetos de su gracia que limpia y santifica. En la persona que lo haga, la perfección progresiva de la obra que Dios ha empezado está asegurada.⁴

Comentando sobre Hebreos 7: 22 (“Jesús es hecho fiador de un mejor pacto”), Westcott declara: “No se dice que Cristo sea un fiador para el hombre con Dios, sino el fiador de un pacto de Dios con el hombre.”⁵ En igual manera, si bien el Espíritu Santo es las arras de nuestra herencia y la seguridad de la fidelidad de Dios, no es el fiador de nuestra fidelidad correspondiente. La venida del Espíritu de gracia a nuestros corazones en la conversión no es una garantía de que nosotros no contristaremos, o apagaremos o que rechazaremos finalmente a Aquel que viene a guiar nuestros pasos hacia la Jerusalén celestial.

“Hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne,” advierte San Pablo. “Porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios” (Romanos 8: 12-14). Los hombres que no tienen interés alguno en vivir “por el Espíritu de Dios” no pueden seguir siendo sus hijos. “Esta filiación (o condición de hijos), aunque es un producto de la gracia de Dios, depende para su continuación en la obediencia pasiva del hombre a la dirección del Espíritu Santo de Dios.”⁶ El fiel ministerio del Espíritu Santo no les aprovecha de nada a los hombres que se han vuelto indiferentes hacia la nutrición y dirección que El imparte, y que menosprecian sus amonestaciones. Predicando de Efesios 4: 30 (“No contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención”), Maclaren dijo:

⁴ Alexander Maclaren, *Expositions of Holy Scripture: Second Timothy, Titus, Philemon, and Hebrews*, págs. 66, 64.

⁵ B. F. Westcott, *The Epistle to the Hebrews*, p. 189.

⁶ H. P. Liddon, *Explanatory Analysis of St. Paul's Epistle to the Romans*, p. 132.

Aquí tenemos una advertencia llana de la posibilidad de frustrar la influencia (del Espíritu Santo). Nada leemos aquí de una gracia irresistible; no hay aquí nada de un poder que de repente controla a un hombre y le hace bueno, ¡en tanto que él yace pasivo en sus manos como el barro en las manos del alfarero! Usted no será hecho santo sin el Espíritu Divino; pero tampoco será hecho santo sin que usted trabaje en cooperación con El. Hay una posibilidad de resistir, y hay una posibilidad de cooperar. Se ha dejado libre al hombre. Dios no se apodera de nadie por los cabellos de su cabeza y le arrastra por las sendas de justicia, a querer o no. . . . Tenemos que trabajar con Dios, y podemos resistir. ¡Ay, notamos que hay una palabra más triste y profunda que la que aplica el mismo apóstol en otra carta al mismo asunto! Podemos "apagar" la luz y extinguir el fuego.

¿Qué la extingue? Miremos el catálogo de pecados que viene lado a lado de la exhortación de mi texto. Todos son asuntos pequeños—amargura, ira, enojo, gritería y maledicencia, toda malicia, robos, mentiras y cosas por el estilo; transgresiones "muy domésticas" si se me permite decir tal cosa. Sí, pero si usted va acumulándolas una tras otra sobre la chispa de su corazón, finalmente apagará la llama. El pecado, el separarme de la influencia del Espíritu Santo, el no hacer caso de sus susurros y sugerencias, el ser ciego a las enseñanzas del Espíritu mediante la Palabra y la providencia: éstas son las cosas que "contristan al Espíritu Santo de Dios."

"No contristéis al Espíritu Santo de Dios." Un padre siente un dolor si ve que su hijo no aprovecha un don precioso que él le ha dado y lo deja tirado por cualquier lugar. Un amigo amante, de pie en la orilla del muelle y gritándole a sus amigos que se alejan en el barco, se aleja triste si ellos no le hacen caso. El Espíritu Divino nos ruega y nos brinda sus dones pero, se aleja . . . con un corazón adolorido, no porque su autoridad se haya menoscabado, sino porque su amor se ha despreciado y se ha rechazado su deseo de ayudar, cuando nosotros, a pesar de El, tomamos nuestro propio camino, menospreciamos el llamado que nos advierte del peligro que nos amenaza, y dejamos sin tocar los dones que nos habrían dado la seguridad.⁷

Muchos aducen que aunque los creyentes contristen y ofendan al Espíritu Santo, Este nunca se alejará de una persona en quien una vez vino a morar. El contristamiento del Espíritu Santo,

⁷ Maclaren, *Expositions of Holy Scripture: Ephesians*, págs. 267-270.

del cual Pablo advirtió, nunca puede volverse total o final, dicen ellos. Como una evidencia de su argumento, repiten las palabras de Jesús: "Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre" (Juan 14: 16).

El hecho de que el Espíritu mora en el creyente es una realidad bendita. Después de que Jesús, mediante su muerte, logró acceso al Lugar Santísimo del cielo, por El mismo, para todos aquellos que moran en El, implementó también una relación íntima y preciosa entre el Espíritu y los creyentes. Pero las palabras de nuestro Señor: "para que esté con vosotros para siempre," no constituyen una promesa de que en alguna manera la apostasía se ha vuelto algo imposible, y que el Espíritu Santo jamás puede retirarse de alguien en quien una vez ha venido a morar, fuese lo que fuese la actitud subsecuente de esa persona a su ministerio de dirección y amonestación. Muchos han errado completamente en cuanto al significado de la promesa de Cristo.

La promesa de nuestro Salvador de enviar otro Consolador (como El mismo) para que morara en sus discípulos fue dada en lo que para los apóstoles fue un momento de profunda desesperación. Estaban confrontando la inmediata separación del Maestro de su círculo. Era un horizonte terrible que ellos sencillamente no habían anticipado. Sintieron una necesidad desesperada de una seguridad nueva.

A pesar de su entendimiento limitado, los once habían permanecido fieles en su fe en El durante los meses pasados, a pesar de creciente oposición y el angustioso hecho de que muchos le habían dado la espalda y ya no andaban más con El. Pero su firme persuasión de que El tenía palabras de vida eterna, y su anticipación constante de su triunfo tarde o temprano, y la restauración de Israel (Hechos 1: 6), cuando Jesús sería entronado como rey, había mantenido viva su esperanza. Su presencia entre ellos había sido su inspiración y fuerza constantes. El prospecto descorazonador de que se separara de ellos ni siquiera había entrado en sus mentes.

Pero ahora Jesús les había dicho: "Hijitos, aún estaré con vosotros un poco. Me buscaréis; pero como dije a los judíos, así os digo ahora a vosotros: A donde yo voy, vosotros no

podéis ir." Era un prospecto nefando que parecía truncar sus más caras esperanzas, hundiéndolos en pesimismo y desesperación. ¡Cómo necesitaban ahora una palabra de seguridad! Sus graves dudas e incertidumbres se reflejaron en sus preguntas llenas de ansiedad:

"Señor, ¿a dónde vas?" preguntó Pedro. Y Tomás añadió: "Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?" "Antes de que te vayas," rogó Felipe, "muéstranos el Padre, y nos basta." ¡Qué dolores de soledad y de incertidumbre sintieron todos ellos al confrontar la separación del Maestro! ¡Habían dependido en El para todo!

Pero Jesús tenía dos promesas maravillosas para ellos. Una era una promesa tocante a El mismo. Regresaría y le verían otra vez, aunque el mundo no lo vería (ningún incrédulo le vio jamás después de su muerte y resurrección); y ellos conocerían su presencia espiritual y morarían en su amor, aun cuando El estuviera corporalmente con el Padre en el cielo.

No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros. Todavía un poco, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis; porque yo vivo, vosotros también viviréis. En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros. El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ese es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él. . . . El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él. . . . Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor (Juan 14: 18-21, 23; 15: 9, 10).

Aunque estaría ausente de ellos corporalmente, estaría con ellos espiritualmente. Y ellos podrían permanecer en su amor, si querían, y conocer un compañerismo íntimo con El y con el Padre. Si tan sólo continuaban en su palabra y sus enseñanzas, El y el Padre harían su morada espiritual en los corazones de ellos. ¡Vaya una promesa preciosa!

La otra palabra del Maestro que les impartió seguridad fue su promesa de la venida del Espíritu Santo a morar con ellos durante el tiempo de la ausencia corporal del Salvador; Williams

traduce así Juan 14:16, "Y Yo le pediré al Padre y El os dará otro Ayudador, para permanecer con vosotros hasta el fin de la edad." Sin embargo, la presencia permanente del Consolador no puede separarse de la presencia espiritual del mismo Señor Jesús, la cual El también prometió a sus discípulos para "todos los días, hasta el fin del mundo" (Mateo 28:20). Meyer afirma:

En el Paracleto . . . Cristo mismo está presente con los suyos (Mateo 28:20), puesto que en la misión del Espíritu, quien es el Espíritu de Cristo (Romanos 8:9; Gálatas 4:6), la comunicación del mismo Cristo ocurre (Romanos 8:10; Gálatas 2:20), sin que, sin embargo, el Paracleto cese de ser un *allos*, otro sujeto que El, aunque dependiendo en el Hijo. . . .⁸

Westcott añade este comentario:

La presencia histórica de Cristo fue sólo por un tiempo. Su Presencia espiritual fue para "todos los días hasta la consumación de la edad" (Mateo 28:20). Esta Presencia se realiza mediante el Espíritu.⁹

La promesa de Cristo de la presencia del Espíritu Santo quien moraría "para siempre" (*eis ton aiōna*, hasta el fin de la edad) durante su propia ausencia corpora! de la tierra se ha cumplido hasta este día, y continuará cumpliéndose por todos los días de la edad, hasta que Jesús vuelva otra vez. Pero el concluir que la promesa de Jesús constituye un voto de que el Espíritu Santo tiene que permanecer en cada persona en la que viene a morar en cierta ocasión, sin que importe cómo reacciona esa persona subsecuentemente al ministerio (del Espíritu Santo) de dirección y amonestación, es menospreciar muchas graves advertencias que se encuentran en las Escrituras, inclusive la solemne advertencia de nuestro Salvador dada en la misma ocasión (en que dio la promesa del Consolador): "Permaneced en mí, y yo en vosotros."

Anteriormente hemos declarado que durante toda su peregrinación terrestre, la relación del creyente con Cristo nunca

⁸ H. A. W. Meyer, *Critical and Exegetical Hand-Book to the Gospel of John*, p. 415.

⁹ B. F. Westcott, *The Gospel According to St. John*, p. 205.

es una relación estática que existe como la consecuencia irrevocable de una decisión, acción o experiencia pasada. Más bien, es una relación viviente—una morada mutua presente del creyente y del Salvador, la participación de una vida común que emana de Aquel que es “nuestra vida.” Para el creyente, es una participación viviente que procede de una fe viviente en un Salvador viviente. El principio fundamental o básico que gobierna la relación se reduce a su declaración más sencilla en las palabras de nuestro Salvador: “Permaneced en mí, y yo en vosotros.” La relación del creyente con el Espíritu Santo no puede separarse de su relación con Cristo; es una y la misma. La relación entre el Espíritu Santo y el cristiano no es estática ni indisoluble.

“Si vivimos por el Espíritu,” les escribe Pablo a los gálatas, “andemos también¹⁰ por el Espíritu” (5: 25). Si nuestra mismísima vida en Cristo depende en el Espíritu, como Pablo les demuestra a los gálatas, entonces, definitivamente, ¡andemos en el Espíritu! No podemos *vivir* por el Espíritu si nos negamos a *caminar* en el Espíritu. La exhortación de Pablo viene después de su advertencia de que no podemos vivir al mismo tiempo para la carne y en el Espíritu (v. 17), y de que sólo cuando andamos en el Espíritu (v. 17), estamos evitando vivir para los deseos de la carne (v. 16). El apóstol luego enuncia el castigo terrible para los que viven para la carne: “Os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas (las obras de la carne) no heredarán el reino de Dios” (vrs. 19-21). “No os engaños,” les advierte, “Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna. No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos” (6: 7-9).

Pablo les advierte a los romanos que “el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz” (8: 6). “Hermanos,” les escribe, “deudores somos, no a la carne, para

¹⁰ Para ver el uso de *kai* como partícula inferencial, léase Marcos 10: 26 y Santiago 2: 4 (Texto Receptus). *Kai* posee mucha latitud, y el contexto debe determinar su significado preciso en cualquier pasaje (véase Robertson, *Grammar*, pág. 1182). Aquí el contexto indica que está usado en forma inferencial.

que vivamos conforme a la carne; porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios" (Romanos 8: 12-14). Godet hace este comentario:

La vida del Espíritu no se vuelve realidad en el creyente sin su consentimiento y cooperación, y meramente porque el Espíritu le ha sido una vez impartido. De parte del hombre es necesaria una decisión perseverante, una docilidad activa al darse a sí mismo a ser guiado por el Espíritu, puesto que la dirección del Espíritu tiende constantemente al sacrificio de la carne; y si el creyente se rehusa a continuar en esta senda, renuncia a la vida del Espíritu y sus privilegios gloriosos.¹¹

El bendito Espíritu de Dios ha venido a morar para siempre y a guiar los pasos de los peregrinos hacia la casa del Padre y la herencia eterna de los fieles. Pero su ministerio de gracia no será de provecho alguno a los hombres que desprecien su dirección y su amonestación, y que se alejen de sembrar para el Espíritu y se pongan a sembrar para la carne. Hombres tales no pueden permanecer en Cristo y en su Espíritu. El Santo Consolador no puede seguir morando en hombres que endurezcan sus corazones en contra de su amoroso ministerio.

¹¹ F. L. Godet, *Commentary on the Epistle to the Romans*, p. 307.

Una Vez para Siempre

Y diciendo luego: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad; quita lo primero, para establecer esto último. En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre. Y ciertamente todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies; porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados.

* * *

Por tanto, Jesús es hecho fiador de un mejor pacto. Y los otros sacerdotes llegaron a ser muchos, debido a que por la muerte no podían continuar; mas éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.

* * *

Así que, hermanas, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincera, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura. Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió.

HEBREOS 10: 9-14; 7: 22-25; 10: 19-23

CAPITULO IX

UNA VEZ PARA SIEMPRE

EN CIERTA ocasión el Señor Jesús les dijo a sus críticos: “Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida” (Juan 5: 39, 40). ¡Con qué diligencia escudriñaban las Escrituras! Sin embargo no lograron ver a Quien es el Alfa y la Omega, el centro y la circunferencia de la Santa Revelación, y por lo tanto no acudieron a Jesús, en pos de la vida, cuando estuvo visiblemente entre ellos. Su estudio de las Escrituras, a pesar de su celo, fue estorbado trágicamente por sus prejuicios y sus ideas preconcebidas.

Es una verdad muy trágica que hoy hay tantas personas, algunas de las cuales son completamente sinceras que se ven seriamente estorbadas en su estudio de las Escrituras porque no han logrado hacer a un lado sus opiniones preconcebidas. Claro que nadie puede hacer esto perfectamente, y también es cierto que para todos nosotros, el significado subjetivo de lo que leemos y oímos depende hasta cierto punto de nuestros prejuicios y opiniones previamente adquiridos, de los que nos es imposible libertarnos completamente. Por lo tanto es muy útil en nuestro estudio de cualquier pasaje de las Escrituras consultar el texto original y tantas traducciones buenas como sea posible. Demasiados prejuicios y opiniones preconcebidas pueden alojarse sin molestia alguna entre las antiguas y bien conocidas palabras de nuestra traducción favorita.

Muchos defensores de la doctrina de la seguridad incondicional han recurrido a dos versículos en el capítulo diez de la Epístola a los Hebreos: “En esa voluntad somos santificados

mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre. . . . Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados" (Hebreos 10: 10, 14). Y en efecto, una lectura superficial parece justificar la conclusión de que la santificación¹ de un creyente, una vez que se efectúa, es "una vez para siempre," y por lo tanto irrevocable. Pero examinemos el pasaje cuidadosamente.

En Hebreos 10: 10-14 encontramos dos grandes verdades: la ofrenda que Jesucristo hizo de Sí mismo como el "solo sacrificio de los pecados para siempre" y eternamente eficaz; y la santificación y la perfección consecuentes de todos los que en El confían. Estableceremos dos puntos: (1) La circunstancia "una vez para siempre," se asocia primordialmente con la ofrenda que nuestro Salvador hizo de Sí mismo, como el sacrificio eterno por el pecado, y sólo secundariamente con los hombres; y (2) hombres individuales participan en el beneficio de la propiciación que Cristo hizo de una vez para siempre por los pecados de la humanidad, no por virtud de un solo acto de fe, hecho de una vez para siempre, sino en tanto que esos hombres siguen descansando continuamente en El.

1. Lo que se dice que es "una vez para siempre" es la ofrenda que Cristo hizo de Sí mismo, como el sacrificio propiciatorio por los pecados de todos los hombres, en vez de la santificación realizada de ciertas personas. El contraste entre los sacrificios repetidos constantemente, del antiguo régimen que nunca podía "quitar los pecados," y el sacrificio eficaz de Cristo, "una sola ofrenda . . . para siempre" es un tema prominente de la Epístola a los Hebreos. Considérense los pasajes siguientes:

(Jesús) no tiene necesidad cada día como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer . . . sacrificios . . . porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo (7: 27).

Por su propia sangre entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención (9: 12).

Y no para ofrecerse muchas veces, como entra el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo cada año con sangre ajena. De otra manera le hubiera

¹ "Santificación" en este capítulo es posicional en vez de experimental.

sido necesario padecer muchas veces desde el principio del mundo; pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado. Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos (9: 25-28).

Y ciertamente todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios (10: 11, 12).

El sacrificio de Jesús en la cruz del Gólgota ocurrió en tiempo específico en un sitio específico. Fue "una vez en la consumación de las edades . . . en la plenitud de los tiempos" cuando Jesús murió en una colina en las afueras de Jerusalén. Pero lo que ocurrió en un preciso tiempo y lugar es independiente de tiempo y de lugar. Es eternamente contemporáneo. Su valor y eficacia se extienden desde el momento de la entrada del pecado en el Edén hasta el tiempo en que el que es injusto ha de ser injusto todavía, y el que es santo, se ha de santificar todavía (Apocalipsis 22: 11). Lo que Jesús logró mediante esa sola ofrenda que El hizo de Sí mismo es "¡una vez para siempre!"

Mientras que la circunstancia "una vez para siempre" tiene referencia a la ofrenda que Cristo hizo de Sí mismo como el sacrificio eterno por el pecado, hay una aplicación secundaria a los creyentes, en la forma en que confían en El. Es secundaria porque es una consecuencia del acto de sacrificio de Cristo de "una vez para siempre," y porque aprovecha a los hombres progresivamente, conforme satisfacen las condiciones necesarias. "La obra es completa en el lado divino (*hēgiasmēnoi, teteleiōken*) y gradualmente apropiada en el lado del hombre (*hagiasomēnois*)."²

Se puede objetar que estamos pasando por alto el significado de Hebreos 10: 1, 2: "Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca

² B. F. Westcott, *The Epistle to the Hebrews*, p. 345.

puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan. De otra manera cesarian de ofrecerse, pues los que tributan este culto, limpios una vez, no tendrían ya más conciencia de pecado.” Algunos podrían inclinarse a discutir que, en contraste con los ineficaces sacrificios levíticos, hay que concluir que el sacrificio de Cristo sí otorga en realidad una purificación irrevocable, de una vez para siempre, de todos los pecados—pasados, presentes y futuros—al hombre que una vez cree, por lo cual para él ya no habrá “más conciencia de pecado.” Efectivamente esto es lo que muchos hombres buenos creen y enseñan. Pero el escritor de la Epístola a los Hebreos no es uno de ellos.

El punto del escritor no es que si uno de los sacrificios levíticos hubiese resultado en alguna manera, eficaz verdaderamente, los adoradores habrían experimentado inmediatamente una purificación irrevocable, de una vez para siempre, de todos los pecados—pasados, presentes y futuros. Lo que él quiere aclarar es que si un solo sacrificio hubiese resultado eficaz, habría habido *una ocasión*³ o vez en que los adoradores habrían sido purificados del pecado—verdaderamente, no meramente desde el punto de vista ceremonial. Por lo tanto, en vez de seguir ofreciendo sacrificios adicionales, habrían dependido en la validez del sacrificio que había resultado eficaz. La evidencia de la eficacia de ese sacrificio en particular habría sido el apaciguamiento completo de la “conciencia de pecado” de los adoradores—una circunstancia que ni la gente ni el sumo sacerdote (9:9) jamás experimentó mediante el ofrecimiento de los sacrificios levíticos, por su falta de cualquier valor intrínseco (10:4). Lejos de quitar la conciencia de pecados y de culpa, los sacrificios sirvieron más bien para recordarles sus pecados (10:3). Lo que es más, la repetición continua testificaba de su falta de cualquier eficacia.

³ Muchos traductores vierten *hapax* como “una vez para siempre” en Hebreos 10: 2. Pero están equivocados, a la luz del contexto. La palabra en sí puede significar *una vez para siempre*, o *una vez*, o *un caso*. Se traduce *una vez* en Hebreos 9: 7; II Corintios 11: 25 y Filipenses 4: 16; I Tesalonicenses 2: 18 y Judas 5; en ninguno de estos casos podría tener un significado sensible si se tradujera *una vez para siempre*. El contexto debe determinar la traducción. El mensaje total de Hebreos indica que debe traducirse *una vez* en Hebreos 10: 2. (Como lo traduce correctamente la versión castellana. N. del T.)

El punto del escritor en Hebreos es solamente que los sacrificios levíticos, puesto que eran ineficaces y meramente ceremoniales, podían nada más lograr la anticipación de un sacrificio superior, el cual, por contraste, podría en realidad expiar los pecados del pueblo y permanecer perpetuamente eficaz. El sacrificio de "una vez para siempre" que hizo el Señor Jesús es la substancia, de la cual los sacrificios levíticos eran sólo la sombra.

2. Hay dos consideraciones importantes que nos indican que Hebreos 10:10-14 no enseña que los hombres entran irrevocablemente en un estado de santificación delante de Dios mediante una experiencia de gracia en Cristo de una vez por todas. La primera de esas consideraciones se implica por el uso del participio presente *hēgiasmenoi* en el v. 10 y el participio presente pasivo *hagiazomenous* en el v. 14. Ambos poseen un aspecto lineal y se preocupan con el momento presente. Su significado es enteramente aparente en la excelente traducción de Verkuyl, que vertida libremente al castellano rezaría de la siguiente manera: "La voluntad divina por la cual *estamos siendo hechos santos* por medio de la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre. . . . Porque con una sola ofrenda El ha perfeccionado para siempre a aquellos que *están siendo hechos santos*." Por ende, mientras que la eficacia del sacrificio de Cristo se yergue irrevocable eternamente, el beneficio de su sacrificio hecho una vez para siempre es impartido progresivamente a los hombres conforme ellos se acercan a Dios mediante El y son por lo tanto hechos santos delante de Dios, en Cristo.

Consideremos la traducción que Montgomery hace de Hebreos 7:24 y 25, la que muy correctamente toma en consideración los tiempos verbales; reza así: "Pero [Cristo] por cuanto permanece para siempre, tiene su sacerdocio inviolable. Por tanto es capaz de seguir salvando hasta lo sumo a aquellos que continuamente se acercan a Dios por él puesto que está viviendo siempre para interceder por ellos." Maclaren escribe:

En la gran ofrenda [de Cristo], considerada como incluyendo [su] vida tanto como su muerte . . . tenemos aunados en un diseño indisoluble el patrón, el móvil y el poder para toda justicia de carácter; y alcanza el propósito para el cual Dios le creó, aquel ser humano quien,

poniendo su mano en la cabeza de esa ofrenda, no sólo le transfiere sus pecados a ella, sino que también recibe su justicia de ella. Por una ofrenda que copó con la culpa y la borró enteramente, y que resuelve el asunto de la tiranía del pecado y nos emancipa de ella, y que nos comunica una vida nueva formada en justicia según la imagen de Quien nos creó, por esa ofrenda somos librados de la carga de nuestros pecados y somos perfeccionados, mientras tanto que echemos mano del poder cuyo propósito es limpiarnos.⁴

Una segunda evidencia importante de que Hebreos 10: 10-14 no enseña que los hombres entran irrevocablemente en un estado de gracia mediante un acto hecho de una vez por todas es el significado del contexto inmediato. Habiendo declarado el hecho de la eficacia perpetua del sacrificio de una vez por todas, de Cristo, el escritor procede inmediatamente a exhortar a sus lectores a perseverar diligentemente: "Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo . . . [nuestro] gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos⁵ con corazón sincero, en plena certidumbre de fe. . . . Mantengamos firme,⁵ sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió. Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de reunirnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca (día de su venida, v. 37). Porque si pecáremos voluntariamente. . . ." El escritor inmediatamente lanza una de sus numerosas advertencias contra el peligro de apostatar—advertencias que se dirigen a "hermanos santos, participantes del llamamiento celestial," y para quienes Jesucristo es "apóstol y sumo sacerdote de su profesión" (3: 1).

En vista de las exhortaciones y advertencias que siguen inmediatamente, es obvio que el escritor no enseña en Hebreos 10: 10-14 que un solo acto de fe, de una vez por todas, introduce a la persona a un estado irrevocable de gracia. La ofrenda que Cristo hizo de Sí mismo constituye un sacrificio de una vez por todas por el pecado que permanece eternamente eficaz; pero nuestra participación en el beneficio de su Sacrificio único y

⁴ Alexander Maclaren, *Expositions of Holy Scripture: Hebrews and the Epistle of James*, p. 89.

suficiente es progresiva y completamente determinada por nuestra continuación en fe y sumisión a El.

Consideremos Hebreos 13: 12-17. "Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta. Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio; porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir. Así que, ofrezcamos⁵ siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza. . . . Obedeced⁶ a vuestros pastores, y sujetaos⁶ a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta."⁷

James Denney declara que el escritor de la Epístola a los Hebreos, como Pablo y otros escritores del Nuevo Testamento, tiene

. . . el concepto de una obra terminada de Cristo, una obra terminada en su muerte, algo hecho en cuanto al pecado, de una vez por todas, sea que alma alguna quisiera aceptarlo o no.

[El], como otros escritores del Nuevo Testamento, hace de la muerte de Cristo la mismísima cosa por la cual el pecado es anulado como un poder que impide el acceso del hombre ante Dios. Su idea no es que Cristo por su muerte, o en virtud de ella, obre inmediatamente sobre el alma pecaminosa, volviéndola una alma justa, y que en ese sentido anule el pecado; es más bien que el pecado es anulado y, en su carácter de aquello que le impide al hombre estar en la presencia de Dios y hace que la adoración sea imposible, deja de ser, mediante el sacrificio de Cristo logrado de una vez por todas.

[Al tomar sobre Sí mismo en su muerte los pecados del mundo Jesús]

⁵ El presente subjuntivo durativo en griego.

⁶ El presente imperativo durativo en griego.

⁷ Puede ponerse en tela de duda el que los pastores que estuvieran persuadidos de que la seguridad de los cristianos es incondicional pudieran velar debidamente por las almas de su rebaño. Lo que pondríamos en tela de duda no es su sinceridad, sino un aspecto esencial de su orientación pastoral. Véase Hechos 14: 22; 11: 23; Romanos 11: 20-22; I Corintios 15: 1, 2; II Corintios 1: 24; Colosenses 1: 23; I Timoteo 4: 16; Gálatas 5: 21; 6: 7-9; Santiago 1: 12-16; 5: 19-20; Hebreos 3: 12-14; I Juan 2: 24-25; Judas 20, 21; II Pedro 1: 8-12. Compare Juan 21: 15-17 ("alimenta mis ovejas") con Santiago 1: 21 y Juan 6: 63 y 8: 51.

hace perfectamente, y por lo tanto, finalmente y de una vez por todas, algo mediante lo cual los hombres pueden entrar en compañerismo con Dios. Pone la base del nuevo Pacto; hace lo que los pecadores pueden ver como una obra terminada; El hace una expiación objetiva por el pecado—exactamente lo que San Pablo describe como *katallage* o reconciliación. Hay paz ahora entre Dios y el hombre; nos podemos acercar al [Dios] Santo.

La Epístola a los Hebreos no nos presenta con claridad, como las epístolas paulinas, cómo es que la muerte de Cristo se vuelve efectiva para los hombres. El autor [a los Hebreos] no era tanto un evangelista como un pastor, y con lo que trata de principio a fin no es la iniciación sino la conservación del cristianismo. Pero la contestación a la pregunta depende parcialmente en el concepto de Cristo como Sacerdote. El sacerdote es una persona que actúa como el representante de un pueblo: hace algo por ellos que correctamente les toca a ellos hacer, pero que no pueden hacer por sí mismos; por la gracia de Dios lo hace, y basados en eso, ellos se acercan a Dios. La epístola le da gran énfasis al hecho de que Cristo se ha identificado a Sí mismo con el hombre; por lo tanto, en substancia puede decirse: los hombres tienen que apropiarse de lo que El ha hecho al identificarse a sí mismos con El.

.

El es el objeto de la confesión cristiana, tanto como Apóstol cuanto como Sumo Sacerdote (3: 1); es para aquellos que le obedecen que es el Autor de salvación eterna (5: 9); y El es el centro hacia el cual se dirigen constantemente los ojos y los corazones de los cristianos. [En su muerte, El ha logrado] algo que nosotros podemos considerar o ver como una obra terminada y en lo cual podemos hallar la base de una confianza segura hacia Dios.⁸

Teniendo un Sumo Sacerdote sobre la casa de Dios, cuya propia sangre logra nuestro acceso al Lugar Santísimo, continuemos acercándonos con corazones sinceros en plena certidumbre de fe, apegándonos firmemente a la confesión de esperanza sin variación. El fue ofrecido una vez para llevar nuestros pecados; y aparecerá otra vez, sin relación alguna con el pecado, ante todos aquellos que le esperan, para la consumación de la salvación.

“Puestos los ojos en Jesús. . . .”

⁸ James Denney, *The Death of Christ*, págs. 225-236.

Abogado... para con el Padre

Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo.

I JUAN 2: 1, 2

Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.

HEBREOS 4: 14-16

CAPITULO X

UN ABOGADO PARA CON EL PADRE

“Y, BUEN DIOS, por favor bendice a Tippy, y ayúdalo a no cometer más pecados.” Así fue como nuestro niño de tres años de edad intercedió, en su oración antes de acostarse, por su perrito. Era una buena oración. “Hijitos míos,” escribió el anciano apóstol Juan, “estas cosas os escribo para que no pequéis.”

Pero los cristianos pecan. Y el hecho de que pequen nos confronta con dos peligros. Primero, que neguemos que pecamos. El hacer esto es engañarnos a nosotros mismos (I Juan 1:8) y dejar de confesar nuestros pecados y encontrar perdón, pureza y compañerismo continuo con el Dios que es luz y en quien no hay ningunas tinieblas (I Juan 1:5—2:2). “La verdad” y “su palabra” no se encuentran en ninguna persona que niegue el hecho de su pecado (I Juan 1:8, 10). El que es el Verbo Encarnado y quien dijo: “Yo soy la verdad” (Juan 14:6) no puede morar en nadie que niegue el hecho de que ha pecado, y, por ende, niegue que le necesita como Intercesor y Abogado para con el Padre.*

Un segundo peligro inherente en el hecho de nuestro pecado es el peligro de consentir a pecar. Tal vez nosotros querramos decirnos a nosotros mismos que el pecado es un hecho inevitable de la vida y conducta humanas, hasta para los cristianos. Por

* Todas estas declaraciones, enteramente apoyadas por las Escrituras, no constituyen un ataque contra la doctrina *wesleyana* de la santificación. El autor está persuadido de que gran parte de la diferencia entre los *wesleyanos* y otros evangélicos en cuanto al asunto de la santificación práctica emana de diversas definiciones del pecado como (1) cualesquier cosa menos que la justicia de Dios, o (2) “una transgresión voluntaria de una ley conocida de Dios” (la definición de Wesley).

lo tanto, puede considerarse como algo normal. ¿Por qué dejar que nos moleste? No hay motivo de preocupación. Muchos "cristianos," en este día de conversiones fáciles han adoptado una actitud tan ligera así en cuanto al pecado. Pero a pesar de las manipulaciones mentales de muchas personas, hay verdadera razón para preocuparnos por el pecado. El pecado está en guerra contra el alma (I Pedro 2:11), una guerra total de la clase más funesta.

Muchos hombres sinceros creen que, si bien el pecado en la vida del cristiano puede manchar su compañerismo con Cristo, no puede afectar su salvación en forma alguna. Creen que el asunto de la salvación queda decidido eterna e irrevocablemente en un solo acto de fe en Cristo, de una vez por todas. Creen que, en el momento de la conversión, todos los pecados del individuo—pasados, presentes y futuros—son borrados para siempre. Por ejemplo, el doctor Donald Grey Barnhouse escribe:

... no se crea ni por un momento que todo lo que recibimos en el momento de nuestro nuevo nacimiento es la remisión de los pecados que hayamos cometido hasta el momento de la salvación.

.

... el momento en que una persona nace de nuevo, se le provee el perdón de todos los pecados que jamás ha cometido y de todos los pecados que jamás cometerá en todo el curso de su vida.¹

Pero la verdad del asunto es que mucho tiempo antes del "momento en que una persona nace de nuevo" se hizo la provisión completa no sólo para *sus* pecados, "sino también por los [pecados] de todo el mundo" (I Juan 2:2). No hay nada en la experiencia de conversión de un hombre que le añada ni un gramo a las provisiones de la propiciación. La propiciación fue obrada "cuando éramos aún pecadores." Se ha hecho la provisión cabal para una remisión completa—¡de una vez por todas y para siempre! Ninguna conversión le añade cosa alguna al extendimiento o a la suficiencia de la propiciación obrada por Cristo. La conversión de un hombre no acumula, en alguna

¹ Donald Grey Barnhouse, *Life by the Son*, págs. 65, 67.

forma, unos cuantos pecados más sobre Cristo ni alarga los brazos de la gracia, para que se extiendan un poco más que antes. No hay cosa alguna en la conversión de un hombre que altere o aumente las provisiones del Calvario. La fe de un hombre en Cristo sencillamente le permite apropiarse, a él, todo el beneficio que Cristo logró, potencialmente, para *todos* los hombres mediante la ofrenda que hizo de Sí mismo como la propiciación eterna "por los pecados de todo el mundo."

Pablo y los apóstoles fueron por todos lados declarando—no que Dios en alguna forma *haría* algo por los pecados de los hombres, si tan sólo éstos creyeran, sino que Dios *ya ha hecho* algo (¡todo lo que necesita hacerse!) en favor de los hombres pecadores, quienes ahora sólo necesitan entrar por la fe en la provisión de lo que Dios ya ha logrado para todo el tiempo y la eternidad mediante la ofrenda de Cristo de una vez por todas. "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo *al mundo* . . . así que ¡reconciliaos con Dios!" (II Corintios 5:19, 20).

Hay una vasta diferencia entre la *provisión* que Dios hizo en la Propiciación y la *apropiación* de individuos de lo que Dios ha provisto. El fallar aquí, el no distinguir entre provisión y apropiación, entre lo que es objetivo y lo que es subjetivo, ha causado que buenos hombres yerren en su consideración de la Propiciación. Tal error ha guiado al error adicional de interpretar mal la intercesión de Cristo. Por ejemplo, el doctor Chafer escribe:

Mediante la intercesión sacerdotal presente de Cristo en el cielo hay seguridad absoluta para el hijo del Padre aun cuando esté pecando. Un abogado, o intercesor, es uno que se identifica con la causa de otro, y pide por ella en una corte abierta. Como Abogado, Cristo está ahora mismo apareciendo en el Cielo en defensa de los suyos (Hebreos 9:24) cuando pecan (I Juan 2:1).²

Sería enteramente opuesto a la verdad el razonar que el doctor Chafer consideraba el pecado a la ligera. Nadie que de veras conoce sus obras y su propia vida piadosa podría llegar a esa conclusión. Pero si bien es cierto que su última declara-

² Lewis Sperry Chafer, *Major Bible Themes*, p. 54.

ción es veraz, nos vemos forzados a oponernos vigorosamente a su primera declaración en la forma presente. Los escritores del Nuevo Testamento no abogan porque "hay absoluta seguridad para el hijo de Dios aun cuando está pecando." Todo lo contrario, advierten en contra del peligro de presumir que se puede continuar en gracia a la vez que se consiente en pecar deliberadamente:

Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne. . . . Os amonesto, como ya os he dicho antes, que los que practican tales cosas, no heredarán el reino de Dios. . . . Los que son de Cristo han crucificado³ la carne con sus pasiones y deseos. . . . No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción (*phthēra*, destrucción, perecer); mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna. No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos (Gálatas 5: 16, 17, 21, 24; 6: 7-9).

Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. . . . Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne; porque si vivís conforme a la carne, moriréis;⁴ mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. . . . ¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera. ¿No sabéis que si

³ *Estaurōsan*, un aoristo gnómico que expresa una verdad general, y atemporal o eterna; véase Lucas 7: 35, *edikaiōthē*, es justificado; Juan 15: 6, *ēblēthē*, es arrojado; *exēranthē*, se seca; Juan 15: 8, *edoxasthē*, es glorificado. Como Robertson afirma: "El griego aoristo es traducible en casi cualquier tiempo en inglés, excepto el imperfecto" (*Grammar*, pág. 848). Obviamente el contexto es un factor vital para decidir el significado preciso de cualquier aoristo. Los traductores han vertido los aoristos en Lucas 7: 35, Juan 15: 6, 8 y otros lugares, mediante tiempos presentes en inglés por los requisitos del contexto. Ciertamente el contexto requiere que *estaurōsan* en Gálatas 5: 24 sea considerado gnómico y traducido por el tiempo presente en inglés.

⁴ "Muerte" en Romanos 8: 13; 6: 13, 16, 21; Gálatas 6: 8; Santiago 1: 15; 5: 20 y I Juan 5: 16 no debe interpretarse meramente como muerte física. La muerte física no es una contingencia, sino una certidumbre—tanto para los más santos como para todos los demás humanos en la era presente. Ni es la mera muerte física la verdadera antítesis de la vida eterna (como en Gálatas 6: 8; Romanos 6: 21, 22, etc.).

os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia? . . . No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias. . . . Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro (Romanos 8: 6, 12-14; 6: 15, 16, 12, 23).

Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman. . . . Sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte. Amados hermanos míos, no erréis (Santiago 1: 12, 14-16).

Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido.⁵ Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo. El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado (I Juan 3: 6-9).

Pedro, Judas y el escritor a los Hebreos emiten advertencias similares en contra del peligro de presumir que se puede continuar en la gracia al mismo tiempo que se practica deliberadamente el pecado.⁶ Durante nuestra peregrinación terrestre, estamos continuamente confrontando la necesidad de escoger si tendremos un Salvador que nos salva de (no *en* o *con*) nuestros pecados, o si tendremos el pecado desenfrenado sin un Salvador. Ambos no podemos tener. Si Jesús ha de salvarnos, hemos de consentir en que nos salve "de nuestros pecados" (Mateo 1: 21).

Claro que sería un error imaginar que en el momento en que un cristiano peca, es inmediatamente separado del Salvador y privado de su gracia salvadora. El concluir que la gracia es inmediatamente retirada del cristiano que peca es negar la esencia y el significado de la gracia. Si la gracia no es para pecadores, no es *gracia*. Si la misericordia no es para los que no la merecen,

⁵ Para una discusión de los indicativos perfectos *hcōraḗn* y *egnōḗn*, véase la página 97.

⁶ Compárese I Pedro 1: 13-17; 2: 11; 4: 1-7; II Pedro 1: 1-12; 3: 14-18; Judas 17-21; Hebreos 3: 13; 10: 26 y vrs. siguientes.

no es *misericordia*. Gracias a Dios, la gracia es para los *pecadores*, no para los impecables—de quienes no hay sino uno: Jesús, nuestro santo Salvador. [Pero] los “cristianos” que caen, y se levantan, que reciben tanto y lo pierden tan pronto, son un reproche para Cristo y su gracia salvadora.

La prueba de que los hombres no se ven inmediatamente privados de la gracia por un solo acto de pecado se ve en el hecho de que Dios amonesta y castiga a sus hijos por su pecado. La disciplina es una evidencia de que son hijos, no de que han sido desheredados. (El asunto de la disciplina se considerará en el capítulo siguiente.) Santiago nos advierte que “la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte” (1:5). Santiago presenta la muerte espiritual como la consecuencia, no de un solo acto de pecado, sino de una pauta extendida de pecados. En forma similar, las advertencias de Pablo en contra de “sembrar para la carne” (Gálatas 6:8), y de “vivir conforme a la carne” (Romanos 8:13) son advertencia, no en contra de acciones aisladas de pecado, sino en contra de hábitos deliberados de pecado. Sin embargo, seremos sabios si observamos que la mejor protección en contra del desarrollo de un hábito de pecar deliberadamente es una repudiación firme de cualquier pecado del que nos volvemos conscientes, en humilde contrición y confesión delante de nuestro Sumo Sacerdote, quien “puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:25).

“Si algún hombre hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo.” ¡Qué preciosa promesa! Pero Juan también advierte: “Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido.” Algunas traducciones dan la impresión de que el Apóstol Juan se contradice a sí mismo: todo aquel que peca tiene un Abogado. Jesucristo; pero todo aquel que peca no conoce a Cristo y es del diablo (2:1 y 3:6, 8). Claro que realmente no hay contradicción alguna. Esas versiones no logran describir la diferencia entre el subjuntivo puntiliar aorista en 2:1 y los aspectos lineales de los verbos en el capítulo 3. Es la diferencia entre el pecado como un acto aislado, y el pecar acostumbradamente, como una manera deliberada de conducta. Para el hombre que sigue

ese curso de conducta, Jesús no puede interceder ante el trono de juicio del Padre. No puede servir como Abogado de hombres que deliberadamente consienten en pecar. La gracia es para los pecadores, pero no para los pecadores que persisten y que voluntariamente siguen en el pecado.

"Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis. Y si alguno hubiere pecado. . . ." A pesar de nuestras mejores intenciones y más santas aspiraciones, pecamos. Pero gracias a Dios, "abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados." Hay un remedio para los pecados de los santos: "Si seguimos confesando⁷ nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad" (I Juan 1:9).

Un aspecto esencial de la confesión ante nuestro Sumo Sacerdote es la intención sincera de abandonar los pecados que confesamos. No podemos pedir perdón de pecados que no tenemos intención alguna de abandonar. "Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos [Dios y el creyente, v. 6] comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado" (I Juan 1:5-7). No hay promesa de perdón y de pureza de pecado excepto para aquellos que sinceramente se esfuerzan (aunque sus mejores intenciones sean imperfectas) en "andar en luz, como él está en luz." "¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo?" (Amós 3:3). No podemos caminar con Aquel que habita en la luz a menos que estemos dispuestos a hacer nuestra su enemistad contra el pecado.

Si accedemos a sus condiciones, si venimos ante El con un corazón contrito, si abandonamos los pecados que clavaron a Jesús a su cruz, podemos estar seguros de que tenemos un Abogado para con el Padre quien es, en Sí mismo, la propiciación por todos nuestros pecados. Podemos confesar nuestros pecados con plena certidumbre de que "él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad." El ha dado su palabra. Sencillamente confiemos en El.

⁷ *Homologōmen*, subjuntivo presente, durativo.

¡Oh, qué Amigo nos es Cristo! El llevó nuestro dolor,
Y nos manda que llevemos todo a Dios en oración.
¿Vive el hombre desprovisto de paz, gozo y santo amor?
Esto es porque no llevamos todo a Dios en oración.
¿Vives débil y cargado de cuidados y temor?
A Jesús refugio eterno dile todo en oración.
¿Te desprecian tus amigos? Cuéntaselo en oración;
En sus brazos de amor tierno paz tendrá tu corazón.
Jesucristo es nuestro Amigo, de esto pruebas El nos dio
Al sufrir el cruel castigo que el culpable mereció.
Y su pueblo redimido hallará seguridad
Fiando en este Amigo eterno y esperando en su bondad.

(JOSEPH SCRIVEN)

“Abogado tenemos . . .”

Castigados por el Señor

Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados; mas siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo.

I CORINTIOS 11: 31, 32

Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos.

Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenos que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? Y aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad.

HEBREOS 12: 5-10

CAPITULO XI

CASTIGADOS POR EL SEÑOR

LOS CREYENTES PECAN. No es necesario decir más sobre el particular. "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros," pues insinuamos que Dios es un mentiroso, "y su palabra no está en nosotros" (I Juan 1:8, 10). "Porque todos ofendemos muchas veces," nos dice Santiago (Santiago 3:2).

Pero el amor del Padre es tal que El ama a todos sus hijos que tropiezan y yerran. Con una compasión tierna mayor que la de los padres terrenos, El espera pacientemente para ver si sus hijos extraviados se juzgan a sí mismos por sus pecados. "Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados" por el Señor. El niño que reconoce y que abandona lo errado de su conducta no necesita ya la disciplina paterna.

Pero si no nos juzgamos a nosotros mismos, "siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para [*hina mē*, véase a Thayer] que no seamos condenados con el mundo." Dios juzga y castiga a sus hijos, no porque se deleite en afligirlos, sino porque El sabe la tragedia final que les espera si no se enmiendan. Como un Padre fiel y compasivo, castiga a sus hijos que andan errados, para que participen de la condenación final del mundo rebelde e impenitente.

En I Corintios 11:31 y 32 aparecen tres variaciones de la palabra *krinō*: *diakrinō*, *krinō* y *katakrinō*. El hecho de que Pablo use tres formas diferentes requiere que nosotros también hagamos una distinción. Si bien la Versión Autorizada (en inglés) distingue entre *krinō* ("juzgar") y *katakrinō* ("condenar"), no hace distinción alguna entre *diakrinō* y *krinō*. Se requiere una "traducción aumentada" para expresar el significado cabal de

las palabras de Pablo: "Pues si hiciésemos un inventario penetrante de nosotros mismos con el propósito de corregirnos, no seríamos juzgados (por el Señor) con el fin de darnos disciplina correctiva. Pero cuando somos juzgados de esta manera, somos disciplinados por el Señor para corrección, a fin de que no seamos condenados finalmente al mismo tiempo que el mundo."

El propósito de Dios al castigar a sus hijos se define más en Hebreos 12. Aquí se nos dice que nos castiga para nuestro provecho, "para que participemos de su santidad" (v. 10) y para que continuemos en pos de "la santidad, sin la cual nadie verá al Señor" (v. 14). Su propósito es que su castigo dé "fruto apacible de justicia a los que en ella (la disciplina) han sido ejercitados" (v. 11).

Sin embargo haríamos bien en inquirir si ese propósito se logra necesariamente en cada caso. Claro que muchos razonan que no puede ser así, pues el propósito de Dios nunca falla. Estamos de acuerdo en que el propósito de Dios nunca falla—dentro de los límites que El mismo se ha impuesto a su propia voluntad.

Dios creó al hombre como una inteligencia espiritual con la capacidad de adorar, que es su función más elevada. La adoración, por su propia naturaleza, puede sólo ser voluntaria. Se le puede estimular, pero nunca forzar. En su acción soberana de crear al hombre como una inteligencia racional y espiritual con la capacidad de adorar (y con el corolario inevitable de la adoración, que es el poder y la responsabilidad de la iniciativa y la decisión moral y espiritual), Dios voluntariamente se ha impuesto límites a sus propias acciones, y hasta cierto punto, ha circunscrito la latitud de la libertad de su propia voluntad. Por ende, aunque Dios "ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan" (Hechos 17:30), los seres humanos todavía son libres de seguir impenitentes y de aceptar la consecuencia de la condenación eterna, a pesar del hecho de que Dios "quiere que todos los hombres sean salvos" (I Timoteo 2:4), y de que "es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" (II Pedro 3:9).

Muchos han pasado por alto el hecho de que, cuando Dios disciplina a sus hijos, hay dos consecuencias posibles, en vez de

una sola. Hebreos 12: 5, 9 indica esto con claridad: "Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él. . . . Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos?" Es muy claro que aquí se nos presentan dos alternativas. El cristiano puede someterse a la disciplina del Padre, ejercitarse en ella, y lograr provecho y continuar participando de la santidad de Dios y vivir; o puede menospreciar la disciplina y desmayar y rendirse en completa rebelión contra la corrección —¡y morir! El escritor a los Hebreos refuerza su advertencia con esta exhortación: "Mirad que no desechéis al que habla. Porque si no escaparon aquellos que desecharon al que los amonestaba en la tierra, mucho menos nosotros, si desecháremos al que amonesta desde los cielos" (v. 25).

Consideremos sus palabras: "tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos?" (v. 9). El antecedente del Antiguo Testamento nos da razón para reflexionar solemnemente:

Si alguno tuviere un hijo contumaz y rebelde, que no obedeciere a la voz de su padre ni a la voz de su madre, y habiéndole castigado, no les obedeciere; entonces lo tomarán su padre y su madre, y lo sacarán ante los ancianos de su ciudad, y a la puerta del lugar donde viva; y dirán a los ancianos de la ciudad: Este nuestro hijo es contumaz y rebelde, y no obedece a nuestra voz; es glotón y borracho. Entonces todos los hombres de su ciudad lo apedrearán, y morirá; así quitarás el mal de en medio de ti, y todo Israel oirá, y temerá (Deuteronomio 21: 18-21).

La severa disposición del Antiguo Testamento para la eliminación de hijos desobedientes que rechazaban la corrección se aplica por el escritor a los Hebreos, no en cuanto a la posibilidad de mera muerte física, sino a la posibilidad de la muerte espiritual. Lo que a él le preocupa no es el asunto de nuestra relación con los padres terrenales, sino con "el Padre de los espíritus." No podemos rechazar la disciplina de Dios y seguir *viviendo* como sus hijos espirituales. Solamente "los que son guiados por el Espíritu de Dios, . . . son hijos de Dios" (Romanos 8: 14).

El asunto involucrado en nuestra actitud hacia la disciplina del Padre no es punto menos que el privilegio de continuar participando de su santidad y de compartir su vida como sus hijos espirituales.

Delitzsch observa: "El sonieternos nosotros mismos al Padre de los espíritus es una condición esencial de nuestra vida—*hupotagēsometha kai sēsomen: sēin* aquí como en 10:38 expresa la vida verdadera, permanente (no meramente transitoria o aparente), o sea semejanza a Dios y comunión con El."¹

En el capítulo anterior hemos considerado el hecho de que Santiago 1:15, Romanos 8:12-14, Gálatas 6:7-9 y otros pasajes similares declaran que la consecuencia inevitable del pecado habitual como una norma deliberada de conducta es la muerte espiritual. En Efesios 5:1 y versículos siguientes, Pablo declara que nuestra filiación espiritual nos hace demandas necesarias en el área de nuestra conducta—demandas que son opcionales sólo si la filiación misma sigue siendo opcional:

Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante. Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos; ni palabras deshonestas, ni necedades, ni truhanerías, que no convienen, sino antes bien acciones de gracias. Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios. Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia. No seáis, pues, partícipes con ellos (Efesios 5:1-7).

Es muy claro que la advertencia de Pablo en contra de ser "partícipe" (v. 7) con los que se han eliminado de tener parte alguna en el reino de Cristo y de Dios, es una advertencia en contra de compartir en su norma inmoral y mundana de vida, la cual emana de su impenitencia hacia Dios. Pero es igualmente una advertencia en contra de compartir (con ellos) finalmente la ira de Dios, que debe seguramente ser la consecuencia cierta de tal mundanalidad habitual, a menos que se arrepientan. Lo que Pablo dice, en la versión de Williams del versículo 6, es:

¹ Franz Delitzsch, *Commentary on the Epistle to the Hebrews*, Vol. II, p. 320.

“Ya no dejen que nadie les siga engañando con argumentos infundados sobre estas cosas.” Por favor, observen que esos argumentos no eran en cuanto a la suerte posible de personas fuera de la iglesia. No hay razón para concluir que los efesios estaban debatiendo el asunto de si los incrédulos que no hacían profesión de fe en Cristo, y que francamente vivían para gratificaciones carnales, podrían de todos modos, permaneciendo en su estado presente, obtener una herencia en el reino de Cristo y escapar de la ira de Dios. Tal asunto no necesita discutirse. La advertencia de Pablo a los efesios es, entonces, en contra de que se permitieran a sí mismos ser guiados fuera del camino por los argumentos aparentes y atractivos de los antinomianos que habían “convertido en libertinaje la gracia de nuestro Dios” (Judas 4), y que con “palabras infladas y vanas” procuraban seducir “con concupiscencias de la carne” (II Pedro 2:18) a todos aquellos que se imaginaban que podían poner sus afectos en las concupiscencias del mundo, la carne y el diablo, y en alguna manera conservar todavía una herencia en el reino de Cristo y escapar de la ira de Dios que es contra los hijos de desobediencia.

De igual manera, la advertencia de Pablo a los gálatas (5:19-21) no es tocante a la posible suerte de los que estaban fuera de la iglesia, sino tocante a ellos mismos, en caso de que decidieran andar conforme a la carne, en vez de conforme al Espíritu. La advertencia de Gálatas 6:7-9 va dirigida, no a los de afuera que no hacen profesión alguna de fe en Cristo, sino a los *creyentes*, a quienes Pablo imagina ya ocupados en sembrar para el Espíritu, y quienes sólo necesitan continuar su curso presente (v. 9).

Si los efesios preferían tener “participación en las obras infructuosas de las tinieblas” en vez de “reprenderlas” (v. 11), finalmente tendrían que terminar siendo los recipientes de la ira de Dios, junto con aquellos que compartían con ellos de una vida carnal e indulgente. La consecuencia inevitable de sembrar para la carne, a menos que se arrepintieran, era perecer (*phthora*) y la condenación final con el mundo. Este es todo el punto de la advertencia de Pablo a los corintios: “Siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo” (I Corintios 11:32).

Para salvar a sus hijos extraviados de la destrucción final, Dios los castiga para despertarlos y hacerlos ver su peligro, a fin de que puedan admitir que están equivocados y continúen participando de su santidad y viviendo como sus hijos espirituales. Mas así como la fidelidad de Dios no permite que sus hijos sean tentados más allá de lo que pueden resistir (I Corintios 10:13), al mismo tiempo no significa que ellos necesaria o automáticamente aprovecharán el camino o "salida" de escape, para salir avantes de la tentación, asimismo el castigo del Señor no lleva en sí la seguridad de que los hombres se aprovecharán de él. Comentando sobre I Corintios 11:31, 32, Godet escribe:

El creyente debe constantemente *juzgarse a sí mismo*; tal estado es lo normal. Si es negligente en esta tarea, Dios se lo recuerda al juzgarle mediante algún castigo o disciplina que El le envía, *él es juzgado*; y si no aprovecha nada por este medio, no queda nada para él sino sufrir en común con el mundo el juicio final del cual Dios quiso salvarle, *el ser condenado*.²

En vena similar, Westcott escribe acerca de Hebreos 12:7, "El propósito divino es eminentemente claro, pero al mismo tiempo la eficacia de la disciplina depende del espíritu de quien la recibe. Sólo el sufrimiento paciente hace que la disciplina se convierta en una lección benéfica."³

Pero claro que Calvino postula que la disciplina de Dios inevitablemente tiene que resultar en la sumisión de los extraviados y jamás puede terminar en la rebelión y condenación finales. Como evidencia apela a las provisiones del Pacto Davídico, como han hecho otros defensores de la doctrina de la seguridad eterna. Calvino escribe:

Puesto que el que no puede mentir ha declarado que el pacto hecho con nosotros, mediante nuestro verdadero Salomón, permanece firme, y nunca será violado: "Si profanaren mis estatutos, y no guardaren mis mandamientos, entonces castigaré con vara su rebelión, y con azotes sus iniquidades. Mas no quitaré de él mi misericordia, ni falsearé mi verdad" (Salmos 89:31-34).⁴

² F. L. Godet, *Commentary on the First Epistle to the Corinthians*, Vol. II, p. 169.

³ B. F. Westcott, *The Epistle to the Hebrews*, p. 400.

⁴ Calvin, *Institutes*, 3:4:32.

Calvino yerra, en primer lugar, en su consideración del pacto de Dios con David, puesto que razona que incluía a todos los descendientes de David al igual que a él. Pero no es así. El pacto de Dios era con *David*, no con sus descendientes; y, con la excepción de una Persona en particular (la Simiente prometida), los descendientes de David estaban involucrados en su pacto sólo en forma superficial. No puede decirse que el Pacto Davidico tiene el mismo significado para la línea de Salomón (que vino a un fin tan triste con Sedequías) como lo tiene para el mismo David y para Jesús, la Simiente prometida (el Hijo de David mediante Natán, en vez de mediante Salomón: "Haré brotar a David un Renuevo de justicia . . . uno más grande que Salomón"). El pacto de Dios con David encuentra su cumplimiento, no en "sus hijos" en general, sino en la Simiente prometida [Jesús], "nuestro rey . . . el Santo de Israel" (Salmos 89: 18). Dios prometió: "Yo también le pondré (*a él*) por primogénito, el más excelso de los reyes de la tierra. Para siempre le conservaré (*a él*) mi misericordia, y mi pacto será firme *con él*" (Salmos 89: 27, 28).

Calvino vuelve a errar al hacer sinónimos el Pacto Davidico con el asunto de la salvación personal para todos los reyes davídicos, para lo cual no hay base alguna. Es obvio que interpreta erróneamente la promesa del versículo 33: "Mas no quitaré de él mi misericordia [nótese que se refiere a *él*, no a *ellos*, "sus hijos" como Calvino erróneamente interpreta], ni falsearé mi verdad" (al permitir que su pacto con David dejara de cumplirse en su Simiente prometida, Cristo). Erróneamente Calvino aplica la promesa al asunto de la salvación personal de todos los descendientes de David, y por inferencia, a todos los creyentes en la era presente. La seguridad del Pacto Davidico no tiene nada que ver con este importante asunto. El pacto mismo está seguro: "No olvidaré mi pacto, ni mudaré lo que ha salido de mis labios. Una vez he jurado por mi santidad, y no mentiré a David. Su descendencia será para siempre, y su trono como el sol delante de mí" (vrs. 34-36). Pero Calvino yerra al no establecer la diferencia entre la certidumbre del pacto con David, que ha de cumplirse en Cristo, y la libertad absoluta de Dios de tratar con los hijos de David que "profanen sus esta-

tutos, no guarden sus mandamientos, dejen mi ley y no anduvieren en mis juicios" (vrs. 30, 31). Delitzsch comenta:

. . . la infidelidad de la línea de David en relación al pacto no interfiere (o anula) la fidelidad de Dios—pensamiento con el cual uno naturalmente se consolaría durante el reinado de Roboam. Por cuanto Dios ha puesto la casa de David en una relación filial con El mismo, castigará a los miembros apóstatas como un padre castiga a su hijo. . . . Pero aun sí, como la historia muestra, estos medios de castigo, resultasen ineficaces en el caso de ciertos individuos, la casa de David como tal permanecerá sin embargo para siempre en un estado de favor para con El. . . . Dios declara que no desilusionará a David en referencia a este solo asunto: la perpetuidad de su trono.⁵

De igual manera, el hecho de la relación del pacto de Dios con Israel no garantizaba que todos los individuos en Israel necesariamente recibirían provecho de su corrección y participarían de su salvación. Jeremías se quejó de Judá, al escribir: "Los azotaste, y no les dolió; los consumiste, y no quisieron recibir corrección; endurecieron sus rostros más que la piedra, no quisieron convertirse. . . . ¿No castigaré esto? dice Jehová; ¿y de tal gente no se vengará mi alma?" (Jeremías 5: 3, 29). En repetidas ocasiones, Dios hizo la acusación mediante sus profetas de que El había castigado a Israel y a Judá en la medida cabal—sin provecho alguno. No quedaba nada sino el juicio. Sin embargo Dios había prometido que Israel nunca dejaría de ser nación (Jeremías 31: 35-37; 33: 25, 26), puesto que siempre tiene su "remanente" de fieles en Israel, los que, por pocos que sean, buscan su rostro y caminan con El. Pero aunque un remanente fiel en Israel siempre logró escapar, todos los que menospreciaron la corrección de Dios fueron destruidos. El hecho de que las promesas de Dios con respecto a David finalmente serán cumplidas y que sus pactos con Abraham y con David serán observados, no les beneficia en forma alguna a personas que violen sus mandamientos y rechacen su corrección. "Apartaré de vosotros a los rebeldes, y a los que se rebelaron contra mí. . . . ¡Oh Jehová, esperanza de Israel! todos los que te dejan serán avergonzados; y los que se apartan de mí serán escritos en el

⁵ Franz Delitzsch, *Commentary on the Psalms*, Vol. III, p. 40.

polvo, porque dejaron a Jehová, manantial de aguas vivas" (Ezequiel 20:38; Jeremías 17:13). "Sion será rescatada con juicio y los convertidos de ella [los que han regresado]⁶ con justicia. Pero los rebeldes y pecadores a una serán quebrantados, y los que dejan a Jehová serán consumidos" (Isaías 1:27 y vrs. siguientes). Todos aquellos que en los días de los profetas cobraron valor para pecar y rebelarse basándose en los supuestos "beneficios del pacto" fueron exactamente tan necios como los judíos del tiempo de Jesús, que excusaron su impenitencia y su incredulidad diciendo que eran "la simiente de Abraham."

No había nada en los pactos de Dios con Abraham o con David que le otorgara a hombre alguno en Israel el ser inmune a las consecuencias de su propia rebelión en contra de la vara de castigo de Dios. Ni tampoco hay cosa alguna en el Nuevo Pacto y en la preciosa sangre de Jesús que ahora inmunice a los hombres a las consecuencias de su propia necedad si "menosprecian la disciplina del Señor, o desmayan cuando sean reprendidos por él." Ningún hombre que rechace "obedecer al Padre de los espíritus" puede vivir como su hijo espiritual. "Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. . . . [Pero] el hombre que reprendido endurece la cerviz, de repente será quebrantado, y no habrá para él medicina. . . . El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta recibirá misericordia" (Hebreos 12:6; Proverbios 29:1; 28:13).

Hay sólo dos peligros respecto al castigo del Padre. Uno es carecer de él. El "cristiano" que está sin la evidente disciplina de Dios tiene razón urgente de "examinarse a sí mismo (para ver) si está en la fe" (II Corintios 13:5). Todos los hijos de Dios son partícipes de la disciplina de Aquel que "azota a todo el que recibe por hijo."

El otro peligro posible respecto a la disciplina del Padre es rehusarla. Agustín nos advierte: "Os digo, hermanos, muchos cristianos pecan venalmente; muchos son azotados y corregidos por su pecado, castigados y curados; muchos se alejan enteramente, luchando con un cuello endurecido en contra de la disciplina del Padre, y hasta rehusando completamente a Dios como

⁶ Franz Delitzsch, *Biblical Commentary on the Prophecies of Isaiah*, p. 106.

su Padre, aunque tienen la marca de Cristo, y por ende caen en tales pecados que sólo puede anunciarse en contra de ellos que 'los que hacen tales cosas no heredarán el reino de Dios.'⁷

Cuidémonos del peligro de despreciar la corrección de Dios, y por ende de no aprovecharnos de ella. Maclaren lo expresó bien al decir:

. . . el dolor cuyo propósito es traernos más cerca de El puede ser en vano. Las mismas circunstancias pueden producir efectos opuestos. Ha habido personas que se han endurecido, y amargado, y paralizado para toda buena obra, porque han tenido alguna carga pesada o alguna herida que la vida jamás puede sanar, o algún dolor que conllevar. ¡Ay, hermanos! a menudo somos como tripulaciones náufragas, de las que algunos marineros han sido llevados por el peligro a sus rodillas, en tanto que otros recurren al licor. Tened cuidado de no desperdiciar vuestros dolores; de no dejar que los dones preciosos del dolor, la desilusión, la pérdida, la soledad, la mala salud, o aficciones similares que vienen a vuestra vida diaria, os dañen en vez de beneficiaros. Ved que os acerquen más a Dios, y no que os alejen de El. Ved que os hagan más interesados en tener las riquezas permanentes de la justicia que nadie puede quitaros, en vez de interesaros más en lo que pudiera quedar de goces terrestres.

De modo hermanos, que debemos tratar de enseñarnos a nosotros mismos la convicción duradera y cotidiana de que la vida es una disciplina. Rindámonos a la voluntad amorosa de un Padre que no puede errar, quien es el amor perfecto. Tengamos cuidado de no arruinarnos por lo que realmente rebosa de bien. Y veamos que de las muchas circunstancias pasajeras de la vida, nosotros reunamos y conservemos el fruto eterno de ser partícipes de su santidad. Que nunca se tenga que decir de nosotros que desperdiciamos las misericordias que eran también castigos, y que no encontramos bien alguno en las cosas que nuestros corazones torturados creyeron que eran malas, no sea que Dios tuviera que llorar por alguno de nosotros, diciendo: "¡En vano azoté a estos hijos míos, no recibieron la corrección!"⁸

⁷ Agustín, *The Nicene and Post-Nicene Fathers of the Christian Church*, Vol. VIII, p. 436.

⁸ Alexander Maclaren, *Expositions of Holy Scripture: Hebrews and James*, p. 226.

Si le Negáremos

El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor. Bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor. Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¿cuánto más a los de su casa? Así que, no los temáis; porque nada hay encubierto, que no haya de ser manifestado; ni oculto, que no haya de saberse.

* * *

Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno. . . . Así que, no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos. A cualquiera, pues, que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos.

MATEO 10: 24-26, 28, 31, 32

Cristo [fue fiel] como hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza. . . . Porque somos hechos participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio.

HEBREOS 3: 6, 14

Si sufrimos, también reinaremos con él; si le negáremos, él también nos negará.

II TIMOTEO 2: 12

CAPITULO XII

SI LE NEGAREMOS

¿QUE ESCRIBE un hombre que está confrontando una muerte inminente, cuando se sienta a escribirle a un amigo querido? Claro que depende de muchas cosas. Pero tal vez dependa más que de cualquiera otra cosa, de la persona o personas a quien conoce el que escribe. “Yo sé a quién he creído,” le escribió Pablo a Timoteo, “y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día” (II Timoteo 1:12).

Pablo estaba completamente seguro. En otro lugar de su misma epístola escribió: “Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida” (II Timoteo 4:6-8).

Escribiendo como uno que había “peleado, acabado y guardado” y que ahora estaba listo para partir, Pablo estaba también profundamente interesado en que Timoteo examinara bien su propia fe y ministerio, como él mismo había hecho. Y por lo tanto lo exhorta diciéndole: “retén . . . guarda . . . esfuérzate . . . encarga . . . sufre . . . persiste, . . . considera. . . .” Timoteo debe mantenerse alerta por la certidumbre del aumento de la apostasía, con el paso del tiempo: “Los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados. Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido; y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús” (II Timoteo 3:13-15).

Nadie puede negar que las Escrituras les advierten a los hombres el peligro de la apostasía. Sin embargo, hay un desacuerdo muy serio en cuanto a quién puede llegar a ser culpable de apostasía. Muchos han supuesto que sólo pueden apostatar aquellos hombres que nunca han entrado efectivamente en una relación salvadora con Dios. La apostasía, en su manera de creer, es la acción de hombres que han llegado al conocimiento y comprensión del evangelio sin deseo sincero alguno en sus corazones de obedecerlo, y que deliberadamente se niegan a aceptar a Cristo y su evangelio después de haber llegado a persuadirse cabalmente de la verdad. Sin embargo, la tesis de los que así creen es inaceptable, por las siguientes razones: (1) es contraria al principio enunciado claramente en las Escrituras; (2) es contraria al significado mismo de la palabra; y (3) es contraria al significado de las advertencias a la luz del contexto.

1. Su tesis errónea de la apostasía está en contradicción directa a un principio específico afirmado numerosas veces en las Escrituras, y tal vez más explícitamente que nunca en las declaraciones de nuestro Señor a sus opositores: "El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta" (Juan 7:17). "¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi palabra. Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. . . . Pues si digo la verdad, ¿por qué vosotros no me creéis? El que es de Dios, las palabras de Dios oye; por esto no las oís vosotros, porque no sois de Dios" (Juan 8:43-47; véase también 5:46, 47; 18:37d). Westcott hace el siguiente comentario sobre Juan 7:17:

*El que quiera . . . o sea, si es el deseo de un hombre cualquiera hacer la voluntad de Dios. La fuerza del argumento yace en la armonía moral del propósito del hombre con la ley divina, en la extensión en que esta ley es conocida o sentida. Si no hay simpatía no puede haber comprensión. La religión es un asunto de vida, y no sólo de pensamiento. El principio es universal en su aplicación. La *Voluntad de Dios* no ha de limitarse a la revelación del Antiguo Testamento, o a las demandas de Cristo, sino que incluye toda manifestación del propósito de Dios.¹*

¹ B. F. Westcott, *The Gospel According to St. John*, p. 118.

Westcott ofrece este otro comentario sobre Juan 8:47: "Por esta razón, de que el poder de escuchar (v. 43) dependía de la afinidad interior, los judíos no pudieron escuchar, porque no eran de Dios."²

Las Escrituras declaran sin excepción que los hombres que no están motivados por un verdadero deseo de obedecer la voluntad de Dios no pueden, bajo tales circunstancias, llegar a una comprensión verdadera o persuasión sincera de la verdad divina. "Oyen" sin *oír* y "ven" sin *ver* (Mateo 13:12-15). Cara a cara con la luz, siguen en tinieblas—por una razón solamente: no quieren obedecer la verdad. Tal vez puedan tener cierta clase de comprensión intelectual *aproximada*; pero no pueden tener una comprensión verdadera o persuasión de la verdad de Dios aparte de un deseo (o voluntad) sincero de obedecerle. Son como el perro listo que ladra el número correcto de veces, de acuerdo al número que su amo le pone por delante, pero que no tiene concepto alguno del verdadero significado de los números, ni de su uso en la aritmética más sencilla. La tesis de que la apostasía es la acción de hombres que han llegado a tener una comprensión sincera y persuasión de la verdad del evangelio sin un deseo correspondiente e intención de obedecer la verdad, es diametralmente opuesta a un principio que las Santas Escrituras afirman clara y específicamente.

2. Aquí también, su tesis es contraria al significado del término. La palabra *apostasía* se deriva del sustantivo griego *apostasia*. Thayer define este nombre como "un retroceso, una deserción, apostasía; en el uso bíblico, de la verdadera religión." La palabra aparece dos veces en el Nuevo Testamento (Hechos 21:21; II Tesalonicenses 2:3). Su significado queda bien ilustrado por su uso en Hechos 21:21, donde dice: *apostasian didaskeis apo Mōuseōs*, "tú estás enseñando una apostasía de Moisés." Moulton y Milligan mencionan el uso de la palabra *apostasia* para indicar "la acción de los 'rebeldes' egipcios al quemar los títulos de propiedad."³

Palabra parecida es el sinónimo *apostasion*. Thayer la de-

² *Ibid.*, p. 137.

³ James Hope Moulton and George Milligan, *The Vocabulary of the Greek Testament*, p. 68.

fine, tal como se usa en la Biblia, como "divorcio, repudiación." Cita Mateo 19:7 y Marcos 10:4, *biblion apostasiou*, "una carta de divorcio." Cita también Mateo 5:31, *dotō autei apostasion*, "dele carta de divorcio." Cita el uso de *apostasion* por Demóstenes con el significado de "deserción, de un esclavo liberado abandonando a su patrón." Moulton y Milligan citan el uso de *apostasiou sugraphē* como "un documento de renuncia (de propiedad vendida) . . . un contrato de renuncia . . . la renuncia de los derechos de propiedad." También citan el uso de *apostasion* con referencia a "una carta de divorcio."⁴

El significado del verbo *aphistēmi* (segundo aoristo infinitivo, *apostenai*) es, claro, consonante con el significado de los sustantivos. Es usado en forma transitiva en Hechos 5:37, *apestēsen laon apisō autou*, "llevó en pos de sí a la gente." Intransitivamente, significa *alejarse, irse, desertar, retroceder, volverse infiel*, etc.

La apostasía, de acuerdo al uso del Nuevo Testamento, constituye deserción, revuelta, separación, alejamiento y repudiación. Un apóstata, de acuerdo a la definición del Nuevo Testamento, es uno que ha cortado su unión con Cristo al retirarse de una relación salvadora existente con El. La apostasía es imposible para personas que no hayan entrado en una relación salvadora con Dios. (Véase Lucas 8:12, 13. En ambos versículos se encuentra la incredulidad; pero es más *incredulidad* en el v. 12, en tanto que constituye la *apostasía* en el v. 13).

3. Un punto más, su tesis es contraria al significado de muchas advertencias contra la apostasía, tal como definen ambos lenguaje y contexto. Las advertencias en contra de sucumbir al horrible peligro de la apostasía van dirigidas, no a personas que todavía no han obedecido al evangelio, sino a personas que obviamente ya son verdaderos creyentes. Considérense los siguientes pasajes:

Mirad que nadie os engañe. Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y a muchos engañarán. . . . Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos; y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará. Mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo (Mateo 24:4, 5, 11-13).

⁴*Ibid.*, p. 69.

(Algunos han interpretado el v. 13 como que significa sólo que el que sobreviva la tribulación será salvo físicamente, por la aparición del Señor. Tal interpretación menosprecia completamente el contexto [véase los vrs. 11-12, que claramente tocan con un peligro espiritual] y se vuelve poco más que una declaración de que quien no perezca corporalmente sobrevivirá físicamente—una declaración carente de significado de lo que es obvio. Observemos que en su declaración, de que los falsos Cristos y falsos profetas “engañarían a muchos,” Jesús específicamente les advirtió a sus discípulos: “Mirad que nadie os engañe” [*a vosotros*]). Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará. . . . Yo soy la vid, vosotros los pámpanos. . . . Permaneced en mí, y yo en vosotros. . . . El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden (Juan 15: 1-6). Y la mano del Señor estaba con ellos, y gran número creyó y se convirtió al Señor. Llegó la noticia de estas cosas a oídos de la iglesia que estaba en Jerusalén; y enviaron a Bernabé que fuese hasta Antioquía. Este, cuando llegó, y vio la gracia de Dios, se regocijó, y exhortó a todos a que con propósito de corazón permaneciesen fieles al Señor (Hechos 11: 21-23).

[Pablo y Bernabé] volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía, confirmando los ánimos de los discípulos, exhortándoles a que permaneciesen en la fe, y diciéndoles: Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios (Hechos 14: 21, 22).

(Robertson comenta: “Pablo francamente les advirtió a estos nuevos convertidos en tal ambiente pagano, de las muchas tribulaciones a través de las cuales debían entrar al reino de Dios [la culminación al fin]. . . . Estos santos ya se habían convertido. . . . Estos recién convertidos del paganismo estaban mal informados, estaban siendo perseguidos, habían cortado sus lazos familiares y sociales, y necesitaban estímulo urgentemente si habían de perseverar.”)⁵

Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él; si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio (Colosenses 1: 21-23; véase también 2: 4-8, 18, 19).

⁵ A. T. Robertson, *Word Pictures in the New Testament*, Vol. III, p. 216.

Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis (*katechō*, asir firmemente) la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano (I Corintios 15: 1, 2).

Robertson añade: "Pablo les presenta este peligro, ahora que están siendo tentados a negar la resurrección."⁶

Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios. . . . Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren (I Timoteo 4: 1, 16).

Porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores. Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre. Pelea la buena batalla de la fe, "agarra bien" [Robertson] la vida eterna (1 Timoteo 6: 10-12).

Los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados. Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste . . . las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación que es por la fe que es en Cristo Jesús (II Timoteo 3: 13-15).

Que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comecón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas. Pero tú sé sobrio en todo, soporta las aflicciones, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio (II Timoteo 4: 2-5).

(Los que en el tiempo venidero "no sufrirán la sana doctrina" no son las personas inconversas. No habría razón alguna de hacer tal declaración en cuanto a los perdidos, pues de ellos no se podría esperar que "sufrieran la sana doctrina." El peligro en contra del cual advierte

⁶Robertson, *op. cit.*, Vol. IV, p. 186.

Pablo es que algunos de aquellos a quienes Timoteo está predicando la Palabra "a tiempo y fuera de tiempo," con el paso del tiempo ya no "sufren la sana doctrina," sino que "apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas," olvidando a Timoteo y a su fiel mensaje, a cambio de predicadores menos ofensivos, y más expertos en hacerles cosquillas en los oídos con sermones que puedan "disfrutar" y que no les moleste ni el corazón ni el alma).

Hermanos, si alguno de entre vosotros se ha extraviado de la verdad, y alguno le hace volver, sepa que el que le haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma (Santiago 5: 19, 20).

Porque si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Pero el que no tiene estas cosas tiene la vista muy corta; es *ciego, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados*. Por lo cual, hermanos tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino de nuestro Señor y Salvador Jesucristo (II Pedro 1: 8-11).

(Cosas . . . difíciles de entender,) las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición. Así que vosotros, oh amados, sabiéndolo de antemano, guardaos, no sea que arrastrados por el error de los inicuos, caigáis de vuestra firmeza (II Pedro 3: 16-18).

Estos son los que causan divisiones; los sensuales, que no tienen al Espíritu. Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna (Judas 19-21).

Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre. Lo que habéis oído desde el principio, permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre. Y esta es la promesa que él nos hizo, la vida eterna (I Juan 2: 23-25).

Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos. Porque si la palabra dicha por medio de los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia

recibió justa retribución, ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron (Hebreos 2: 1-3).

Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús . . . (un) hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos, en la esperanza. Por lo cual, como dice el Espíritu Santo: Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación, en el día de la tentación en el desierto. . . . Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día, en tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado. Porque somos hechos participantes de Cristo, con tal que retenemos firme hasta el fin nuestra confianza del principio (Hebreos 3: 1, 6-8, 12-14).

No citaremos otras de las muchas advertencias en contra de la apostasía que se encuentran en la Epístola a los Hebreos (cuyo contexto uniformemente muestra que está dirigida a los creyentes) con la excepción de la urgente advertencia del capítulo 10. La advertencia en contra de “pecar voluntariamente después de haber recibido el conocimiento [*epignōsis*] de la verdad” (v. 26) está dirigida, no a incrédulos que se han detenido antes de abrazar la fe, sino a “hermanos” que tienen “libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió” (vrs. 19, 20), y que tienen “un gran sacerdote sobre la casa de Dios” (v. 21)— personas que necesitaban solamente “mantener firme, sin fluctuar, la profesión de su esperanza” (v. 23) y continuar “reuniéndose” (v. 25) para estimularse mutuamente en su fe, mayormente al ver que “aquel día se acerca” (v. 37), significando el Día de Cristo. Los lectores a quienes se dirige tal advertencia son “hermanos” que ya han “hecho la voluntad de Dios” (v. 36) hasta el presente momento, y que necesitan solamente “no perder, pues, su confianza” (v. 35) en Cristo. Ya son creyentes que ahora como dice el versículo 39 en la lúcida traducción de Verkuyl, “no son de los que se echan para atrás y por ende perecen, sino de aquellos que por fe preservan el alma.”

El escritor los exhorta: "Acerquémonos [*proserchōmetha*⁷] con corazón sincero, en plena certidumbre de fe. . . . Manten-gamos [*katechōmen*⁷] firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza . . . considerémonos [*katauoōmen*⁷] unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de reu-nirnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca."

El escritor añade a esta vigorosa exhortación la siguiente inmediata y urgente advertencia: "Porque si pecáremos volun-tariamente (nosotros, no *ellos*, como algunos parecen imaginar) después de haber recibido el conocimiento de la verdad. . . ." En tal circunstancia trágica, personas que en efecto hubiesen ya sido santificadas por la sangre del pacto (v. 29) serían tan culpables de apostasía (¡y más *gravemente* aún!) y merecedoras de mayor castigo que las que se habían rebelado contra la ley de Moisés, que habían muerto sin misericordia. El escritor exhorta por lo tanto a sus hermanos a "que sigan trayendo a la memoria" (*anamimnēskesthe*, imperativo presente medio, durativo) los pri-meros días después de su conversión, en los que con gozo su-frieron persecución y pérdidas por Cristo, pues habían puesto sus afectos en "una mejor y perdurable herencia en los cielos" (vrs. 32-34). Por lo tanto, que no pierdan "su confianza" (v. 35, y véase también vrs. 19-23). "Porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obten-gáis la promesa. Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará" (vrs. 36, 37).

Pero el escritor siente que debe advertirles a sus lectores otra vez: Dios ha dicho en su Palabra: "Mas el justo vivirá por la fe; y si retrocediere, no agrada-rá a mi alma" (v. 38). Delitzsch comenta:

El sujeto en ambas cláusulas es el mismo—el hombre justo, el hombre que ha sido y es justificado por su fe; y el sentido en el cual *hupostellesthai* se usa aquí es el de no conservar la fe, de titubear en la fe, de abandonar la senda de la fe y la comunidad de los fieles. El hombre justo, el hombre aceptado ante los ojos de Dios, vive por fe; pero si pierde su fe, e incrédulamente se aleja de la senda correcta, pierde su aceptación. El que tal apostasía es posible hasta para aquellos

⁷ Presente subjuntivo durativo.

que han sido verdaderamente justificados, o sea, para cristianos que han tenido más que una experiencia superficial de la gracia divina, es uno de los principales puntos en esta epístola. Las cláusulas de la declaración profética son invertidas para enseñar esta lección. La segunda cláusula, tal como la tenemos aquí, es una advertencia como si procediera de la boca de Dios mismo, una advertencia en solemne tono profético. Pero el escritor, como lo hizo anteriormente dos veces, toma de nuevo el lenguaje del consuelo y del estímulo después de haber escrito palabras de los más tristes temores. Procede, con gentileza y sabiduría pastorales, a estimular a los de corazón débil y a establecer su titubeo al despertar su confianza cristiana, y al asociarse a sí mismo con ellos, como que está expuesto a los mismos peligros, y valientemente desafiándolos.

Ver. 39. *Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma.* . . . Las personas de quienes se habla (nosotros) no son cristianos en general, sino el escritor de la epístola y sus lectores. Nuestro camino, dice el escritor, no es el de echarnos cobardemente para atrás de la fe y la confesión cristianas camino que el Dios de la profecía ha denunciado como algo infinitamente odioso ante sus ojos, y que guía a la destrucción (*apōleia*, antítesis de *zōē* y *sōteria*), sino que (nuestro camino) es de una fe y confianza firme y permanente . . . que se basa en el *zēsetai* de la promesa profética—tiene como su fin la salvación del alma. . . . El hombre que conserva su fe hasta el fin, salva su alma, la rescata del abismo de destrucción que amenazaba devorarla, y por ende se puede decir de él que la ha ganado y la posee verdaderamente por vez primera. [Recuérdense las palabras de Jesús a sus discípulos: “Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas” Lucas 21: 19.]⁸

Podríamos citar otros pasajes. Pero los pasajes presentados establecen el hecho de que las advertencias en las Escrituras en contra de sucumbir al peligro de la apostasia van dirigidas, no a personas que todavía no han creído y que no tienen de qué apostatar, sino a personas que definitivamente poseen la fe salvadora y que están en un estado de gracia.

Pero, ¿es real el peligro? ¿Están los creyentes realmente en peligro de apostatar? Hay quienes no lo creen. Muchos defensores de la doctrina de la seguridad incondicional, en un intento de reconciliar los pasajes de advertencia con una doctrina (concebida) *a priori*, los interpretan y explican diciendo que son sólo los medios de Dios de *asegurar* que los creyentes no retro-

⁸ Franz Delitzsch, *Commentary on the Epistle to the Hebrews*, p. 201.

cedan o caigan de la fe. La esencia del argumento de muchos va así: El mero hecho de que se les advierta a los viajeros que hay una zanja en el camino no quiere decir que vayan a caer en ella. Las advertencias no nos deben hacer que supongamos que caerán o que pueden caer. Dios les advierte a los creyentes sencillamente porque, como seres racionales, están constituidos de tal manera que necesitan motivación. Por lo tanto apela a sus temores para mantenerlos en el camino. Pero las advertencias no prueban que los creyentes caerán; todo lo contrario, son los medios de Dios para asegurar que *no* caerán.

Uno no tiene que leer mucho de los escritos de los campeones de la doctrina de la seguridad incondicional para encontrar esta "explicación" de la presencia de tantas advertencias urgentes en contra de la apostasía, que tan obviamente están dirigidas a los creyentes. El error de su argumento se ve en que, en el momento que una persona se persuade de que la doctrina de tales defensores de la seguridad incondicional es correcta, los pasajes de advertencia inmediatamente pierden el mismísimo propósito y valor que esos intérpretes les aducen. Strong cita lo que el Dr. A. C. Kendrick dice de Hebreos 6:4-6: "El texto describe una condición subjetivamente posible, y por lo tanto, es necesario que se le exhiba como una advertencia vehemente ante los ojos del creyente, si bien objetivamente, en el propósito absoluto de Dios, nunca ocurre." Pero, ¿cómo puede haber "advertencia vehemente" alguna para un creyente que haya sido suficientemente "instruido" que entiende que la "advertencia" va dirigida a una imposibilidad? ¿Cómo puede algo ser subjetivamente *posible* para la persona que sabe que es objetivamente *imposible*? La única circunstancia posible bajo la cual los pasajes de advertencia podrían servir el propósito y la función que esos teólogos aducen sería el rechazo total de la doctrina de la seguridad incondicional y la perseverancia inevitable.

El renombrado teólogo reformado, Dr. G. C. Berkouwer, de la Universidad Libre de Amsterdam, que insiste en que la perseverancia es inevitable y que "no depende de nosotros, sino de la gracia de Dios," intercede por esta "explicación" bancarrota de los pasajes de advertencia. Declara que "un contenido

⁹ A. H. Strong, *Systematic Theology*, p. 885.

central de la doctrina de la perseverancia" yace en una relación armoniosa entre "la fidelidad misericordiosa (de gracia) de Dios"¹⁰ (que hace imposible la apostasía e inevitable la perseverancia) y "la dinámica de la lucha que en efecto hay en la vida" (en la cual es del todo necesario que nosotros seamos motivados constantemente por alarmantes amenazas y advertencias de la terrible calamidad de la apostasía que se cierne sobre nosotros en cada momento, a fin de que continuamente seamos conmovidos a una vida de actividad, vigilancia y oración, y de este modo, a continuar deliberadamente en la fe).¹¹

Berkouwer declara que las amonestaciones ". . . tienen como su propósito la preservación de la Iglesia, que precisamente de esta manera se establece en esa dirección única que es y debe permanecer irreversible—¡la dirección de la muerte a la vida!"¹² Por lo tanto, para que los pasajes de advertencia cumplan su función divinamente ordenada, de lograr la perseverancia y la preservación de la Iglesia, es enteramente necesario, de acuerdo a Berkouwer, que las advertencias sean consideradas con alarma sincera:

Cualquiera que pretendiera quitar parte alguna de esta tensión, de esta amonestación del todo vehemente, esta advertencia multifacética, de la doctrina de la perseverancia de los santos le haría un gran daño a las Escrituras, y arrojaría a la iglesia en el error del descuido y la pereza.

La doctrina de la perseverancia de los santos jamás puede volverse una garantía *a priori* en la vida de los creyentes que les permitiera pasarla bien sin amonestaciones y advertencias. [A pesar de la protesta de Berkouwer, esto es precisamente lo que la doctrina de Calvino de la perseverancia se vuelve inevitablemente para cualquiera que la acepta.] Dada la naturaleza de la relación entre la fe y la perseverancia, todo el evangelio debe estar lleno de amonestaciones. Tiene que hablar de esa manera, porque la perseverancia no es algo que meramente alguien nos ha dejado, sino algo que llega a ser realidad sólo en el sendero de la fe. Por lo tanto las amonestaciones más vehementes y alarmantes no pueden por sí mismas ser consideradas como evidencia en contra de la doctrina de perseverancia.¹³

¹⁰ G. C. Berkouwer, *Faith and Perseverance*, p. 96.

¹¹ *Ibid.*, págs. 97-99.

¹² *Ibid.*, p. 121.

¹³ *Ibid.*, p. 110.

El razonar que la amonestación y la perseverancia son conceptos opuestos, contradictorios, es solamente posible cuando entendemos erróneamente la naturaleza de la perseverancia y la consideramos aisladamente, aparte de su relación con la fe. Para obtener la comprensión correcta de la relación entre la fe y la perseverancia, esas amonestaciones son precisamente lo significativo, y lo que nos permite entender mejor la naturaleza de la perseverancia.

Berkouwer insiste en que "la perseverancia no es algo que meramente alguien nos ha dejado, sino algo que llega a ser realidad sólo en el sendero de la fe." Insiste en que hay una verdadera necesidad de "amonestaciones alarmantes," pues éstas son precisamente los medios que Dios ha decretado para motivar a los creyentes y de esa manera asegurar su perseverancia. Pero cuando llegamos a "saber tanto" o "ser iluminados" al punto que entendemos (como Berkouwer también insiste) que la perseverancia es inevitable y que no depende de nosotros en manera o grado alguno, ¿precisamente cómo podemos alarmarnos por las amonestaciones y advertencias?

Sería interesante inquirir del profesor Berkouwer cuán recientemente ha experimentado él mismo sincera alarma al leer cualquiera de las "amonestaciones alarmantes" que abundan en todo el evangelio. Si él de veras experimenta alarma sincera al leer esas "amonestaciones alarmantes," ¿es porque en realidad teme que se puede alejar del "sendero de la fe" y caer de la gracia? O, si no experimenta verdadera alarma, ¿es porque considera que, en su caso (en contraste con todos los demás creyentes), es permisible que la doctrina Reformada de la perseverancia inevitable constituya una "garantía *a priori*" que le permite "pasarla bien sin amonestaciones y advertencias"? En pro de la comprensión de este asunto, le pedimos al Dr. Berkouwer que declare públicamente si realmente experimenta alarma sincera al meditar en las "amonestaciones alarmantes" que abundan en el evangelio; si es así, que declare por qué; y si no es así, que nos declare por qué no.

Tal vez la explicación de Berkouwer esté implicada en esta declaración: "La fe siempre se dirige a sí misma, vez tras vez, a esta confianza (la inevitabilidad de la perseverancia). En esta perspectiva siempre descubre un consuelo fresco, después que

se ha permitido a sí misma ser amonestada con suma vehemencia.”¹⁴ Pero este razonamiento tiene que ser rechazado por las siguientes razones:

En primer lugar, la declaración de Berkouwer implica que los pasajes de “consolación” y las “amonestaciones alarmantes” no pueden ser considerados con sinceridad completa al mismo tiempo, pues una persona no puede ser motivada por las “amonestaciones alarmantes” sino hasta que haya abandonado su confianza en los pasajes de “consolación,” las (supuestas) promesas de Dios de que la perseverancia es inevitable y la apostasía imposible. Por lo tanto, una persona no puede aceptar *todo* el testimonio de las Sagradas Escrituras en su significado obvio al mismo tiempo. En vez de eso, puede sólo oscilar entre dos persuasiones contradictorias, y se supone que ambas son igualmente apoyadas por las Escrituras.

Además, las “amonestaciones alarmantes” sirven de esta manera—no para evitar que los creyentes caigan “en el error del descuido y la pereza,” sino más bien sólo para *restaurarlos* después que han caído en tal error. Las “amonestaciones alarmantes” pueden principiar a motivar al individuo sólo después que el error de descuido y pereza en efecto se ha establecido ya en su vida.

Un punto más, el argumento de Berkouwer da por sentado que es inevitable que el individuo tarde o temprano hará caso de las advertencias. Pero de acuerdo a las Escrituras, esto en sí es un asunto de contingencia, como veremos en los capítulos próximos.

Las numerosas veces en que Berkouwer se contradice a sí mismo son típicas de la confusión de los calvinistas en sus fallidos intentos de reconciliar los pasajes de advertencias con su doctrina *a priori* de seguridad incondicional y de perseverancia inevitable. En su capítulo intitulado “La Realidad de la Perseverancia,” Berkouwer declara que no hay factor alguno en el hombre que pudiera en alguna forma determinar el asunto de la perseverancia, pues si así fuera “la consolación de la perseverancia con seguridad se perdería, puesto que el resultado final

¹⁴ *Ibid.*, p. 122.

¹⁵ *Ibid.*, p. 220.

una vez más sería puesto en las manos del hombre perseverante.”¹⁵ Pero en su capítulo intitulado “Perseverancia y Amonestación,” el mismo Berkouwer afirma que “la doctrina de la perseverancia de los santos jamás puede volverse una garantía *a priori* en la vida de los creyentes que les permita pasarla bien sin amonestaciones y advertencias.” Pero si “la consolación de la perseverancia” es asegurarle a una persona que el resultado final no está en las manos de un hombre que persevera, ¿no constituye esta “consolación” una “garantía *a priori*” de perseverancia para todos aquellos que la admitan? Si no constituye tal garantía, ¿entonces *exactamente* qué constituye? Y si el resultado final no está en las manos del hombre perseverante, entonces, ¿cómo pueden ser sinceras las “amonestaciones alarmantes”?

En su capítulo “La Realidad de la Perseverancia,” Berkouwer escribe :

Sin embargo, es muy claro que la doctrina Reformada intenta señalar una constancia en la vida cotidiana del creyente mismo. Cuando habla tan enfáticamente sobre la perseverancia como un don, acerca del carácter de gracia del pacto de Dios en sus múltiples riquezas, y acerca de la intercesión de Cristo, todo esto está conectado indisolublemente con una constancia en las vidas de los creyentes mismos . . . [la posibilidad del] fracaso total, por lo tanto, tiene que ser rechazada. . . .

.

[La doctrina de la perseverancia es un atinado] asunto para predicar. Porque esta clase de predicación . . . es una experiencia grande y conmovedora para el creyente, una que le hace maravillarse sobre esa constancia que es suya en Cristo. Este sentido de maravilla siempre será el fundamento más profundo para la gratitud que llena la vida del creyente en tanto que él avanza a confrontar el futuro.¹⁶

Pero, ¿cómo puede uno continuamente “maravillarse de esa constancia que es suya [incondicional e inevitablemente] suya en Cristo” y al mismo tiempo, rechazarla como “una garantía *a priori*” de perseverancia? ¿Cómo se las puede uno arreglar para darle aceptación a una doctrina que niega la posibilidad de la caída total, y, que al mismo tiempo, la rechaza como una garantía *a priori* de perseverancia?

¹⁶ *Ibid.*, págs. 233, 239.

En su capítulo "El Consuelo de la Perseverancia," Berkouwer escribe:

. . . la amonestación tiene un lugar muy importante en la vida del creyente. Ocurre casi en cada página de las Santas Escrituras. Pero el pensar que este elemento de contingencia expresa toda la enseñanza del evangelio acerca de la perseverancia es ignorar completamente la enseñanza bíblica de que la fe siempre descansa en la firmeza y la fidelidad de la gracia de Dios. Esta gracia omnipresente nunca es presentada o descrita en un estilo simplista, como si fuera algo que uno sencillamente puede dar por asentado. Sin embargo, la fe a la que somos llamados incesantemente abre delante de nuestros ojos una continuidad maravillosa.¹⁷

Pero, ¿cómo es posible ver una "maravillosa continuidad" que se considera como un corolario inevitable de "la firmeza y fidelidad de la gracia de Dios" y al mismo tiempo, rechazar la continuidad inevitable como una garantía *a priori* de la perseverancia? Algo más: ¿cómo es posible que la fe "descanse en la firmeza y la fidelidad de la gracia de Dios" y al mismo tiempo, se niegue a tomar esa gracia "por sentado"? Esto es una contradicción de términos.

Nosotros rechazamos la aseveración de Berkouwer de que la gracia de Dios no debe ser "tomada por sentado." Todo lo contrario, podemos pretender o contar con la constancia de la gracia de Dios. La verdadera fe no puede tener ninguna otra interpretación o vista de la gracia de Dios. Lo que no debemos dar por sentado es la constancia de nuestra fe. *Esto es* el objeto y causa de las "amonestaciones alarmantes." Los pasajes de advertencia no sugieren en forma alguna que no debemos dar o tomar por sentadas la firmeza y la fidelidad de la gracia de Dios, sino más bien que no debemos dar por hecho la constancia de nuestra fe.

La dificultad de Berkouwer emana de su conclusión errónea de que la fidelidad de Dios garantiza que nosotros también resultaremos inevitablemente fieles. El declara que, al considerar nuestra perseverancia y continuidad, debemos

. . . principiar con la doctrina de la fidelidad de la gracia de Dios, la cual es sin duda alguna de la mayor importancia y decisiva para la

¹⁷ *Ibid.*, p. 199.

doctrina de la perseverancia de los santos. En esta doctrina, hay gran énfasis en la inmutabilidad del consejo de Dios en Jesucristo.¹⁸ La gracia de Dios es afirmada como la realidad de preservación. No sería incorrecto decir que la fe afirma la perseverancia, la constancia de la gracia de Dios, la permanencia de su fidelidad y de su amor eterno.

.

Su fidelidad no depende en nuestra fidelidad, ni de nada que esté presente ahora o en el futuro en nosotros. Hay más bien un "sin embargo," un "a pesar de."

.

Es enteramente claro que uno no necesita añadir nada a esta fidelidad y constancia. La grandeza de la fidelidad y preservación de Dios, fue en efecto una tentación para que muchos dejaran de hablar de perseverancia, y hablaran sólo de preservación.¹⁹

Pero al contrario de lo que Berkouwer concluye, la fidelidad de Dios no garantiza una fidelidad correspondiente en nosotros. Esta verdad ya la hemos observado (capítulo 8). Pero observemos otra vez que, en tanto que la fidelidad de muchos en Israel no nulificó la fidelidad de Dios en cumplir sus promesas, tampoco la fidelidad de Dios impidió la infidelidad de muchos miembros del pueblo del pacto (Romanos 3: 3-8). La fidelidad de Dios con respecto a Israel no impidió que algunas de las ramas "fuesen desgajadas" por su incredulidad (Romanos 11: 20-22), ni impedirá una calamidad semejante en la vida de cualquier creyente gentil que deje de permanecer firme por la fe. Pablo nos asegura que si nosotros somos infieles, Cristo permanecerá fiel. Pero aunque Cristo no puede negarse a Sí mismo, Pablo nos asegura que El sí *nos negará* a nosotros, si nosotros le negamos a El (II Timoteo 2: 12, 13). Su fidelidad no es una garantía incondicional en contra ya sea de la posibilidad o

¹⁸ La verdadera raíz de confusión para los calvinistas es su error de no reconocer que la certidumbre de la elección y la perseverancia es respecto, no a individuos particulares incondicionalmente, sino más bien respecto a la *ekklēsia*, el cuerpo integral (total) de todos los que, mediante (una) fe viviente, están en unión con Cristo, el verdadero Electo y el Pacto Viviente entre Dios y todos aquellos que confían en El. Véase el Apéndice E, Sección 10.

¹⁹ *Ibid.*, págs. 219, 222; las cursivas son de Berkouwer.

de las consecuencias de nuestra propia apostasía. "Permaneced en mí," nos dijo Jesús, "y yo en vosotros." Cristo confronta a todos los que quieran ser suyos, con la necesidad de una fe viviente que no tiene nada en común con las presunciones estériles engendradas por los sofismas teológicos.

La mayoría de los aspectos del calvinismo habitan en el santuario de lo exclusivamente académico, en cuyo mundo es tal vez posible formular cierta clase de apología para casi cualquier hipótesis. Pero en su intento de reconciliar los pasajes de advertencia con su doctrina *a priori* de la seguridad incondicional y la perseverancia inevitable, el calvinismo tiene que salir del santuario de lo abstracto y someterse al juicio de la experiencia consciente de los hombres. Es cierto que no nos atrevemos a definir nuestras doctrinas por la medida de la experiencia y los sentimientos humanos. Este es un axioma esencial. Pero el aspecto de doctrina que tenemos por delante necesariamente es una excepción de la regla. Ciertamente no se nos pedirá que creamos que no podemos saber si experimentamos una alarma sincera al contemplar las "amonestaciones de alarma" con las que "todo el evangelio abunda." Es imposible que una persona no sepa si experimenta alarma sincera al leerlas, o no. Y es igualmente imposible que estemos persuadidos sinceramente de que la apostasía es imposible, y (al mismo tiempo o también) alarmados sinceramente por las advertencias en contra de la apostasía. La consideración necesaria del calvinismo resulta falsa por el juicio de la experiencia humana. La hipótesis de que los hombres deben ser persuadidos sinceramente de que la apostasía es imposible, y, al mismo tiempo, alarmarse sinceramente por las advertencias, es completamente absurda. Igualmente absurdo es cualquier razonamiento de que los hombres deben oscilar entre dos persuasiones contradictorias como un péndulo y de que no deben considerar todo el testimonio de las Escrituras con sinceridad completa un momento, pero que deben un día estar sinceramente persuadidos de que la Biblia nos advierte en contra de la apostasía, y al día siguiente estar sinceramente persuadidos de que la Biblia nos asegura que la apostasía es imposible.

La falacia de la hipótesis absurda del calvinismo, esencial para la defensa de su doctrina de la perseverancia, se demuestra constantemente en la contradicción trágica que se ve en el

ministerio personal de los pastores que se adhieren a ella. Estos profesan creer que, si bien todos los verdaderos creyentes inevitablemente perseverarán, es sólo dentro del contexto del ejercicio dinámico de la fe que la perseverancia se desarrolla. Profesan creer que los pasajes de advertencia son designados por Dios para efectuar esta perseverancia al motivar a los creyentes a continuar en la fe y a temer la apostasía, y que la perseverancia se realiza sólo cuando los creyentes hacen caso solemne de los pasajes de advertencia. Profesan creer todo esto (cuando menos cuando se les pide que expliquen la presencia de pasajes de advertencia). Pero su predicación y su enseñanza parecen estar diseñadas para *prevenir* que los pasajes de advertencia y las "amonestaciones alarmantes" cumplan el propósito que ellos dicen creer que Dios les dio. Nunca pierden una oportunidad de "explicar" los pasajes de advertencia de manera de disipar cualquier preocupación que sus oyentes pudieran tener por ellos, y continuamente les aseguran que están seguros incondicionalmente por todo el tiempo y por la eternidad, sin contingencia alguna. Constantemente hacen todo lo posible por destruir cualquier preocupación que sus oyentes pudieran tener por esas mismas advertencias y amonestaciones que reconocen son los medios que Dios ha dispuesto para motivar a los creyentes a perseverar. Y a las personas que predicán dichas advertencias con vehemencia y convicción las acusan de estar "confundidas" y "erradas doctrinalmente," y de no creer en la salvación por la gracia. La sabiduría es justificada por sus hijos, pero sólo la eternidad revelará la medida cabal de la tragedia de esta falacia popular y la inevitable falta de armonía entre palabras y acciones de los que la aceptan.

Contrario a las hipótesis de algunos, las advertencias no nos fueron dadas meramente porque no hay otros móviles que persuadan a los creyentes a perseverar, puesto que sí lo hay: la gratitud a Dios por su perdón y gracia, un gozo creciente gracias a la fidelidad del creyente, el interés por la necesidad espiritual de los que reciben la influencia de nuestras vidas, y la promesa de una recompensa más abundante en el cielo. Las advertencias fueron dadas, no para suplir la falta de un móvil para perseverar, sino por la existencia de un peligro muy real y mortal, que debemos reconocer.

El peligro de la apostasía existe, y no es algo imaginario, tal como podemos ver en el hecho de que la Biblia contiene muchos casos de ella. En las Escrituras hallamos muchos casos de apostasía. Aquí citaremos solamente unos cuantos que aparecen en el Nuevo Testamento.

Judas les advierte a sus lectores del peligro que constantemente los amenaza por las actividades insidiosas de maestros apóstatas que están entre ellos. En su descripción de los apóstatas "que convierten en libertinaje la gracia de Nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo" (v. 4) y cuyas perversas carreras y justa condenación fueron pronosticadas "desde antes" (*prographō*, escribir o describir con anticipación al suceso; véase Romanos 15:4; Efesios 3:3), por Enoc (vrs. 14, 15) y otros profetas en tiempos de la antigüedad, Judas declara que son "árboles otoñales, sin frutos, dos veces muertos y desarraigados" (v. 12; véase Juan 15:1-6).

Algunos han explicado la descripción "dos veces muertos" diciendo que significa solamente que los falsos maestros están más allá de la redención, que su muerte espiritual presente con seguridad culminará en "la segunda muerte" en el mundo venidero. Pero al decir esto han imaginado una cosa vana. Tal interpretación es mera conjetura para la cual no hay base alguna. El lenguaje de Judas es explícito. La palabra *apothanonta* (muerto) es un participio aoristo, más bien que un adjetivo, y el aspecto verbal del participio no debe pasarse por alto. La descripción de Judas es literalmente, "dos veces habiendo muerto." Tiene que ver con el pasado, más que con el futuro.

La trágica circunstancia, "dos veces muertos," es la suerte de hombres que, habiendo una vez "pasado de muerte a vida" mediante su fe en Jesucristo, se han dado la vuelta para no caminar ya más con El, volviéndose al hacerlo "muertos en sus pecados y delitos" una vez más. "Dos veces muertos" puede sólo referirse al hecho de que hombres que una vez estuvieron vivos en Cristo se han vuelto otra vez muertos espiritualmente al cortar su unión con El, quien "es nuestra vida." Lo que es más, Judas hace alusión a la ocasión y causa específicas de su muerte espiritual: "Han seguido el camino de Caín, y se lanzaron por lucro en el error de Balaam, y perecieron (*apōlonto*,

segundo aoristo indicativo medio, se mataron a sí mismos) en la contradicción de Coré" (v. 11).

Como Coré y sus compañeros, que negaron la autoridad particular que tenía Moisés, y que usurparon profanamente las funciones del sacerdocio ordenado, los apóstatas a los que Judas se refiere negaron la autoridad también particular del único Mediador y lo definitivo de su evangelio, tal como lo definieron Jesús y sus apóstoles. Por los comentarios de Judas, resulta evidente que su desertión tuvo su origen y desarrollo en su amor a una vida de lascivia y en su repudiación práctica de las implicaciones del señorío de Cristo sobre las vidas personales de todos aquellos que quieran ser de El. Por lo tanto eran personas "sin fruto" (véase Juan 15:1-5, II Pedro 1:8 y vrs. siguientes) y, como resultado inevitable, fueron arrancados, o desarraigados, o sea con todo y raíces (véase Juan 15:2, 6) y se convirtieron en "estrellas errantes" (contrástese con Apocalipsis 1:16, 20). A pesar de su desertión espiritual interior, seguían conservando su afiliación externa con los creyentes, y seguían disfrutando de posiciones de prominencia y de liderazgo. Por causa de su retroceso espiritual, se habían vuelto hombres que subrepticamente se habían deslizado hacia posiciones de influencia y de honor que no merecían. Pretender que en el v. 4 Judas quiso decir que estas personas habían entrado en la iglesia basándose en profesiones vacías, que eran falsas desde el principio, y que no habían sido nunca sino hipócritas, es contradecir los ejemplos históricos que el apóstol cita: los apóstatas en el desierto (v. 5) y los ángeles que no conservaron su primera condición (v. 6), y refutar la declaración del apóstol de que estos apóstatas "se habían matado a sí mismos" al rebelarse contra el Señor, siguiendo el ejemplo de Coré (v. 11), y que por lo tanto ahora están "dos veces muertos." Además, el aceptar tal razonamiento es nulificar la urgente advertencia de Judas a los creyentes, de que tengan cuidado del peligro de seguir el mismo curso trágico de los apóstatas (vrs. 20, 21).

En su Segunda Epístola, Pedro escribe ampliamente sobre unos apóstatas que "negando [*arneomai*, desconocer, renunciar] al Señor que los rescató" (2:1) por "amor al premio de la maldad" (2:15), han "dejado el camino recto, y se han extraviado"

volviéndose “fuentes sin agua” (2:15, 17). No podría haber una tragedia más grande. “Ciertamente, si habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento [*epignōsis*, conocimiento cabal y verdadero] del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos, su postrer estado viene a ser peor que el primero. Porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino [*hodos*, camino—“el camino recto,” v. 15] de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás [*epistrephō*] del santo mandamiento que les fue dado” (II Pedro 2:20, 21).

Muchos han asegurado que los hombres de quienes Pedro escribió nunca fueron verdaderamente salvos. Apelan a las metáforas en el v. 22. Afirman que no se puede hacer alusión a los hijos de Dios, como *perros*, o *puercos*. Pero los que infieren que la referencia de Pedro a los apóstatas como “perros” y “puercos” demuestra que esas personas nunca estuvieron realmente bajo la gracia, no se atreven a declarar por la misma línea de razonamiento que la referencia de Jeremías a los hijos de Israel en Judá como “asna mootés” significa que esos israelitas nunca habían sido “ovejas de su prado.” Jeremías aplicó el vergonzoso epíteto (2:24) sólo después que los hebreos habían abandonado al Señor (2:13; 17:13) y se habían entregado a la iniquidad y la idolatría. Asimismo, fue sólo después que estos creyentes dejaron “el camino recto y se extraviaron” que Pedro los compara a perros y a puercos. Bien se podía haber referido a ellos como “asnos monteses.” Pero había proverbios muy conocidos acerca de perros y puercos que ilustraban atinadamente el caso de ellos. Aceptemos la Palabra escrita y lo que dice. El hacer caso omiso del significado obvio de las declaraciones de Pedro apelando a inferencias arbitrarias sobre el uso que el apóstol hace de metáforas, es, cuando menos, imprudente.

Pablo cita casos específicos de apostasía. Al exhortar a Timoteo a que “milite . . . la buena milicia, manteniendo la fe y la buena conciencia,” le advierte que “desechando la cual naufragaron algunos en cuanto a la fe” o como dice la versión de Williams, “hicieron un naufragio de su fe” (I Timoteo 1:18, 19). Luego nombra a Himeneo y Alejandro, como prominentes entre los que habían apostatado vergonzosamente.

En la misma carta, Pablo le advierte a Timoteo (5:9-15) sobre la probabilidad de que viudas jóvenes, si se les aceptaba, se volvieran licenciosas y quisieran casarse, violando los votos de continencia y de obligación especial a Cristo que tenían que asumir a fin de ser admitidas a la compañía de viudas que dependían oficialmente de la iglesia para su manutención. Tal deserción no sería asunto leve; constituiría apostasía y causaría la condenación. El peligro era real, pues tales deserciones habían ya ocurrido. Algunas mujeres se habían “apartado en pos de Satanás.”

Otra referencia a casos específicos de apostasía la encontramos en las palabras de Pablo a Timoteo: “Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores” (I Timoteo 6:9, 10).

En un capítulo posterior consideraremos en detalle los errores de algunos de los gálatas. Pero observemos aquí que Pablo alude a casos específicos de apostasía entre ellos: “De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído” (Gálatas 5:4).

En contra a las opiniones de algunos, Hebreos 6:4-6 no es una mera hipótesis, sino una referencia a casos reales de apostasía. A pesar de ciertas traducciones que no son del todo exactas, no hay partícula condicional alguna en el texto griego. El escritor dice sencillamente *tous . . . parapesontas*—“los que recayeron” (segundo participio aoristo activo). No hay nada ni en el lenguaje ni en el contexto que indique que los casos de apostasía mencionados en Hebreos 6:4-6 son solamente hipotéticos. Esta verdad se refleja con exactitud en la traducción de la *American Standard Version* (1901), que dice así, vertida al castellano: “En cuanto a los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y gustaron de la buena palabra de Dios, y los poderes de la edad venidera, y entonces (o luego) recayeron . . .” Los casos de apostasía que el escritor cita son reales, más que imaginarios o hipotéticos.

Algunos apelan al versículo 9: "Pero en cuanto a vosotros, oh amados, estamos persuadidos de cosas mejores, y que pertenecen a la salvación, aunque hablamos así," para discutir que tal apostasía no puede efectivamente ocurrir.²⁰ Pero no toman en consideración la transición de la tercera persona ("los, ellos") en los versículos 4-6, a la segunda persona ("vosotros") del versículo 9. El escritor está persuadido de "cosas mejores de *vosotras*," no "*de ellos*." Si bien está persuadido de que "vosotros" no habéis todavía apostatado, declara que "ellos" efectivamente ya lo han hecho. En vez de inferir que la apostasía en

²⁰ Berkouwer (*Faith and Perseverance*, pág. 117) declara que Hebreos 6: 4-6 no es una advertencia contra la apostasía, sino más bien una advertencia contra el peligro de imaginar que la apostasía es posible. De modo que, de acuerdo a Berkouwer, el pasaje no es una advertencia contra el peligro de la apostasía, sino sólo una grandiosa seguridad de que no hay tal peligro. En el curso de cinco páginas de argumentos basados en suposiciones, Berkouwer hace varios intentos (todos abortivos) de reconciliar su ingeniosa interpretación con el hecho obvio de que, después de todo, el pasaje es una advertencia. Escribe: "De modo que hay una advertencia intensa contra esta posibilidad que podía invadir el pensamiento de la Iglesia (el peligro de imaginar que la apostasía es realmente posible). En contra de esto se levanta el radical 'imposible' (la imposibilidad de una transición de vida a la muerte, tanto como de la recuperación de la muerte a la vida) por el cual, consolados y amonestados, los primeros cristianos son guiados en el único camino. Este pasaje de Hebreos 6 nos permite ver con claridad especial cuán lejos están las Escrituras de cualquier perspectiva de la iglesia que limitaría la tensión entre fe y amonestación" (p. 120).

Pero, ¿precisamente cómo espera el escritor a los Hebreos aumentar "la tensión entre fe y amonestación" al persuadir a sus lectores que no hay ni la más pequeña posibilidad de apostasía? Berkouwer no se toma la molestia de explicarlo.

Lo que es más, si este pasaje fuese sólo una advertencia en contra de imaginar que la apostasía es posible (como Berkouwer afirma), entonces sería completamente contraria al espíritu y propósito de todas las muchas "amonestaciones alarmantes" que claramente advierten que la apostasía es una posibilidad real y un peligro fatal—amonestaciones con las que, el mismo Berkouwer declara, "todo el evangelio tiene que abundar . . . tiene que hablar de esa manera, porque la perseverancia no es algo que meramente se nos pasa o hereda, sino algo que viene a realizarse sólo en el camino de la fe (p. 110). Si otras "amonestaciones alarmantes" le advierten a los creyentes en contra de la apostasía como un peligro efectivo y real, ¿qué derecho moral tiene el escritor a los Hebreos de intentar (como Berkouwer postula) persuadir a sus lectores que la apostasía no es un peligro real, sino más bien una imposibilidad absoluta? Los hombres que se acercan a la Biblia con las suposiciones previas del calvinismo invariablemente se ven enredados en confusión y en contradicciones absurdas que ofenden tanto al sentido común como (y esto es lo peor) al testimonio de las Sagradas Escrituras.

que "ellos" han naufragado no puede cernirse sobre "vosotros," el escritor los pone a "ellos" delante de "vosotros" como un trágico ejemplo de su solemne advertencia y luego procede a exhortar vehementemente a sus lectores: "Pero deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma solicitud hasta el fin, para plena certeza de la esperanza, a fin de que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas" (vrs. 11, 12).

El escritor cita el ejemplo de Abraham (vrs. 13-15) quien, "habiendo esperado con paciencia, alcanzó la promesa" (véase 11:8-16). Exhorta a sus lectores a que, siguiendo el ejemplo de Abraham, sigan contando en la fidelidad de la promesa y del juramento de Dios quien no puede mentir, "para que . . . tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros" (v. 18). La esperanza es una ancla del alma, asegurada firmemente dentro del velo donde Jesús, nuestro Sumo Sacerdote, aparece ahora en nuestro favor. Todo lo que nos resta es mantenernos asidos al ancla de la esperanza. "Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza" (10:23). "Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos²¹ nuestra profesión. . . . Acerquémonos,²¹ pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro" (4:14, 16). Robertson observa: "En efecto, nuestra ancla con sus cadenas de la promesa y el juramento de Dios está asida a Jesús dentro del velo. Se mantendrá firme. Todo lo que nosotros necesitamos hacer es ser fieles a El como El es fiel con nosotros."²²

* * *

Mucho se ha disputado si Judas fue alguna vez un creyente verdadero, o si fue meramente un impostor desde el principio. Se han presentado buenos argumentos en defensa de ambos puntos. Pero observemos que, cualquiera que haya sido la verdadera situación de Judas, no tiene efecto alguno sobre el hecho de que en las Escrituras se mencionan otros casos específicos

²¹ Subjuntivo presente, durativo.

²² Robertson, *op. cit.*, Vol. V, p. 379.

de apostasía. Tengamos cuidado de la falacia de "o esto . . . o entonces." Lo que es cierto en un caso no gobierna lo que puede ser cierto o dejar de serlo en otros casos. Sin duda alguna han habido muchos en cada generación que sólo han fingido creer y cuyas profesiones fueron falsas desde el principio. Pero es igualmente cierto que otros efectivamente se han alejado de la fe verdadera, de acuerdo a lo que leemos en las Escrituras. Lo que haya sido la situación de Judas no decide la experiencia o condición de otros.

Nosotros creemos que el caso de Judas es un ejemplo de verdadera apostasía, más bien que de fingimiento original y prolongado. La declaración de que Judas "cayó" (Hechos 1: 25; véase lo que Thayer dice sobre *parabainō*) de su ministerio y su apostolado es una declaración de que, por una acción específica, Judas se descalificó a sí mismo. De modo que el caso de Judas fue un caso de apostasía, más que de hipocresía original.

Los que aducen que Judas fue un impostor desde el principio, se basan en Juan 6: 64, "Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le había de entregar." Pero nos parece que Robertson está en lo correcto al observar que "Juan no dice aquí que Jesús sabía que Judas le entregaría cuando lo escogió como uno de los doce, y mucho menos que le escogió con ese propósito. Lo que sí dice es que Jesús no fue tomado por sorpresa y que pronto vio señales de traición en Judas. . . . Judas tenía dones y se le dio su oportunidad. No tenía que haber traicionado a Jesús."²³

Jesús siempre estuvo al tanto de la superficialidad en la "fe" de todos aquellos cuyas profesiones eran insinceras. Juan escribe que "Jesús mismo no se fiaba de ellos, porque conocía a todos, y . . . sabía lo que había en el hombre" (Juan 2: 23). Esto milita en contra de cualquier tesis de que Judas no haya sido un creyente sincero cuando Jesús lo escogió, con otros once hombres para ser sus discípulos, y para compartir privilegios y potestades especiales como sus apóstoles. El hecho de que Mateo, Marcos y Lucas designen a Judas como el traidor, en sus narrativas de la selección de los Doce, no significa que hayan en ese entonces tenido una impresión del carácter de

²³ *Ibid.*, p. 144.

Judas, sino meramente es su medio de distinguirlo de Judas el hermano de Jacobo.

Es significativo que cuando Jesús anunció en el aposento alto que uno de los Doce lo traicionaría, los apóstoles se llenaron de consternación y no pudieron identificar al traidor. En vez de fijar miradas acusadoras en Judas, "ellos comenzaron a discutir entre sí, quién de ellos sería el que había de hacer esto" (Lucas 22: 23). No había habido nada en su carrera como apóstol que hubiese distinguido a Judas en manera alguna de los otros once. Nada se dice en las Escrituras que sugiera que haya fracasado en el ejercicio de los poderes dados a los apóstoles. Es inconcebible también, que Jesús, quien aborreció a tal grado la hipocresía de los fariseos, pudiera jamás haber contado como "íntimo suyo" a un hombre que El sabía que era falso (Juan 13: 18; Salmos 41: 9 y Salmos 55: 12-14).

Los eventos de Juan 6 ocurrieron casi un año después de que Jesús escogió a los Doce, y varios meses después de su gira de predicación. Durante ese lapso de tiempo, Judas tuvo una oportunidad muy amplia de deslizarse de su fe original. Tal vez su fe se vio minada por la desilusión causada por el martirio de Juan el Bautista, que ocurrió poco antes de que el Señor declarara: "uno de vosotros es un diablo." Tal vez Judas haya razonado que la muerte de mártir no era la clase de suerte que debía cernirse sobre los amigos del *verdadero* Mesías. Esto distaba mucho del triunfo que los judíos anticipaban con la aparición del Mesías. Y sin duda alguna Judas, como las multitudes (y como los otros apóstoles), se vio desilusionado cuando Jesús rehusó acceder al deseo popular de hacerlo Rey, meramente para lograr una ventaja temporal inmediata (Juan 6: 15).

Claro que Jesús obraba milagros. Pero aun cosas muy espectaculares tarde o temprano se vuelven rutinarias por la asociación continua. La gente se acostumbra a ellas. Lo que es más, tal vez Judas haya razonado que los fariseos y los escribas, que aparentemente no se impresionaron por las obras de Jesús, eran sin duda menos crédulos que la gente que sí se impresionó. Después de todo, otros también habían ejecutado obras maravillosas, como echar fuera demonios (Mateo 12: 27). Jesús y sus apóstoles no eran los únicos. De una manera u otra, para Judas, más importante que el asunto de sus milagros, fue el que

Jesús ya no se apegaba al concepto que aquél tenía de lo que el Mesías debía ser. Ahora era del todo aparente para Judas que Jesús no tenía ni la menor intención de ser la clase de Mesías que Judas creía que los profetas habían descrito, y por lo tanto concluyó que sus primeras impresiones de Jesús no habían sido correctas.

Su profunda desilusión destruyó los últimos vestigios de la fe que habían quedado, y su egoísmo latente rápidamente entró para llenar el vacío en su alma. Ahora decidió que su mejor curso era continuar externamente con el movimiento para lograr alguna ventaja personal posible—propósito que se manifestaría más tarde en su perfidia como tesorero del grupo (Juan 12: 4-6), y finalmente, en su traición del Hijo del Hombre por unas cuantas monedas de plata. Aun entonces, ya se estaba formando en su mente el perverso pensamiento de que él podía cambiar toda esta situación para su ventaja al traicionar a Jesús y entregarlo en las manos de enemigos poderosos que ya estaban planeando destruirlo (Juan 6: 71; en la excelente versión de Phillips, *emellen paradídonai auton*, “estaba planeando traicionarlo”). Judas estimuló la perversa idea, en vez de resistirla; y el amor al dinero tarde o temprano lo ahogaría en la destrucción y la perdición. Aunque aparentemente continuaría siguiendo a Jesús, su corazón se fue con las multitudes que, después de su discurso en la sinagoga de Capernaum, le dieron la espalda para no caminar ya más con Él. Su deserción interior, que los otros once apóstoles no notaron, fue enteramente aparente a Jesús, puesto que el Maestro nunca se entregó en manos de hombres de fe superficial, pues “conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre” (Juan 2: 24, 25).

El hecho de que tal deserción fuera posible para otros, tanto como para Judas se afirma claramente en Juan 6: 66-71. Jesús les preguntó a los Doce la pregunta penetrante: “¿Queréis acaso iros también vosotros?” El lenguaje del texto anticipa una respuesta negativa. Pero eso no quiere decir que la pregunta de Jesús haya sido meramente retórica o que el peligro de la deserción haya sido, para ellos, sólo hipotético. El peligro era enteramente real, y Jesús estaba sondeando los rincones más profundos de sus corazones.

La contestación de Pedro fue una afirmación espléndida de fe y de fidelidad. Pero contenía una nota inequívoca de auto-dependencia que constituía un peligro definitivo. El uso del pronombre *hēmeis* (v. 69) es enfático,²⁴ e indica la fuerza del contraste que Pedro infirió que existía entre los Doce y los discípulos que se habían alejado para no andar ya más con Jesús. La contestación de Jesús fue una amonestación aguda a tal auto-suficiencia que aseguraba: aunque otros te hayan dado la espalda, ¡nosotros nunca lo haremos! “Jesús les respondió: ¿No os he escogido yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo?” ¿Qué les estaba diciendo el Señor a Pedro y a los demás? Sencillamente esto: “Pedro, no estés demasiado seguro de que tú nunca podrías darme la espalda. ¿No los he escogido yo a los doce, de entre todos mis discípulos, para que sean mis compañeros constantes, los de mi círculo íntimo? Sin embargo, ¡uno de ustedes es ahora mismo ya un diablo!” ¡Había ocurrido entre los Doce! No había necesidad de tal auto-confianza exuberante, sino de un temor santo.

Amigo en Cristo, no puede haber lugar para una complacencia farisaica en nuestros corazones, si hacemos caso de la amonestación de Pedro (quien cuando la escribió había aprendido mucho desde los días de Juan 6), “conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación” (I Pedro 1:17). “Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga” (I Corintios 10:12). “¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciera afrenta al Espíritu de gracia? . . . [No escaparemos] . . . si desecháremos al que amonesta desde el cielo” (Hebreos 10:29; 12:25). Lo que Robertson comenta sobre Hebreos 10:29 es perfectamente atinado al contemplar la terrible carrera de Judas: “Es una tragedia indescribible que debe advertirle a todo seguidor de Cristo que no juegue con la tracción a Cristo.”²⁵

“Si le negáremos. . . .”

²⁴ Kenneth S. Wuest, *The Gospels: An Expanded Translation*.

²⁵ Robertson, *op. cit.*, Vol. V, p. 414.

El Pecado no se Enseñoreará de Vosotros

Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia. ¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera. ¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois, esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia? . . . Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.

ROMANOS 6: 11-16, 23

CAPITULO XIII

EL PECADO NO SE ENSEÑOREARA DE VOSOTROS

HAY SOLO DOS razones posibles por las que cualquier hombre en la tierra no sea salvo. O no ha escuchado el evangelio, o no está dispuesto a aceptar la condición de arrepentimiento y discipulado por la que el evangelio de Cristo puede llegar a ser para él, personalmente, “el poder de Dios para salvación.”

El Señor Jesús comisionó a sus discípulos a que predicaran “en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones” (Lucas 24: 47). No puede haber perdón sin arrepentimiento. Pablo les testificó “a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo” (Hechos 20:21). Uno no puede creer en Cristo como Salvador del pecado, sin arrepentirse para con Dios. El Dios cuyo “mandamiento es la vida eterna” es el mismo Dios “que ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan” (Juan 12: 50, Hechos 17: 30). Los hombres no pueden compartir la vida eterna de Dios sin arrepentirse para seguir a Dios.

“¡No queremos que este hombre reine sobre nosotros!” Tal es la actitud de todos los que deliberadamente rechazan el Evangelio. Los hombres rehusan a Cristo por una sola razón: quieren ser “libres,”—libres del señorío de Cristo, libres del dominio divino, y de toda obligación santa. Lo son, en efecto. Pero también están libres, carecen, de la remisión de pecados, libres de la gracia salvadora, y libres de la vida eterna y de toda posibilidad de ir al cielo. Todo hombre es “libre,”—libre del dominio de Cristo y del prospecto del cielo, o del dominio del pecado y del prospecto del infierno.

Todo hombre es asimismo un siervo—ya sea del Señor Jesucristo y su reinado de justicia, o del diablo y de la tiranía del pecado. No hay un punto medio. “El que no está conmigo,” declaró el Señor Jesús “contra mí es” (Mateo 12:30). Los hombres que quieran ser libres de la tiranía del pecado tendrán que aceptar el señorío de Cristo sobre sus vidas personales. El que dijo: “Venid a mí y yo os haré descansar” dijo también: “Llevad mi yugo sobre vosotros” (Mateo 11:28, 29). Ningún hombre puede encontrar descanso para su alma en Cristo sin antes haber puesto sobre sus hombros el yugo del Salvador. Este dijo: “Ninguno puede servir a dos señores” (Mateo 6:24). No hay sino dos señores. Todo hombre tiene que servir a un señor; pero nadie puede servir a ambos. Cada hombre confronta la pregunta: ¿Quién ha de ser mi señor? Su contestación decide, para él, todos los asuntos del tiempo y de la eternidad.

Si Cristo ha de ser Salvador y Señor, hay que hacer una decisión específica. Aquí es donde muchos pastores e iglesias fracasan trágicamente: en que no confrontan a los hombres con la necesidad de hacer una decisión específica, definida tocante a Cristo Jesús. La predicación que deja de confrontar a los oyentes con la Persona de Cristo y sus demandas de tal manera que sea inevitable hacer una decisión, es una predicación demasiado vaga y nebulosa para lograr los propósitos de quien se agradó de “salvar a los creyentes por la locura de la predicación” (I Corintios 1:21).

Naturalmente que en cierto sentido, ningún hombre deja de hacer su decisión personal en cuanto a Cristo. “El que no está conmigo contra mí es,” dijo el Señor. No hay “un punto medio.” La decisión de cada hombre es *no* hasta que no ha dicho *sí*. Si Cristo ha de ser Salvador y Señor, hay que hacer la decisión, definitiva y deliberadamente. Y hay que hacerla con el significado de finalidad. Uno no puede recibir a Cristo como su Salvador y Señor personal sin tener la intención de confiar en El y seguirle siempre, durante esta vida y hasta la eternidad. Cualquiera “fe en Cristo” que carezca de tal intención es completamente insincera.

Sin embargo sería un error suponer que la decisión de aceptar a Cristo como Salvador y Señor puede o deba hacerse sólo una vez. Del matrimonio decimos que es “hasta que la muerte nos

separe." Nadie tiene el derecho de contraer matrimonio si no tiene esa intención. Pero a menos que los votos que se dieron y recibieron en el altar sean reafirmados continuamente y puestos en práctica en la vida diaria, la esencia espiritual interior del matrimonio perecerá, y la forma exterior que quede terminará de otra manera antes de la muerte de uno de los cónyuges.

La dedicación de uno mismo a Cristo al aceptarlo como Salvador y Señor es el punto necesario de principio. Pero la decisión inicial debe ser reafirmada y puesta en práctica en la vida que viene después. Debemos seguir escogiendo entre el señorío de Cristo y el dominio del pecado. Nunca se vuelve cierto que de alguna manera podamos servir "a Dios y a las riquezas." "¿No sabéis," nos pregunta Santiago, "que la amistad del mundo es enemistad contra Dios?" (4:4). No podemos negociar un arreglo especial por el cual podamos servir a dos señores. Dios es un Dios celoso. Cristo no puede ser el Señor de hombres que no le den verdaderamente su lealtad. "¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo os digo?" (Lucas 6:46). El "cristiano" que cree que puede caminar con sus pies en ambos lados de la línea y salir bien meramente "portándose como protestante," al mismo tiempo que coquetea con el diablo, está albergando una ilusión falsa y fatal.

"No améis al mundo," nos escribe Juan, "ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; [y todos los que viven para ellos;] pero el que hace¹ la voluntad de Dios permanece para siempre" (I Juan 2:15-17).

El Señor Jesús vino a "salvar al pueblo de sus pecados." Hay muchos que parecen querer ser "su pueblo," pero no quieren ser salvos de sus pecados. Solamente desean ser salvos de las *consecuencias* de sus pecados. Cualquier "salvación" que no lo salve a uno de sus pecados, tanto como de sus consecuencias, es un engaño. Uno no puede ser parte del pueblo de Dios al mismo tiempo que le da su lealtad al mundo, la carne y el diablo.

¹ *Poiōn*, participio presente. Williams lo traduce: "cualquiera que persevera haciendo la voluntad de Dios vive para siempre."

Tal vez más que cualquiera otra ciudad de los días de Pablo, Corinto era conocida por su sensualidad y lujuria. Como en otros sitios y en otros tiempos, la religión y la lujuria se habían dado la mano. "Lo que impresionó a Pablo en Corinto puede tal vez deducirse del hecho de que en esa ciudad escribió la última sección del primer capítulo de su Epístola a los Romanos, 'la historia moral de un paganismo entregado completamente a la lujuria de su propio corazón.'"² Es fácil de entender que los convertidos gentiles en la iglesia de Corinto tenían mucho que vencer en sus luchas y conflictos con sus viejos vicios y costumbres de vivir, firmemente arraigados por su larga aceptación y práctica. Eran salvos, pero eran todavía carnales. Y su carnalidad se expresaba no sólo en "celos, contiendas y disensiones" (I Corintios 3: 3) entre ellos, sino también en su aparente indiferencia a la presencia de incesto entre ellos (capítulo 5) y en la tendencia común entre ellos hacia la inmoralidad (6: 13-20).

Pablo fue paciente, pero no podía aprobar su carnalidad. Y habría sido un error de parte de ellos interpretar su paciencia así. Su declaración, "aún sois carnales," implica que no debían permanecer así. La severidad de algunas de sus amonestaciones y advertencias indica la intensidad de su preocupación por ellos. Pablo sabe que sus convertidos corintios están en suelo muy peligroso si razonan que la fiesta de "Cristo nuestra pascua" puede celebrarse con "la levadura de malicia y de maldad." Todo lo contrario, ha de observarse "con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad" (5: 7, 8). Por lo tanto, han de "limpiarse de la vieja levadura," lo que no es sólo un asunto de separar o excomulgar a cierto ofensor notorio, sino más especialmente cosa de juzgarse a sí mismos, no sea que sean juzgados por el Señor, castigados (si no se corrigen) y finalmente condenados con el mundo impenitente (11: 31, 32). Deben darse cuenta de que no pueden seguir siendo hijos e hijas del Padre si no están dispuestos a "limpiarse de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios" (II Corintios 6: 14—7: 1). Echando mano del ejemplo de muchos de los del pueblo de Israel en el desierto, Pablo les implora a los corintios que aprendan del trágico ejemplo de sus

²J. Massie, *The New Century Bible: Corinthians* (ed. W. F. Adeney), p. 7.

antepasados, que descarten cualquier presunción necia y vana confianza en sí mismos, y que “huyan de la idolatría” y de todas las asociaciones perversas que ésta representa (I Corintios 10: 1 y demás vrs.).

Deben tener cuidado para no tomar a la ligera tan seria advertencia. Las consecuencias de sus tendencias presentes, si no son frenadas, serán fatales, puesto que, como Pablo advierte: “no podéis beber la copa del Señor y la copa de los demonios” (10: 21). La “copa del Señor” de la cual Pablo habla no es meramente el recipiente que se usa en la participación de la Cena del Señor. El apóstol considera el sacramento con detalle en 11: 17-34 y lo menciona de paso en 10: 16; pero en el v. 21 él está pensando en una participación espiritual, más que en un acto físico en la mesa de comunión (véase los vrs. 17, 4). Entonces, como en nuestro día, muchos que se deleitaban en “tomar” la copa de los demonios *en efecto* tomaban la copa del Señor en la mesa de la Santa Cena. Aunque tal vez lo hacían físicamente, era imposible hacerlo espiritualmente. El peligro que los amenaza, tal como Pablo se los advierte, es el peligro de presumir que pueden seguir participando de Cristo espiritualmente al mismo tiempo que consciente y deliberadamente abrazan el pecado. Este fue el error de muchos del pueblo de Israel (10: 1-10). Era un peligro real y constante tanto para Pablo (9: 27) como para los cristianos corintios (10: 6-21). Para Pablo y para los corintios, tanto como había sido para los hombres que escucharon la voz del Maestro en Galilea, la declaración del Señor sigue siendo: “Nadie puede servir a dos señores.”

La advertencia de Santiago siempre es atinada: “El pecado, siendo consumado, da a la luz la muerte” (1: 15). Observemos que, contrario a lo que escuchamos en muchos sermones evangelísticos, la advertencia de Santiago no va dirigida a los inconversos. No es posible que el pecado “dé a luz la muerte” en ellos, puesto que ya están “muertos en sus transgresiones y pecados.” Santiago dirige su solemne advertencia, no a los de afuera que no hacen profesión alguna de fe en Cristo, sino a “amados hermanos míos” (1: 16). Estos deben siempre considerar, y tener presente el peligro de incurrir en la muerte espiritual si se rinden al pecado deliberado y acostumbrado. En sus instrucciones a Timoteo, en cuanto al cuidado de las viudas en

la iglesia, Pablo declara que las que se abandonan a sí mismas a una vida voluptuosa incurrir en la muerte espiritual: "La que se entrega a los placeres, viviendo [físicamente] está muerta [espiritualmente]" (I Timoteo 5:6).

Ese rendimiento al dominio del pecado es fatal espiritualmente, tal como se implica muy claramente en II Corintios 12:21, donde Pablo expresa su temor de que, si se queda en Corinto, se verá obligado a "llorar por muchos," quienes, a pesar de sus advertencias por carta y en persona, "antes han pecado, y no se han arrepentido de la inmundicia y fornicación y lascivia que han cometido."

Algunos interpretan que Pablo implica aquí que los impenitentes de quienes el apóstol escribe nunca se han arrepentido de su pecados originales y por lo tanto nunca se han convertido. Pero no es así. De ser este el caso, no se habría visto obligado a distinguirlos de los demás en la iglesia, al definirlos como *tōn proēmartēkotōn*. ¿Quién entre ellos no había practicado asiduamente el pecado durante sus días en el paganismo? Si Pablo se hubiera estado refiriendo a personas que nunca se habían arrepentido ni experimentado la conversión, no habría sido necesario para él identificarlos como hombres que habían pecado antes, sino más bien meramente como los que todavía no se habían arrepentido.

Otra vez, en 13:2, distingue entre "los que antes pecaron," y "todos los demás," una distinción que habría sido imposible si Pablo se estuviese refiriendo a la vida de continuo pecar que les había caracterizado antes de su conversión. Meyer comenta: "Pero por cuanto los pecados mencionados en el v. 20, sólo se realizaron *después* de la conversión, no tenemos base alguna . . . para concluir que los pecados mencionados en el v. 21, hayan sido cometidos *antes* de la conversión, como efectivamente I Corintios 5:1 también señala al tiempo después de la conversión. . . . El prefijo que Pablo usa, *pro* [*proēmartēkoteōn*] apunta hacia el pasado de los corintios que había transcurrido desde su conversión. . . ."³

³H. A. W. Meyer, *Critical and Exegetical Hand-Book to the Epistles to the Corinthians*, p. 695; las cursivas son de él.

Pablo sin duda había sabido por boca de Tito que "muchas de las personas inmorales no habían mejorado en punto alguno por sus advertencias, y por lo tanto teme que tendrá que *llorar* por ellos. Esto no puede significar un duelo de mera lástima y tristeza, como si esas personas hubiesen sido barridas por meras debilidades de la naturaleza. El término original propiamente denota el duelo por los muertos, y aquí significa el dolor por aquellos que sufrirán el castigo que él declara (13: 2) que infligirá al venir. Puesto que pertenecían a la misma clase del ofensor notorio de I Corintios 5, se puede deducir que el apóstol está pensando en pasar la misma sentencia de separación sobre éstos como la pasó sobre aquél, y por lo tanto tendrá que llorar por los que sean separados, y quienes al menos por algún tiempo, serán miembros muertos de la iglesia visible.⁴

Es evidente, que algunos en la iglesia de Corinto (además del hombre culpable de incesto) definitivamente habían incurrido en la muerte espiritual, no sólo por las palabras dolientes de Pablo en II Corintios 12: 21, sino también por su expresión de gratificación al oír por medio de Tito que habían aprovechado su severa amonestación y se habían arrepentido, para salvación.

Porque aunque os contristé con la carta, no me pesa, aunque entonces lo lamenté; porque veo que aquella carta, aunque por algún tiempo, os contristó. Ahora me gozo, no porque hayáis sido contristados, sino porque fuisteis contristados para arrepentimiento; porque habéis sido contristados según Dios, para que ninguna pérdida padecieseis por nuestra parte. Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte. Porque he aquí, esto mismo de que hayáis sido contristados según Dios, ¿qué solicitud produjo en vosotros, qué defensa, qué indignación, qué temor, qué ardiente efecto, qué celo, y qué vindicación! En todo os habéis mostrado limpios en el asunto (II Corintios 7: 8-11).

Ni Pablo ni los corintios tenían ya razón o causa de lamentar la tristeza ocasionada por la severa carta de amonestación, puesto que había logrado su propósito y ellos habían sido motivados a

⁴ Joseph Waite, *La Segunda Epístola a los Corintios* (*The Bible Commentary*, ed. por F. C. Cook, en inglés, Vol. III, pág. 474). Rechazamos cualquier sugestión de que la separación o acción de excomulgar causaría la muerte espiritual. Era pronunciada, no para imponer la muerte espiritual, sino en reconocimiento de que la muerte espiritual ya había ocurrido, y de la cual había evidencia inequívoca.

arrepentirse, con la feliz consecuencia de su restauración en la gracia.

La referencia de Pablo de haber sido conmovido por su amonestación a tal dolor hacia Dios que ellos fueron persuadidos al arrepentimiento para salvación, no puede ser interpretado como una alusión a su conversión inicial. Puesto que ésta había ocurrido (para la mayoría de ellos, cuando menos), durante el ministerio personal de Pablo entre ellos, y obviamente antes de la ocasión de esta carta de amonestación. El arrepentimiento al cual él se refiere ocurrió en reacción a una carta escrita después de que ellos habían caído en la peligrosa actitud de descuido y complacencia hacia el pecado que era tan aparente en I Corintios.⁵ Esa complacencia, que obviamente se había extendido mucho entre ellos, los había hecho apáticos hacia el caso de incesto que había sucedido entre su congregación. Y para muchos de ellos había resultado en muerte espiritual. Felizmente, sin embargo, en respuesta a la severa amonestación de Pablo, habían retornado al arrepentimiento y a la gracia (aunque como Pablo temía, posiblemente no todos ellos, II Corintios 12:21:13:5).

Pablo menciona (7:12) que él había escrito su carta de amonestación, no meramente considerando al hombre culpable de incesto, ni para el hombre que había sido ofendido en tan vergonzoso caso, sino con el propósito de que toda la iglesia pudiese darse cuenta de su cuidado en favor de Pablo, especialmente con respecto a su autoridad apostólica, la que algunos

⁵ No podemos estar seguros de cuántas cartas les escribió Pablo a los corintios. Es evidente que hubo al menos una antes de la que conocemos como "I Corintios" (véase I Corintios 5:9). Sin duda alguna les escribió numerosas cartas (véase II Corintios 10:10). Parece evidente que la carta a la que se refiere en II Corintios 7:8 no es la que nosotros designamos "I Corintios." Esta última ". . . en su totalidad . . . apenas corresponde a la gran agitación mental descrita por el apóstol cuando redactó esa carta. Y es de esa carta en su totalidad que Pablo habla (2:3, 4; 8:8 y vrs. siguientes): ¿parece natural creer que I Corintios ("la carta," 7:8) 'les haya conrastado,' o que Pablo se había 'arrepentido' por un tiempo, o tenía deseos a arrepentirse de I Corintios? Parece más natural creer que haya habido una carta intermedia, una de mayor urgencia, probablemente de mayor brevedad y concentración, dirigida exclusivamente sobre el asunto pendiente; y tal creencia ha sido más aceptable recientemente." —J. Massie, *The New Century Bible: Corinthians* (Ed. W. F. Adeney), pág. 46.

habían desafiado. (El texto del v. 12 es debatido.) La consideración o respeto hacia Pablo y su autoridad como apóstol lograría (y así fue) obligarlos a hacer caso a su amonestación y advertencia. Pero les había escrito, no como uno que “ejerciese dominio sobre vuestra fe,” sino como uno que quiso ser “un ayudante de vuestro gozo,” para que por la fe siguieran “firmes” (1:24; véase Romanos 11:20). Las relaciones de Pablo con los corintios ilustran las obligaciones solemnes postuladas en la amonestación de Hebreos 13:17, “Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso.” Y ciertamente la experiencia de los corintios confirma la veracidad del *dictum* de nuestro Señor: “Nadie puede servir a dos señores.” Ningún hombre se puede someter a ambos dominios, el de Cristo y el del pecado; y rendirse al dominio del pecado es fatal espiritualmente.

En Romanos 6:14 Pablo escribe: “Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia.” Algunos consideran que la declaración de Pablo implica que es imposible que el pecado se vuelva el amo o señor de una persona que esté bajo la gracia. Interpretan que Pablo quiere decir que, así como Cristo habiendo muerto y resucitado, ha sido libertado para siempre de cualquier posibilidad de jamás volver a estar sujeto al dominio de la muerte (v. 9), asimismo el cristiano que ha entrado por la fe en la muerte de Cristo por el pecado, ha sido liberado para siempre de la posibilidad de volver a estar sujeto al dominio del pecado.

Su interpretación pasa por alto dos factores: En primer lugar, desconoce la naturaleza de la fe salvadora, la cual, como hemos considerado antes, no es el acto de un solo momento por el cual todos los beneficios de la vida, la muerte, y la resurrección de Cristo se vuelven repentinamente la posesión irrevocable del individuo, *per se*, a pesar de cualquier cosa o eventualidad. Es, todo lo contrario, una condición presente mediante la cual el creyente comparte la vida eterna de Aquel “que es nuestra vida” y quien “puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:25).

Un punto más: su interpretación hace caso omiso del contexto inmediato. Lejos de declarar la imposibilidad de que los cristianos nos sometamos al dominio del pecado, Pablo insiste en que nosotros permaneceremos libres del dominio del pecado sólo en tanto que implementemos, o pongamos en acción, la libertad que Cristo ha ganado para nosotros: "Así también vosotros, consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios. . . . No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal. . . . Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad" (vrs. 11-13). "¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?" (v. 16).

Hay dos amos, y los creyentes en Roma tenían que seguir escogiendo entre ambos. Es cierto que previamente habían escogido obedecer el evangelio, y al haber escogido tal cosa, habían dejado de ser "los esclavos del pecado," y sido hechos libres del pecado y habían venido "a ser siervos de la justicia" (vrs. 17, 18). Pero la decisión no era irrevocable; la decisión inicial debía ser reafirmada e implementada continuamente. "Así como para vuestra iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia" (v. 19). Pablo les recuerda que el fin de todas esas cosas que ellos habían buscado cuando eran "siervos del pecado, libres . . . de la justicia" es la muerte (vrs. 20, 21). Por lo tanto, que ahora continúen, dice el apóstol, como siervos de la justicia y que tengan mucho cuidado para no volver a ser siervos de la iniquidad. Pues todavía es cierto y se aplica a los creyentes en Roma que "la paga del pecado es muerte" (véase Santiago 1:12-16; Gálatas 6:7-9), "mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro" (v. 23), una dádiva que ellos pueden seguir compartiendo sólo en tanto que continúen sometiéndose al dominio de Cristo, en oposición al dominio del pecado. Romanos 6:23 es otro versículo que es un texto popular de sermones evangelísticos, y muy correctamente. Pero observemos que la advertencia va dirigida no a los de afuera que no hacen profesión alguna de fe en Cristo, sino a los cristianos mismos.

Que nadie imagine que Pablo está abogando por la salvación por las obras, más que por la gracia, en contradicción con muchos otros pasajes que declaran que la salvación es por la gracia, mediante la fe. Nada de eso. Pablo sólo está abogando por la necesidad de implementar el principio enunciado por nuestro Señor mismo, cuando dijo: "De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también. . . . Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando" (Juan 14: 12; 15: 13, 14). Como el maestro, así es el discípulo. Una vez más nos confrontamos con el mismo punto en el que Santiago insiste tanto, una verdad atinadamente condensada en la frase de Melancton: "Es la fe, sola, lo que salva; pero la fe que salva no viene sola." No toda "fe" es fe salvadora. "Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta" (Santiago 2: 26). Tal "fe" no puede salvar.

Pablo presenta el mismo punto en Gálatas 5: 6, "Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor." Sobre lo cual comenta Lightfoot: "Estas palabras *di' agapēs energoumene* salvan el puente que parece separar el lenguaje de San Pablo y de Santiago. Ambos postulan un principio de energía práctica, en oposición a una teoría inactiva y estéril."⁶ Jesús es el Salvador, no de todos los que profesan fe en El, sino de "todos los que le obedecen" (Hebreos 5: 9). Sólo la fe obediente es fe de salvación. Consideremos Juan 3: 36: "El que cree [*pisteuō*] en el Hijo tiene vida eterna, pero el que desobedece [*apeitheō*] al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él." El uso de dos diferentes palabras en el texto griego (hecho que no resulta aparente en algunas traducciones) añade énfasis a la obediencia como un aspecto esencial de la fe salvadora. No hay fe salvadora aparte de la obediencia.

Juan insiste: "El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos

6 J. B. Lightfoot, *The Epistle of St. Paul to the Galathians*, p. 205.

en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo" (I Juan 2:4-6). "¿Debe?" ¡Claro que sí! Puesto que a menos que sinceramente trate de "andar como él anduvo," su profesión de fe es vana pretensión por la cual se engaña—sobre todo—¡a sí mismo! (Considérese la funesta posibilidad mencionada en I Juan 2:9-11 y Santiago 1:22, 26). Es vano que alguien hable de su fe en Cristo como Salvador, si no está definitivamente sujeto al señorío de Cristo, y positivamente opuesto al dominio del pecado en su vida personal. (¡Vaya el avivamiento que vendría sobre todas las iglesias si todos los "cristianos" se dieran cuenta de este hecho solemne!).

El que el pecado tenga dominio sobre nosotros tiene que seguir siendo, durante nuestra peregrinación terrena, un asunto que motive nuestra oración y que demande nuestra decisión continua. Liddon hace el siguiente comentario sobre Romanos 6:14, "El pecado no se volverá vuestro señor (*kuricusei*, no meramente *basileusei*) a menos que así lo queráis." La necesidad de continuar escogiendo si seremos siervos "del pecado para muerte, o de la obediencia para justicia" y vida es presentada vívidamente delante de nosotros por Pablo en Romanos 8:12-14: "Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne; porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios." La consecuencia de escoger el señor indebido y de vivir conforme a la carne es la muerte espiritual. Una vez más notemos, que la advertencia va dirigida, no a los de afuera, sino a los creyentes. Godet comenta:

La vida del Espíritu no se vuelve realidad en el creyente sin su acuerdo, meramente porque el Espíritu le haya sido comunicado. Hay necesidad de parte del hombre, de una decisión perseverante, una docilidad activa manifestada en darse a sí mismo a la dirección del Espíritu, porque la dirección del Espíritu tiende constantemente al sacrificio de la carne; y si el creyente se niega a continuar en este camino, renuncia a la vida del Espíritu y sus privilegios gloriosos.⁸

⁷H. P. Liddon, *Explanatory Analysis of St. Paul's Epistle to the Romans*, p. 113.

⁸F. L. Godet, *Commentary on the Epistle to the Romans*, p. 307.

Tal como Pablo les advirtió a los gálatas (6:7-9), nosotros también tenemos que escoger si continuaremos sembrando en el Espíritu y segando la vida eterna, o si nos cansaremos en nuestra tarea de sembrar en el Espíritu, y, sembrando para la carne, cosecharemos destrucción. Si somos sabios, haremos caso de la exhortación de Pablo: “No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, [vida eterna—salvación final e irrevocable] si no desmayamos” (v. 9).

El escritor a los Hebreos les pide a sus lectores: “Antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado” (3: 13). David temía el peligro de tolerar el pecado. Consideremos su oración en Salmos 19: “¿Quién podrá entender sus propios errores? Librame de los que me son ocultos. Preserva también a tu siervo de las soberbias; que no se enseñoreen de mí; entonces seré íntegro, y estaré limpio de gran rebelión” (vrs. 12, 13). Sobre este pasaje Delitzsch comenta:

. . . [David] ora por perdón respecto a los muchos pecados de flaqueza —aunque en su mayoría son pecados que él no ha notado—a los cuales hasta la persona perdonada sucumbe. . . . Nadie puede discernir sus faltas, debido a que el corazón del hombre es insondable y también a que el pecado se disfraza y a menudo tan plausiblemente, y que es tan sutil. Por ende, como una inferencia, sigue la oración: pronúnciame libre también [de] todos esos pecados que aun la persona más sincera y vehemente que busca la santificación no discierne, aunque quiera conocerlos, por razón de la naturaleza perpetuamente limitada de su conocimiento, tanto de sí mismo como del pecado. . . . La oración por justificación es seguida en el v. 13 por la oración por santificación, y sin duda alguna también por preservación en contra de pecados deliberados. . . . Los pecados de soberbia, o presunción, cuando son repetidos, se vuelven pecados dominantes que esclavizan irresistiblemente al hombre . . . ésta es la razón de lo último que se menciona en la culminación (que avanza de los *peccatum involuntarium* al *proereticum*, y de éste a los *regnans*): “que no se enseñoreen de mí. . . . Entonces, cuando Tú otorgues este doble favor, cuando derrames el favor del perdón y la gracia de la preservación, entonces seré “limpio de gran rebelión.”⁹

De acuerdo a Delitzsch, la palabra hebrea que se traduce

⁹ Franz Delitzsch, *Biblical Commentary on the Psalms*, Vol. I, p. 288.

gran rebelión significa "extenderse, ir más allá de los límites, traspasar, arrollar, y es "un nombre colectivo para denotar el pecado deliberado, reinante y dominante, que arrolla la relación de favor de un hombre con Dios, y consecuentemente lo hacer perder ese favor—o sea, en una palabra, denota la apostasía."¹⁰

Como la culminación de una prolongada oposición o lucha contra la amonestación del Espíritu, es posible que una persona consciente y deliberadamente se sacuda el yugo de Cristo mediante un acto especial de rebelión, que termine el conflicto. Pero es mucho más probable que la persona llegue imperceptiblemente al punto de obstinación final y que el Espíritu calladamente deje de luchar contra ella, sin que la persona se dé cuenta de que el Espíritu se ha retirado. Sansón "no sabía que Jehová ya se había apartado de él" (Jueces 16:20). El apóstol Juan narra las trágicas circunstancias de un hombre que "dice que está en la luz" pero que "anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos" (I Juan 2:9-11). En su camino al infierno, todavía se imagina que está rumbo al cielo. Todavía da testimonio de la fe, y todo parece estar bien en su vida. Está enteramente inconsciente de su apostasía.

El endurecimiento espiritual por lo engañoso del pecado (Hebreos 3:12, 13) es algo que difícilmente puede ocurrir como un cataclismo inmediato. Hay muy poca probabilidad que un creyente repentinamente retrocediera de la verdadera devoción y confianza y que, sacudiendo sus puños ante el rostro de Cristo, le dijera: "¡Aléjate de mí! Ya no quiero que seas mi Salvador y mi Señor!" El verdadero peligro es que el creyente gradualmente se vaya volviendo cada vez más tolerante del pecado hasta que principie a excusarse a sí mismo por sus pecados, sin confesarlos ya más ni buscar el perdón y la purificación, y menospreciando las amonestaciones pacientes del Espíritu Santo. Si continúa apagándolo y rehusando su fiel amonestación, su obstinación prolongada finalmente se volverá "afrenta al Espíritu de gracia" (Hebreos 10:29). Las palabras "pisotear al Hijo de Dios" parecen describir un acto catastrófico de repu-

¹⁰ *Ibid.*, p. 289.

diación deliberada. Pero el contexto indica que es el efecto acumulado de un patrón o norma extendida de pecar voluntariamente. El participio presente activo *hamartonontōn* (v. 26) indica la acción persistente de pecar más bien que un solo acto. La advertencia en Hebreos 10:26 y los vrs. siguientes no es en contra de un acto aislado de rebelión, sino en contra de pecar deliberada y persistentemente, lo que constituye al fin una repudiación del Salvador, una indiferencia oprobiosa hacia la sangre santa del pacto, y un rechazo del ministerio de gracia, de dirección y amonestación, del Espíritu Santo.

El contexto nos indica que “el dejar de reunirnos,” si bien no es necesariamente una indicación de apostasía consumada, es cuando menos un síntoma de un peligroso desliz y de una invitación al desastre espiritual. El cristiano que prefiere ausentarse de los cultos de adoración de su iglesia obviamente tiene poco interés en el reino de Cristo y no siente necesidad de estímulo espiritual. Está ya en proceso de abandonar “la buena batalla de la fe.” El rendimiento final ocurre imperceptiblemente. La persona todavía se imagina que es cristiana; pero sólo se engaña a sí misma—un peligro sutil en contra del cual la Biblia nos advierte frecuente e intensamente. Millones de “cristianos” satisfechos con su “experiencia espiritual” (toda en el pasado) y sin molestia alguna por su indiferencia hacia Cristo y su iglesia, necesitan desesperadamente examinarse a sí mismos, para ver si todavía están en la fe (II Corintios 13:5). El amor al mundo es la senda a la claudicación. Termina en desastre.

Kierkegaard, el gran teólogo, contaba la “Parábola del Pato Silvestre,” que volaba en la primavera hacia el norte de Europa. En su vuelo hizo una escala en una granja en Dinamarca donde había algunos patos domésticos. El pato silvestre comió lo que los dueños de la granja ponían para ellos, y decidió quedarse, al principio por una hora, y luego por un día. Luego se quedó una semana, y después todo un mes. Tanto le gustó la comida y la seguridad del granero que se quedó todo el verano.

Vino el otoño, y un día una bandada de patos silvestres pasó volando hacia el sur, exactamente encima de la granja. El pato oyó a sus compañeros de antaño y se emocionó tanto por los deleites del vuelo y del viaje que batió las alas y se levantó para unirse a sus viejos compañeros. Pero estaba tan gordo y tan desacostumbrado a volar que no pudo

subir más arriba del techo del granero. Trató una y otra vez, pero sin éxito; al fin se consoló diciéndose a sí mismo: "Bueno, de todos modos aquí estoy seguro y como bien."

Cada primavera, y cada otoño, cuando los patos salvajes silvestres volaban sobre su granja, este pato oía su graznido. Se les quedaba viendo por unos momentos, y luego batía sus alas para unirse a sus compañeros de antes. Pero el día llegó en que, cuando sus compañeros volaron sobre la granja, y graznaron llenos de entusiasmo, este pato ya no les prestó ni la menor atención. La claudicación era completa.¹¹

Amigo en Cristo, seremos verdaderamente necios si creemos que las advertencias de la Santa Palabra de Dios en contra del peligro de la apostasía no se aplican a nosotros, y que no tenemos que considerar seriamente la posibilidad de la sumisión final al dominio del pecado. Todo lo contrario, "hermanos santos, participantes del llamamiento celestial," tengamos cuidado del peligro de volvernos tolerantes de los pecados que clavaron a Jesús a la cruz, para que no suceda que seamos "endurecidos por el engaño del pecado," y para que no suceda, al fin, que haya en alguno de nosotros "corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo" (Hebreos 3:1, 13, 12). Aceremos nuestros corazones contra el canto de la sirena del carnaval de este mundo, no sea que dejemos de oír la voz de nuestro Salvador y el llamado de su Espíritu.

¹¹ *The Intermediate Leader*, Vol. 40, No. 2 (Segundo trimestre, 1977), p. 41. Publicado por la Junta de Escuela Dominical de The Southern Baptist Convention, Nashville 3, Tennessee. Usado con permiso.

Más que Vencedores

¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? . . . Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.

ROMANOS 8: 35, 37-39

CAPITULO XIV

MAS QUE VENCEDORES

“¿SOY UN SOLDADO de la Cruz, y seguidor del Rey?” se pregunta Isaac Watts en su inspirador himno. Nadie es un seguidor del Señor si no es también un soldado de la cruz. “Hijo mío, esfuérzate en la gracia que es en Cristo Jesús,” le escribió Pablo, el veterano guerrero, al joven Timoteo. “Tú, pues, sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo. . . . Pelea la buena batalla de la fe, echa mano¹ de la vida eterna.”

Pablo escribió, no como “un general de escritorio” (no los hay entre los soldados de Jesucristo), sino como uno que había luchado la buena batalla en el campo sangriento de combate, y que ahora esperaba la corona del triunfador. El conflicto había sido largo y arduo, las batallas muy fieras. Pero desde el principio la victoria había sido segura—en Cristo. Anteriormente, en su Epístola a los Romanos, Pablo había dado un vistazo al ejército de todos sus posibles adversarios—físicos y espirituales, presentes y futuros. Al confrontarlos a todos ellos, el apóstol había exclamado triunfalmente: “¡En todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó!”

¡Qué consuelo y estímulo en el día de la batalla! Consideremos la fuerza del argumento de Pablo (Romanos 8: 31 y vrs. siguientes): Dios es por nosotros; ¿quién puede triunfar contra nosotros? Dios justifica; ¿quién puede condenar? Cristo murió, resucitó e intercede por nosotros; ¿quién puede separarnos de su amor? “Estoy seguro,” escribe Pablo, “de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente,

¹A. T. Robertson, *Word Pictures in the New Testament*, Vol. IV, p. 594.

ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro" (vrs. 38, 39). Ningún poder en todo el universo puede separar de Cristo a una persona que esté confiando en El.

Pero tenemos que tener cuidado al distinguir entre todos los enemigos que Pablo enumera (todo enemigo posible) y el creyente mismo. No hay la posibilidad de que algún poder o circunstancia pueda arrancar de la mano de Cristo ni siquiera al más débil creyente que confía en El. En el Salvador y en el Padre hay seguridad perfecta hasta para la oveja más débil que oye al Buen Pastor y que escucha su voz (Juan 10:27-29). El único peligro es que nosotros dejemos de escuchar su voz y de seguirlo. Podemos dejar de permanecer en El (Juan 15:4-6), y por ende, dejar de seguir compartiendo su vida y su victoria. Liddon escribe el siguiente comentario sobre Romanos 8:31-39.

Este pasaje no ofrece apoyo a la teoría de la perseverancia final de los santos que hace la salvación de éstos independiente de la responsabilidad y del libre albedrío. La pérdida de la gracia que Dios el Padre y Jesucristo nunca decretarán, y que ningún poder externo o circunstancia jamás pueden causar, puede sin embargo llevarse a cabo por la voluntad libre del cristiano mismo.²

Muy parecido es el comentario de Godet:

Lo que está de por medio es un hecho de la vida moral, y en esta vida, la libertad tiene siempre una parte que jugar . . . desde el primer momento de la fe. Lo que Pablo quiere decir es que nada nos arrancará de los brazos de Cristo en contra de nuestra voluntad, y en tanto nosotros no rehusemos permanecer en ellos.³

Ya hemos hecho referencia antes a la observación de Hengstenberg sobre Juan 10:28, 29:

Es un consuelo muy menguado decir: "Si siguen siendo mis ovejas, y en tanto que sigan siendo, están seguras y no perecerán jamás." ¡Toda la fuerza del deseo de nuestras almas es tener una garantía en contra

² H. P. Liddon, *Explanatory Analysis of St. Paul's Epistle to the Romans*, p. 146.

³ F. L. Godet, *Commentary on the Epistle to the Romans*, p. 333.

de nosotros mismos! Precisamente aquí se nos asegura que hay tal garantía. . . .⁴

Tal como ya he observado, es evidente que Hengstenberg pasó por alto la condición puesta por el Salvador en el versículo 27—la necesidad de escuchar su voz y de seguirlo. La demanda de Hengstenberg de “una garantía en contra de nosotros mismos” no puede concederse, por razón de la naturaleza del hombre como Dios lo creó: un agente moral con el privilegio y facultad (y responsabilidad) de iniciativa y decisión espiritual—no meramente una vez, sino continuamente a través de su peregrinación terrestre. Muy lejos de ofrecerles “una garantía en contra de ellos mismos,” Jesucristo amonestó a sus discípulos diciéndoles: “Con vuestra paciencia [*hupomonē*, firmeza, constancia, tolerancia] ganaréis [*ktaomai*, ganar, adquirir] vuestras almas” (Lucas 21: 19). Y les aconseja a todos los que quieran ser de El: “Permaneced en mí, y yo en vosotros” (Juan 15: 4).

Bien lo ha dicho Westcott: “Si un hombre cae en cualquier etapa de su vida espiritual, no es por falta de gracia divina, ni por el poder abrumador de los adversarios, sino por su negligencia, al no usar aquello que pueda usar o dejar de usar. No podemos ser protegidos en contra de nosotros mismos y a pesar de nosotros mismos.”⁵

Desgraciadamente, la traducción popular de Romanos 8: 37, “somos más que vencedores,” ha tendido a oscurecer la fuerza de la declaración de Pablo. Una traducción más precisa del verbo presente indicativo activo *hupernikōmen* es: “estamos viniendo triunfantemente,” o “estamos ganando una victoria abrumadora.”⁶ La traducción de Valera, revisión del 60' lo expresa diciendo: “Somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó.” Imparte una sugestión fuerte de que en alguna forma somos meramente pasivos, más bien que activos, en la conquista. Sugiere que, en el momento en que recibimos a Cristo como Salvador, somos repentinamente hechos conquistadores para todo el tiempo venidero, sin que tengamos que hacer

⁴ E. W. Hengstenberg, *Commentary on the Gospel of St. John*, Vol. I, p. 532.

⁵ B. F. Westcott, *The Gospel According to St. John*, p. 158.

⁶ Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament*. “Estamos ganando una victoria gloriosa.”

nada más a pesar de cualquier eventualidad. Fuertemente sugiere que el conflicto queda inmediatamente resuelto en una gloriosa victoria para todo el tiempo por venir y que la gran garantía del conquistador se estampa en nuestras frentes, en tanto que nosotros nos reclinamos en comodidad y esplendor. Todo lo contrario. Nuestro conflicto apenas principia el momento en que aceptamos a Jesucristo como Salvador y Señor. Es lamentable que lo que Pablo emitió como un grito de batalla ha llegado a ser para muchos una canción de cuna.

La excelente traducción de Williams denota toda la fuerza de las palabras de Pablo. En el castellano diría: "En todas estas cosas seguimos conquistando gloriosamente por medio de aquel que nos amó." Hemos de ser activos, no meramente pasivos, en el conflicto. Nadie jamás llegó a ser conquistador sin conquistar. Jesús convoca a todos los que quieran ser suyos, a ser sus soldados; el que resultemos ser *conquistadores* depende en que sigamos "esforzándonos en la gracia que es en Cristo Jesús," y en sufrir "penalidades como buenos soldados de Jesucristo." No podemos evadir la necesidad de "pelear la buena batalla de la fe." Como Timoteo, nosotros también tenemos necesidad de "echar mano de la vida eterna."

Tal vez haya quienes objeten diciendo que esto hace que el hombre sea virtualmente su propio salvador. La objeción no tiene base. La necesidad del creyente de "pelear la buena batalla de la fe," y de conquistar mediante Cristo debe entenderse exactamente en el mismo sentido en que se entienden las muchas amonestaciones bíblicas que consideran la responsabilidad humana en la salvación individual. El hombre tiene que apropiarse lo que Dios ha provisto y lo que con tal gracia le ofrece a través de Cristo. El conflicto al que se nos llama y en el que tenemos que participar, "la buena batalla de la fe," es cosa real. Los asuntos de por medio son la vida y la muerte. Bien lo expresó Maclaren al decir que nuestra libertad en Cristo trae consigo

. . . la necesidad de una lucha continua contra todo lo que la limitaría y restringiría—o sea, las pasiones y los deseos e inclinaciones de nuestro ser, más bajo o más noble, pero impío. Por así decirlo todo esto ha de ser destronado por la entrada de la nueva vida. Pero es cosa peligrosa

mantener vivos a tiranos destronados y sin corona, y lo mejor es decapitarlos, además de bajarlos del trono. "Si por el Espíritu hacéis morir las obras (y también sus inclinaciones y deseos), de la carne, viviréis" pero si no los hacemos morir, vivirán y nos matarán a nosotros. De modo que la libertad de la nueva vida es una libertad militante, y tenemos que luchar para mantenerla. Como dijera Burke acerca de la vida política, "el precio de la libertad es la eterna vigilancia," así nosotros decimos de la nueva vida del hombre cristiano—que es libre sólo con la condición de que mantenga bien bajo cadenas a los viejos tiranos, que siempre están planeando y luchando por tener otra vez el dominio.⁷

El capítulo ocho de Romanos, como alguien ha observado, "principia con ninguna condenación y termina con ninguna separación." Sin embargo, nos conviene observar que aquí y allá por todo el capítulo aparecen severas advertencias de que "si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis" (v. 13); de que sólo los que son guiados por el Espíritu de Dios son verdaderamente los hijos de Dios (v. 14); de que sólo los que padezcamos juntamente con Cristo seremos glorificados con El (v. 17); y de que, a pesar de nuestras flaquezas mas ayudados por el Espíritu, tenemos que seguir esperando en paciencia y esperanza (vrs. 24-27) a la realización final de la salvación y de la manifestación cabal de nuestra filiación divina (vrs. 16-23), "la gloria que nos será revelada . . . si sufrimos con El" (véase II Timoteo 2: 12).

Tenemos un estímulo muy fuerte para la hora de la prueba. Tenemos la seguridad de que "todas las cosas siguen obrando juntas para el bien de los que siguen amando a Dios" (v. 28, versión de Williams). Tenemos la seguridad de que un propósito eterno de Dios está obrando que resulta en la glorificación final (conformidad cabal a la imagen de su Hijo) de todos los que sigan amándolo (vrs. 29, 30). Tenemos el estímulo del argumento de Pablo (vrs. 31-39) de que, puesto que Dios es por nosotros y Cristo intercede por nosotros, ningún poder o circunstancia externos puede separarnos del amor de Dios en Cristo. Pero seguramente que estas expresiones de seguridad no son

⁷ Alexander Maclaren, *Expositions of Holy Scripture: St. John*, Vol. I, p. 157.

dadas para mitigar las advertencias agudas de la primera parte anterior del capítulo, sino para estimularnos a “seguir conquistando gloriosamente por medio de aquel que nos amó” (v. 37, Williams).

Pablo escribe: “. . . estad firmes en un mismo espíritu, combatiendo unánimes por la fe del evangelio. . . . Porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no sólo que creáis en él, sino también que padezcáis por él, teniendo el mismo conflicto que habéis visto en mí y ahora oís que hay en mí” (Filipenses 1: 27, 29, 30). Pedro escribe de la “prueba de vuestra fe” (I Pedro 1: 7) y nos amonesta a que no nos sorprendamos “del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría” (4: 12, 13). Pablo amonesta a Timoteo a que se acuerde de que sólo si sufrimos (*hupomenō*, sufrir, tolerar, perseverar) con Cristo reinaremos con El, y que si lo negamos, El también nos negará (II Timoteo 2: 12). Nuestra infidelidad no puede dañar su fidelidad ni hacer que El se niegue a Sí mismo en manera alguna (v. 13); pero nuestra infidelidad o el que le neguemos definitivamente causará que El nos niegue (v. 12). “La buena batalla de la fe” es un conflicto verdadero y grave, y los asuntos que penden de ella están plenos de gloria y gozo eternos, o vergüenza y desesperación eternas.

Una doctrina popular que parece tener mucho a su favor ha servido para oscurecer la gravedad desesperada del conflicto y las consecuencias fatales del resultado. Es la declaración de que el creyente tiene dos naturalezas, una de las cuales es carnal y no puede hacer nada sino pecar, y la otra que es espiritual y no puede, no le es posible, pecar. Se da por hecho que, cuando un cristiano peca, es sólo una manifestación de su vieja naturaleza carnal; pero su nueva naturaleza espiritual no ha tomado parte. (Esta doctrina errónea provee un medio conveniente de resolver muchos problemas de interpretación; por ejemplo, el reconciliar I Juan 1: 8 y 3: 9. Pero las “soluciones” que brinda son incorrectas porque descansan en una premisa falsa).

La doctrina de “las dos naturalezas del creyente” es una suposición errónea. Es cierto que la propia naturaleza heredada

del creyente es carnal, y sin duda alguna es la ocasión a pecar —para su propia desgracia.⁸ Pero, contrario a lo que algunos infieren, el creyente no posee dos naturalezas igualmente suyas; puesto que no posee la nueva naturaleza espiritual como suya propia, *per se*. Más bien, es sólo “un participante de la naturaleza divina” (II Pedro 1: 4) que “participa de su santidad” (Hebreos 12: 10) mediante su sumisión y fe en Cristo Jesús. Kuyper observa muy atinadamente:

Lo que Pedro describe como “llegar a ser participantes de la naturaleza divina” es lo mismo que en otro lugar se describe cómo llegar a ser los hijos de Dios. Pero aunque Cristo es el Hijo de Dios y a nosotros se nos llama los hijos de Dios, esto no quiere decir que su relación de Hijo y nuestra relación de hijos estén en el mismo plano ni que sean de la misma naturaleza. Nosotros somos sólo los hijos adoptados, aunque tenemos otra descendencia, en tanto que El es efectivamente el Hijo eterno. Por tanto El es esencialmente el Hijo eterno, participe de la naturaleza divina, que en la unidad de su persona El une con la naturaleza humana; nosotros meramente hemos sido restaurados a la semejanza con la naturaleza divina que habíamos perdido por el pecado. Por ende, el “ser adoptados como hijos,” y el “ser el Hijo para siempre” son contrastes, como también lo son los siguientes: “tener la naturaleza divina en Sí mismo,” y “ser meramente participantes de la naturaleza divina.”

. . . al aceptar las grandes y preciosas promesas de Dios, los creyentes llegan a ser participantes de la naturaleza divina, aunque en sí mismos carezcan enteramente de esa naturaleza. El ser participante no denota que uno lo posea en sí mismo, como suya, sino una comunicación parcial de lo que no le pertenece, porque es de otro.⁹

A pesar de lo que muchos dan por sentado, el cristiano no tiene dos naturalezas. Todo lo contrario, es una entidad espiritual sencilla que puede obrar solamente en forma integral.

⁸ Véase I Juan 1: 5—2: 2. Nótese que los que “andan en la luz” y tienen compañerismo con Dios tienen que reconocer el hecho de pecado personal (vrs. 8, 10), pero tienen la promesa de gracia del perdón y la purificación en la sangre de Jesús, al hacer confesión (vrs. 7, 9). Sin embargo, es obvio al leer la Epístola de Juan que aunque hay pecados inadvertidos que cometemos mientras andamos sinceramente en la luz (1: 7-9), hay otros pecados de tal naturaleza crasa que sería imposible cometerlos al mismo tiempo que andamos en la luz (por ejemplo, 2: 4-11, y otros lugares).

⁹ Abraham Kuyper, *The Work of the Holy Spirit*, p. 333.

Cualquier cosa que el cristiano haga en cualquier momento, lo hace—no como bestia, o mitad santo, sino como *toda* una persona. Toda su persona está de por medio en todo lo que hace “según el Espíritu,” y en todo lo que hace “según la carne.” Como una unidad espiritual íntegra, está continuamente confrontado con la necesidad de escoger si ha de andar según la carne, o según el Espíritu; si ha de sembrar para la carne, cuyo resultado final será segar la destrucción, o si ha de sembrar para el Espíritu, las consecuencias de lo cual serán segar la vida eterna. Todo lo que haga lo puede hacer sólo como *toda una persona*.

Ningún hombre puede caminar en dos direcciones a la vez. Nadie puede avanzar saltando con un solo pie “según el Espíritu” en pos de la vida y al mismo tiempo saltar con el otro pie “según la carne” hacia la destrucción. Puede caminar en una sola dirección. Si camina según el Espíritu, por imperfectamente que lo haga, es un cristiano. Tal vez sus pisadas sean inciertas. Quizá de vez en cuando se tropiece, y hasta se tuerza un tobillo y proceda cojeando. Pero todavía, en tanto que camine según el Espíritu, camina en una sola dirección. Dios es paciente y comprensivo. No está buscando la perfección en los humanos. Pero sí está profundamente interesado en su *dirección*. A aquellos que caminan hacia El mediante una fe obediente en Jesucristo, Dios les imparte la perfección de su Hijo inmaculado y comparte con ellos su propia naturaleza divina. Pero esto lo puede hacer sólo con hombres que hayan tomado la dirección hacia El. Y los hombres pueden sólo caminar en una sola dirección a la vez. Sea que un hombre camine “según el Espíritu” o “según la carne,” camina con ambos pies, como toda una persona.

El concepto tan popular de “la lucha de las dos naturalezas del creyente” parece encontrar apoyo en la narración que Pablo hace del conflicto que él experimentó dentro de sí mismo, tal como lo tenemos en Romanos 7:7-25. Pero el pasaje, que es histórico y autobiográfico, describe el conflicto entre la conciencia y la conducta, entre aspiraciones e inclinaciones, que Pablo experimentó cuando todavía estaba bajo la ley. (El “ahora, pues” de Romanos 8:1 regresa a 7:6, y 7:7-25 es un paréntesis). La terrible conclusión a la que Pablo llegó en el

conflicto dentro de sí mismo bajo la Ley se describe (después de una exclamación que es otro paréntesis en vrs. 24, 25a) en el versículo 25b: "Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado." Pero ahora que Pablo ha encontrado liberación por medio de Jesucristo nuestro Señor y por fe ha llegado a estar "en Cristo Jesús" (8:1), ya no se puede resignar a tan miserable conclusión. Lejos de aceptar tal conclusión, Pablo insiste en que los que estamos en Cristo Jesús debemos "andar no conforme a la carne, sino conforme al Espíritu" (v. 4). Para un hombre que esté "en Cristo Jesús," tal curso es obligatorio. Pero no es inevitable, aunque esté no "según la carne, sino según el Espíritu" mediante su presencia que habita (v. 9). El cristiano tiene que seguir escogiendo si ha de ser "de mente carnal" lo que tiende hacia la muerte, o si "se ha de ocupar del Espíritu," lo cual tiende hacia la vida y la paz (v. 6). Pablo amonesta agudamente a sus hermanos que están en el Espíritu a que recuerden que "somos deudores, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne" (v. 12). Debemos reconocer que hay dos cursos delante de nosotros, y que sólo podemos seguir uno de ellos. Debemos pesar cuidadosamente las consecuencias de seguir cualquiera de los dos. Si vivimos según la carne, moriremos; si vivimos según el Espíritu, viviremos (v. 13). Sólo los hombres que consientan en ser guiados por el Espíritu pueden ser los hijos de Dios (v. 14), y sólo aquéllos que consientan en sufrir con Cristo serán finalmente glorificados juntamente con El (v. 17).

Otro pasaje que parece prestar apoyo al concepto erróneo de "la lucha de las dos naturalezas del creyente" es Gálatas 5:17, que dice: "El deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis." Pero observemos que "las obras de la carne" (vrs. 19:21) no son acciones que en manera alguna pudieran ser obradas "por la carne" como una entidad separada o aparte de la persona misma; son acciones obradas por *toda la persona*, en respuesta a las inclinaciones de la única naturaleza que es suya—"la carne." Pablo advierte severamente: "*Los* (aquellos que en la totalidad de sus personas) que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios" (v. 21).

“La lucha de las dos naturalezas del creyente” es un concepto equivocado y muy engañoso. Sugiere que el creyente mismo es sólo un espectador observando la lucha—un espectador interesado, no un participante en actualidad. Pero ese no es el caso. El conflicto espiritual dentro del creyente es, en realidad, nada menos que su propia lucha personal contra el Espíritu. Es la lucha para determinar si el todo de su persona se ha de rendir a las inclinaciones de su propia naturaleza carnal, o a las demandas de la naturaleza divina de la cual él participa por la fe. Es el conflicto para determinar si ha de continuar bajo el dominio de Cristo, o regresar al dominio del pecado.

¡Nos es tan fácil justificar nuestras derrotas y echarle la culpa a alguien más! En el Edén, Adán protestó: “¡La mujer . . . !” y Eva a su vez dijo: “¡La serpiente . . . !” Un joven que fue sorprendido en flagrante pecado, encogió sus hombros y justificó su maldad diciendo: “El diablo me derribó.” Tal vez. Pero es bueno recordar que el diablo no puede forzarnos a obrar en forma contraria a nuestra propia voluntad y consentimiento. El no tiene poder más allá de la influencia, y nosotros tenemos la promesa de que él huirá si le resistimos, y nos sometemos a Dios (Santiago 4:7).

En nuestra lucha contra “principados, potestades y gobernadores de las tinieblas . . . y las huestes espirituales de maldad en las regiones celestiales” (Efesios 6:12), el campo de batalla está dentro de nosotros mismos. Allí es donde el conflicto se gana o se pierde—un conflicto en el que cada creyente debe seguir trabando lucha durante su peregrinación terrestre si quiere reinar con Cristo (II Timoteo 2:12). En su mensaje a las iglesias (Apocalipsis 2 y 3), nuestro Señor resucitado les ofrece a todos sus seguidores, cuando pasen por el día de conflicto, incentivos y estímulos benditos, para que “sigan conquistando gloriosamente por medio de aquel que nos amó:”

Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios. . . . Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida. . . . Al que venciere, daré a comer del maná escondido,

¹⁰ “En las cortes de justicia se usaban piedrecitas negras para condenar, y blancas para dejar en libertad.”—A. T. Robertson, *Word Pictures in the New Testament*, Vol. VI, p. 307.

y le daré una piedrecita blanca,¹⁰ y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe. . . . Lo que tenéis, retenedlo hasta que yo venga. Al que venciere, y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones, y las regirá con vara de hierro, y serán quebradas como vaso de alfarero; como yo también la he recibido de mi Padre (véase Salmos 2: 7-9). Y le daré la estrella de la mañana. . . . Tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas. El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles. . . . Al que venciere, yo lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual descende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo. . . . Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono.

¡Qué benditos incentivos para vencer son estas promesas preciosas de nuestro Salvador! Pero el enemigo es fuerte y el conflicto fiero. ¿Cómo podemos vencer? El secreto de la victoria se nos da en Apocalipsis 12: 11, "Y ellos le han vencido (a Satanás, el acusador de los hermanos, v. 10) por medio de la sangre del Cordero¹¹ y de la palabra del testimonio¹² de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte" (véase también Apocalipsis 2: 10 y Juan 12: 25).

En Cristo hay victoria para todo hombre que eche mano de ella. Podemos "seguir conquistando gloriosamente" a todo enemigo concebible "por medio de aquel que nos amó." "¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?" (I Juan 5: 5). Juan no se refirió a un mero asentimiento intelectual al hecho de la deidad de Jesús. Cuando Juan escribió 4: 15, 5: 1 y 5: 5, *significaba* algo creer en Jesucristo y confesarle como el Cristo y el Hijo de Dios. Un testimonio

¹¹ "La sangre de Cristo es presentada aquí por *dia*, como la base de la victoria, y no los medios, como por *en*, en 1: 5, 5: 9. Ambas ideas son correctas, pero *dia*, con el acusativo da sólo la razón. Cristo conquistó a Satanás, y por ende hace posible nuestra victoria (Lucas 11: 21; Hebreos 2: 18)." Robertson—*Word Pictures in the N. T.*, Vol. VI, p. 394.

¹² "El mismo uso de *dia*, 'por . . . el testimonio de Jesucristo,' como en el propio caso de Juan en 1: 9." *Ibid.*

tal le podía costar a un hombre su libertad. Podía traer como resultado el exilio a una solitaria isla de Patmos (Apocalipsis 1:9). Creer tal cosa podía acarrear la crucifixión o ser quemado en una estaca. No era cosa pequeña el confesar abiertamente a Jesús como Hijo de Dios, Señor y Salvador. Pero la "fe" sin una confesión pública era entonces un engaño como lo es ahora. Entonces, como ahora, había un futuro muy yerto para todos los "creyentes secretos" de Aquel que dijo: "A cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos" (Mateo 10:32 y vrs. siguientes). Y una profesión de fe con los labios, pero no con la vida, siempre ha sido cosa vana (véase Lucas 6:46, Juan 14:12, 21-23; 15:10-14; Tito 1:16; I Juan 2:4).

El concepto popular de la naturaleza de la fe salvadora que priva en los círculos ortodoxos de nuestro día, es trágicamente inadecuado. "Por la gracia, mediante la fe, sin añadir nada" se ha vuelto el lema. Lo cual está muy bien, excepto por el hecho de que la fe salvadora jamás puede ser "sin añadir nada," puesto que la fe salvadora no puede existir aparte del arrepentimiento. Y el arrepentimiento tiene que ver, no sólo con el pasado, sino aún más con el presente y el futuro. Involucra no sólo un dolor por los pecados del pasado, sino la sumisión del alma y de la vida al señorío de Cristo para el presente y el futuro. Hay un sentido en el cual debemos creer en Cristo, no sólo "con todo nuestro corazón," sino con toda nuestra vida también. Hemos de creer con cabeza, corazón y manos. Ser oidores de la Palabra, pero no hacedores, es engañarnos a nosotros mismos (Santiago 1:22). La fe sin obras es tan muerta y tan inútil como el cuerpo sin el espíritu (Santiago 2:14-26). La "fe" en Cristo que deja al "creyente" libre de cualquier lealtad y devoción a El es pura presunción. Una fe "sin añadir nada" no vale nada, ni sirve para nada. Sólo la fe obediente es fe salvadora—fe viviente, conquistadora, que "vence al mundo."

El espíritu de sumisión y obediencia, como un aspecto esencial de la fe salvadora, se exhibe vívidamente en Hebreos 5:7, 9, "Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente. Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo

sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen." El comentario de Williams en su nota de pie sobre 5:9, es excelente; dice: "Todo el proceso de liberación del pecado hasta la madurez en el cielo, es condicionado así por la obediencia; no en conflicto con la enseñanza de Pablo, salvos por la fe." ¡Claro que no! Muy bien han hecho esos traductores que han vertido así Juan 3:36, "El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que no obedece (*apeitheō*, más bien que meramente *apistēō*) al Hijo no verá la vida." Creer en Cristo como Salvador requiere que uno lo obedezca como Señor. Sólo la fe obediente es fe salvadora, y la fe por la cual "seguimos conquistando gloriosamente por medio de aquel que nos amó."

Verdaderamente solennes son dos verdades esenciales que nuestro Señor declaró en su discurso de la Vid y los Pámpanos (Juan 15). La primera, podemos dar fruto sólo al permanecer en El: "Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí" (v. 4). La segunda verdad nos deja estupefactos: podemos permanecer en Cristo sólo si damos fruto: "Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto. . . . Todo pámpano que en mí no lleva fruto, (mi Padre) lo quitará. . . . Permaneced en mí, y yo en vosotros" (vrs. 5, 2, 4a).

"Enseñadles que guarden todas las cosas que os he mandado" instruyó Jesucristo. El guardar sus mandamientos no es cosa opcional para todos los hombres que quieran entrar en la vida. Es un aspecto esencial de la fe salvadora. (Véase Lucas 6:46-49, Juan 3:36; 14:21, 23; 15:8-10, 13, 14; Santiago 1:22; II Pedro 1:8-11; I Juan 2:3-5; 3:24a; Judas 12). No hay fe salvadora aparte de la obediencia. La obediencia hasta del cristiano más piadoso será imperfecta; pero aunque sea imperfecta, debe sin embargo ser verdadera. Lo repetimos: sólo la fe obediente es fe salvadora, y la fe por la cual "seguimos gloriosamente conquistando por medio de aquel que nos amó."

El poder para la conquista espiritual no es de nosotros mismos. Comentando sobre Romanos 8:37, Godet escribe:

¿Y con qué fuerza hemos de conquistar? El apóstol, en vez de decir: por medio del amor del Señor, se expresa de esta manera: *por medio de aquel que nos amó*. Es su Persona viviente que obra en nosotros, puesto que es El, El mismo, en su amor, quien nos sostiene. Este amor no es un mero pensamiento de nuestra mente; es una fuerza que emana de El.¹³

“Separados de mí,” dice Jesús “nada podéis hacer” (Juan 15: 5). Pero “todo lo puedo,” escribió Pablo, “en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4: 13). “Cristo vive en mí,” escribió en otra ocasión, “y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios,¹⁴ el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2: 20). El poder para conquistar está disponible gratuitamente para todos los que confíen en el Señor.

. . . este moribundo Amante de nuestras almas nos comunica a todos nosotros, si la queremos, la fuerza por la cual podemos hacer todas las cosas externas a que sean ayudas para la participación más cabal de su amor perfecto. Nuestras angustias y todos los demás factores externos que nos distraen intentan alejarnos de El. ¿Acaso todo lo que sucede es que nosotros, en reacción a ese tirón del mundo, nos aferramos más intensamente a El, y nos negamos a dejarnos arrastrar, como un pobre miserable se aferraría a los cuernos de un altar que no correspondía a su deseo? ¡De ninguna manera! Lo que hemos asido no es algo muerto, sino una mano viviente, y nos ase más firmemente que lo que nosotros jamás podemos asirla. De modo que, por cuanto El nos ciñe, y no nosotros a El, jamás seremos arrastrados por cosa alguna fuera de nuestra propia alma débil y titubeante; y todos esos formidables enemigos pueden venir contra nosotros, y pueden cortar cualquier otra cosa de nosotros, pero jamás nos pueden separar de Cristo a menos de que nosotros lo rechacemos ‘En este signo triunfarás.’ ‘Han vencido por medio de la sangre del Cordero, y de la palabra del testimonio de ellos.’¹⁵

¹³ Godet, *op. cit.*, p. 333.

¹⁴ No “por la fe del Hijo de Dios,” como se ha vertido incorrectamente en algunas versiones. “La cual está en el Hijo de Dios (*tēi tou huiou tou theou*). El genitivo objetivo, no la fe del Hijo de Dios.” (Robertson, *Word Pictures*).

¹⁵ Alexander Maclaren, *Expositions of Holy Scripture: Romans*, p. 208.

La Carrera que Tenemos por Delante

Pero deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma solícitud hasta el fin, para plena certeza de la esperanza, a fin de que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas.

* * *

No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa. Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará. Mas el justo vivirá por fe; y si retrocediere, no ogradará a mi alma.

* * *

Porque por ello alcanzaron buen testimonio los antiguos. . . . Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. Porque los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria; . . . Y todos éstos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido; proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros. . . . Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios.

* * *

Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio; porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir.

EPÍSTOLA A LOS HEBREOS

CAPITULO XV

LA CARRERA QUE TENEMOS POR DELANTE

¿QUIEN ESCRIBIO la Epístola a los Hebreos? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cuál fue su título original? ¿A quién iba destinada? ¿Cómo llegó a ser la propiedad de la iglesia? La "Epístola a los Hebreos" está rodeada de preguntas—preguntas que permanecerán sin contestación hasta que llegue el tiempo en que ya no conoceremos sólo "en parte."

Sin embargo, los eruditos bíblicos reverentes de todos los siglos han estado de acuerdo en que la epístola exhibe su propio sello de la inspiración divina y de su autenticidad. "Y si afirmamos que el juicio del Espíritu se da a conocer mediante la consciencia de la Sociedad Cristiana, ningún libro de la Biblia es reconocido más completamente por la aceptación universal como la presentación divina de los hechos del Evangelio, lleno de verdades para todos los tiempos, que la Epístola a los Hebreos."¹ Ninguna epístola habla con mayor vehemencia a los corazones de lectores reverentes.

La Epístola a los Hebreos fue escrita, no para todos los cristianos hebreos en general, como algunos han inferido, sino para una compañía específica de creyentes con quienes el escritor había tenido compañerismo en el pasado, y a quienes esperaba visitar pronto (13:19, 23). Estos cristianos necesitaban estímulo para su fe. ¿Por qué no había vuelto Jesús en poder y juicio para iniciar el reinado Mesiánico? ¿Habían de seguir las promesas valientes de los profetas sin cumplimiento? ¿Heredarían de veras la tierra los mansos? ¿No había esperanza bri-

¹ B. F. Westcott, *The Epistle to the Hebrews*, p. lxxi.

llante para Israel? ¿Y qué habían de pensar del mismo Señor Jesús? ¿Era realmente el Mesías prometido? ¿O había sido todo esto sólo un gran engaño? ¿Era posible que Jesús en alguna forma se hubiese equivocado en cuanto a su propia persona? ¿De veras se había levantado de entre los muertos? Y si así era, ¿se presentaría alguna vez en toda su gloria ante sus críticos y ante todo el mundo? Y ellos, los cristianos hebreos, ¿habían de sufrir, como seguidores suyos, el reproche para siempre? Tal vez fuese más sabio regresar a Moisés. El había salido adelante de la prueba de los siglos, y la religión de los padres ofrecía ayudas tangibles al culto de Dios, y la dignidad de una costumbre establecida por largo tiempo. ¿Para qué seguir llevando la vergüenza? ¿Por qué no regresar al redil?

¡Qué necesidad tan profunda tenían de estímulo para su fe! De todas las epístolas del Nuevo Testamento, ninguna otra está más llena de exhortaciones y amonestaciones. La mitad o más de esta carta está dedicada a exhortaciones,² y el escritor implica en su conclusión que “la palabra de exhortación” ha sido el punto principal y propósito al escribirlo (13:22). Consideremos el siguiente análisis de la Epístola a los Hebreos:

- Didáctica* (1:1-14): Jesús superior a profetas y ángeles.
- Hortatoria* (2:1-4): Advertencia contra deslizarse del evangelio y tratar con negligencia una salvación tan grande anunciada primero por el Señor en persona, y confirmada por hombres que lo oyeron.
- Didáctica* (2:5—3:6): Jesús ha de tener dominio universal y, habiendo sufrido por la redención del hombre, ha de ser la Cabeza sobre su propia casa—los fieles.

² De 303 versículos, 103 son de exhortación.

- Hortatoria* (3:6—4:16): Advertencia contra el endurecimiento por el engaño del pecado, cayendo en la incredulidad, y alejándose de Dios y de Jesús, nuestro Sumo Sacerdote.
- Didáctica* (5:1-10): Jesús como sumo sacerdote según el orden de Melquisedec y la fuente de eterna salvación para todos los que le obedecen.
- Hortatoria* (5:11—6:20): Advertencia en contra de caer de la gracia y de no seguir adelante con fe y paciencia hasta lograr finalmente todo lo que Dios ha prometido en la salvación.
- Didáctica* (7:1—10:18): Jesús, sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec —la realidad, de la cual eran sólo la sombra el sacerdocio aarónico y sus ministraciones. Su sacrificio, solo, verdaderamente eficaz; pero su ofrenda hecha una sola vez, eternamente eficaz.
- Hortatoria* (10:19-12:29): Advertencia en contra de no asirse firmemente a la confesión de esperanza y no correr con paciencia la carrera que tenemos por delante, como hicieron los fieles en su día, y en contra de alejarse del Padre de los espíritus, en rebeldía contra su disciplina correctiva.
- Didáctica* (13:1-6): Aspectos prácticos del discipulado cristiano.
- Hortatoria* (13:7-17): Advertencia en contra de no continuar en la fe en Jesús, solamente, como el Altar completamente suficiente, y el único Camino para una ciudad eterna que todavía está por aparecer.

Conclusión (13:18-25): Asuntos de interés personal inmediato, la bendición, y una invitación final a hacer caso de "la palabra de exhortación" que era el motivo principal por el que el autor escribió.

El escritor alterna entre exaltar a Jesús y exhortar a sus lectores. En ningún otro libro del Nuevo Testamento juega la exhortación una parte tan importante. En este respecto, la Epístola a los Hebreos tiene mucho en común con el Libro de Deuteronomio, en el Antiguo Testamento.

Es obvio que la Epístola a los Hebreos fue escrita para personas con antecedentes de judaísmo. Pero su condición espiritual exacta ha estado en disputa. Algunos han mantenido que, en gran parte, el autor los considera como hombres que todavía titubeaban entre dos opiniones y que todavía no habían abandonado realmente el judaísmo en favor de Cristo. Tal posición, claro, es inevitable para todos aquellos cuya teología los coloca bajo la necesidad de interpretar las numerosas advertencias en contra de la apostasía, como si fueran dirigidas no a personas que ya eran creyentes, sino a hombres cuyas profesiones de fe en Cristo eran o inadecuadas o insinceras. Por lo tanto, tienen que insistir también en que todos aquellos involucrados en casos de apostasía mencionados por el escritor no eran creyentes realmente. La Biblia de Scofield, cuyos editores creen que la apostasía es imposible para personas que han experimentado gracia salvadora, declaran que "Hebreos 6:4-8 presenta el caso de judíos que profesaban creer, pero que habían quedado cortos de fe en Cristo después de haber llegado hasta el umbral de la salvación," y declaran "que no se nos dice que hayan tenido fe."³ Kuyper postula argumentos similares al comentar sobre ese mismo pasaje: "Es cierto que el apóstol declara que los hombres culpables de este pecado fueron 'una vez . . . iluminados,' y 'gustaron el don celestial,' y 'fueron hechos partícipes del Espíritu Santo,' y 'gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo

³ *The Scofield Reference Bible*, p. 1295, copyright 1909, 1917, por Oxford University Press, New York. Usado con permiso.

venidero,' pero no se dice ni una vez que hayan tenido *un corazón contrito y humillado*."⁴

Tenemos que ceder la razón a Scofield y a Kuyper que en efecto "no se nos dice que hayan tenido fe" o "un corazón contrito y humillado." Lo que es más, concedemos que no se nos dice de ellos que jamás hayan preguntado: "¿Qué debo hacer para ser salvo?" o que jamás hayan orado: "Ten misericordia de mí, pecador." Ni se nos dice de ellos que hayan invocado el nombre del Señor, ni que hayan creído en sus corazones, o confesado con sus bocas para salud, o que se hayan vuelto nuevas criaturas en Cristo, o que hayan pasado de la muerte a la vida. Tenemos que conceder que muchas, muchas cosas "no se dicen de ellos" en el pasaje que tenemos por delante. Pero recordamos que uno no puede decirlo *todo* en tan reducido espacio. Lo que el escritor bíblico *si dijo de ellos* se puede decir sólo de hombres que hayan experimentado la gracia salvadora de Dios en Cristo. No cabe duda de que Scofield y Kuyper se han recargado en una caña muy delgada para apoyar este argumento.

Contrario a las hipótesis de muchos, la Epístola a los Hebreos no fue escrita a personas que, en la opinión del escritor, habían quedado cortas de la verdadera fe en Cristo como Salvador y Señor. Consideremos las siguientes evidencias de que el escritor considera que sus lectores son creyentes verdaderos:

1. En su advertencia (2:1-4) en contra del peligro de deslizarse, o dejarse arrastrar, de "las cosas que hemos oído," cosas que involucran "una salvación tan grande," el escritor da por sentado que sus lectores han aceptado cabalmente, y todavía retienen firmemente, el evangelio salvador. En su uso de la primera persona plural, *nosotros*, se incluye a sí mismo como que está igualmente sujeto con sus lectores al peligro de deslizarse.

2. Se dirige a sus lectores como "hermanos santos, participantes del llamamiento celestial," para quienes Jesús es "el apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión" (3:1).

3. Incluye a sus lectores consigo mismo ("nosotros") al

⁴ Abraham Kuyper, *The Work of the Holy Spirit*, p. 610.

hablar de aquellos que ya son “su casa” de Cristo y que sólo necesitan estar firmes reteniendo hasta el fin la confianza (3: 6).

4. El peligro que confronta a sus lectores no es la posibilidad de no llegar a una relación adecuada con Dios por medio de Cristo, sino el de alejarse de su relación presente, por rendirse al engaño del pecado y de la incredulidad—condición que, en su opinión, no se ha desarrollado todavía (3: 6-19).

5. Como resultado de todo esto, a la luz del peligro de quedar corto del descanso prometido y de caer, siguiendo el ejemplo de Israel de incredulidad (3: 16—4: 13), el escritor y sus lectores necesitan nada más “retener su profesión” (subjuntivo presente, durativo) de fe y seguir “acercándose” (subjuntivo presente) al trono de la gracia confiadamente (4: 14-16).

6. El escritor está persuadido de “mejores cosas” de sus lectores—“cosas que pertenecen a la salvación,” y no cosas que tocan a la apostasía (6: 9-12). Sus lectores no necesitan entrar en la fe, sino solamente “seguir mostrando la misma solicitud hasta el fin, para plena certeza de la esperanza” y seguir siendo “imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas.”

7. El escritor incluye a sus lectores entre aquellos que “han acudido para asirse de la esperanza” y cuya esperanza está en Jesús, su precursor que ahora está dentro del velo, y quien es para ellos “firme ancla del alma” (6: 18-20).

8. Exhorta a sus lectores a seguir “acercándose” (subjuntivo presente, durativo) y a seguir “manteniendo (subjuntivo presente) firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza . . . no dejando de reunirnos . . . [al ver] que aquel día se acerca” (10: 19-25).

9. Les recuerda a sus lectores (10: 32-34) que han sido iluminados (con “el conocimiento de la verdad,” v. 26) y que ya han sufrido grande persecución por su fe y testimonio. Todo lo que les queda por hacer es “no perder su confianza,” sino en paciencia, continuar viviendo por la fe, evitando el error de los que se alejan para su perdición, y continuar con “los que tienen fe para preservación del alma” (vrs. 35: 39).

10. El escritor da por sentado que sus lectores ya han entrado o principiado "la carrera que tenemos por delante" y que necesitan nada más continuar en el camino, cuidándose del peligro de despreciar el castigo correctivo de Dios y, por ende, de alejarse de El (12: 1-29).

11. Escribe (13: 1-6) de aspectos prácticos de conducta que interesan a cristianos y amonesta a sus lectores a que sigan sometándose a los pastores que son responsables de guiarlos en doctrina, fe y práctica (vrs. 7, 17, 24).

12. Les recuerda que "tenemos un altar" (Cristo) y los exhorta a "seguir saliendo (subjuntivo presente) a él" en anticipación de una ciudad duradera que todavía está por venir (vrs. 10-14).

13. Les pide que le ayuden con sus oraciones (v. 18) y los exhorta como "hermanos" a que hagan caso de "la palabra de exhortación" que ha constituido el motivo principal de su carta a ellos (v. 22).

14. Espera verlos pronto acompañado de "nuestro hermano Timoteo" (v. 23).

15. Su bendición (vrs. 20, 21) se aplica sólo a verdaderos creyentes, entre los cuales el escritor obviamente incluye a sus lectores (vrs. 24, 25).

Los que sostienen que la Epístola a los Hebreos considera a sus lectores como individuos que se han quedado cortos de la fe salvadora en Cristo, más que como creyentes verdaderos, hacen tal cosa forzados por las necesidades de su teología. La evidencia interna de la epístola los contradice.

Otros están de acuerdo en que la Epístola a los Hebreos está dirigida obviamente a creyentes verdaderos, pero aseguran que el propósito del escritor no es sonar una nota de advertencia contra la apostasía, sino compartir con sus lectores el secreto del progreso espiritual. Lo que él les dice, de acuerdo a estos intérpretes, no es: "¡No se vayan para atrás!" sino "¡Sigamos adelante!"⁵ Una vez más tenemos una opinión dictada por las necesidades de la teología de los que así piensan, más que por el contenido de la epístola.

⁵W. H. Griffith Thomas, *Let Us Go On*, Zondervan Publishing House, Grand Rapids, Michigan.

La frase “vamos adelante” aparece sólo una vez (6:1). “Vamos adelante,” escribe, “a la perfección.” El escritor pudo haberse referido a su intención de proceder a un desarrollo más avanzado de “la doctrina de Cristo” al cual se propone guiar a sus lectores en el curso de su carta. O tal vez sea un llamamiento a sus lectores a que avancen de la infancia espiritual en la que él los encontró (5:11-13) hacia la madurez (v. 14), lo cual es posible para todos los que la busquen. En realidad, el propósito del escritor incluye ambas cosas. Ciertamente es su intención proceder hacia el desarrollo más cabal de su cristología, lo cual es el gran tema de las porciones didácticas de su carta. Pero la presentación de su cristología no es un fin en sí misma; se ofrece para beneficio de sus lectores. Las porciones didácticas de su carta no son sino la base desde la que el escritor lanza sus frecuentes exhortaciones—y el punto principal de éstas no es “vayamos adelante,” sino “retengamos.”

Seguramente que está interesado en que sus lectores “sigan a la perfección.” Pero su primer interés es que “mantengan firme, sin fluctuar, la profesión de su esperanza.” Si lo hacen, *seguirán* hacia la perfección. La vida cristiana, una relación viviente que procede sobre una fe viviente en un Salvador viviente, nunca es algo estático. “(Jesús) les dijo también: Mirad lo que oís; porque con la medida con que medís, os será medido, y aun se os añadirá a vosotros los que oís. Porque al que tiene, se le dará; y al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará” (Marcos 4:24, 25). El comentario de Robertson amerita nuestra atención: “El hombre que no adquiere pronto pierde lo que cree que tiene. Esta es una de las paradojas de Jesús que nos concierne pensar y poner en práctica.”⁶ El crecimiento en la gracia, o declive espiritual, puede apenas ser perceptible en muchos casos; sin embargo, sigue siendo cierto que un cristiano o crece o degenera. La vida cristiana nunca es estática. La congregación a la que fue escrita la Epístola a los Hebreos no había dejado meramente de crecer en su vida cristiana; habían *degenerado* al punto de volverse otra vez infantes espirituales (5:11, 12).

Con los años se habían vuelto menos alertas en su entendimiento, en vez de más alertas de acuerdo a un desarrollo natural y saludable. . . .

⁶ A. T. Robertson, *Word Pictures in the New Testament*, Vol. I, p. 288.

Los Hebreos se habían vuelto niños otra vez, por su negligencia. . . . Esta morosidad no se había extendido todavía a la acción, aunque tal cosa ya no estaba lejos (léase 6: 12; compárese con II Pedro 2: 20).⁷

Su peligro de apostatar finalmente aumentaba en proporción a su declinación espiritual. La preocupación del escritor por ellos se refleja en sus exhortaciones frecuentes y urgentes.

En contraste con la exhortación "vamos a la perfección," que ocurre sólo una vez, la exhortación "retengamos nuestra profesión" ocurre dos veces (4: 14; 10: 23) y la epístola tiene abundantes exhortaciones relacionadas: "si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza" (3: 6); "con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio" (3: 14); "que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo" (3: 12); "que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado" (3: 13); "no sea que nos deslicemos" (2: 1); "si descuidamos una salvación tan grande" (2: 3) "no endurezáis vuestros corazones" (3: 8, 15); "que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia" (4: 11); "que cada uno . . . muestre la misma solicitud hasta el fin, para plena certeza de la esperanza" (6: 11); "acerquémonos con corazones sinceros, en plena certidumbre de fe" (10: 22); "no perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón" (10: 35); "porque os es necesaria la paciencia, para que . . . obtengáis la promesa" (10: 36); "el justo vivirá por la fe; y si retrocediere, no agrada a mi alma" (10: 38); "que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar" (12: 3); "no menosprecies la disciplina del Señor" (12: 5); "¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos" (12: 9); "para que lo cojo no se salga del camino" (12: 13); "que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios" (12: 15); "no sea que haya algún fornicario, o profano, como Esau, que por una sola comida vendió su primogenitura" (12: 16); "si desecháremos al que amonesta desde los cielos" (12: 25); "no os dejéis llevar de doctrinas diversas y extrañas" (13: 9); "salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio" (13: 13). Cualquier énfasis en la Epístola a los Hebreos de seguir hacia la madurez espiri-

⁷ Westcott, *op. cit.*, p. 132.

tual es secundario. El mensaje de "la palabra de exhortación" del escritor es que sus lectores "retengan la confesión de su esperanza" en Jesucristo como el único Salvador y "autor de eterna salvación para todos los que le obedecen."

Se han predicado innumerables sermones sobre la conocida exhortación (12:1, 2), "corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante." Frecuentemente ha sido considerada sólo un llamamiento al fiel esfuerzo hacia la madurez y el logro espirituales, que no tiene nada que ver con el asunto de la salvación. Pero es una parte íntegra de la exhortación más extendida o prolongada de toda la epístola (10:19—12:29), el propósito de la cual es: "Mantengamos firmes, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza" (10:23), puesto que "el justo vivirá por la fe y si retrocediere, no agrada a mi alma" (10:38) "mucho menos escaparemos nosotros, si desecháremos al que amonesta desde los cielos" (12:25). La "carrera" que hemos de correr es la prueba, que durará toda la vida, de nuestra fe a través de tentaciones constantes a retroceder y abandonar nuestra peregrinación. Esta es la razón por la que el escritor cita a esa galaxia de los fieles del pasado (capítulo 11). Todos esos "alcanzaron buen testimonio mediante la fe" (11:39, 2), fe que creyó a Dios de cosas "no vistas" todavía pero que se "esperan" (v. 1). Aunque en los días de su peregrinación "no recibieron lo prometido" (v. 39), con paciencia y fe perseverante terminaron la carrera, a pesar de pruebas y sufrimientos. A la luz del contexto, la exhortación a "correr con paciencia (*hupomonē*, firmeza, perseverancia) la carrera que tenemos por delante" puede sólo ser una exhortación a continuar en la fe, a pesar de muchas tentaciones de salirse del camino y caer junto al camino (véase II Timoteo 2:12, *hupomenō*).

Prominente entre los hombres de fe perseverante citados en el capítulo 11, está Abraham quien, cuando Dios lo llamó, "salió sin saber a dónde iba." En el capítulo 6 se presenta a Abraham como un ejemplo de paciencia y de fe. Exhortando a sus lectores a mostrar "la misma solicitud hasta el fin, para plena certeza de la esperanza," y a ser imitadores "de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas" (6:11, 12), el escritor declara que no fue sino hasta después de haber "esperado con paciencia," que Abraham "alcanzó la promesa" (v. 15). Desde

el tiempo del primer anuncio de la promesa hasta el tiempo cuando "conforme a la fe murió" la peregrinación terrestre de Abraham fue una prueba de "perseverancia paciente," y de estar "persuadido de las promesas," aunque "mirándolas de lejos" (11:13).

La fe paciente, perseverante, como la de Abraham, es presentada (6:11 y vrs. siguientes) como la única alternativa a la apostasía citada en los vrs. 4-8. Tal apostasía, un peligro omnipresente para el escritor y sus lectores, fue también un peligro para Abraham. Si él e "Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa" (11:9) se hubiesen cansado de "esperar la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios" (v. 10) y de considerarse a sí mismos "extranjeros y peregrinos sobre la tierra" (v. 13), que buscaban "una patria" (v. 14), se hubiesen regresado a "aquella de donde salieron" (v. 15). Cansados de haber puesto su afecto en las cosas de arriba, podían haber regresado al Ur de los Caldeos literal y espiritual, dándole adiós a la esperanza de "una patria celestial" y de "una ciudad que tiene fundamentos" como algo de ningún valor práctico para el mundo presente. Demas "amó este mundo" y por lo tanto se retiró. Fue un error trágico, porque "si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él" (I Juan 2:15), y "la amistad del mundo es enemistad contra Dios" (Santiago 4:4). Por lo tanto, "no améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo" (I Juan 2:15), porque "el mundo se pasa, y sus deseos" y todos los que viven para este mundo, pero sólo "el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre" (v. 17).

La posibilidad de regresar a esa tierra "de donde salimos" es un peligro que siempre nos confrontará en tanto que seamos "peregrinos y extranjeros sobre la tierra." Haremos bien en recordar que, al igual que Abraham, "no tenemos aquí ciudad permanente" (Hebreos 13:13). No hay más que un camino a la casa del Padre y a "la ciudad que tiene fundamentos . . . cuyo constructor es Dios." Jesucristo dijo: "Yo soy el camino (*odos*, camino) . . . nadie viene al Padre sino por mí." "Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio."

En Hebreos 10:38 se enuncia una máxima divina que las Santas Escrituras afirman cuatro veces diferentes: "El justo

vivirá por la fe." Este es el axioma cardinal que gobierna las relaciones del hombre con Dios y su gracia salvadora, durante la experiencia terrena del ser humano. La fe en la palabra de su Creador acerca de una muerte que el hombre no había experimentado ni observado era la única condición por la cual él *evitó* esa muerte y continuó compartiendo la vida eterna de Dios. Después de la Caída, la fe siguió siendo la condición por la cual Adán pudo experimentar la restauración y continuó compartiendo la gracia salvadora y la vida eterna de Dios. La fe en la Palabra de Dios acerca de un Redentor venidero y las ordenanzas de sacrificios de animales como la avenida aprobada de acceso a Dios misericordioso, para pecadores culpables, fue la condición por la cual los hombres caídos podían experimentar el perdón y la gracia salvadora. Fue "por la fe" y no por la casualidad que Abel ofreció un "más excelente sacrificio." Para los santos antediluvianos, para los patriarcas y para todos los santos en Israel, fue cierto que "el justo vivirá por la fe." En la era presente todavía es el principio que gobierna la participación del hombre en la vida eterna de Dios en Cristo. "El justo vivirá por la fe; y si retrocediere, no agraderá a mi alma." ¡Cuán esencial es entonces que "corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante"! Esta es la carga que pesa sobre el escritor de la Epístola a los Hebreos—motivo que comparten todos los escritores del Nuevo Testamento y nuestro mismo Señor Jesucristo.

Santiago escribe: "Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman" (1: 12). Muy parecidas son las palabras de nuestro Señor: "Cada uno de vosotros tendrá que probar que es fiel, hasta la muerte y yo le daré la corona de la vida. El que conquiste no sufrirá el daño de la segunda muerte" (Apocalipsis 2: 10, traducción de la versión de Williams). La prueba paciente a la que Santiago nos exhorta en 1: 12 es la antítesis y la única alternativa al camino de someternos al pecado, el cual "cuando es consumado, da a luz la muerte" tal como dice la advertencia de Santiago a sus hermanos (1: 13-16).

Pedro nos exhorta (II Pedro 1: 5-11) a que seamos diligentes y a que añadamos a nuestra fe, virtud, conocimiento, temperan-

cia, paciencia, piedad, afecto fraternal y amor, y nos asegura que "si estas cosas están en vosotros, y abundan, no os dejarán estar ociosos ni sin fruto en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo." El ser "ocioso y sin fruto en el conocimiento de Cristo" es una invitación al desastre espiritual. Jesús advirtió que "todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará [mi Padre] (Juan 15:2). Tal esterilidad es el corolario inevitable de dejar de permanecer en Él (vrs. 4, 5), lo cual resulta en la muerte (v. 6). Pedro nos exhorta (v. 10) a que procuremos "hacer firme nuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás." Nos asegura (v. 11) que "os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo." Además nos amonesta (3:17) "guardaos, no sea que arrastrados por el error de los inicuos, caigáis de vuestra firmeza." La "firmeza" que menciona aquí es más que un asunto de consagración y celo en el servicio, como algunos han inferido, puesto que el "error" en contra del cual nos advierte es el error fatal de los que "tuercen . . . las Escrituras, para su propia perdición" (v. 16).

El deseo intenso que Judas tiene es que sus lectores sigan peleando la buena batalla de la fe. Su consideración extendida de casos específicos de apostasía, tanto históricos como contemporáneos, le imparte un énfasis fuerte a su exhortación: "Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna" (vrs. 20, 21).

Juan nos pide que evitemos el curso que han seguido "muchos anticristos" (I Juan 2:18) que negaron al Hijo (y por lo tanto también al Padre, vrs. 22, 23), y que "salieron de nosotros" (v. 19), y que ahora tratan de seducir a otros para que hagan lo mismo, mediante su falsa doctrina que niega que Jesús es verdaderamente el Cristo (vrs. 26, 27). La consideración de Juan de los "muchos anticristos" viene inmediatamente después de su advertencia a sus hijos en la fe de que dejen de amar "al mundo, y a las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo.

y el mundo pasa, y sus deseos, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre" (vrs. 15-17). De modo que el contexto sugiere que fue el amor al mundo lo que guió a los "muchos anticristos" a negar al Hijo y por ende a "salirse de nosotros."⁸ Juan se preocupa de que sus lectores no caigan en la misma tragedia, y por lo tanto advierte: "Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre. Lo que habéis oído desde el principio, permanecerá en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre. Y esta es la promesa que él nos hizo, la vida eterna. Os he escrito esto sobre los que os engañan. Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os enseña todas las cosas, y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él. Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados" (vrs. 23-28).

El profundo interés que Pablo tiene de que sus convertidos corran con perseverancia paciente la carrera que tienen por delante se ve en Hechos 14: 21, 22, "volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía, confirmando los ánimos de los discípulos, exhortándoles a que permaneciesen (*eummenō*, permanecer) en la fe, y diciéndoles: Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios." Tal preocupación por sus convertidos se refleja en sus cartas. A los Gálatas les escribió: "No os engañéis; Dios no puede ser burlado; pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna. No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos" (6:7-9).

Escribiéndoles a los romanos, a quienes esperaba visitar a fin de fortalecerlos en la fe (1: 11), Pablo les advierte, "deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la

⁸ Para una discusión de las palabras "no eran de nosotros," véase punto 8 del Apéndice E.

carne; porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios" (8:12-14). En otro pasaje, les recuerda a los gentiles en la iglesia de Roma que sólo "por la fe están en pie" (11:20 y vrs. siguientes; II Corintios 1:24) y que no deben "ensoberbecerse, sino temer;" puesto que ya que Dios no "perdonó a las ramas naturales" de Israel sino que las cortó por su incredulidad, tampoco El los perdonará a ellos si abandonan la fe por la cual están en pie: "Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios; la severidad ciertamente para con los que cayeron, pero la bondad para contigo, si permaneces en esa bondad; pues de otra manera tú también serás cortado" (v. 22).

Escribiéndoles a los colosenses, Pablo declara que Dios, quien nos ha reconciliado consigo en el cuerpo de la carne de Cristo mediante su muerte, nos presentará "santos y sin mancha e irreprochables delante de él; si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído" (1:22, 23). En manera parecida les escribe a los corintios de "el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano" (I Corintios 15:1, 2).

Pablo amonesta a Timoteo diciéndole que aunque "algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios," él debe tener "cuidado de sí mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren" (I Timoteo 4:1, 16). En otra ocasión le recomienda a Timoteo: "Mas los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados. Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste . . . las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús" (II Timoteo 3:13-15). Se podrían citar otras exhortaciones similares de la pluma de Pablo. Pero las anteriores son suficientes para indicar algo de la preocupación que el apóstol sentía por la seguridad espiritual continua de sus compañeros en la fe.

En lo que toca a sí mismo, Pablo les escribe a los filipenses (3:7-14) de su intenso deseo de "ganar a Cristo, y ser hallado

en él." Claro que esto no significa que no hubiese todavía "ganado a Cristo" o que al escribir no "estuviese en Él." Pero el apóstol se propone continuar en el Camino. "El haber sido traído a Cristo es un principio, y no un fin," como Westcott⁹ comenta acerca de Hebreos 4:1. Por lo tanto, Pablo no sólo "ha *estimado* como pérdida" todas las otras bases de confianza y de esperanza, sino que ahora declara firmemente: "lo *tengo* por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él," continuando en la justicia que es "por la fe de Cristo." Su carrera no ha sido ganada. Su propósito es, entonces, correr con paciencia la carrera que tiene por delante, prosiguiendo "a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús."

Pablo consideraba la temible posibilidad de fallar en la carrera. No todos los que corren triunfan. "¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno sólo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis" (I Corintios 9:24). Por lo tanto Pablo se disciplinaba continuamente para que no sucediera que, habiéndoles predicado a otros, él mismo viniera a ser eliminado. Como hemos considerado en el capítulo 4, lo que Pablo significa con el uso de la palabra *adokimos* se indica claramente por su uso de la palabra en II Corintios 13:5, donde exhorta a los corintios a que vean si ellos están verdaderamente en la fe, asegurándoles que Jesucristo no habita en nadie que se cuente entre los *adokimoi*. El significado de la palabra tal como la usa en I Corintios 9:27 se define un poco más por el contexto. Después de reconocer francamente su profunda preocupación, no sea que él también llegue a ser *adokimos*, inmediatamente cita casos de apostasia entre los israelitas.

Pablo traza una analogía (10:1 y vrs. siguientes) entre la experiencia de los hijos de Israel en el desierto y nuestra experiencia en la era presente. Les indica que ellos también habían sido bautizados. Su paso milagroso por el mar fue un símbolo de su unión—no meramente con Moisés, sino con Aquel de quien Moisés era el representante ordenado. Su "bautismo" era una confesión de su fe en Aquel que los había llamado de Egipto para viajar hacia la Tierra Prometida. Además, en su viaje, "todos comieron el mismo alimento espiritual, y todos bebieron

⁹ Westcott, *op. cit.*, p. 92.

la misma bebida espiritual” como nosotros. El maná y el agua de la roca eran símbolos de la misma Roca como lo son el pan y el vino en nuestra era, y el alimento físico que ellos recibieron era simbólico del alimento espiritual de la misma Persona salvadora que nosotros conocemos como Jesucristo. Pablo no pretende que los israelitas hayan estado especialmente al tanto de los aspectos simbólicos del maná y del agua. Pero el maná y el agua eran sin embargo simbólicos de Cristo y de la gracia y la vida eternamente garantizada en El desde antes de la fundación del mundo, y repartida divinamente en todas las edades a todos los que creyeron en Dios y obedecieron su Palabra, tal como ésta fue revelada en su día. Y por lo tanto “bebieron la misma bebida espiritual (que nosotros); porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo. Pero de los más de ellos no se agradó Dios; por lo cual quedaron postrados en el desierto” (vrs. 4, 5). La tragedia en el caso de Israel es que la mayoría de sus componentes no continuaron en fe obediente. La advertencia de Pablo es que lo mismo nos podría suceder en nuestro día.

El mismo Señor Jesús les advirtió frecuentemente a sus discípulos sobre la necesidad de continuar en la fe si habían de continuar en la gracia salvadora. A ciertos judíos que creyeron en El, les dijo: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8: 31). Algunos han declarado que Jesús no quiso decir con esto que la continuación en la verdad y en la gracia es condicional, sino que meramente ofreció un patrón por el cual se pudiese identificar a los verdaderos discípulos. Pero los que así razonan han pasado por alto cuán significativa es la declaración de Jesús en la misma ocasión: “De cierto, de cierto os digo, que el que guarda mi palabra, nunca verá muerte.” ¿Es característica o condición? Obviamente es lo segundo.

Las solemnes palabras de nuestro Señor en Juan 15:1-14 describen claramente la urgente necesidad de la perseverancia. La lección de seis de las parábolas¹⁰ de nuestro Salvador es ésta:

¹⁰ El Sembrador (Lucas 8: 4-15), El Siervo Vigilante (Lucas 12: 35-40), el Mayordomo (Lucas 12: 42-48), el Constructor de la Torre (Lucas 14: 28-30), la Sal Insípida (Lucas 14: 34, 35), y las Diez Vírgenes (Mateo 25: 1-13).

es necesario perseverar en la fe, y tal necesidad se implica plenamente en muchas otras parábolas. En Lucas 12: 35-46, Jesús asocia la grave importancia de la perseverancia con la promesa de su retorno—asociación que se encuentra muchas veces en las Escrituras. “Con vuestra paciencia,” les dijo Jesús a sus discípulos, “ganaréis vuestras almas” (Lucas 21: 19; véase Mateo 24: 13; Hebreos 10: 35-37; Santiago 5: 7-11).

Las muchas advertencias urgentes de los escritores del Nuevo Testamento y de nuestro Salvador reflejan su interés, preocupación diríamos casi, santo, de que corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante. Seremos verdaderamente muy necios si no compartimos ese interés. Los resultados son de consecuencias eternas.

* * *

El ejemplo supremo de alguien que corrió con perseverancia paciente la carrera puesta por delante es Jesús, quien, en los días de su carne, “sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo,” y quien resistió “hasta la sangre” (Hebreos 12: 3, 4). El escritor a los Hebreos nos exhorta a que corramos nuestra carrera “puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, se sentó a la diestra del trono de Dios” (v. 2).¹¹ Westcott comenta:

Cristo en su humanidad—Jesús—es el “líder y consumador de la fe.” Nuestros ojos han de tornarse a El, a la vez que quitamos nuestra mirada de cualquier atracción rival. De El aprendemos la Fe. La “fe” de la que el apóstol habla es fe en su tipo absoluto, cuya acción en el Antiguo Pacto él ha trazado ya. Las interpretaciones particulares, por las cuales se refiere a la fe de cada cristiano individual como algo que encuentra su principio y desarrollo final en Cristo, o a la substancia del credo cristiano, son enteramente extrañas a todo el propósito y amplitud del pasaje, el cual es mostrar que en Jesucristo mismo tenemos el ejemplo perfecto—perfecto en realización y en efecto—de esa fe que nosotros hemos de imitar, confiando en El. El también miró a través del presente y lo visible hacia el futuro y lo invisible. En su naturaleza humana El exhibió fe en su forma más alta, desde el principio hasta el final, y poniéndose a Sí mismo, por así decirlo, a la cabeza del gran ejército de los héroes de la Fe, llevó a la Fe . . . a su perfección

¹¹ Westcott, *op. cit.*, p. 392.

más completa y a su triunfo más sublime. Esta atribución de la "fe" al Señor es de importancia máxima para la realización de su humanidad perfecta. Compárese 5: 8; 2: 13; 3: 2; Juan 5: 19; 11: 41.¹²

En su nacimiento como Jesús, el Hijo de María, el Verbo eterno se humilló a Sí mismo para ser hecho lo que nunca antes había sido, y lo que seguirá siendo para siempre—el Hijo de Dios,¹³ e Hijo del Hombre. Podemos suponer que Jesús tuvo cierta intuición divina en cuanto a la naturaleza de su Persona casi desde la infancia, y que no hubo ocasión o necesidad para que El ejerciera fe con respecto al hecho de su relación única con el Padre. Pero debemos recordar que fue bajo la circunstancia de la *kenosis* (Filipenses 2: 5-8) que Jesús vivió su vida en la tierra. Las Escrituras revelan que el entendimiento de Jesús se desarrolló sólo gradualmente, en cabal acuerdo con sus circunstancias. El hecho de su relación peculiar con Dios sin duda, entró en su consciencia sólo gradualmente, conforme El fue madurando, y fue una verdad preciosa que El fue captando más y más, por la fe.

Podemos estar seguros de que María y José le contaron de la santa circunstancia de su nacimiento. Pero su testimonio sólo podía ser aceptado por la fe. ¿No le contaron acaso también a sus hermanos y a sus hermanas, a Jacob, a José, a Simón y a Judas? Sin embargo, parece que el testimonio de sus padres hizo una impresión muy leve en los hermanos y las hermanas de Jesús. También es del todo posible que haya habido algo de escándalo sobre el nacimiento "prematureo" de Jesús, por parte de los chismosos de Nazaret. La verdadera circunstancia de su nacimiento permaneció una verdad santa que Jesús pudo haber aceptado sólo por la fe.

Parece evidente que a los doce años de edad, durante su visita a Jerusalén, Jesús estaba consciente de una relación especial con el Padre, seguramente sin un entendimiento cabal de las implicaciones. Pero por lo que las Escrituras nos dicen, la primera

¹² *Ibid.*, p. 395.

¹³ Véase Hebreos 1: 5, "Mi Hijo eres tú, Yo te he engendrado hoy, y otra vez: Yo seré a él Padre, y él me será a mí hijo." Algunos entienden que el cumplimiento de Salmos 2: 7 fue la resurrección de Jesús, dadas las palabras de Pablo en Hechos 13: 33 y Romanos 1: 4. Pero si bien la resurrección es confirmación cabal de su filiación divina, no es la ocasión de ella. La Encarnación marca la ocasión de la implementación del propósito eterno de Dios declarado en Salmos 2: 7 y II Samuel 7: 14a.

afirmación tácita de su filiación divina le fue dada en la ocasión de su bautismo, cuando el Espíritu Santo descendió sobre El y el Padre rompió el silencio de los cielos para declarar: "Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia."

Pero aún así, el hecho de su filiación divina siguió siendo para el Señor una verdad que tenía que captar y a la que tenía que aferrarse por la fe. Fue precisamente sobre ese punto que Satanás lanzó su tentación en el desierto. "Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra. . ." El desafío de Satanás fue un esfuerzo para inducir a Jesús a que buscara, mediante alguna demostración milagrosa, una confirmación tangible de un hecho que se esperaba que El aceptara por la fe, hasado en el testimonio del Padre—ambos mediante la manifestación en su bautismo, e interiormente en el corazón de Jesús, por el Espíritu. El ataque de Satanás indica que, al principio del ministerio de Jesús, El tuvo que aceptar el hecho de su filiación divina por la fe. En los días que vinieron después, su reacción a "las cosas oídas de mi Padre" fue fiel, y la certidumbre de su relación al Padre quedó o llegó a ser cabalmente establecida en su mente y en su corazón, una certidumbre que incluía la consciencia de que "antes de que Abraham fuese, yo soy," y también estar al tanto, si bien veladamente, de "la gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese." Pero al principio no fue así. Imponer Juan 17 sobre Jesús en el punto de Lucas 4 es negar que la tentación de Satanás fue válida sobre este particular, y rechazar la clara indicación de las Escrituras de que fue por la fe que Jesús aceptó el hecho de su filiación divina. La narración del Evangelio describe la fe implícita en el Padre que caracterizó a Jesús durante su experiencia terrena, todo el camino hasta la cruz. La vida de Jesús, de principio a fin, es el ejemplo supremo de una vida de fe en Dios.

La humanidad perfecta de Jesús, el área en la que la fe funcionó, era esencial para el cumplimiento de su misión redentora. Fue como Hijo del *hombre* que Jesús obedeció hasta la muerte, y aun la muerte de cruz. Los evangelios presentan a Jesús hablando de Sí mismo como "el Hijo del Hombre" cuando se refería a su muerte. Aun en el Evangelio de Juan, con su énfasis de Cristo como el Verbo eterno y el Hijo eterno de Dios, Jesús usa sólo el término *Hijo del hombre* cuando se refiere a

su muerte. En las Epístolas, en lo que toca a su muerte, el énfasis se da a su papel como el Hijo del hombre. Fue como el segundo Adán que obró la redención para la humanidad (I Corintios 15:21, 22, 45; Romanos 5:12-19). Fue como el hombre perfecto, inmaculado que Jesús tomó nuestros pecados y fue "hecho pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él." Su gemido en la cruz: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" fue el gemido del Hijo del *hombre*. No es la parte de Dios ser tentado a pecar, ni practicar obediencia, ni ser hecho pecado, ni morir. Para estas experiencias, y para lograr la redención por la cual Dios pudiese realizar su propósito de traer muchos hijos a la gloria mediante El, el Verbo fue hecho carne—completamente hombre (véase Hebreos 2:9-18; Filipenses 2:5-8).

Los racionalistas que niegan la Encarnación ven a Jesús sólo en términos de humanidad. Están equivocados. Pero nosotros les que lo conocemos como el Verbo encarnado tendemos a pasar por alto el *significado* de su humanidad y todo lo que estuvo involucrado en su *Kenosis*. Hemos dejado de apreciar tanto la realidad como la necesidad de cosas tales como su crecimiento en sabiduría y en favor para con Dios, su aceptación por la fe del hecho de su filiación divina, el que haya aprendido la obediencia por las cosas que sufrió, el que haya puesto su confianza en Dios para que El le librara de la muerte, el que haya sido oído en oración por su temor santo, el que Dios le haya amado supremamente porque se sometió a la voluntad del Padre—hasta el punto de la muerte en la cruz, y el que haya sido ungido con el aceite de alegría por encima de sus semejantes—no por relación divina alguna, sino porque amó la justicia y odió la iniquidad. Hemos dejado de apreciar todo lo que se implica en declaraciones de Jesús tales como: "Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida" (Juan 10:17). Sus sufrimientos y lo que El logró en su carrera redentora fueron todos puramente voluntarios, y Dios lo amó por todos ellos.

Como el Hijo del hombre, la vida de Jesús no se desarrolló automáticamente en el cumplimiento de la voluntad de Dios sin la necesidad de la decisión deliberada de Jesús y su anhelo intenso (de hacer tal voluntad). No hubo nada artificial o hipotético en sus tentaciones y sus pruebas. Fueron fieramente

reales. Es cierto que su carrera redentora había sido vaticinada, y puesto que estaba escrito, "era necesario para que se cumpliesen las Escrituras." Pero las profecías fueron dadas, no para determinar lo que Jesús *tenía* que hacer, sino para declarar lo que Jesús *haría*. El cumplimiento de las Escrituras de parte de Jesús fue enteramente voluntario. El hecho de que El podía haberse apartado del sendero de su misión redentora fue declarado por nuestro Salvador mismo en sus Palabras a Pedro en el Getsemaní: "Vuelve tu espada a su lugar. . . . ¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él me daría más de doce legiones de ángeles? ¿Pero cómo entonces se cumplirían las Escrituras, de que es necesario que así se haga?" (Mateo 26: 52-54). Todo lo que estaba escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y en los Salmos acerca de Jesús era enteramente voluntario de parte de El. Jesús declaró que el Padre habría concurrido inmediatamente si El hubiese querido apartarse del sendero a la cruz, y hubiese enviado legiones de ángeles para librarlo, si así lo hubiera querido. Aseveró que el cumplimiento de las Escrituras respecto a su carrera redentora como Mesías sería determinado sólo por su decisión personal. Por lo tanto, todo lo que Jesús sufrió y logró en su carrera redentora fue puramente voluntario de su parte, más bien que el desenvolvimiento inevitable de algún decreto divino inexorable. Desde Nazaret hasta el Calvario, Jesús no estuvo bajo compulsión o fuerza alguna sino la de su propio deseo de cumplir la voluntad de su Padre, cuya voluntad era para El su comida y su deleite.

La severa amonestación de Jesús al bien intencionado Pedro por su sugestión de que el Maestro evitara los sufrimientos y la muerte que le esperaban en Jerusalén (Mateo 16: 23) refleja la persistencia y el poder de la tentación que Jesús tuvo que confrontar todo el camino desde el Jordán hasta el Getsemaní y la Cruz. ¿Pudo Jesús verdaderamente haberle dado la espalda a su misión redentora? Estamos absolutamente seguros de que Dios no tenía duda alguna sobre el asunto. El había declarado el resultado mediante sus profetas del pasado, un resultado que El había previsto desde la eternidad. Pero esto no quiere decir que el conocimiento previo de Dios, por sí mismo, determinara el resultado de la misión de Jesús. Ni tampoco el decreto eterno del Padre de dar al Hijo, determinó por sí mismo, el resultado

final, puesto que el decreto del Padre no fue un decreto *unilateral* que no le dejara al Hijo alternativa alguna—un decreto que le hubiese impuesto una necesidad absoluta a Jesús, privándolo de cualquier posibilidad de concurrir con la voluntad del Padre sobre una base enteramente voluntaria. El Padre escogió dar al Hijo—darlo hasta la muerte; pero hasta la muerte, sólo con la condición de que el Hijo escogiera voluntariamente morir (véase Juan 10: 17, 18, “Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie [ni el Padre ni el hombre] me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre.” La decisión final fue de Cristo, tal como El lo afirmó en Mateo 26: 53). La victoria en su misión redentora fue por lo tanto algo real y verdadero, no meramente hipotético, y fue el resultado de la misión de Jesús, voluntaria y libre de toda coerción a la voluntad del Padre.

Repitémoslo: el resultado nunca fue motivo de duda en la mente de Dios. En los concilios eternos de Dios (en los que concurrió el Verbo increado “en el principio”) la victoria de Jesús en su carrera redentora se previó con certidumbre. Pero fue segura sólo sobre la base de la sumisión voluntaria y libre de toda coerción, también prevista, del Hijo del Hombre a la voluntad del Padre. Y en la circunstancia de la *Kenosis*, fue sólo por la fe que Jesús, “el autor y consumidor de la fe” (Hebreos 12: 2), captó el hecho de su relación única con el Padre y llevó adelante su función de Mesías. La victoria en su misión redentora fue por lo tanto contingente en su propia decisión y perseverancia, y las Escrituras tienen abundante evidencia de que Jesús lo consideró así. El se encontró rodeado a derecha e izquierda por terribles posibilidades de fracaso—posibilidades que El no hizo a un lado como algo irreal o que no pudieran jamás realizarse por algún decreto eterno. La decisión de invocar la ayuda de doce legiones de ángeles o de no hacerlo no fue hecha antes de la creación en algún decreto inexorable de Dios; Jesús la hizo en el Getsemaní, y el Padre hubiera concordado con su decisión de una manera u otra, de acuerdo a la declaración de nuestro Salvador. El Señor Jesús consideró su cumplimiento de las Escrituras acerca de su misión

redentora como algo que dependía enteramente en su propia sumisión libre de toda coerción, y que le llevó hasta la muerte, una muerte que para Jesús el Hijo del Hombre fue la acción suprema de fe en su Dios y Padre (Hebreos 5:7).

Esto no quiere decir que Dios es sólo un espectador interesado en su universo y que no está obrando positivamente en la realización de un propósito eterno. Pero sí significa que los individuos son libres de escoger cómo se relacionarán al propósito eterno de Dios de "traer a muchos hijos a la gloria." Esto fue cierto en el caso de Jesús y su carrera redentora, y es igualmente cierto para todos los hombres. Fue la voluntad del Padre que Jesús muriera por los pecados de la humanidad. Pero la voluntad del Padre no hizo a un lado ni ejerció coerción en forma alguna sobre la voluntad del Hijo. Es la voluntad de Dios que todos los hombres sean salvos y que ninguno perezca (I Timoteo 2:4; II Pedro 3:9). Pero la voluntad de Dios no pasa por alto la voluntad de los hombres, ni ejerce coerción alguna sobre ella—y muchos perecen.

En el Edén, Dios previó y declaró la victoria de la Simiente de la mujer, el Hijo del hombre—una victoria que fue la consecuencia de la sumisión voluntaria de Jesús a la voluntad del Padre. Dios previó también la salvación de los electos de todas las edades—una salvación que, individualmente, no era inevitable, sino sobre la base de la sumisión individual voluntaria de individuos a la voluntad de Dios. Lo que Dios previó en el Edén, lo había contemplado desde la eternidad. Pero ese hecho no destruye el carácter voluntario de la reacción a su voluntad, sea de Jesús, o de los que son electos en El. Jesús cumplió su función redentora porque se deleitaba en la voluntad del Padre. Y Jesús declaró que sólo los hombres que hacen la voluntad de Dios pueden conocer la verdad de su enseñanza (Juan 7:17) y el camino de la gracia y la vida eterna mediante Cristo. Dios quiere que todos los hombres sean salvos, pero si escogen hacerlo, los hombres, individualmente, pueden frustrar la voluntad de Dios y sus propósitos para ellos (véase Lucas 7:30 y vrs. siguientes).

Es imposible imaginar lo que hubiera pasado si Jesús hubiera desistido de ir a la cruz. ¿Hubría eso constituido pecado? Evidentemente no, puesto que el Padre no habría concurrido

en su decisión de evitar la cruz (como Jesús declaró que su Padre haría), si tal decisión hubiese constituido pecado. Recordemos que, puesto que Jesús no tenía pecado alguno, su sumisión a la muerte no fue obligatoria, sino en substitución y enteramente voluntaria. En lo que tocaba al Padre, El dio al Hijo para que muriera; pero sólo con la condición de que el Hijo mismo *escogiera* morir. La decisión del Hijo fue tan voluntaria y tan deliberada como la del Padre. Era imposible que la copa pasara de El—no *absolutamente* sino sólo si El escogía salvar a otros en vez de salvarse a Sí mismo. La contestación a la agónica oración de nuestro Salvador en el Getsemaní vino, no del Padre en el cielo, sino del corazón del mismo Jesús. Jesús puso su vida por su propia voluntad (Juan 10: 18). En su muerte, El no tomó una parte meramente pasiva y resignada, puesto que El no era sólo sacrificio—era igualmente sacerdote. No fue meramente inmolado; El, voluntariamente, “se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios” (Hebreos 9: 14). “Como Moisés levantó la serpiente en el desierto,” dijo el Señor, “así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado.” No infiramos que Jesús significó que El *tenía* que morir— sencillamente porque era Jesús, o porque Dios lo había decretado en alguna forma. Jesús *tenía* que morir sólo si había de salvar a otros. Salvando a otros, a Sí mismo no se podía salvar. Por lo tanto, El *tenía* que ser levantado—no por algunas necesidades divinas inexorables que El no pudiera evitar, sino sólo con el fin de que “todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.” Jesús murió sólo porque *escogió* morir. La decisión fue completamente suya. Por cuanto escogió como escogió, el Padre lo ama supremamente (Juan 10: 17) y lo ha exaltado hasta lo sumo y le ha dado un Nombre que es sobre cualquier otro nombre (Filipenses 2: 8-11).

No necesitamos especular sobre lo que podía haber pasado, si Jesús hubiese escogido evitar la cruz. El no escogió así. Pero reconozcamos que fue una posibilidad—una posibilidad muy verdadera a la que Jesús tuvo que enfrentarse. Reconozcamos que el decreto de muerte dado por Dios para el Hijo del Hombre no fue unilateral; dependió de la obediencia voluntaria del Hijo quien, en sumisión a la voluntad del Padre, escogió no mandar llamar a legiones de ángeles que le salvaran de las

manos de pecadores perversos, por quienes escogió morir. En admiración y alabanza, alabemos a nuestro Salvador porque hizo esa decisión, a tan terrible costo para Sí mismo.

La victoria de Jesús en su carrera redentora no fue conferida; fue *ganada*—a un costo de lágrimas, sangre y muerte. Su victoria eterna sobre el pecado, la muerte y el infierno fue una victoria que nosotros jamás podíamos haber ganado. La ganó, pero sólo para compartirla. En gracia infinita, El comparte su victoria con nosotros; pero sólo en la medida en que nosotros confiamos en El en fe obediente, y siguiendo su ejemplo, corramos con firme perseverancia la carrera que tenemos por delante. Nuestra victoria en nuestra carrera es nada más una victoria secundaria, pero es esencial: es el requisito para compartir la victoria eterna de Cristo.

El que estaba decidido a correr su carrera—hasta llegar a la muerte de la cruz—les dijo a sus discípulos: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo aquel que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará. Porque, ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma? Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras. . . . Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono. . . . Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte.”

Si queremos ser de Cristo y compartir para siempre su victoria eterna sobre el pecado, la muerte y el infierno, “despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe,” en su manifestación suprema. Para todos aquellos que confían en El con fe obediente, El que corrió su carrera y logró la victoria imperecedera es ahora el objeto de la fe, la fuente de la gracia y el manantial de la fuerza. La victoria es segura—en tanto que nosotros continuemos “puestos los ojos en Jesús.”

El Engaño del Pecado

Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús . . . cuya casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza.

Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo; antes exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado. Porque somos hechos participantes de Cristo, con tal que retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio.

HEBREOS 3:1, 6, 12-14

CAPITULO XVI

EL ENGAÑO DEL PECADO

SE HA DICHO que un segmento considerable de la iglesia de hoy tiene gran celo por el nuevo nacimiento, pero poco interés en los recién nacidos. Mas no fue así con los apóstoles en la primera generación de la iglesia. En las epístolas del Nuevo Testamento se encuentra en forma prominente la nota de interés intenso, no sólo por el crecimiento y la madurez, sino por la seguridad espiritual—la mera supervivencia—de los santos en las diversas iglesias.

“Siento un celo santo,” les escribe Pablo a los creyentes en Corinto, “pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo” (II Corintios 11: 2, 3). De modo que sería un desastre espiritual para los corintios como el que sufrió Eva en el Edén.

Dondequiera que Pablo trabajó, parece que invariablemente lo seguían “falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazaban como apóstoles de Cristo” (v. 13) predicando “otro evangelio” que presentaban como un avance necesario sobre la enseñanza incompleta de Pablo. Los esfuerzos inflaqueables de los judaizantes fueron una vejación continua para la iglesia de la primera generación. Presentaban argumentos difíciles de combatir.

Muchas de las primeras iglesias estaban compuestas en su mayoría por judíos. Y en casi todas las iglesias que eran predominantemente gentiles, había núcleos fuertes de creyentes judíos. Es fácil entender cómo muchas de las costumbres y hábitos que habían estado arraigados en los judíos desde su niñez seguían siendo parte de ellos después de su conversión. Esto no era algo malo en sí mismo. Las Escrituras indican que aun Pablo

continuó manifestando el resto de su vida de vez en cuando, algunas costumbres que habían sido parte de sus primeros años como fariseo. Además, la iglesia nunca había conducido cruzada alguna contra el judaísmo. Al contrario, la iglesia en su concilio de Jerusalén (Hechos 15) les había pedido explícitamente a los convertidos gentiles que evitaran la clase de conducta que ofendiera innecesariamente a los adherentes del judaísmo en Antioquía, en Siria y en Cilicia (e implícitamente en cualquier otro lugar). Por petición de Jacob y de los ancianos de Jerusalén, Pablo hizo un voto ceremonial que involucró un sacrificio, en un intento de demostrarle a los creyentes judíos (y sin duda alguna a los incrédulos también) que él no era, como habían concluido, deliberadamente hostil hacia las enseñanzas de Moisés y las costumbres de los padres (Hechos 21: 18-26). Esta acción concordaba con el principio de Pablo de evitar ofender innecesariamente y de tratar de ser "a todos . . . de todo" (I Corintios 9: 19-22) en su esfuerzo por ganar a algunos para Cristo. Al leer el Nuevo Testamento es evidente que para los judíos cristianos, cualquier aspecto que quedara del judaísmo que fuese asunto de costumbre y de hábito no era en sí mismo necesariamente bueno o malo. Sin embargo, cualquier intento de imponer algunos aspectos del ceremonialismo judaico sobre los cristianos gentiles era enteramente erróneo, puesto que implicaba que tales cosas eran esenciales para la salvación.

Los "que venían de Judea" y los fariseos (Hechos 15: 1, 5) eran sin duda alguna sinceros al insistir en que los convertidos gentiles debían ser circuncidados y sujetarse a la ley de Moisés, si habían de ser salvos. Pero después de una deliberación guiada por el Espíritu, el concilio de la iglesia en Jerusalén declaró que el yugo de la ley, con la circuncisión y otros aspectos ceremoniales, no había de ser puesto sobre la cerviz de los creyentes gentiles. Si bien esas cosas no eran malas en sí mismas, tampoco eran, ni son, una parte del evangelio de Cristo y del nuevo régimen de la gracia. No son medios de justificación. Como Pedro declaró, Dios había demostrado muy claramente en la casa de Cornelio que la justificación es enteramente aparte de cualquier cumplimiento de ordenanzas ceremoniales. Pedro y sus compañeros judíos creyentes, que durante toda su vida

habían procurado observar concienzudamente la ley, habían de ser salvos mediante la gracia del Señor Jesucristo solamente (v. 11), al igual que los gentiles cuyos corazones Dios había purificado solamente sobre la base de su fe (v. 9). La declaración fue enteramente clara, definitiva y específica. De allí en adelante nadie, con buena conciencia, podía abogar por la necesidad de la circuncisión y de otros aspectos ceremoniales del judaísmo para ser justificados delante de Dios. El hacer eso sería contrario a una dirección clara del Espíritu Santo (v. 28).

Después del histórico concilio en Jerusalén, los hombres que siguieron ahogando por la necesidad de la circuncisión y de otros aspectos del judaísmo eran obviamente "falsos hermanos" que predicaban "otro evangelio." Sus esfuerzos para ganar convertidos a un ceremonialismo rígido fueron rechazados vigorosamente por Pablo y todos los ministros fieles del evangelio de Cristo. No era un asunto pequeño. El "cabal evangelio" de los judaizantes, con su insistencia en la circuncisión y ceremonias de fechas (que Pablo describió como "débiles y pobres rudimentos"), constituía un peligro fatal. Era fatal para todos los que lo recibieran, pues nulificaba completamente la sencilla "fe que descansa en Cristo Jesús" (II Timoteo 3:16, versión de Williams), que es la única condición por la que los hombres pueden experimentar el gozo de la misericordiosa salvación de Dios.

Las iglesias en Galacia parecían ser especialmente vulnerables a las enseñanzas de los "falsos hermanos" que "pervertían el evangelio de Cristo" mediante la predicación de "otro evangelio." El antecedente de ritualismo pagano de los creyentes gálatas en el área de desmedidas mortificaciones físicas les impartía una disposición que les hacía muy propensos a ser "fascinados" por los astutos judaizantes que predicaban el "evangelio" de la cruz, del cuchillo y del calendario.

Pablo se maravilló al enterarse de que, bajo el hechizo persuasivo de los judaizantes, algunos de los gálatas ya se habían tornado de la fe sencilla en Cristo a una sumisión a la circuncisión ceremonial en un esfuerzo de garantizar su justificación. Temía que otros estuvieran a punto de hacer lo mismo. "He aquí," les advierte, "yo Pablo os digo que si os circuncidáis (en un

esfuerzo de estar seguros de la justificación), de nada os aprovechará Cristo . . . de Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído. Pues nosotros por el Espíritu aguardamos por la fe la esperanza de la justicia; porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor" (5:2, 4-6).

Pablo expresa su confianza (v. 10) en que, finalmente, no quedarán contentos con una perspectiva errónea de este asunto vital que sin duda decidirá el resultado de su misma salvación. Aunque cuando "iban corriendo primorosamente" (Williams, v. 7), algunos permitieron que un apóstol falso "se metiera en su camino" para hacerlos que se alejaran de la obediencia a la verdad del evangelio, Pablo todavía tiene confianza en que, cuando sean debidamente advertidos, recobrarán una perspectiva correcta del asunto y regresarán a la obediencia a la verdad del sencillo evangelio de salvación por la gracia, por medio de la fe. Por lo tanto, hace todo lo que está a su alcance para convencerlos de que es *la fe* solamente, en *Cristo solamente*, lo que justifica a los hombres delante de Dios y garantiza su misericordiosa salvación. Una fe dividida que descansa parcialmente en Cristo y parcialmente en la circuncisión, en celebraciones marcadas por el calendario, o en otros "débiles y pobres rudimentos," es completamente ineficaz e inaceptable ante Dios.

La circuncisión y otros aspectos ceremoniales del judaísmo tuvieron su debido lugar en la economía anterior, pues Dios había dispuesto que sus hijos los observaran en la era del ayo. Bajo ciertas circunstancias, el continuar observando todas esas ceremonias no era dañino. Pero cuando una persona acudía o apelaba a ellas en un esfuerzo consciente de estar seguro de su justificación, contradecían la fe en Jesucristo, y separaban al individuo del Salvador. La transición de la fe en Cristo *solamente* a la fe en Cristo *más otras cosas*, es fatal. Por ende, cosas que en sí mismas no son malas pueden sin embargo constituir una trampa mortal. Tengamos cuidado con "lo engañoso del pecado."

En su carta que les escribió después a los colosenses, Pablo embiste contra una falsa enseñanza similar a la que afligía a

los gálatas. Las manifestaciones externas eran un poco diferentes, pero el asunto básico era el mismo. Pablo les advierte a los colosenses "que nadie (los) engañe (*paralogizomai*; Thayer dice: engañar mediante un razonamiento falso; por ende, hacer trampa, engañar) con palabras persuasivas" (2:4), alejándolos de "la firmeza de (su) fe en Cristo" (v. 5) en la cual Pablo se regocijaba. Tal como una vez recibieron a Cristo, asimismo deben seguir "andando en El; arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe" (vrs. 6, 7). Deben tener cuidado "que nadie (los) engañe (*sulagōgeō*; Thayer dice: capturar y llevarse como un botín; por ende, guiarlos lejos de la verdad y sujetarlos al dominio de uno) por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo" (v. 8). Es en Cristo donde mora toda la plenitud de la Deidad corporalmente, y en El solamente estamos completos espiritualmente (vrs. 9, 10). Pablo les dice a los colosenses que no deben permitir que "nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo, todo lo cual es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo. Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles, entremetiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su propia mente carnal, y no asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios" (vrs. 16-19).

Por toda esta epístola Pablo dejó expresiones de ". . . su intensa preocupación por las iglesias de Colosas y del área circunvecina, no fuese que una sabiduría espúrea las hiciera desertar del verdadero conocimiento."¹ La expresión final de esa sabiduría espúrea yacía en una humildad ficticia por la cual los hombres adoraban a los ángeles.

Las especulaciones en cuanto a la naturaleza de agencias espirituales intermedias—sus nombres, su rango, sus oficios—eran cosa común en las escuelas de pensamiento judío-gnóstico. 'Tronos, dominios, principados, potestades'—estos formaban parte de la nomenclatura espiritual que esos especuladores habían creado para describir los diferentes grados

¹J. B. Lightfoot, *Saint Paul's Epistles to the Colossians and to Philemon*, p. 99.

de mediadores angélicos. Sin entrar en tales especulaciones, el apóstol declara que Cristo es Señor de todos, los altos y los bajos, cualquiera que sea su rango, y por cualquier nombre que se les conozca, puesto que son parte de la creación y El es la fuente de ésta. Por medio de El fueron creados, y para El son y hacia El marchan.

Por ende el culto a los ángeles que inculcaban los falsos maestros era completamente erróneo en principio. No es difícil imaginar el móvil de esta angelolatría. Era una exhibición de humildad, puesto que representaba una confesión de debilidad en esta subyugación o subordinación a agencias mediadoras inferiores. Se consideraba factible asirse de los eslabones inferiores de la cadena que ataba la tierra al cielo, cuando el cielo mismo parecía estar más allá del alcance del hombre. Los grados sucesivos de seres intermedios eran a manera de escalones sucesivos, por los cuales un hombre podía ascender por la escalera que conducía al trono de Dios. El apóstol hace trizas esta red cuidadosamente tejida de sofismas. La doctrina de los falsos maestros se basaba en hipótesis llenas de confianza respecto a seres angelicales de los que no podían saber cosa alguna. Más aún, era una negación de la personalidad doble de Cristo y de su oficio mediador. Se deduce de un concepto correcto de la Persona de Cristo que El, y sólo El, puede salvar la sima entre la tierra y el cielo, pues El es al mismo tiempo lo más bajo y lo más alto. El levanta al hombre hasta Dios, puesto que trae a Dios al hombre. Así la cadena se reduce a un solo eslabón, y este eslabón es el Verbo hecho carne. Así como la *pleroma* reside en El, así nos es comunicada a nosotros a través de El. El substituir lealtad a cualquier otro mediador espiritual es cortar la conexión de los miembros con la Cabeza, que es el centro de la vida y el manantial de toda la energía que circula por el cuerpo.²

Hay sólo un puente entre Dios y el hombre. La traducción de I Timoteo 2:5 ejecutada por el erudito católico romano, finado Monseñor R. A. Knox de Inglaterra es particularmente vivida. Traducida al castellano rezaría así: "Hay sólo un Dios, y sólo un mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo, quien es un hombre, como ellos, y quien se dio a sí mismo en rescate por todos ellos."³ ¡Qué tragedia que el dogma y lo que practica (la iglesia católica) estén tan alejados de la verdad cardinal tan bellamente expresada en la traducción del monseñor Knox! El

² *Ibid.*, p. 103 y siguiente.

³ Del Nuevo Testamento en la traducción de Monsignor Ronald Knox, copyright 1944, Sheed and Ward, Inc., New York. Usado con permiso.

doctor Donald Grey Barnhouse relata la siguiente experiencia interesante:

Hace algunos años vivía yo en uno de los valles alpinos del Sur de Francia, predicando en una de las pequeñas congregaciones de hugonotes, mientras proseguía mis estudios en la Universidad de Grenoble. Cada jueves por la mañana caminaba seis kilómetros ascendiendo el valle hacia un pequeño centro donde les enseñaba a una veintena de niños las cosas de Dios. En la aldea vivía un sacerdote católico, quien también los jueves descendía del valle rumbo a una aldea cerca a donde yo vivía. Frecuentemente nos encontrábamos en el camino, y a veces hasta caminábamos en la misma dirección. Un día al caminar lado a lado, me dijo: "¿Por qué ustedes los protestantes objetan tan intensamente a que los católicos le oremos a los santos?" Le pedí entonces que me explicara qué ventaja se podía ganar de orar a los santos. El me contestó: "Bueno, supongamos por ejemplo que yo quisiera tener una entrevista con el presidente de la república, *monsieur Poincaré*. Yo podría ir a París y arreglar una entrevista con cualquiera de los miembros del gabinete. Podría ir al Ministerio de Agricultura, o al Ministerio de las Colonias, o a la Oficina de Relaciones Extranjeras, o de la Defensa Nacional. Ellos me facilitarían obtener una entrevista con el presidente. En la misma manera yo podría obtener la intercesión de la Virgen y de los santos en pro de mis deseos cuando oro." Me miró con un aire triunfante cuando terminó su ilustración.

Entonces yo le dije: "*Monsieur le Curé*, déjeme hacerle una pregunta. Supongamos que mi nombre es Poincaré, y que mi padre es el presidente de la República Francesa. Supongamos que yo vivo en el Palacio de los Eliseos con él, que me sentara en su mesa tres veces al día, y que frecuentemente fuese el recipiente de sus favores y ternuras, y sintiera el toque de su mano amorosa. ¿Usted cree por un momento que si yo tuviera un problema que presentarle, yo cruzaría París para ir a ver a uno de sus ministros, que confrontaría todos los guardias y burócratas que rodean a un miembro del gabinete, y finalmente al llegar hasta él, le diría: '*Monsieur le Ministre*, ¿sería usted tan amable de arreglarme una entrevista para que yo hablara con *mi papá*?' ¿No cree usted que en vez de todo eso, me le quedaría mirando a mi padre, ojo a ojo, en uno de esos momentos en que él tuviera su brazo sobre mis hombros, en demostración de afecto y le diría que tenía algo que pedirle?"

El sacerdote se quedó sorprendido. Se me quedó mirando, y abrió su boca dos o tres veces como si quisiera decirme algo, pero sin poder articularlo. Luego tomé mi pequeño Nuevo Testamento en francés que llevaba en la bolsa, y lo abrí en 2 o 3 pasajes, mismo que le pedí

que me leyera en voz alta. "A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios" (Juan 1: 12), y "Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios" (Romanos 5: 1, 2). "Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro" (Hebreos 4: 14-16).

El sacerdote me pidió que le escribiera esas referencias bíblicas para que él las leyera en lo que llamó la Biblia católica, y de allí en adelante frecuentemente me detenía con preguntas, con la actitud de quien quería descubrir algunas de las maravillas que son nuestras en Cristo.⁴

Alejarnos de una dependencia cabal en Jesucristo solamente como el único Mediador entre Dios y los hombres equivale a arrancarnos (desgajarnos, desprendernos) del Salvador, "no continuando en conexión con la cabeza" (Colosenses 2: 19, versión de Williams). A tragedia tal pueden los hombres ser llevados por el engaño del pecado, que nunca es más engañoso que cuando se disfraza de sabiduría. La "sabiduría" fue una amenaza para los efesios, tal como discernimos al leer la Primera Epístola de Pablo a Timoteo:

Como te rogué que te quedases en Efeso, cuando fui a Macedonia, para que mandases a algunos que no enseñen diferente doctrina, ni presten atención a fábulas y genealogías interminables, que acarrearán disputas más bien que edificación de Dios que es por la fe, así te encargo ahora. Pues el propósito de este mandamiento es el amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia, y de fe no fingida, de las cuales desviándose algunos, se apartaron a vana palabrería, queriendo ser doctores de la ley, sin entender ni lo que hablan ni lo que afirman.

.
 . . . sigue peleando la buena batalla, manteniendo la fe y una buena

⁴ Donald Grey Barnhouse, *Life by the Son*, págs. 43-46. Usado con permiso.

conciencia; pues algunos han tirado a un lado esta última y al hacerlo han hecho un naufragio de su fe (versión de Williams).

.

Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia, prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad. Porque todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias; porque por la palabra de Dios y por la oración es santificado. Si esto enseñas a los hermanos, serás buen ministro de Jesucristo, nutrido con las palabras de la fe y de la buena doctrina que has seguido.

.

Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren.

.

Oh Timoteo, guarda lo que se te ha encomendado, evitando las profanas pláticas sobre cosas vanas, y los argumentos de la falsamente llamada ciencia, la cual profesando algunos, se desviaron de la fe.

La naturaleza humana no ha cambiado desde los días de Pablo. Las estratagemas que Satanás usó con éxito entonces tienen los mismos resultados hoy. Los peligros que los hombres confrontaban entonces son iguales a los que nosotros confrontamos hoy. Veamos por ejemplo el espíritu de legalismo entre muchos de nuestro día, que oscurece la gracia y que torna los corazones de algunos de la fe sencilla en Cristo, solamente. He allí también los cultos de autologro, o realización de sí mismo, con sus fórmulas pseudo-bíblicas para alcanzar la felicidad presente y aun el cielo gracias al empuje de palmaditas en la espalda que la persona se da a sí misma. O pensemos en el catolicismo romano con sus miles de mediadores que alejan a los hombres del Único Mediador entre Dios y los hombres, y quien dijo: "Venid a Mí," y mediante el cual podemos "acercarnos confiadamente (literalmente con audacia) al trono de la gracia." Los hombres están dispuestos a confiar en muchas cosas—días, dietas y una variada colección de "débiles y pobres rudimentos;" esfuerzos nobles de superación personal; los santos y los ángeles

y María de Nazaret—cualquier cosa y cualquier persona, excepto a Jesucristo, el Santo Hijo de Dios y del Hombre, y ¡el único Mediador entre Dios y los hombres!

Uno puede equivocarse en cuanto a muchas cosas, doctrinalmente, y todavía ser salvo. Pero hay una área en la que no nos atrevemos a equivocarnos: el objeto de nuestra fe y la base de nuestra esperanza, de recibir la salvación de Dios. Cristo mismo debe ser el único, solo objeto de nuestra fe, y la base exclusiva de toda nuestra esperanza de alcanzar el cielo y la eternidad. Errar aquí es errar el Camino. Los hombres que depositen su confianza en cualquier otro cimiento que no sea Cristo, o que confíen en algo más en adición a Cristo, están destinados a la desilusión y la desesperación eternas. Jesús dijo: "Estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan. . . . Yo soy la puerta. . . . Yo soy el camino. . . nadie viene al Padre sino por mí."

Es esencial que procuremos "hacer sus obras," puesto que cualquier tipo de "creer" o "fe" que no conduzca a *obrar* es completamente insincero. Pero nuestra fe jamás debe descansar o basarse en todas nuestras *obras*. Toda nuestra confianza y esperanza deben estar basadas en "su sangre redentora"—en Cristo solamente, y no en ninguna otra cosa ni en el más pequeño grado, no importa cuán buena o correcta sea en sí misma. No nos atrevemos a confiar en Cristo—y en el bautismo; o en Cristo—y en la membresía en la iglesia; o en Cristo—y en una vida cristiana noble; o en Cristo—y en nuestro fiel servicio cristiano. Todas estas cosas—el bautismo, la membresía en la iglesia, la vida recta, el servicio fiel—son buenas, importantes y agradables en los ojos de Dios. Son obligación de todo cristiano, de acuerdo a las Santas Escrituras. El hombre que no se interesa en ellas no tiene la fe salvadora en Cristo ni garantía para razonar que es un hijo de Dios en camino a la casa de su Padre. Pero estas obligaciones importantes son sólo la *expresión* de la fe. Jamás deben volverse los *objetos* de nuestra fe. Toda nuestra fe debe descansar, basarse en Cristo solamente.

"Si me hicieres altar de piedras," les dijo Dios a los israelitas, "no las labres de cantería; porque si alzares herramienta sobre él, lo profanarás" (Exodo 20:25). La provisión de Dios del

Sacrificio perfecto sobre su altar eterno no necesita ser suplementada por esfuerzo humano alguno. En otra lección objetiva, Dios hirió a Uza de muerte (II Samuel 6:6, 7) porque desobedeció el mandato divino de no tocar el arca del pacto (Números 4:15-20), en la que se hallaba el asiento de misericordia de Dios. La gracia perfecta de un Dios santo no necesita ser perfeccionada, apoyada o completada por los esfuerzos de hombres pecaminosos. El presumir que el esfuerzo humano pueda suplementar la gracia (que fue el error de algunos de los gálatas) es quedar separado de Cristo y de la gracia salvadora de Dios que es nuestra sólo mediante El.

“Aunque yo tengo también de qué confiar en la carne,” les escribió Pablo a los filipenses, “si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más; . . . pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe” (3:4, 7-9).

Precisamente una de las falsas fuentes de seguridad en las que multitudes de personas sinceras ponen su esperanza para la eternidad es la doctrina errónea de la seguridad incondicional. Muchos que deploran el que algunos confían en la membresía en la iglesia, en el bautismo, en una vida moral, y en otras fuentes falsas, sin embargo basan toda su esperanza de salvación en una fuente igualmente falsa y fatal. Muchos, en forma enteramente inconsciente, han transferido su fe, de Cristo mismo al hecho de una experiencia pasada de conversión y a la validez aceptada de la popular doctrina de “una vez en gracia, siempre en gracia.” Su confianza descansa ahora realmente, no en Cristo mismo, sino en su experiencia de conversión que ocurrió en el pasado. Saben el tiempo y el lugar donde fueron salvos; pero no conocen a Cristo. No tienen un sentido de necesidad presente de El—ni un sentido de dependencia presente en Cristo para la gracia salvadora, ni de fe viviente en un Salvador viviente. Están permaneciendo, no en Cristo la Vid viviente, sino en una

doctrina popular. "Confíe en Cristo hace años," dicen. Pero desde hace muchos años que dejaron de confiar en El y ahora están confiando en su experiencia pasada de conversión, y en la aceptación errónea de que "una vez en gracia, siempre en gracia."

"Estando Cromwell en su lecho de muerte, le preguntó a su capellán acerca de la doctrina de la perseverancia final, y cuando el ministro le aseguró que era una verdad inmutable, el estadista inglés dijo: 'Entonces me siento feliz, porque estoy seguro de que una vez estuve en estado de gracia.'"⁵ ¡Tragedia indecible que los hombres vivan y mueran con su confianza y esperanza fijas, no en el mismo Señor Jesucristo, sino en el hecho de su conversión pasada y la validez inferida de una doctrina popular, pero errónea!

Mas nosotros, estando al tanto del excesivo "engaño del pecado" y conociendo su poder diabólico de engañarnos, rehusemos todas las fuentes, por dulces que parezcan, de esperanza, salvo el mismo Jesucristo. Confiando sólo en El, "retengamos firme hasta el fin nuestra confianza del principio" (Hebreos 3:14) a fin de que seamos hechos "participantes de Cristo," sus compañeros y copartícipes, por su gracia, del día perfecto e interminable de Dios.

⁵ A. H. Strong, *Systematic Theology*. p. 886.

Guardados por el Poder de Dios

Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero. En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo, a quien amáis, sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso; obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas.

I PEDRO 1:3-9

En ti confiarán los que conocen tu nombre, por cuanto tú, oh Jehová, no desamparaste a los que te buscaron.

SALMOS 9:10

CAPITULO XVII

GUARDADOS POR EL PODER DE DIOS

“Yo quisiera ser cristiano. Pero, ¿para qué? Sé muy bien que no podría serlo por mucho tiempo.” ¡Cuán frecuentemente oímos declaraciones como ésta! Muchas personas, hondamente conscientes de la debilidad de la carne, sinceramente temen que sus exiguos poderes no les permitirían perseverar en la vida cristiana. Y tienen razón. Pero hay una verdad sublime que muchos dejan de captar: Cristo no nos pide que vayamos “solos” si queremos ser sus seguidores. El ha prometido estar con los suyos todos los días, hasta el fin de la edad. ¡El rodear y sostener a todos los que le sigan en fe obediente es el propósito de su gracia infinita y de todo el poder del Dios omnipotente!

Los propósitos de Dios en la salvación de los hombres incluyen las edades interminables de la eternidad venidera. Pablo les escribió a los colosenses (1: 21, 22) diciéndoles que los que en tiempo pasado estaban separados de Dios por su hostilidad y sus obras perversas ahora han sido “reconciliados . . . en su cuerpo de carne, por medio de la muerte” a fin de que El pudiese presentarlos “santos y sin mancha e irreprochables delante de él” en su presencia santa y eterna.

Pablo tenía confianza perfecta en la gracia de Dios y su poder de guardar. Sabiendo que ya estaba cerca al fin de su peregrinación y batalla, le escribió a Timoteo: “El Señor me librará de toda obra mala, y me preservará (salvará) para su reino celestial” (II Timoteo 4: 18).

Judas le dirigió su carta “. . . a los llamados, . . . y guardados en Jesucristo,” o sea, en orden de pertenecerle a El en el tiempo y en la eternidad.”¹ En su doxología final, escribe: “Y

¹ J. E. Huther, *Critical and Exegetical Handbook to the General Epistles of James, Peter, John, and Jude*, p. 669.

a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador. . ." (v. 24).

Pedro escribe de "una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros" (I Pedro 1: 14). ¡Qué herencia tan preciosa! Y aún esta no es toda la estupenda verdad. En la misma frase Pedro declara que somos "guardados por el poder de Dios . . . para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero" (v. 5). ¡Declaración gloriosa! Una herencia eterna, que se ha de revelar en el tiempo final, está ahora mismo reservada en el cielo para todos nosotros los que, por el avasallador poder de Dios, somos guardados para esa herencia.

Pero, ¿se fijó usted que al citar I Pedro 1: 5 en el párrafo anterior omitimos tres palabras? Sólo tres palabras, pero enteramente esenciales. Y sin embargo, parece que muchos las omiten, si no al repetir el versículo, cuando menos en su comprensión. ¿Cuáles son esas tres palabras? "¡Mediante la fe!" Pedro declara que somos "¡guardados por el poder de Dios *mediante la fe!*" Parece que las palabras no hacen impacto alguno en las mentes de muchos. Recientemente un predicador radial al hablar de la gracia de Dios, se refirió dos veces a I Pedro 1: 5. En ninguno de los dos casos fue más allá de decir: "guardados por el poder de Dios. . ." Aunque dijo muchas cosas buenas en su sermón, no dio reconocimiento alguno al hecho de que es *mediante la fe* que somos "guardados por el poder de Dios." Malamente podemos menospreciar o hacer a un lado la condición esencial que regula la acción de la gracia de Dios que nos guarda. El obispo Moule escribe:

"Poderoso para guardar." Demasiado bien sé cuán susceptible es esta verdad bendita, como todas las demás, a ser mal interpretada y mal usada. Es posible declarar de tal manera, o más bien dicho, declararla a la vez que menospreciamos otras verdades paralelas, que equivalga a negar nuestra personalidad inmortal, o nuestra responsabilidad presente.²

Pablo no perdió de vista "nuestra responsabilidad presente" en su consideración de la gracia preservadora de Dios, que obra

²H. C. G. Moule, *Thoughts on Christian Sanctity*, p. 68.

en nuestro favor, para traernos al deleite eterno de la Presencia del Padre. Al escribirles a los colosenses del propósito de Dios de presentar santos, sin mancha e irreprochables en su presencia a aquellos a quienes El ha reconciliado consigo mismo mediante la muerte de su Hijo, Pablo es cuidadoso de advertirles a los colosenses que los propósitos de Dios pueden finalmente volverse realidad en ellos sólo "si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio" (1:23). El obispo Moule comenta:

Pero ese prospecto es sólo vuestro *si*, un *si* enfático (*eige*) *permanecéis fundados en vuestra (tēi) fe*, apegándoos a ese gran secreto, la confianza más sencilla en el Salvador omni-suficiente, y no en sustituto alguno de El; *fundados* como si fuese en la Roca, y firmes en la resolución de descansar allí para siempre; y *sin moveros*, *sin ceder a movimiento alguno* (*metakinoumenoi*, un participio presente, que indica una susceptibilidad crónica a los disturbios) *de la esperanza del evangelio* (la bendita esperanza del retorno del Señor para la salvación final de los suyos que le esperan y que le son fieles), *la esperanza del evangelio que habéis oído*, cuando primero fuisteis evangelizados.³

La confianza de Pablo de que "el Señor me libraré de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial" era la confianza de un hombre que podía decir: "He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe" (II Timoteo 4:7), y quien, en su carta, exhortaba fielmente al pastor de la iglesia en Efeso diciéndole: "persiste tú en lo que has aprendido . . . las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús" (3:14, 15).

Si bien la corta Epístola de Judas principia y termina con notas sublimes del poder de Dios de guardar, entre ellas hay numerosas advertencias agudas del peligro y de la tragedia de la apostasía. En su breve resumen de la Epístola de Judas, A. T. Pierson escribe:

Es una *advertencia contra la apostasía*. La fe hace santos fieles, quienes, conteniendo por la fe y preservándose, son preservados por la gracia y presentados en la gloria. El contraste es muy marcado entre los que *no guardaron* su dignidad y ahora *son guardados* para el juicio, y los

³ Moule, *Colossians Studies*, p. 97.

que se *guardan a sí mismos* y son *guardados sin caída*. La apostasía se presenta en ejemplos representativos: los antinomianos, que convierten la libertad de la gracia en licencia lasciva; los israelitas incrédulos en el Exodo; los ángeles desobedientes; los sodomitas lujuriosos; Caín, el de justicia propia; Balaam el codicioso; Coré el presuntuoso, y los necios que blasfeman. Todos nosotros estamos o guardados para el día de la condenación o preservados para el día de la presentación. Si nos guardamos a nosotros mismos en el amor de Dios, luchando por la fe, edificándonos en la santísima fe, orando en el Espíritu Santo y esperando la venida del Señor, Dios nos guardará (nos protegerá como con una guarnición).⁴

Aunque el Dr. Pierson tuvo un éxito admirable en la presentación de la médula de la Epístola de Judas en su breve resumen, el piadoso expositor al contemplar otros pasajes bíblicos no estaba siempre tan consciente de la importante verdad que Judas recalca. Por ejemplo, en su obra *The Heart of the Gospel* (El corazón del evangelio), escribe: "Ustedes me preguntan si yo creo en la perseverancia de los santos. Yo les contesto, no. No tengo confianza en los santos y en su perseverancia, pero creo en la perseverancia de Jesucristo. La razón por la que los santos perseveran en gracia es porque Jesucristo persevera en los santos."⁵ Pero todo lo contrario, Jesús afirmó que la condición por la cual *El* persevera en los *santos* es que *ellos* perseveran en *El*. "Permaneced en mí, y yo en vosotros. . . . El que en mí no permanece, será echado fuera. . ." (Juan 15: 4, 6).

Judas, quien nos asegura el poder de guardar de la gracia de Dios, nos advierte que hay una responsabilidad correspondiente que descansa en nosotros. Después de haber narrado casos específicos de apostasía, tanto históricos como contemporáneos, Judas se torna de la consideración de los apóstatas "que causan divisiones, los sensuales (inclinación terrena), que no tienen al Espíritu" (v. 19), a dirigir una advertencia urgente a sus lectores. "Pero vosotros, amados (en contraste a los apóstatas), edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna" (v. 20 y siguientes).

⁴ A. T. Pierson, *Keys to the Word*, p. 158.

⁵ Pierson, *The Heart of the Gospel*, p. 130.

En cuanto a la exhortación de Judas de "conservaos," Robertson dice lo siguiente de *tercesate*: "Primer imperativo aoristo activo (de urgencia) de *tereo*. En el versículo 1 se dice que son guardados, pero nótese la advertencia en el verso 6, tocante a los ángeles que no guardaron su dignidad."⁶

Es una verdad preciosa que la gracia de Dios nos guarda. Pero las Escrituras revelan que hay un requisito que es la responsabilidad del hombre, y es que él se guarde a sí mismo. Ambas se pueden ver, en principio, en la exhortación de nuestro Señor: "Permaneced en mí, y yo en vosotros." La acción de Dios de guardar y la acción humana de guardarse están estrechamente ligadas en muchos lugares de las Escrituras. Además del ejemplo arriba citado de Judas, consideremos los siguientes:

1. Jesús le declaró a la iglesia en Filadelfia (Apocalipsis 3). "... has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre. . . . Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero" (vrs. 8, 10).

2. Aceptando que el Manuscrito Vaticano está correcto, I Juan 5:18 contiene una referencia preciosa a la gracia de Cristo que guarda: "Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda." Pero casi a continuación encontramos esta amonestación: "Hijitos, guardaos de los ídolos" (v. 21); y Juan ya les había advertido a sus queridos hijos espirituales que se cuidaran del peligro de la apostasía que se les presentaría mediante la atracción de "muchos anticristos" que estaban tratando de seducirlos y de alejarlos del evangelio que ellos habían escuchado desde el principio (2:18-26).

3. Pablo les escribe a los tesalonicenses y les dice de su confianza en Dios, en su fidelidad, y en que El guardará sus espíritus, almas y cuerpos "irreprensibles para la venida de nuestro Señor Jesucristo" (I Tesalonicenses 5:23, 24) y ora (3:11-13) que "Dios afirme sus corazones en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos." Pero Pablo no razona que no haya

⁶ A. T. Robertson, *Word Pictures in the New Testament*, Vol. VI, p. 194.

una responsabilidad correspondiente que descansa en los tesalonicenses mismos. Todo lo contrario, expresa su profunda preocupación de que estén "firmes en el Señor" y en la fe (3: 1-10).

4. Pablo, quien había sufrido mucho como apóstol y predicador del evangelio, no estaba avergonzado, pues confiaba completamente en que Aquel en quien había creído, y por quien había sufrido gozosamente, "es poderoso para guardar mi depósito para aquel día" (II Timoteo 1: 12). Pero a su expresión de confianza sublime en la gracia de Dios que guarda sigue inmediatamente una amonestación urgente a Timoteo: "Retén la forma de las sanas palabras que de mí oíste, en la fe y amor que es en Cristo Jesús. Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros" (vrs. 13, 14). La acción de guardar el evangelio que le había sido encomendado era para Timoteo, esencial para su propia salvación más que su mera obligación como ministro. Al continuar en el evangelio verdadero, aunque los hombres malos y los engañadores irían de mal en peor, engañando a otros y siendo engañados, Timoteo continuaría siendo "sahio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús" (3: 13-15). Al continuar en la doctrina verdadera, en un día en que muchos se alejarían de la fe (I Timoteo 4: 1), Timoteo se salvaría tanto a sí mismo como a los que lo oyeran (v. 16).

5. En su oración de intercesión antes de su pasión, Jesús oró: "Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros. . . . No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal" (Juan 17: 11, 15). Algunos declaran que es imposible que alguien que haya creído una vez en Jesús subsecuentemente se pierda, puesto que Dios tiene que contestar la oración de su Hijo. Pero Jesús oró en favor de aquellos que le enviaron a la cruz: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen." ¿Dehemos entonces nosotros razonar que, porque Jesús oró así, todos los miembros del Sinedrín, Pilato, Herodes, Judas, los soldados, y toda la multitud burlesca fueron perdonados, sencillamente porque Jesucristo oró por ellos? ¿Hemos de creer que todo ese nefando grupo fue inmediatamente destinado para la salvación, sencillamente porque Jesús oró por ellos? Jesús oró en voz alta junto a la tumba de Lázaro para beneficio de "la multitud que está alrededor, para

que crean que tú me has enviado" (Juan 11:42). ¿Hemos nosotros de inferir que todos los que oyeron su oración y por quienes El oró quedaron necesariamente persuadidos de que El había sido verdaderamente enviado por Dios? Obviamente no fue así. Es evidente, por la narración de Juan, que aunque muchos de los judíos que presenciaron la resurrección de Lázaro creyeron, otros no.

Seguramente que no hay nada ineficaz en la gracia guardadora del Padre; es infinita. Pero tampoco faltaba nada en el poder de guardar de Jesús, quien dijo: "Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición" (Juan 17:12). Aquellos que el Padre le dio⁷ Jesús los guardó—excepto uno. Ni el Padre ni el Hijo pueden guardar a aquellos que no quieren aceptar las condiciones por las cuales pueden ser guardados. No es, como algunos neciamente declaran, un asunto de si los hombres "son más fuertes que Dios." Ni es tampoco un asunto de lo que Dios *podría* hacer. Es sólo un asunto de lo que Dios *hace*, tal como nos lo revelan las Santas Escrituras. Las Escrituras declaran que los hombres son libres para alejarse de Dios, y a los creyentes se les dan solemnes advertencias en contra de que hagan eso (Hebreos 3:12). De aquellos a quienes El había guardado, Jesús declaró: "Han guardado tu palabra" (Juan 17:6). Esto tiene más que importancia pasajera, tal como podemos discernir de la promesa (y la advertencia) de Jesús: "El que guarda mi palabra, nunca verá muerte" (Juan 8:51). "Guardar su palabra" es más que una recepción momentánea; debe ser una costumbre, siguiendo el ejemplo del Señor mismo, quien dijo: "Le conozco (al Padre), y guardo su palabra" (v. 55). Jesús dijo: El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y me manifestaré a él. . . . El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él. . . . Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced (*menō*) en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así

⁷ Para la discusión de la pregunta "¿Quiénes Son Dados por el Padre a Jesús?" véase el Apéndice B.

como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor" (Juan 14: 21, 23; 15: 9, 10). Los que *guardan* son guardados.

6. El escritor a los Hebreos nos exhorta: (estad) "contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré" (13: 5). Si hay algo que pueda engendrar el contentamiento en cualquier circunstancia, es la promesa de que el Señor no abandonará a los suyos. Pero poco antes de este recordatorio de la promesa del Señor de no abandonar a los suyos, el escritor les había advertido a sus lectores: "Mirad que no desechéis al que habla. Porque si no escaparon aquellos que desecharon al que los amonestaba en la tierra, mucho menos nosotros, si desecháremos al que amonesta desde los cielos" (12: 25). Por todo el curso de su carta, él les había advertido a sus lectores en contra del peligro horrible de olvidar al Señor, un peligro que los confrontaba constantemente.

El pasaje del Antiguo Testamento del que el autor de la Epístola a los Hebreos echa mano para citar la promesa del Señor de no olvidar a los suyos es Deuteronomio 31: 6, 8. Pero también contiene la advertencia solemne del Señor de que cuando los israelitas le abandonen y violen sus pactos, su ira se encenderá contra ellos y los abandonará (vrs. 16 y siguientes; véase I Crónicas 28: 9, II Crónicas 15: 2, Salmos 9: 10, Esdras 8: 22). El peligro nunca es que el Señor abandone a su pueblo; sino más bien que su pueblo lo olvide a El. "Si te negáremos," escribe Pablo, "él también nos negará" (II Timoteo 2: 12). "Permaneced en mí, y yo en vosotros."

7. Aquellos a quienes Pedro exhorta a encomendar "sus almas al fiel Creador, y hacer el bien" (I Pedro 4: 19), también los amonesta a ser "sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar: al cual resistid firmes en la fe" (5: 8, 9). Ya previamente los había amonestado, como peregrinos y extranjeros en la tierra, que se abstuvieran "de los deseos carnales que batallan contra el alma" (2: 11). El hecho de que Dios guarde fielmente nuestras almas no elimina nuestra responsabilidad de "conservarnos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna" (Judas 21). El que nosotros

nos guardemos a nosotros mismos en su amor, en anticipación fiel de la misericordia de nuestro Salvador para vida eterna, es un requisito esencial para que El guarde nuestras almas. Podemos confiar en Cristo para que nos salve, y podemos confiar en El para que nos guarde; pero *tenemos* que confiar en El.

8. Consideremos una vez más I Pedro 1:5. Pedro declara que es "mediante la fe" que somos "guardados por el poder de Dios . . . para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero." Inmediatamente después de su referencia a la necesidad de la fe como la condición por la que somos guardados por el poder de Dios para la salvación final, Pedro nos estimula a permanecer firmes durante nuestras pruebas y aflicciones presentes (vrs. 6-9) y declara que lo que *creemos ahora* es la base sobre la cual estamos *recibiendo ahora* el fin de nuestra fe, la salvación de nuestras almas (vrs. 8, 9). Podemos confiar en Cristo para que nos salve, y podemos confiar en El para conservarnos todo el camino; pero *tenemos* que confiar en El—hasta el fin. La necesidad de conservarnos a nosotros mismos en la gracia salvadora de Cristo es tanto una doctrina de las Santas Escrituras como el poder y la fidelidad de Cristo de salvar y de guardar a todos los que confían en El.

Pablo elogió a los tesalonicenses por la firmeza de su fe, que se había expresado en "vuestra paciencia y fe en todas vuestras persecuciones y tribulaciones que soportáis. Esto es demostración del justo juicio de Dios, para que seáis tenidos por dignos del reino de Dios, por el cual asimismo padecéis" (II Tesalonicenses 1:4, 5). Parece algo abrumador que pudiera haber sentido alguno en el que nosotros—pecadores como somos—pudiéramos ser considerados "dignos del reino de Dios." Y sin embargo nuestro Señor declara que en Sardis había unos cuantos que no habían contaminado sus vestiduras, y de ellos afirma: "Andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignos. El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles" (Apocalipsis 3:4, 5).

Es cierto que podemos ser considerados dignos del reino de Dios y dignos de caminar con Cristo delante del Padre y de sus ángeles sólo por la gracia de nuestro amoroso Salvador.

quien es El mismo nuestra "sabiduría, justificación, santificación y redención" (I Corintios 1:30), así como también es nuestra vida (Colosenses 3:4). Pero la justicia y la vida salvadora del Cristo resucitado (Romanos 5:10) no pueden ser de ayuda alguna a los hombres infieles. La justicia que Dios requiere de los hombres que han de ser parte de su reino eterno es "la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él" (Romanos 3:22)—no meramente por un momento, sino como una costumbre y persistentemente, aun durante las pruebas y las tentaciones. Pablo fue fiel en exhortar a sus convertidos: "exhortándoles a que permaneciesen en la fe, y diciéndoles: Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios" (Hechos 14:22)—la realización efectiva del "reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo" (II Pedro 1:11), la salvación final que ahora tiene que ser anticipada por fe viviente en nuestro Salvador viviente.

La vida cristiana es una vida de lucha espiritual, y todos los que quieran ser de Cristo eternamente tendrán, necesariamente que "pelear la buena batalla de la fe" y continuamente "echar mano de la vida eterna" en el conflicto en contra de "los dardos de fuego del maligno . . . y de los gobernadores de las tinieblas de este siglo" y de "las concupiscencias de la carne que luchan contra el espíritu." Santiago escribe: "Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido (literalmente significa: haya salido aprobado) la prueba, recibirá la corona de la vida, que Dios ha prometido a los que le aman" (1:12). Algunos insisten en que la promesa de la que Santiago escribe no es la vida misma, sino sólo una *corona* de vida. La vida, afirman, es un don; pero la corona (que de acuerdo a ellos es sólo un símbolo de esa vida) es una recompensa. Pero *τῆς ζωῆς* en Santiago 1:12 (al igual que en la promesa de nuestro Señor en Apocalipsis 2:10) es el genitivo de aposición, y por lo tanto la corona que se contempla es la vida misma. Robertson comenta: "Es el genitivo de aposición, y la corona viene a ser la vida misma."⁸ Mayor declara: "Genitivo de definición . . . 'la corona que consiste de vida eterna.'"⁹

⁸ Robertson, *op. cit.*, p. 17.

⁹ J. B. Mayor, *The Epistle of St. James*, p. 49.

Es cierto que la vida eterna es el don gratuito de Dios para los pecadores que no la merecen. Pero así como la aceptación del don es costoso (como consideramos en el capítulo 2), asimismo retener o conservar ese don, después que se ha recibido es costoso también. Hay por lo tanto un sentido en el que la vida eterna, aunque es el don de la gracia de Dios a los hombres que no lo merecen, es también una recompensa para aquellos que sufren fielmente las pruebas y salgan avantes de ellas, como los vencedores por Cristo; para los que "salgan aprobados" como dice Santiago. Las promesas de Jesús a los vencedores confirman el hecho de que la corona prometida no es meramente un símbolo, sino la vida eterna propiamente: "Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida. . . . El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte. . . . Y no borraré su nombre del libro de la vida; y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles. . . . Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios" (Apocalipsis 2:10, 11; 3:5; 2:7). El conflicto es verdadero, y el resultado es la vida eterna.

Conquistar es ineludible para nosotros, si es que hemos de reinar eternamente con Cristo. El ha prometido: "Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono" (Apocalipsis 3:21). "Si sufrimos pacientemente" escribió Pablo, "reinaremos también con El. Si lo desconocemos, El también nos desconocerá a nosotros" (II Timoteo 2:12, traducción de la versión de Williams). Sólo si sufrimos con Cristo seremos glorificados con El (Romanos 8:17). "El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo. Pero los cobardes (*tois deilois*, palabra vieja . . . para los cobardes que abjuraban bajo persecución¹⁰) e incrédulos [*apistois*, sin fe, que no se puede depender de ellos, en contraste a Cristo '*ho pistos*' (1:5)."¹⁰] . . . tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda" (Apocalipsis 21:7, 8). Tendremos que conquistar, si es que hemos de heredar lo que ha sido preparado para los que le aman.

¹⁰ Robertson, *op. cit.*, p. 469.

No nos sorprenda "el fuego de prueba" por el que pasamos, como si algo raro nos hubiera sucedido. En vez de sorprendernos, regocijémonos de "la prueba de nuestra fe." "Sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría" (I Pedro 4:13). Con Pablo, consideremos que "las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse . . . si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente seamos glorificados" (Romanos 8:18, 17). Regocijémonos en las pruebas de nuestra fe; son una evidencia de nuestra condición filial y las arras de buenas cosas venideras. Recordémonos que "es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino" (Hechos 14:22)—la entrada final "en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo" (II Pedro 1:11) en su manifestación divina tangible, cuando la fe se vuelva lo que se ve.

Como Pablo podemos estar completamente confiados en que, al confiar nosotros en El, "El Señor nos librará de toda obra mala, y nos preservará para su reino celestial" (II Timoteo 4:18). Si confiamos en El y lo seguimos, El estará con nosotros todo el camino, y hasta el fin, y el día de su triunfo nos encontrará entre aquellos de quienes está escrito: "Y ellos le han vencido (a Satanás) por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte" (Apocalipsis 12:11). Lo único por lo que debemos ahora percatarnos es que "con propósito de corazón permanezcamos fieles al Señor" (Hechos 11:23).

Hace algún tiempo, un padre joven compartía lo que pesaba sobre su corazón. Estábamos sentados los dos, solos, en la quietud de mi oficina. El había pasado por una pérdida reciente, y ahora estaba atravesando por aguas profundas de mala salud, pérdida de dinero y gastos crecientes. Nunca olvidaré sus palabras. Después de unos momentos de quietud, se me quedó mirando y me dijo: "Pero esas manos taladradas por los clavos son mías. Me asen fuertemente."

Encima del dintel del *Pastor's College* de Spurgeon en Londres, el gran predicador bautista mandó grabar las palabras:

“Asiendo, soy asido.” ¡Preciosa verdad! Pero ni la primera cláusula ni la última pueden permanecer solas. Se complementan mutuamente. Juntas, incluyen el significado de las palabras de nuestro Salvador: “Permaneced en mí, y yo en vosotros.” De modo que la suma de todo el asunto es: permanecer en Cristo. Arraiguemos y basemos nuestras vidas y personalidades en El, y entonces el deseo más íntimo de Dios se cumplirá en nuestra vida, y El nos presentará sin mancha o culpa alguna ante el fulgor de su presencia. Allí todos tendremos que comparecer y permitir que esa luz que todo lo penetra nos examine de pies a cabeza. ¿Cómo esperamos poder ser encontrados “en El en paz, sin mancha o culpa”? Hay una sola manera: vivir en el ejercicio constante de fe en Cristo y aferrarnos a El tan estrechamente y seguramente que el mundo, la carne y el diablo no logren separarnos. Entonces El nos asirá, y su gran propósito, que le trajo a la tierra y le clavó a la cruz, se cumplirá en nosotros; y al fin, elevaremos nuestras voces de adoración y alabanza a Aquel “que es poderoso para guardarnos sin caída, y presentarnos sin mancha delante de su gloria con gran alegría.”¹¹

“Asiendo, ¡soy asido!”

¹¹ Alexander Maclaren, *The Epistles of St. Paul to the Colossians and Philemon* (The Expositor's Bible, ed. W. Robertson Nicoll), p. 115.



*Para que Sepáis que Jenéis
Vida Eterna*

Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida. Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna.

I JUAN 5: 11-13

CAPITULO XVIII

PARA QUE SEPAIS QUE TENEIS VIDA ETERNA

HACE POCO un próspero hombre de negocios, quien también es un cristiano devoto se encontró con su banquero, quien para iniciar la conversación le dijo: "Hola, Pete, ¿qué me dices?" A lo que este creyente le contestó: "la sangre de Jesucristo me limpia de todo pecado, soy un hijo de Dios por la fe, y voy camino al cielo."

Sorprendido e impresionado por la inesperada respuesta, el banquero le dijo: "¡Pero un momento, por favor, Pete. . . ! Lo que me has dicho es tremendo; entra por favor a mi oficina, y cuéntame un poco más." Mi amigo tuvo el privilegio de hablar en detalle de la gracia sobreabundante de Dios y las posesiones gloriosas que Dios ha provisto para todos los que creen en El.

El mundo está hambriento de saber algo que podamos decir "con certidumbre," de lo que "estemos seguros." Quiere oír declaraciones en las que los seres humanos puedan poner su confianza en este día lleno de confusión e incertidumbre. Y Dios está más interesado aún que ellos, de que todos sepan los tesoros que El ha provisto, en su gracia omni-suficiente, para los hijos de los hombres. Entre otras cosas, El quiere que los hombres sepan que pueden estar seguros de la vida eterna.

Muchos declaran que es imposible que los hombres sepan, en esta vida y en el presente, que tienen vida eterna. De acuerdo a las Santas Escrituras están equivocados. Pero igualmente equivocados están los que declaran que todos aquellos que están seguros de haberse convertido no deben ya jamás dudar del hecho de su salvación personal. No están de acuerdo con Pablo de que hombres a quienes él se dirigió llamándolos "santos" que habían

sido "santificados en Cristo Jesús" deberían ser amonestados a examinarse a sí mismos (II Corintios 13:5), para ver si "están en la fe," o si en vez de eso son reprobados en quienes Cristo ya no mora ("adokimoi, el mismísimo adjetivo que Pablo se puso ante sus propios ojos como un resultado temible que debía evitar, I Corintios 9:27").¹ No están de acuerdo con Juan de que hay una posibilidad verdadera y mortífera de que los hombres que han experimentado cabalmente la gracia salvadora de Dios puedan abandonar el Evangelio de Cristo que antes recibieron, y al hacerlo deshacerse del Hijo y perder la vida eterna que es nuestra solamente en El (I Juan 2:23-25). No están de acuerdo con Pedro en que hombres que han obtenido "una fe igualmente preciosa que la nuestra, por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo" y que ahora son "participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia," tengan sin embargo que cuidarse del peligro de ser "arrastrados por el error de los inicuos," y efectivamente lleguen así a compartir el destino de hombres inestables que "tuercen las otras Escrituras, para su propia perdición" (II Pedro 3:16-18). Pero,

El que nunca dudó de su condición,
Tal vez lo haga—demasiado tarde.

No hay ningún otro conocimiento que se compare en importancia a la seguridad de la vida eterna. Gracias a Dios, podemos tener tal seguridad. Pero, ¿cómo? Definitivamente no por la manera en que nos sentimos sobre el asunto. A veces escuchamos testimonios como el siguiente: "Por años viví caído de la gracia. Pero todo ese tiempo en que vivía en pecado, sabía en mi corazón que era hijo de Dios, y que todavía era salvo." No pondríamos en tela de duda la sinceridad de personas que hagan tales declaraciones. Pero hay razón de poner en duda su inteligencia y entendimiento espirituales. Los sentimientos y las emociones humanas no son ni un guía fidedigno a la verdad divina ni un índice seguro de la condición espiritual de uno. "Sansón no sabía que el Señor se había apartado de él. . . . El corazón es engañoso sobre todas las cosas. . . . Hay un camino que al

¹A. T. Robertson, *Word Pictures in the New Testament*, Vol. IV, p. 270.

hombre le parece bueno. . . . Tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo . . . no sabe a dónde va . . . se engaña en su propio corazón. . . .”

La manera en que los seres humanos se sienten no decide las cosas. Muchas personas inconversas dicen con sinceridad absoluta: “Siento que estoy bien tal como soy.” O, “no tengo miedo de morir.” O bien, “me parece que estoy tan seguro de ir al cielo como cualquiera de los de la iglesia.” Pero la manera en que los hombres se sienten en cuanto a cosas espirituales no decide nada. Cuando principiamos a determinar nuestra condición o estado espiritual y a definir nuestras doctrinas por la experiencia, los sentimientos, las emociones y las opiniones humanos, hemos tomado un sendero erróneo cuyo destino es el desastre eterno. (¿No es precisamente este procedimiento erróneo un factor primordial en la formación oprobiosa de múltiples sectas?). Nadie en nuestro día puede sentirse más seguro de su salvación que lo que se sentían los que hace siglos se justificaban a sí mismos en su rechazo de Jesús con la confianza de que: “somos la simiente de Abraham . . . tenemos un Padre, a Dios.” Dependrer en nuestras emociones es muy imprudente.

Aunque Calvino enseñó que, para los elegidos, el testimonio interno del Espíritu es un medio importante de recibir la seguridad (de que son salvos), también enseñó que el reprobado puede recibir un testimonio interno similar, experimentado efectivamente la gracia de Dios a tal grado que se imagine a sí mismo que es uno de los elegidos. Pero puesto que no lo es, Dios (así creía Calvino) no tiene intención alguna de que la experiencia de tal persona en su gracia perdure. Desde el principio su intención es que se marchiten y mueran. “No hay nada raro,” escribió Calvino, “en que Dios haya arrojado algunos rayos de gracia sobre los reprobados, y que después permita que esos rayos se extingan” (3:2-12). Esto sucede, de acuerdo a Calvino, mediante “una operación inferior del Espíritu,” cuyo propósito cabal es “poder mejor hallarlos culpables y que queden sin excusa alguna” (3:2-11). (Para Calvino, esto estaba en perfecto acuerdo con “. . . la doctrina que yo mantengo, de que los reprobados son odiosos para Dios, y esto con perfecta justicia,

puesto que los que están destituidos de su Espíritu no pueden producir nada que no merezca la maldición" [3: 24: 17]).

Sosteniendo que los reprobados pueden reaccionar al evangelio, ejercer fe en Cristo y en las misericordias de Dios, y en efecto experimentar la gracia a tal grado que crean sinceramente que son de los elegidos, Calvino escribió (3: 2: 12):

. . . la experiencia muestra que los reprobados son algunas veces afectados en manera tan similar a los elegidos que, aun en su propio juicio, no hay diferencia entre ambos. Por ende, no es extraño que el Apóstol les atribuya el haber gustado del don celestial, y que Cristo mismo les haya dado una fe temporal. No que hayan percibido verdaderamente el poder de la gracia espiritual y la luz segura de la fe; pero que el Señor, para mejor declararlos convictos y dejarlos sin excusa alguna, induce en sus mentes tal sentido de bondad como se puede sentir sin el Espíritu de adopción. . . . Por lo tanto, puesto que Dios sólo regenera a los elegidos sólo para siempre por medio de la simiente incorruptible, conforme la semilla de vida una vez sembrada crece en sus corazones nunca perece, de modo que en realidad sella en ellos la gracia de su adopción, para estar segura y firme. Pero en esto no hay nada que impida una operación inferior del Espíritu que tome su curso en los reprobados. Mientras tanto, a los creyentes se les enseña que se examinen a sí mismos cuidadosa y humildemente, no sea que la seguridad carnal se adentre y tome el lugar de la seguridad de la fe. Podemos añadir que los reprobados nunca tienen nada más que un sentido confuso de gracia, echando mano de la sombra en vez de la substancia, porque el Espíritu efectivamente sella el perdón de pecados sólo en los elegidos, aplicándolo por fe especial a su uso. Con todo, correctamente se dice que los reprobados creen que Dios los ha propiciado, por cuanto aceptan el don de reconciliación, aunque en forma confundida y sin el verdadero discernimiento; no porque sean partícipes de la misma fe o regeneración con los hijos de Dios; sino porque, bajo el disfraz de la hipocresía, parecen tener un principio de fe común a ellos. Ni tampoco niego que Dios ilumina sus mentes hasta este punto, que reconozcan su gracia;² pero El distingue esa convicción del testi-

² Pero Pablo declaró que "el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente" (I Corintios 2: 14). Jesús enseñó que los hombres pueden conocer la verdad de sus enseñanzas sólo si hacen sinceramente la voluntad de Dios (Juan 7: 17), lo cual es enteramente opuesto al concepto de Calvino de "bajo el disfraz de hipocresía." Calvino mismo declara (1: 6: 2) que ". . . es imposible para hombre alguno obtener aún la porción más pequeña

monio peculiar que les da a sus electos, en este respecto del que da a los reprobados que nunca obtienen el resultado cabal o la fruición plena. Cuando se muestra a Sí mismo propicio a ellos, no es como si verdaderamente los hubiera rescatado de la muerte y tomado bajo su protección. Sólo les da una manifestación de su misericordia presente. (Nota de pie: el francés añade: "*Comme par une bouffee*" —como por saltos y empujones.) En los elegidos solamente El implanta la raíz viviente de la fe para que perseveren hasta el fin. Así es como contestamos la objeción de que si Dios verdaderamente manifiesta su gracia tiene que durar para siempre. No hay nada contradictorio en esto con el hecho de que El ilumine a algunos con un sentido presente de gracia, que después resulta pasajero.

Aunque la fe es el conocimiento del favor divino hacia nosotros y una persuasión cabal de su verdad, no es extraño que el sentido del amor divino, el cual aunque muy similar a la fe difiere mucho de ella, desaparezca en aquellos que son impresionados temporalmente. La voluntad de Dios es, yo lo confieso, inmutable,³ y su verdad es siempre consistente consigo misma; pero yo niego que los reprobados jamás lleguen o avancen tan lejos hasta el punto de penetrar a esa revelación secreta que las Escrituras reservan sólo para los electos. Por lo tanto, niego que ni entiendan su voluntad considerada inmutable, o que firmemente abracen su verdad, puesto que ellos descansan satisfechos con una impresión que se evapora; tal como un árbol que no ha sido plantado con suficiente profundidad puede echar raíces, pero con el proceso del tiempo se marchitará, aunque por varios años no sólo produzca hojas y flores, sino hasta fruto. En breve, así como por la rebelión del primer hombre la imagen de Dios pudo ser borrada de su mente y su alma, así también no hay nada raro en que El derrame algunos rayos de gracia sobre los reprobados, y que después permita que esos rayos se extingan.⁴

de doctrina sana y correcta sin ser un discípulo de la Escritura. De aquí que el primer paso hacia el verdadero conocimiento se toma cuando reverentemente aceptamos el testimonio que Dios se ha dignado darnos en las Escrituras de Sí mismo. Puesto que no sólo la fe, la fe cabal y perfecta, sino todo el conocimiento correcto de Dios se origina en la obediencia." Y la obediencia, añadamos, está muy lejos de cualquier "disfraz de hipocresía."

³ Calvino consideraba la reprobación un decreto positivo. Para una discusión breve de la posición de Calvino de la reprobación y su premisa fundamental errónea, véase el Apéndice D.

⁴ Esta era la explicación que Calvino daba al hecho de que tantos caen de la gracia, verdad que él reconocía. Su teología requería de él que diera por sentado que los que caen de la gracia lo hacen por designio expreso de Dios. Creen por un tiempo, pero sólo para caer junto al camino porque no son de

Calvino reconoció que su argumento lo estaba metiendo en una dificultad seria. "Pero si se objetara," escribe, "que los creyentes no tienen un testimonio más fuerte para asegurarles de su adopción, yo contesto que aunque hay un gran parecido y afinidad entre los elegidos de Dios y los que son impresionados por un tiempo con una fe perecedera, sin embargo sólo los electos tienen esa plena certidumbre de la que Pablo habla, y que nos permite clamar: Abba, Padre" (3:2:11).

Pero la contestación de Calvino no elimina en forma alguna su dificultad. Porque si (como él declaró) es imposible para el cristiano reprobado percibir que el testimonio interior del que está consciente no es realmente válido, y si en su propio mejor juicio le es imposible observar diferencia alguna entre él mismo y los verdaderamente electos, y si el cristiano reprobado es completamente sincero en creer que Dios le ha sido propicio y le ha dado el don de la reconciliación, y en creer que él mismo es de los verdaderamente electos, ¿cómo entonces pueden los sentimientos personales de uno ser base fidedigna para "la plena certidumbre" de la salvación? En realidad, de acuerdo al argumento de Calvino, uno no puede saber si sus sentimientos de certidumbre son justificados, o si son sólo una presunción vana.

Al mismo tiempo que al sentimiento interno, Calvino también apeló a la doctrina de la elección como la base segura de confianza:

Los que impiden el acceso y creen que nadie gustaría de esta doctrina (elección, tal como la entendía Calvino) son igualmente injustos con Dios y los hombres, no habiendo otros medios de humillarnos como nos conviene, o de hacernos sentir cuánto le debemos. Ni tampoco tenemos en otro lugar fuente segura alguna de confianza (3:21:1).

Los defensores de la doctrina de la seguridad incondicional a menudo declaran que la seguridad condicional es contraria a la doctrina de la elección—lo que significa, desde luego, la elección *incondicional*. (Una excepción es el finado Dr. Henry

los electos y por lo tanto deben perecer. Dios decide que perezcan, pues tal es el único propósito y destino para el cual Dios los creó. La premisa de Calvino, esencial a la defensa de la lógica de su teología, es completamente contraria a la afirmación total de las Santas Escrituras.

C. Thiessen quien en su obra *Introductory Lectures in Systematic Theology* [Eerdmans Publishing House], presenta un caso válido para la elección condicional a la vez que aboga por la seguridad incondicional de “aquellos que han tenido una experiencia vital de salvación.”) Una consideración extensa de la doctrina de la elección, con sus muchas facetas, no cabe dentro de los límites del presente volumen.⁵ Pero aun si uno acepta la definición de Calvino de la doctrina de la elección, no recibe (de ella) base alguna para la seguridad de su salvación. Puesto que al declarar que aparte de la doctrina de elección no tenemos “base segura de confianza” de la salvación, Calvino no quiso decir que la doctrina nos brinde tal base de confianza meramente como una doctrina objetiva. El creía que se vuelve tal “base segura de confianza” sólo sobre la base de evidencia específica de la elección personal de uno.

Pero, ¿qué constituye tal evidencia? Aquí Calvino apela una vez más a sentimientos y definiciones humanos de la experiencia individual personal; escribe: “En cuanto a los electos, consideramos el llamado como la evidencia de la elección, y la justificación como otro símbolo de su manifestación, hasta que sea completamente obrada al alcanzar la gloria” (3: 21: 7).

Pero la contención de Calvino de que la experiencia de uno de ser llamado y justificado es evidencia fidedigna de su elección personal es completamente nulificada por su contención de que los cristianos reprobados, al igual que los verdaderamente electos, sinceramente creen que ellos han sido llamados y justificados. ¿Cómo se puede saber si el llamado y la justificación de uno son verdaderos, o sólo imaginarios? ¿Cómo se puede saber si la experiencia que uno tiene de la gracia de Dios es, en la intención de Dios, permanente o sólo temporal? ¿Cómo se puede saber si Dios ha implantado en uno “la raíz viviente de la fe” que está destinada a perdurar, o si su fe tarde o temprano resultará ser solamente “pasajera”? Obviamente, sólo se puede saber si uno persevera finalmente (o si deja de perseverar) en la fe. No hay seguridad válida de la elección y la salvación final de ningún hombre, aparte de su perseverancia deliberada en la fe. Calvino mismo finalmente llegó a esta conclusión. En su comentario sobre Hebreos 6: 12, escribió:

⁵ La doctrina de elección es el tema de un manuscrito que se está preparando.

12. Sino seguidores, o imitadores, y palabras subsecuentes. A la pereza contraponen la imitación; es por lo tanto lo mismo a si hubiese dicho que había necesidad de constante alacritud de mente; pero tuvo más peso cuando les recordó que los padres no fueron hechos partícipes de las promesas sino mediante la firmeza invencible de la fe.

La fe y la paciencia, &c. A lo que se refiere es a una fe firme que tiene la paciencia como su compañera. Pues la fe es el requisito principal, pero por cuanto muchos que al principio hacen un despliegue maravilloso de la fe pronto fallan, el apóstol muestra que la verdadera evidencia de esa fe que no es pasajera estriba en su duración.

13. Por cuanto Dios hizo la promesa a Abraham, &c. Su propósito era probar que la gracia de Dios no se ofrece en vano, a menos que recibamos la promesa por la fe y la atesoremos constantemente en lo recóndito de nuestro corazón.⁶

Y al comentar sobre Hebreos 3:6-14, Calvino escribió:

. . . el autor de esta epístola exhorta a los judíos que ya habían hecho una profesión en Cristo a que perseveraran en la fe, para que fuesen considerados dignos de estar en la familia de Dios. Antes había dicho que la casa de Dios estaba sujeta a la autoridad de Cristo. Pertinente a esta declaración añade la amonestación de que tendrían un lugar en la familia de Dios cuando obedecieran a Cristo. Pero puesto que ya habían recibido el evangelio, menciona su condición si perseveraran en la fe.

Este pasaje nos recuerda que siempre hemos de progresar hasta el momento mismo de la muerte, puesto que toda nuestra vida es como si fuese una carrera.

12. *Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad, &c.* He preferido conservar literalmente lo que el apóstol declara, en vez de dar una paráfrasis del perverso o depravado *corazón de incredulidad*, por lo cual intima que la incredulidad estaría relacionada con la depravación o la perversidad, si después de haber recibido el conocimiento de Cristo se alejaban de su fe, puesto que se dirige a quienes habían sido injertados con los elementos de la cristiandad; por ende inmediatamente añadió: *para apartarse*; porque el pecado de apostasía es acompañado con la perfidia.

⁶ Calvin, *Commentary on the Epistle to the Hebrews*, p. 146.

13. También señaló el remedio, para que no cayera en esta maldad, y el remedio era: *exhortaos los unos a los otros*. Por cuanto por naturaleza somos inclinados al mal, tenemos necesidad de varias ayudas para conservarnos en el temor de Dios. A menos que nuestra fe sea elevada de vez en cuando, yacerá postrada; a menos que reciba calor, se congelará; a menos que sea vivificada, se volverá inerte. Dios quiere entonces que nos estimulemos el uno al otro por exhortaciones mutuas, para que Satanás no se meta en nuestros corazones y con sus falacias nos aleje de Dios. Y esta es una forma de hablar que debe observarse especialmente; porque no caemos inmediatamente por el primer asalto en esta locura de luchar contra Dios; sino que Satanás por grados nos asalta arteramente por medios indirectos, hasta que nos tiene atrapados en sus engaños. Luego, estando verdaderamente ciegos, nos declaramos en rebelión franca.

Necesitamos pues confrontar este peligro a su debido tiempo, pues está cerca de todos nosotros, y nada es más posible que el ser engañados. De este engaño viene al fin la dureza de corazón. Por eso vemos cuán necesario es que seamos despertados por las púas incesantes de exhortaciones. Ni se trata de que el Apóstol dé sólo un precepto general, para que todos tengan cuidado de sí mismos; no, sino que él pide que también sean solícitos de la salvación de cada miembro, a fin de que no permitan que ninguno de los que han sido una vez llamados perezca por su negligencia. Y el que siente que es su deber cuidar de tal manera por la salvación de todo el rebaño al grado de no menospreciar ni a uno solo de los corderos, desempeña en este caso el oficio de un buen pastor.

.

14. *Porque somos hechos participantes, &c.* Los elogia por haber principiado bien; pero para que no sea que, por el pretexto de la gracia que han obtenido anteriormente, ahora se den el lujo de regocijarse en una seguridad carnal, les dice que hay necesidad de perseverar, porque muchos habiendo sólo probado el evangelio ya no piensan en progreso alguno, como si hubiesen ya llegado a la cumbre. Así pasa que no sólo se detienen en la mitad de su carrera, o lo que es peor aún, casi en cuanto la principiaron, sino que se encaminan en otra dirección. Verdaderamente plausible es esta objeción: "¿Qué más podemos desear después de haber encontrado a Cristo?" Pero si uno llega a poseerle por la fe, debemos perseverar en ella, a fin de que sea nuestra posesión perpetua. Cristo entonces, se ha dado a Sí mismo para que nosotros lo disfrutemos con esta condición, para que por la misma fe por la que se nos admite

a una participación de El, preservemos una bendición tan grande hasta la muerte.⁷

En su comentario sobre Los Hechos, Calvino es excelente en su interpretación de la exhortación de Pablo a los creyentes en Listra, Iconio y Antioquía (14:20-22): el resumen de sus comentarios dice así:

. . . que los fieles no traten con negligencia la Palabra de Dios, como si la lectura y la predicación de ella fuesen innecesarias; porque no hay un hombre que no tenga necesidad de confirmación continua.

⁷ *Ibid.*, págs. 81-90. Toda la porción es excelente, pero he omitido la mayor parte para ahorrar espacio. En este punto John Owen, el traductor y editor añade una nota de pie: "Lo que se implica aquí es que podemos profesar ser participantes de Cristo, o sea de su bendición como (un) Salvador, y sin embargo sin que realmente sea así. La prueba de la realidad está en la perseverancia." Tal premisa es necesaria, claro, para la defensa de la doctrina de la elección incondicional. Pero es contraria tanto a la declaración del pasaje de las Escrituras, como al tenor de los comentarios de Calvino.

La diferencia entre los *Institutos* de Calvino y algunas porciones en sus *Comentarios* salta a la vista del lector cuidadoso. Strong escribe: "El progreso del pensamiento de Calvino puede verse al comparar el pensamiento del principio con sus declaraciones posteriores . . . debemos darle crédito a Calvino por modificar su doctrina por sus reflexiones más maduras y los años que vinieron después" (*Systematic Theology*, pág. 778). La contención de Strong de que algunas porciones de los *Comentarios* reflejan un Calvino más maduro que el de los *Institutos* es justificada. Pero "los años que vinieron después" no explican cabalmente la diferencia, puesto que los *Institutos*, si bien fueron escritos cuando Calvino tenía 26 años de edad, fueron revisados varias veces, y la última de las revisiones se hizo en 1559, apenas 5 años antes de la muerte del reformador.

La diferencia tiene que ser atribuida a que, en sus *Comentarios*, Calvino abordó las Escrituras mucho más cándidamente que en sus *Institutos*. En su desarrollo, durante todo el curso de su vida, de sus *Institutos*, Calvino nunca pudo librarse de los conceptos básicos que concibió a los 26 años de edad, y siempre tendió a interpretar las Escrituras desde el punto de vista de su teología, la cual, desgraciadamente, se basa más en la lógica que en la Biblia misma—una lógica que procede de la hipótesis *a priori*, errónea, de que la voluntad de Dios tiene un solo aspecto. Sin embargo, en sus *Comentarios*, Calvino tendió a acercarse más a las Escrituras mismas. La consecuencia es que hay una diferencia, una disparidad sorprendente entre los *Institutos* y algunas porciones de sus *Comentarios*, discrepancia que muchos han notado. Los comentarios arriba citados de Calvino (que contienen declaraciones tales como: "Pero si Cristo es poseído por la fe, tenemos que perseverar en ella, para que El sea nuestra posesión perpetua," y "Cristo entonces se ha dado a Sí mismo para que nosotros disfrutemos de El con esta condición, de que por la misma fe por la que hemos sido admitidos a ser participantes de El, hemos de preservar una bendición tan grande hasta la muerte") son tan difíciles de reconciliar con la médula de sus *Institutos* que Owen considera necesario insistir en que demos por sentado que Calvino ha implicado una profesión insincera de fe. Pero a pesar de esta insinuación de Owen, hay muy poca evidencia de tal implicación en los comentarios de Calvino.

22. *Exhortándoles.* Esta era la manera principal de confirmar, por cuanto así provocaban a los discípulos que antes habían abrazado el evangelio y lo profesaban, a seguir adelante al exhortarlos, ya que estamos muy lejos de estar tan listos o de ser tan firmes como debemos. Por lo tanto nuestra pereza necesita puyas, y nuestra frialdad necesita calor. Pero por cuanto Dios quiere que los suyos se ejerciten con diversos combates, Pablo y Bernabé amonestan a los discípulos a que estén listos a sufrir tribulación. Una amonestación muy necesaria, a fin de que sigamos adelante en la batalla de este mundo, a fin de que vivamos bien y piadosamente. Si la carne no nos molesta, si Satanás no tratara nada, si los impíos no nos estorbaran con algunas piedras de tropiezo, no sería difícil perseverar, antes sería camino dulce y agradable a través de un terreno suave y hermoso; pero por cuanto una infinidad de asaltos que nos provocan a caer se presentan por todos lados, y a cada minuto de cada hora, resulta también la dificultad; y por eso la virtud de la constancia es tan rara. Por lo tanto, con el fin de que persistamos hasta el fin, debemos estar preparados para la guerra.

.....

Pero este es el mejor consuelo, el cual es suficiente para confirmar sus mentes, que este camino (aunque sea duro y arduo) conduce al reino de los cielos.⁸

Al leer los escritos de Calvino resulta evidente que él finalmente concluyó que, en el análisis final, el único fundamento seguro para la seguridad de la elección de uno es su perseverancia deliberada en la fe. Al comentar sobre Romanos 8: 29, 30, declara: "La elección, el llamamiento, la justificación y la salvación están indisolublemente unidas; y, por lo tanto, el que tenga una evidencia clara de haber sido llamado tiene la misma evidencia de su elección y salvación final."⁹ Pero, ¿cuál es la "evidencia clara" del llamado de uno? En sus observaciones finales al terminar el capítulo, Hodges concede que, "la única evidencia de la elección es el llamamiento efectivo (o eficaz), o sea la producción de la santidad. Y la única evidencia de que este llamamiento es genuino y de la certidumbre de nuestra perseverancia es una continuación paciente en hacer bien."¹⁰ En otras palabras, la única evidencia verdadera de la

⁸ Calvin, *Commentary on the Acts of the Apostles*. Vol. II, p. 24.

⁹ Charles Hodge, *Commentary on the Epistle to the Romans*, p. 207.

¹⁰ *Ibid.*, p. 212.

elección es la perseverancia, y nuestra única seguridad de la certidumbre de perseverancia es—¡perseverar!

John Eadie llega a la misma conclusión. En su comentario sobre Colosenses, sus observaciones excelentes sobre 1:23 incluyen lo siguiente:

Si bien . . . la perseverancia de los santos es una doctrina prominente de las Escrituras y una fuente perenne de consuelo, no está en contradicción con las exhortaciones a permanecer en la fe y con las advertencias de los tristes resultados de la desviación y la apostasía. El que se queda a medio camino en la carrera, y no llega a la meta, no puede obtener el premio. El que abandona el refugio al cual acudió por un tiempo, es arrastrado cuando el huracán lo acomete. La pérdida de la fe es la muerte de la esperanza.

.

Porque la gracia de Dios no actúa mecánicamente sobre el hombre, sino que toda su naturaleza espiritual es por ella vivificada, excitada a la oración vehemente y el esfuerzo anheloso. Su continuación en la fe no es el resultado de la impresión inconsciente de una ley irresistible, sino el resultado de un uso diligente de todos los medios por los cuales la creencia puede ser auspiciada y profundizada. . . . Por eso como los seres racionales son movidos a acción por móviles, así las advertencias y rogativas son dirigidas a ellos, y estos instrumentos forman parte especial del plan de Dios para preservarlos.¹¹

Así el apóstol les muestra cuánto se ha provisto para su perseverancia.

Todos los teólogos calvinistas concuerdan finalmente con Hodge, Eadie y Calvino en que la única evidencia y base infalibles para la seguridad de que uno es de los electos, es la perseverancia deliberada en la fe en Cristo Jesús. El profesor John

¹¹ John Eadie, *Commentary on the Epistle to the Colossians*. Es raro que un calvinista hablara de "cuánto depende de la perseverancia." Pues de acuerdo a la teología "Tulip"* la doctrina de la elección incondicional, *absolutamente nada* depende de la perseverancia. Todo lo contrario, se supone que la perseverancia depende de la elección. Pero cuando los hombres se acercan a las Escrituras, frecuentemente se alejan de su teología. Eadie tiene razón: mucho depende de la perseverancia, de acuerdo a las Escrituras—muy a pesar de todo lo que diga en contra toda la teología. * El término "teología Tulip" es un acróstico que resulta en inglés con la primera letra de las cinco frases de los cinco postulados básicos del calvinismo: depravación total; predestinación incondicional; propiciación limitada; gracia irresistible y perseverancia de los santos. N. del Tr.

Murray del Seminario Teológico Westminster enuncia atinadamente el asunto:

... Apreciemos la doctrina de la perseverancia de los santos y reconozcamos que podemos aferrarnos a la fe de nuestra seguridad en Cristo solamente al perseverar en la fe y en la santidad hasta el fin. Pablo no estaba pensando en nada menos que en la meta de la resurrección a la vida y a la gloria cuando escribió: "Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús" (Filipenses 3: 13, 14).

La perseverancia de los santos nos recuerda muy poderosamente que sólo los que perseveran hasta el fin son verdaderos santos. No alcanzamos el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús automáticamente. La perseverancia significa la dedicación de nuestras personas en la devoción más intensa y concentrada a esos medios que Dios ha provisto para el logro de sus propósitos salvadores. La doctrina escrituraria de la perseverancia no tiene afinidad con el quietismo y el antinomianismo que son tan prevalentes en círculos evangélicos.¹²

Siendo ciertas estas cosas, obviamente es un error de la clase más grave dar por sentado que una experiencia pasada de conversión lo hace a uno incondicionalmente seguro y constituye garantía de la salvación final. ¿Y por qué, hombres que conceden que la perseverancia en la fe es la única verdadera evidencia de la salvación personal, y efectivamente "los medios que Dios ha provisto para el logro de sus propósitos salvadores," insinúan (como hacen algunos) que todos aquellos que fielmente exhortan a los cristianos a continuar en la fe y a no alejarse de la esperanza del evangelio son en alguna manera "enemigos de la gracia" y del evangelio de Cristo? ¿Y qué seguridad o justificación tienen algunos hombres para rechazar el interés de los cristianos de la necesidad imperiosa de perseverar deliberadamente en la fe, e implicar que el único interés o preocupación válida es ver si la experiencia pasada de la conversión fue válida al vociferar constantemente la popular doctrina de que "una vez en gracia, siempre en gracia"? (la cual, aun a la luz de la declaración de Calvino de que los cristianos reprobados disfrutaban de una experiencia temporal de la gracia de Dios

¹² John Murray, *Redemption-Accomplished and Applied*, p. 193.

que le hace creer que son de los electos, es una verdad a medias engañadora, vergonzosamente incompleta de lo que es una definición cabal y exacta de doctrina). Hay una falta de uniformidad mortal en el ministerio de quienes creen que Dios salva y conserva seguros a los hombres—no aparte de los medios, sino *mediante* ellos—pero cuya predicación sirve para destruir la preocupación de sus oyentes en la importancia esencial de continuar en los medios. Cuán diferente era el ministerio de Pablo (Hechos 14:22; Colosenses 1:23; I Corintios 15:1, 2; I Timoteo 4:16; II Timoteo 2:12, etc.).

Los escritores del Nuevo Testamento exhortaron a sus lectores a recordar sus experiencias pasadas de gracia para cobrar estímulo en sus pruebas presentes. Pero nunca los animaron a principiar a poner su confianza en el mero hecho de la gracia pasada, como si eso hubiese decidido asuntos para la eternidad. En vez de eso, los exhortaron a continuar en el camino de la fe, como habían hecho en el pasado. Pero muchas iglesias de nuestro día le negarían el púlpito a cualquier hombre que se atreviera a predicar las advertencias urgentes de Pablo, de los otros apóstoles, y hasta las del mismo Salvador, sin al mismo tiempo “explicarlas” tan cuidadosamente que las hicieran enteramente irrelevantes. A sus feligreses se les ha enseñado a creer que un pasado acto de fe y una experiencia de gracia constituyen una seguridad o justificación infalible de seguridad incondicional. Están enteramente confiados en que son de los electos y por lo tanto no pueden sino continuar en la gracia, a pesar de cualquier cosa que pudiera pasar.

Claro que los electos perseverarán en la fe y en la gracia hasta la salvación final. Este hecho es indisputable. Pero si bien Dios sabe quiénes son (los electos), y lo ha sabido desde el principio, *los hombres* pueden saberlo sólo al perseverar. Si bien es cierto que los electos perseverarán hasta el fin, eso es sólo *la mitad* de la verdad; porque es igualmente cierto que los que perseveren hasta el fin *son* los electos. Es esta última verdad solemne la que las Escrituras presentan como un asunto de gravedad suma para los creyentes. Menospreciar el contenido de muchas advertencias urgentes contra el peligro de la apostasía, al apelar a una definición particular de la doctrina de la elección, es caminar por una senda de necedad y presunción. Aunque

la doctrina de Calvino de elección incondicional fuese correcta (que no lo es),¹³ no podría jamás ser sino de importancia académica, puesto que (tal como Calvino mismo reconoció) la perseverancia actual en la fe constituye la única verdadera evidencia de la elección personal. Seríamos muy necios en efecto, si dejáramos que las interpretaciones y definiciones e hipótesis de la doctrina de la elección nos persuadieran a no hacer caso intenso de la advertencia explícita del Salvador: "Permaneced en mí, y yo en vosotros. . . . El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano . . . y lo recogen . . . y lo echan, en el fuego, y arde." Jesús también nos dijo: "Mis ovejas oyen mi voz, y me siguen." Nadie que deje de oír su voz y de seguirle tiene justificación alguna para dar por sentado que es una de las ovejas de Cristo. Ningún hombre que no esté deliberadamente perseverando en el camino de la fe tiene justificación alguna para dar por sentado que tiene vida eterna en Cristo. Ningún hombre que no esté viviendo en fe obediente tiene base para abrigar la esperanza de la salvación eterna.

Hagamos un resumen: Calvino enseñó que, si bien los electos seguramente perseverarán en la fe y en la gracia, los cristianos reprobados tienen una experiencia temporal de gracia, durante el tiempo de la cual, están completamente ignorantes de cualquier distinción entre ellos mismos y los electos, creyendo sinceramente que Dios es cabalmente propicio a ellos y creyéndose estar entre los verdaderamente electos. Calvino también enseñó que la única evidencia verdadera de la elección de cualquier individuo es su perseverancia en la fe. Por lo tanto, aun partiendo de las enseñanzas de Calvino, tenemos que concluir que si bien una experiencia pasada de conversión y un sentido presente de gracia son estímulos preciosos, no constituyen la evidencia absoluta de haber sido elegidos a la salvación eterna.

Oigamos la conclusión de todo el asunto: Objetivamente los electos perseverarán, y los que perseveran son electos. Subjetivamente, el individuo es electo *sólo en tanto perseverare*. Esta conclusión es inescapable, cualesquiera que sea la definición que uno tenga de elección.

¹³ La certidumbre de la elección y la perseverancia es con respecto, no a ciertos hombres incondicionalmente, sino a la *ekklesia* corporalmente. Vea el Apéndice E, Sección 10.

Se suscita la importante pregunta: ¿Es posible saber si estamos efectivamente perseverando? ¿Podemos saber si la salvación es una realidad presente, en vez de una presunción vana? ¡Gracias a Dios que sí podemos! Juan escribe: "Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna" (I Juan 5:13). Gran parte de la Primera Epístola de Juan se dedica a discutir el asunto de cómo podemos saber si tenemos vida eterna. Juan presenta siete importantes maneras por las que podemos saber que la salvación es una realidad presente:

1. En primer lugar, puesto que no hay salvación aparte de Jesucristo, no hay seguridad válida de la salvación excepto en tanto que la persona confíe deliberadamente en Él. La fe sincera en Jesucristo es, en sí misma, una evidencia de la salvación. Son los que creen "en el nombre del Hijo de Dios," los que saben "que tienen vida eterna" (5:13). Juan también escribe: "Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios. Dios permanece en él, y él en Dios. . . . Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios. . . . ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?" (4:15; 5:1, 5). Es importante reconocer que tales confesiones como las que Juan menciona en los versículos precedentes no son meras aserciones mentales hechas a la ligera. Las declaraciones de Juan demandan ser consideradas en contra del antecedente de su día. Quienquiera que hacía tales confesiones en ese entonces necesitaba estar preparado para sufrir persecución—tal vez la pérdida de su familia, de sus amigos, de su manera de ganarse la vida, de su posición en la comunidad, y tal vez hasta de la vida. Los hombres no persistían frívola o fácilmente en esa clase de confesiones. Pero de acuerdo a Juan es sólo al creer fervientemente en el nombre del Hijo de Dios que la persona puede tener ambas: la vida eterna y la seguridad válida de esa vida. "La seguridad" de la vida eterna sobre cualquiera otra base es una presunción vana.

2. Uno tiene seguridad de que tiene vida eterna en Cristo si está honrando a Cristo como el Señor de su vida y guardando sus palabras y mandamientos: "Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice:

Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él" (I Juan 2: 3-5; véase 3: 24; 5: 2; Juan 8: 31, 51; 14: 21-24; 15: 9-14; Hebreos 5: 8, 9).

3. Uno tiene seguridad de que tiene vida eterna en Cristo si está andando en las pisadas (siguiendo el ejemplo) de su Salvador: "El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo" (I Juan 2: 6; véase Juan 8: 12; 14: 12). Ningún hombre que no esté procurando seguir el ejemplo de Jesús y de andar en sus pisadas tiene razón de dar por sentado que es salvo. Jesús es el ejemplo para todos sus seguidores. Un ejemplo no es siempre un salvador; y nosotros necesitamos más que un ejemplo: necesitamos un salvador. Pero Jesús no puede ser el Salvador de hombres que no lo aceptan como su ejemplo.

4. Uno tiene seguridad de que tiene vida eterna en Cristo si ama al Padre y su voluntad, más que al mundo: "No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre" (I Juan 2: 15-17).

5. Uno tiene seguridad de que tiene vida eterna en Cristo si constantemente practica la justicia, en vez del pecado: "Si sabéis que él es justo, sabed también que todo el que hace (indicativo perfecto pasivo) justicia es nacido de él. . . . El que practica el pecado es del diablo. . . . Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él. En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios" (I Juan 2: 29; 3: 8-10).

6. Uno tiene seguridad de que tiene vida eterna en Cristo si ama a los hermanos: "Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte. Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida

eterna permanente en él. . . Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad. Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él" (I Juan 3: 14, 15, 18, 19; véase 2: 9-11; 3: 23; 4: 8, 11, 12, 16, 20—5: 1; Juan 13: 34, 35).

7. El séptimo medio de ganar seguridad de que uno tiene vida eterna en Cristo es una consciencia de la presencia permanente del Espíritu Santo. "Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu Santo que nos ha dado. . . . En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu. . . . El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo" (I Juan 3: 24; 4: 13; 5: 10).

Estar consciente de la presencia del Consolador que reside es la evidencia más bendita de la posesión de vida eterna en Cristo que uno pudiera tener. Pero la única manera en que podemos experimentar (conocer) el testimonio consolador del Espíritu es manifestando las otras evidencias de la salvación que Juan cita. Es absoluta presunción que persona alguna diga que "sabe" que tiene vida eterna si no está confiando en Cristo con un corazón sincero, si no obedece su Palabra y sus mandamientos, si no anda como Cristo anduvo, si no ama al Padre y a su voluntad en vez de al mundo, si no ama a sus hermanos cristianos, y si no practica la justicia en vez del pecado. Cualquiera que presuma de tener el testimonio interno del Espíritu bajo cualesquiera otras circunstancias está equivocado.

No todo testimonio interior es auténtico. La Biblia advierte contra ambos, el engaño de uno mismo y el ser engañado por espíritus falsos. Hay un peligro muy real y verdadero de ser guiado mal por espíritus seductores, especialmente en el caso de personas que se interesan en gran manera en sus emociones y sentimientos interiores. ¡Qué fácil presa son para los espíritus seductores todas esas personas que le dan suma importancia a sus emociones personales! Satanás, quien se disfraza de ángel de luz, no puede falsificar a la perfección el testimonio del Espíritu Santo, como tampoco pueden hacerlo los demonios y espíritus seductores. Pero pueden hacerlo suficientemente bien para engañar a personas incautas, para quienes las emociones y

los sentimientos son el guía más importante en asuntos de doctrina y de fe. El Espíritu ha declarado expresamente que "en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios" (I Timoteo 4: 1). Juan nos advierte que estemos alertas contra los dos peligros: falsos profetas y espíritus engañadores (I Juan 4: 1). El peligro es verdadero. El preocuparnos con emociones y sentimientos interiores es peligroso y erróneo en esta edad en la que se nos ha llamado a "caminar por la fe, no por la vista."

Es una realidad bendita que "el Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios" (Romanos 8: 16). Pero esto es cierto sólo de aquellos que caminan, no tras la carne o de acuerdo a ella, sino de acuerdo al Espíritu. No hay compañerismo posible con Dios para hombres que están caminando en tinieblas. "Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad. Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros (*Dios y el creyente*), y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado" (I Juan 1: 5-7).

No hay testimonio válido ni seguridad de salvación aparte de una fe obediente en Jesucristo como Salvador del pecado. Juan, quien nos indica las numerosas maneras por las cuales podemos saber que tenemos vida eterna como una bendición presente, en esta vida y ahora mismo, nos advierte también sobre la necesidad de continuar en la fe, si queremos continuar compartiendo la vida eterna de Dios mediante Cristo:

Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre. Lo que habéis oído desde el principio (el verdadero evangelio, en contraste con las falsas doctrinas de los "anticristo" que "habían salido" de la compañía de los fieles adhiriéndose al gnosticismo, que negaba aspectos esenciales de la naturaleza y Persona de Jesús, con los que ahora estaban tratando de "seducir" a los que todavía seguían fieles al verdadero evangelio), permanezca en vosotros. Si lo que habéis oído desde el principio permanece en vosotros, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre. Y esta es la promesa que él nos hizo, la vida eterna. . . . Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al

Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida. Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios. . . El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo (I Juan 2: 23-25; 5: 11-13, 10).

De cierto, de cierto os digo, que el que guarda mi palabra, nunca verá la muerte.

JUAN 8: 51

¿Tiene Remedio la Apostasía?

Por que si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia?

HEBREOS 10: 26-29

CAPITULO XIX

¿TIENE REMEDIO LA APOSTASIA?

“¡HE PECADO, he traicionado sangre inocente!” Ese fue el gemido del miserable Judas, aprisionado por su amargo remordimiento. ¿Causó este gemido angustioso interés y misericordia en los corazones de los sacerdotes, los pastores espirituales de Israel? No. La respuesta despreciativa de sus cómplices en la conspiración fue: “¿Qué nos importa a nosotros? ¡Allá tú!”

Arrojando en el lugar santo las monedas que se reían de su angustia, treinta piezas de plata por las que había vendido a Jesús—y su alma—Judas salió corriendo del templo . . . ¿hacia dónde? Era un hombre sin un amigo, sin un sacerdote, sin Dios, sin esperanza. ¿A dónde podía ir? A un árbol, a una cuerda para quitarse la vida, y a un campo de sangre—su última estación en un viaje veloz al infierno. “¿Qué nos importa a nosotros?”

Los sacerdotes fueron meticulosamente escrupulosos en cuanto al uso “legal” del dinero, ahora que estaba en su piadosa posesión otra vez. ¡Vaya el celo que demostraron tener hacia los puntos formales de la religión! Pero en cuanto a la sangre inocente de Jesús, y al alma de Judas, “¿qué nos importa a nosotros?”

Para los sacerdotes, el problema de la apostasia era asunto meramente académico y del todo irrelevante. Pero no fue así para Judas. Para él fue un problema con el que no pudo vivir, y para el que no encontró solución. Y me atrevo a decir que es un problema que pesa hoy sobre muchas almas llenas de angustia.

¿Tiene remedio la apostasia? Varios pasajes de las Escrituras

parecen afirmar que sí tiene. Juan escribe: "Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida" (I Juan 5:16).

El escritor de la Epístola a los Hebreos advierte: "Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio" (6:4-6).

Un poco después en su epístola nos da esta otra advertencia: "Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento (*epignōsis*) de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de fuego que ha de devorar a los adversarios. El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto, en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? . . . ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!" (Hebreos 10:26-29, 31).

La consideración del escritor del problema de recaer después de haber sido "hechos partícipes del Espíritu Santo" (6:4) y su declaración de que la deserción constituye un atropello del "Espíritu de gracia" (10:29) asocia fuertemente tal apostasía con la blasfemia contra el Espíritu Santo, acerca de lo cual Jesús advirtió diciendo: "Por tanto os digo: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonado. A cualquiera que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo, ni en el venidero" (Mateo 12:31, 32).

Jesús no ofrece posibilidad alguna de que sea perdonado el pecado contra el Espíritu Santo. ¿Hay un punto "sin retorno" al que los hombres pueden llegar, una condición de abandono

de la cual no pueden recuperarse? Esto es lo que las Escrituras afirman. Se nos dice de los hijos de Elí que rehusaron la amonestación de su padre y "no oyeron la voz de su padre, porque Jehová había resuelto hacerlos morir" (I Samuel 2:25). Lange ofrece este comentario:

Estaban en un estado de endurecimiento interno que los excluía de la condición subjetiva de ser salvos de la destrucción, y por lo tanto habían ya incurrido en la condenación inmutable de Dios. Como ofensores endurecidos, ya estaban designados por Dios a la muerte; por lo tanto, la palabra de instrucción no tuvo efecto moral alguno en ellos.¹

Dios había decidido que "la iniquidad de la casa de Elí no será expiada jamás" (I Samuel 3:14).

Al meditar en la aparición del anticristo final, "el hombre de pecado" y el "inícuo" cuya aparición en la escena mundial será acompañada por "obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos," Pablo declara de los hombres que "no recibieron el amor de la verdad para ser salvos," que Dios "les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia" (II Tesalonicenses 2:9-11). Robertson comenta: "Aquí está el acto judicial definitivo de Dios (Milligan) quien entrega a los iníquos al mal que ellos han escogido deliberadamente (Romanos 1:24, 26, 28) . . . (el) resultado terrible del rechazo voluntario de la verdad de Dios."²

Es evidente que los hijos de Elí y los incrédulos aludidos por Pablo habían cruzado "el punto sin retorno." Muchos creen que esta es la situación de los apóstatas descrita en Hebreos 6 y 10, y en I Juan 5:16. El poema de Joseph Addison Alexander titulado "The Doomed Man" (El Hombre Condenado) nos hace detenernos a reflexionar solemnemente:

Hay un tiempo, no sabemos cuándo,
Un punto que desconocemos,
Que señala el destino de los hombres,
Para gloria o desesperación.

¹J. P. Lange, *Commentary on the Holy Scripture: Samuel*, p. 76.

²A. T. Robertson, *Word Pictures in the New Testament*, Vol. IV, p. 53.

Hay una línea, invisible a nuestros ojos,
 Que cruza todo sendero;
 El límite escondido entre
 La paciencia de Dios y su ira.

Pero otros pasajes de la Biblia indican que la apostasía³ no carece de remedio. Consideremos la declaración importante de Pablo en Romanos 11. Aquí el apóstol afirma que "algunas de las ramas" (judíos individuales que rechazaron a Jesús cuando vino a la tierra) han sido desgajadas por su incredulidad, pero que todavía pueden ser restauradas si no continúan en la incredulidad. "Bien; por su incredulidad fueron desgajadas, pero tú por la fe estás en pie. No te ensoberbecas, sino teme. Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, a ti tampoco te perdonará. Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios: la severidad ciertamente para con los que cayeron, pero la bondad para contigo, si permaneces en esa bondad: pues de otra manera tú también serás cortado. Y aun ellos, si no permanecieren en incredulidad, serán injertados, pues poderoso es Dios para volverlos a injertar" (Romanos 11: 20-23).⁴

Pablo mismo es un ejemplo de uno quien, cuando Cristo fue ofrecido por el pecado, se volvió "una rama desgajada," puesto que continuó con el judaísmo en tanto que en el Calvario, los procesos redentores de Dios viraron de las ordenanzas del antiguo régimen al sacrificio de Cristo "de una vez y para siempre." El sacerdocio levítico y las ordenanzas de sacrificios de animales repentinamente se volvieron inválidas ante los ojos de Dios, y todos los que continuaron ofreciéndolos sólo imaginaban algo vano. En su rechazo de Jesús y del Nuevo Pacto en su sangre, fueron cortados por su incredulidad. Así tiene que haber sido en el caso de Pablo, quien, bajo el antiguo régimen, "en cuanto a celo . . . en cuanto a la justicia que es en la ley (era) irre-

³ "Apostasía" tal como la usamos en este tratado es un término inclusivo que denota cualquier separación de Dios y su gracia salvadora, sea deliberada o fortuita.

⁴ Contrario a las hipótesis de algunos, Romanos 11: 20-23, no concierne a Israel y a los gentiles corporalmente, sino a los judíos y a los gentiles como individuos. Para una discusión del significado de Romanos 9-11, véase el Apéndice C.

preensible" (Filipenses 3:6; véase Lucas 1:6). (Claro que Pablo no quiso decir con esas palabras que bajo la ley no había tenido o cometido pecado. Al contrario, la ley lo había hecho estar dolorosamente consciente del pecado. Pero honraba la ley, aunque no podía guardarla perfectamente, y echaba mano para sí de la gracia garantizada en las ordenanzas y por ende era "irreprensible" con respecto a "la justicia que es en la ley").

El declarar que Pablo no estaba bajo la gracia salvadora en su vida anterior y que nunca había disfrutado de la salvación antes de su encuentro con Cristo en el camino de Damasco equivale a declarar que los hombres no podían ser salvos bajo el antiguo sistema. Pero a pesar de que Pablo había continuado o seguido siendo "irreprensible" bajo la ley, cuando Cristo fue ofrecido en cumplimiento de la ley y los profetas y para establecer el Nuevo Pacto en su sangre, Pablo se convirtió en "una rama desgajada" debido a su incredulidad en el Salvador provisto y en el Nuevo Pacto anunciado en su evangelio. No fue sino hasta que "no permaneció en incredulidad," que fue "injer-tado" otra vez en "la raíz" de la relación de pacto con Dios disfrutada por los patriarcas y todos los fieles de todas las generaciones previas. ¡Cuán ciertamente Jesús fue "puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel"! (Lucas 2:34).

¡La gracia de Dios! ¡Cuán rica, cuán cabal y gratuita! Los que primero celebraron el Calvario en crasa apostasía y blasfemarón el santo nombre de Jesús podían ser restaurados a la gracia, si no permanecían en incredulidad. El deseo del corazón de Dios es "tener misericordia de todos" (Romanos 11:32) y contestar la oración de Jesús: "Padre, perdónalos. . ."

Un punto más: consideremos las palabras de Pablo a los gálatas. Algunos de éstos habían errado de la fe debido a la influencia de los judaizantes y por ende se habían vuelto "separados de Cristo" que (ahora) por sus esfuerzos para estar seguros de la justificación por las ordenanzas de la carne, "de nada aprovechaban" (5:4, 2). Pero aunque Pablo no disminuye ni reduce la tragedia y desolación de su presente estado espiritual causado por su aberrado abandono de Cristo, el apóstol no pierde la esperanza de que sean restaurados. Da por sentado que los gálatas caídos pueden ser restaurados y por lo tanto está dis-

puesto a "sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado" de nuevo en ellos (4:19), como otrora lo hiciera al guiarlos a su conversión original a Cristo (véase I Corintios 4:15). Pablo tiene confianza en el Señor de que los gálatas llegarán a pensar del mismo modo (5:10a) que él, de que la fe en Cristo sola, excluyendo toda confianza en ceremonia de la carne, es el camino a la justificación y a la salvación. Por tanto vemos que, en tanto que el error de los gálatas constituyó una deserción actual de Cristo y su evangelio salvador y fue un error mortal, no fue algo sin remedio. Pablo estaba dispuesto a "volver a sufrir dolores de parto" por causa de ellos, para que fuesen restaurados a la gracia mediante un retorno a la fe sencilla en Cristo (véase II Corintios 11:3 y contexto).

Consideremos otra evidencia de que la apostasía no carece de remedio. Pablo había instruido a los corintios a que excomulgaran a un hombre culpable de incesto (I Corintios 5:1 y vrs. siguientes). Tal acción era necesaria para la pureza y el testimonio de la iglesia. Pero también se buscaba otro propósito. El ofensor había de ser excomulgado y oficialmente entregado a Satanás para la destrucción de la carne con un propósito saludable: "a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús" (v. 5). El pecado del ofensor, que no había sido juzgado ni perdonado, había traído muerte espiritual interior—un estado que ahora había de ser públicamente reconocido mediante la acción de excomulgarlo. Pero el ofensor no había de ser considerado exento de restauración. Al contrario, la acción misma de excomulgarlo tendería a su posible restauración. Lo despertaría para que viera la tragedia de sus circunstancias y su necesidad de perdón y restauración. Robertson comenta: "El móvil de Pablo no es ineramente vindictivo, sino que el ofensor sea reformado. . . . La salvación final del hombre en el día de Cristo es la meta y esto había de lograrse al no condonar su pecado."⁵ Podemos deducir de II Corintios 2:5-11 (si se está considerando a la misma persona) que el propósito saludable de la excomunión se había logrado, y que había sido restaurado a gracia y recibido otra vez en el compañerismo de la iglesia.

Consideremos otra evidencia de que la apostasía no está fuera

⁵ Robertson, *op. cit.*, p. 113.

de la acción de buscar remedio. Pablo expresó temor de que, si regresaba a Corinto, tendría que "llorar" (*pentheo*, término de duelo por los muertos) por muchos que habían pecado flagrantemente y que no se habían arrepentido (II Corintios 12:21). Les advierte a los corintios que, si viene, no será indulgente, sino que usará la vara de reprobación (13:2) en contra de los que han caído en una vida lasciva y que no se han arrepentido. Sabiendo que tal vez no están conscientes de su trágica circunstancia espiritual, los amonesta (13:5) a que se examinen a ellos mismos para ver si todavía están en la fe, como testifican estar, o si en vez de eso se han vuelto reprobados (*adokimoi*, el mismísimo adjetivo que Pablo se puso ante sí mismo como el terrible resultado que debía evitar, I Corintios 9:27),⁶ en cuyo caso Jesucristo ya no moraría en ellos. Pero es completamente evidente (12:21) que Pablo da por sentado que los ofensores que todavía no se han arrepentido pueden hacerlo, si quieren, y así ser restaurados a una relación salvadora con Cristo.

Santiago concluye su epístola con una frase que es al mismo tiempo advertencia y estímulo: "Hermanos, si alguno de entre vosotros se ha extraviado (*planaō*, perderse, extraviarse del camino) de la verdad, y alguno le hace volver (*epistrephō*, hacerlo volver, regresarlo), sepa que el que haga volver al pecador del error de su camino, salvará de muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados" (5:19, 20). Robertson comenta:

Era fácil entonces, y es fácil ahora, ser guiados lejos de Cristo, quien es la Verdad. . . . *Un alma de muerte* . . . el alma del pecador (*hamartōlon*) ganada otra vez a Cristo, no el alma del hombre que lo gana. . . . El futuro (*sōsei*) denota aquí salvación final y definitiva.⁷

(El deber de los creyentes de rescatar a aquellos que se han extraviado de la verdad y le han alejado de la fe, se recalca en otros pasajes; por ejemplo: II Timoteo 2:25, 26 [véase el contexto del v. 18]; Judas 22, 23, y Gálatas 6:1 y vrs. siguientes; véase lo que Thayer dice sobre *paraptōma* y *katartizō*).

Finalmente, consideremos la apelación misericordiosa del Cristo resucitado a la iglesia en Laodicea (Apocalipsis 3:14-22),

⁶ *Ibid.*, p. 270.

⁷ Robertson, *op. cit.*, Vol. VI, p. 67.

una iglesia en la que El no había encontrado una sola cosa digna de elogio. La iglesia de Laodicea había perdido toda distinción del mundo a su derredor, puesto que no era "ni fría ni caliente." (¡Cuántas iglesias hay en nuestro día en la misma situación desastrosa de la iglesia en Laodicea!) Jesús expresó su deseo de que fuese caliente o fría—cualquier cosa menos "tibia," una condición exactamente como la del medio ambiente que le rodeaba. Los feligreses de esa iglesia habían perdido su distinción espiritual del mundo pagano, y no diferían en nada, pues en efecto eran parte del mundo más que del reino de Cristo. Profesando que eran ricos y que no necesitaban nada, eran en realidad "desventurados, miserables, pobres, ciegos y desnudos"—y carecían de la túnica de justicia de Cristo que cubriese su desnudez espiritual. Espiritualmente estaban muertos. Pero no habían pasado "el punto sin retorno;" Jesús no los había vomitado ya de su boca. En su presente condición eran tan desagradables para Cristo como una bebida que debe servirse caliente, pero que es sólo tibia, o una bebida que debe servirse fría, pero que está tibia. Cristo está a punto de vomitarlos de su boca, y no hay nada en su presente estado que le permita hacer cualquier otra cosa con ellos. Pero todavía los ama y por lo tanto les ruega, en tanto que todavía hay oportunidad, a "ser, pues celosos, y arrepentirse." Parece haber muy poca esperanza de que la iglesia en su totalidad haga caso de su advertencia y se arrepienta y sea restaurada a la gracia. Sin embargo, individuos dentro de la iglesia pueden hacer caso de su llamado, si quieren. Por lo tanto, de pie afuera de la puerta de la iglesia de Laodicea, Cristo les ruega tiernamente: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo: si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono" (vrs. 20, 21). Están equivocados quienes dan por sentado que la apostasía necesariamente es irremediable.

Uno de los pasajes esgrimidos frecuentemente por los que sostienen que la apostasía es necesariamente irremediable es I Juan 5:16. Juan no define el "pecado de muerte" en su declaración. Pero el contexto de toda su epístola sugiere que el pecado del que el apóstol escribe es la renuncia ostensible del Salvador

mediante la negación franca de que Jesús es verdaderamente el Cristo venido en carne, el Santo Hijo de Dios (véase 4: 15; 5: 1, 5, 9, 10, 13, 20; 1: 2). Una negación tal es fatal y marca a quien la hace como un anticristo (4: 2, 3). Los esfuerzos de los anticristos de "seducir" a los fieles a unirse a ellos en descartar las doctrinas cardinales de Cristo constituyen un verdadero peligro contra la seguridad de los creyentes, y Juan les da una advertencia vigorosa en contra de aquéllos (4: 1-3; II Juan 7-11; I Juan 2: 18-28). Pero aunque Juan les advierte a los creyentes que no tengan nada que ver con los anticristos ni pide que se ore en su favor, tampoco prohíbe tal oración ni afirma expresamente que su restauración sea imposible. Westcott escribe:

San Juan no ordena la intercesión cuando el pecado es visto, reconocido por el hermano, en su intensidad fatal; por otro lado, tampoco lo excluye expresamente. Aun si el tenor de sus palabras pudiera parecer como que desalienta tal clase de oración, esto es porque el ofensor yace fuera del Cuerpo Cristiano, excluido de su vida, pero sin estar todavía más allá del poder creativo, y vivificador de Dios.⁸

Nada es imposible para Dios que esté en consonancia con su carácter y sus propósitos eternos.

Otro pasaje que esgrimen los que afirman que la apostasía es necesariamente irremediable es Hebreos 6: 4-6. Pero no necesitamos concluir que el pasaje enseña que la renovación de los apóstoles hacia su arrepentimiento es necesariamente imposible. Westcott comenta sobre el versículo 6:

El uso de la voz activa limita la aplicación estricta de las palabras ("es imposible que . . . sean otra vez renovados para arrepentimiento") a una agencia humana. Esto es todo lo que entra en el alcance del argumento del escritor.⁹

Sin duda alguna, la Biblia enseña que el arrepentimiento es esencialmente la obra de Dios y, en cualquier caso, es la respuesta del individuo a influencias divinas mediante el Espíritu. Pero Dios usa a seres humanos como sus agentes para lograr sus propósitos. Si bien Dios se agrada en salvar a todos los que

⁸ B. F. Westcott, *The Epistles of St. John*, p. 210.

⁹ B. F. Westcott, *The Epistle to the Hebrews*, p. 150.

creen, le agrada también emplear a los hombres como sus agentes en la predicación y enseñanza del Evangelio de Cristo que es el poder para salvación a todos los que crean. Hay un lugar específico para la agencia humana en efectuar el arrepentimiento y la salvación de los perdidos. Sin duda alguna Westcott está en lo correcto en su declaración de que la imposibilidad de la renovación de los apóstatas para arrepentimiento descrita en Hebreos 6 se limita a las agencias humanas. (Contrátese Santiago 5: 19, 20; Judas 22, 23; Gálatas 6: 1 y II Timoteo 2: 25, 26, donde se estimula la agencia humana y se implica la posibilidad de éxito). Lo que el escritor a los Hebreos dice que es imposible para los hombres no es imposible para Dios, para quien todas las cosas justas y buenas son posibles.

Westcott vuelve a la carga al escribir:

Los participios presentes (contraste *parapesontas* del acto pasado definido de la apostasía) recalcan la causa moral de la imposibilidad que se ha declarado. Hay una hostilidad activa y continua contra Cristo en las almas de los hombres que aquí han sido descritos o imaginados.¹⁰

La apostasía que se vislumbra en Hebreos 6 adquiere su carácter, no meramente de un acto pasado de deserción, sino también de una hostilidad presente deliberada contra Cristo. La imposibilidad de renovación para arrepentimiento y salvación emana, no en el mero hecho de un acto pasado, sino en la realidad de una condición presente de oposición. Una de las traducciones recientes que nos ayuda mucho en este punto dice así: "Es imposible renovar para arrepentimiento a aquellos que al mismo tiempo crucifican para sí mismos al Hijo de Dios, de nuevo y lo exponen a vituperio visible." La condición presente de hostilidad liberada y franca podría en dado caso ser remediada y las personas entonces podrían ser renovadas para arrepentimiento.

Hay también la implicación de la esperanza en los versículos inmediatamente siguientes: "Porque la tierra que bebe la lluvia que muchas veces cae sobre ella, y produce hierba provechosa a aquellos por los cuales es labrada, recibe bendición de Dios; pero la que produce espinos y abrojos es reprobada, está próxima

¹⁰ *Ibid.*, p. 151.

a ser maldecida, y su fin es el ser quemada" (vrs. 7, 8). La tierra que ha producido sólo espinos y abrojos ya ha sido juzgada sin valor, y ahora es rechazada pero se dice que está sólo "próxima a ser maldecida." Espera la acción final de ser quemada; pero es una suerte que todavía no se ha consumado. Tal vez pueda evitarse. La rama separada de la vid (Juan 15: 6) se seca inmediatamente, porque ha sido cortada de la fuente de la vida; pero no es inmediatamente recogida y echada en el fuego. Las ramas desgajadas por la incredulidad pueden ser injertadas otra vez, si no permanecen en la incredulidad (Romanos 11: 20-23). "¡Poderoso es Dios para volverlos a injertar!" La iglesia de Laodicea está muerta; no hay en ella una sola señal de vida espiritual. El Cristo resucitado está a punto de vomitarla de su boca, y terminar así cualquier posibilidad de restauración. Pero no lo ha hecho todavía, y El mismo le pide que se apresuren a arrepentimiento y que experimenten otra vez su gracia salvadora. La restauración no es imposible para los apóstatas, incluyendo a los que están descritos en Hebreos 6.

Shepardson toma una posición igualmente optimista, o de esperanza, en cuanto a Hebreos 10, al declarar que la apostasía que allí se nos presenta es

... una apostasía deliberada y continua del cristianismo. La palabra "pecáremos" está en el participio presente, lo cual denota no un solo acto de incredulidad, sino un estado o condición de incredulidad (véase lo que Lange dice sobre Hebreos 10: 26, "... el presente *hamartanontōn* señala *acostumbrada* en contraste con negación transitoria"). Los individuos aquí descritos son aquellos que ... se alejaron de Cristo y continúan ... alejados.

... en tanto que continuemos en este estado de apostasía deliberada nos ponemos a nosotros mismos más allá de la posibilidad del perdón.

El carácter revelado de Dios nos asegura que tal apostasía, si continúa, debe traer, tarde o temprano, un castigo terrible. El amor santo demandará un reconocimiento adecuado en el castigo de tal crimen. Cualquier castigo que se venga sobre los hombres, será conmesurado con el carácter de ellos y las oportunidades que tuvieron. Por la naturaleza misma de Dios, El tiene no sólo que castigar a los perversos, sino

también interesarse en los suyos; el juicio para todos será indudablemente justo. Para los que están en Cristo, el juicio no tendrá terror alguno; pero para los que se han separado a sí mismos de El y que ahora viven "sin Dios y sin esperanza en el mundo," resultará ser "cosa temible caer en las manos del Dios viviente." Esa es la advertencia que nuestro autor repite vez tras vez, para recalcar cuán terrible es estar separados continuamente de Cristo, al considerar esta apostasía desde el punto de vista del juicio y verla ya como un proceso completo.¹¹

La interpretación de Shepardson de que el terrible juicio mencionado en Hebreos 10:29 y vrs. siguientes es considerado desde el punto de vista del venidero Día de Juicio y visto como algo ya terminado, es completamente justificada por el lenguaje. El verbo *ariothesetai* es futuro indicativo pasivo. Lo que el escritor a los Hebreos declara aquí es que el individuo que se manifieste a sí mismo un apóstata deliberado y persistente "será juzgado merecedor" de un castigo infinito. La condenación final puede todavía evitarse, en tanto que la vida y la oportunidad continúen.

Asimismo Westcott postula que la apostasía que nos sale al paso en Hebreos 10 no es necesariamente irremediable. Escribe: "Debe observarse que el argumento da por sentado que el sacrificio de Cristo es rechazado finalmente y que la persona ha persistido en el pecado (*hamartanoutōn*). El escritor no pone límites a la eficacia de la obra de Cristo en favor del penitente."¹²

Anteriormente hemos ya asociado la apostasía descrita en Hebreos 6 y 10 con el pecado de la blasfemia contra el Espíritu Santo. La acusación de los fariseos de que Jesucristo echaba fuera los demonios por Beelzebú fue una blasfemia contra el Espíritu Santo por cuanto constituía una negación del testimonio de Este a Jesús, quien desempeñó su ministerio "en el poder del Espíritu." El testimonio del Espíritu a Jesús hoy es la proclamación de su evangelio salvador y el testimonio personal de creyentes en quienes El mora. Los hombres que rechazan ese testimonio, incluyendo a todos los que apostatan, son tan culpables de blasfemar contra el Espíritu Santo como lo fueron los

¹¹ Daniel Shepardson, *Studies in the Epistle to the Hebrews*, págs. 457-461.

¹² Westcott, *The Epistle to the Hebrews*, p. 327.

fariseos que ridiculizaron el ministerio libertador de Cristo. Pero observemos que es un error considerar tal blasfemia como el acto aislado de un solo momento. Aunque tanto en Mateo 12:32 como en Marcos 3:29 el acto de blasfemar contra el Espíritu Santo se expresa con subjuntivos aoristos, no se deduce de ello que el acto deba ser considerado como momentáneo y puntiliar. Burton declara que el aoristo de los modos dependientes "... cuando es indefinido puede referirse a una acción momentánea o extendida o a una serie de eventos."¹³ Lo mismo puede decirse de un participio aoristo (Lucas 12:10) "cuando es indefinido . . . puede aplicarse a acciones momentáneas, o extendidas o a una serie de eventos."¹⁴ Por lo tanto el lenguaje no especifica que la blasfemia imperdonable contra el Espíritu Santo sea el acto de un solo momento. Otras consideraciones indican que tal blasfemia es imperdonable sólo si la persona persiste hasta el fin en ella.

Nos estimula leer que, a pesar de la intensidad y el odio y el resentimiento contra Jesús que prevalecieron generalmente entre los sacerdotes y los fariseos durante su ministerio terrenal, en los primeros días de la iglesia, "también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe" (Hechos 6:7) y muchos de los fariseos se convirtieron (Hechos 15:5). ¿Hemos de dar por sentado que el veredicto blasfemo de que Jesús echó fuera los demonios por el poder de Beelzebú nunca fue la opinión general entre los fariseos, y que ninguno de los que en algún tiempo tuvieron esa opinión jamás se convirtió al cristianismo? ¿Cuál, entonces, debe haber sido la opinión original de Saulo el Fariseo en cuanto al exorcismo de Jesús, a quien él consideraba un fraude descarado y un enemigo de Moisés, de la ley, y del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob? ¿Acaso no concordaba originalmente en la condenación de los que acusaban a Jesús de echar fuera demonios por el poder del diablo? ¿Acaso no compartió él también su culpa y su condenación? Pero cuando el pecado abunda, la gracia sobraabunda, y es gratuita para todos los que la reciben con corazones contritos.

¹³ E. D. Burton, *Syntax of the Moods and Tenses in New Testament Greek*, Sec. 98.

¹⁴ *Ibid.*, Sec. 133.

Grande es la misericordia de Dios. "Esa misericordia es más amplia que toda la humanidad, más profunda que todo el pecado, existió antes que la rebelión, y durará por toda la eternidad. Y está al alcance de cada ser humano que la reciba si la quiere."¹⁵ Aún después de declarar que los apóstatas están "reservados . . . para ser castigados en el día del juicio" (II Pedro 2:9) y que "la más densa oscuridad está reservada (para ellos) para siempre" (v. 17) y que "el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos" (3:7) ya ha sido fijado, Pedro añade que "el Señor . . . no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" (v. 9) y asegura que la demora en el juicio ("la paciencia de nuestro Señor," v. 15) es para salvación. Dios no encuentra satisfacción alguna en el castigo de pecadores que demandan su integridad de El y la integridad moral de su universo. Dios prefiere la misericordia al castigo. A los hombres que "dejaron a Jehová," y que "provocaron a ira al Santo de Israel (y) se volvieron atrás," un Dios misericordioso les implora: "Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar" (Isaías 1:4; 55:6, 7).

Es evidente que la blasfemia contra el Espíritu de gracia es imperdonable, no al considerarse como el acto aislado de un solo momento, sino sólo al permanecer como la actitud final del individuo en su rechazo de las rogativas y las misericordias que le ofrece Dios. Seguramente que hay justificación para creer que sólo en raras ocasiones (por ejemplo, en el caso de los hijos de Elí) puede la apostasía ser irremediable antes de la ocasión de la muerte; pero seguramente no en ningún caso en que el individuo se interesa en su circunstancia espiritual y se torna sinceramente arrepentido hacia Dios.

Muchas buenas personas temen erróneamente que han blasfemado contra el Espíritu Santo a tal punto que han pasado del "punto sin retorno." Es fácil imaginar tal cosa, pues, ¿quién de nosotros no ha ofendido seriamente al bendito Consolador?

¹⁵ Alexander Maclaren, *Expositions of Holy Scripture: Ephesians*, p. 88.

¿Quién no ha contristado su santa influencia? ¿Quién no ha menospreciado su voz quieta y suave, y su dirección fiel? Pero los hombres que temen que han blasfemado así contra el Espíritu Santo al grado que están más allá del perdón, están errados. Su mismo temor es evidencia de que no es así en sus vidas.

Sin embargo, muchos consideran su mismo temor como causa para desesperar. La declaración de que, para los que apostatan, sólo queda "una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios" (Hebreos 10:27) ha llenado de terror los corazones de muchos que han imaginado que el escritor de Hebreos quiso decir que no había posibilidad de recuperación espiritual para todos los que se retiraran una vez de Cristo, y que no les queda más que el prospecto de vivir el resto de sus días en constante temor y anticipación temible de una condenación final inevitable. El temor mismo ha sido considerado como una evidencia infalible de que su situación es desesperada y que su ruina ha sido sellada para toda la eternidad. Pero han interpretado erróneamente la declaración de Hebreos. La traducción de *ekdochē* como "expectación" es muy lamentable. Alford escribe:

...recepción (o sea, ruina; no, como creo que se interpreta universalmente sin calificativos; la frase, *expectación*. La palabra que se usa aquí (*ekdochē*) no parece tener en lugar alguno este significado, y éste es el único lugar donde se usa en el Nuevo Testamento. Todo lo que *permanece* o queda es la recepción de la condenación del juicio, y el hervor de fuego. . . .¹⁶

El significado del escritor es que el prospecto seguro ante los apóstatas (a menos que se arrepientan) es una condenación fiera. El cuadro de hombres abandonados a la perdición que viven el resto de sus días en anticipación horrible de un juicio o condenación de fuego es completamente contrario a las Escrituras. Todo lo contrario, los pocos pasajes que se refieren a hombres en tales circunstancias los describen como hombres descarados, arrogantes y llenos de confianza en sí mismos, y que no anticipan tal juicio de fuego. No hay temor aparente

¹⁶ Henry Alford, *The New Testament for English Readers*, p. 1548.

en los hijos de Elí después de que fueron amenazados. No hay sugestión de temor presente en los hombres descritos por Pablo en II Tesalonicenses 2: 10-12. Los hombres abandonados a la reprobación final durante la "gran tribulación" (Apocalipsis 7: 14, el texto griego es enfático) se describen como completamente carentes de penitencia y del temor de Dios. Su única reacción a los juicios rectos de Dios será una impenitencia y blasfemia crecientes (Apocalipsis 9: 20, 21; 16: 9, 11, 21). Todos aquellos que sientan horror y repulsión ante el pensamiento de tal arrogancia pueden estar seguros que no están más allá de las influencias santas del Espíritu de gracia y de la posibilidad de redención. Que reconozcan que "la bondad de Dios te guía al arrepentimiento," y que el sentimiento del arrepentimiento en sus corazones es el llamamiento misericordioso de un Dios amoroso. "Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios" (Salmos 51: 17).

Algunos se han angustiado por el hecho de que se dice que Judas se arrepintió, pero su arrepentimiento no le sirvió de nada. Mateo escribe: "Entonces Judas, el que le había entregado, viendo que era condenado, devolvió arrepentido las treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y a los ancianos" (27: 3). Pero el texto griego no dice efectivamente que Judas se haya arrepentido (*metanoēō*), sino meramente que se lamentó (*metamelomai*). Las palabras son sinónimas, pero hay una distinción importante entre ellas. *Metamelomai* significa lamentarse o remordimiento; pero un remordimiento tal no involucra necesariamente una modificación efectiva del propósito moral y la intención de la persona. *Metanoēō* es un término más comprensivo, e incluye no sólo el remordimiento por el pasado, sino un cambio deliberado de mente, corazón, propósito e intenciones para el futuro. Aunque Thayer contiene que la distinción entre las dos no es tan grande como algunos imaginan, concede que, ". . . *metanoēō* es el término más completo y noble, y es indicativo de acción y resultados morales (y esta verdad) es indicada no sólo por su derivación, sino por la frecuencia mucho mayor de su uso, por el hecho de que es empleado en el imperativo (nunca *metamelomai*), y por su construcción con *apa, ek* (por ejemplo, *he eis theon metanoia*, Hechos 20: 21)."¹⁷ La mayoría

de los traductores han reconocido que *metamelētheis* indica que el remordimiento de Judas quedó corto de un arrepentimiento verdadero ante Dios, y por lo tanto así lo han traducido. Robertson hace el comentario:

... el mero remordimiento no vale nada a menos que conduzca a un cambio de mente y de vida (*metanoia*), la tristeza según Dios (II Corintios 7: 9). Este fue el dolor que experimentó Pedro cuando lloró amargamente. A Pedro lo condujo de regreso a Cristo. Pero Judas sólo tuvo un remordimiento que lo llevó al suicidio.¹⁸

Otro pasaje que ha contristado a muchos es el de Hebreos 12. Se dice allí que Esaú, una persona profana (de mente terrena) "por una sola comida vendió su primogenitura. Porque ya sabéis que aun después, deseando heredar la bendición, fue desechado, y no hubo oportunidad para el arrepentimiento, aunque la procuró con lágrimas" (Hebreos 12: 16, 17). El cuadro de Esaú, buscando lloroso el arrepentimiento, aunque en vano—rechazado para siempre, ha llenado de terror a muchas almas angustiadas que se han imaginado que están en el mismo temible predicamento.

En primer lugar, reconozcamos que en el caso de Esaú, el "desecho" no tuvo nada que ver con su salvación. Westcott comenta:

El hijo que había sacrificado su derecho no podía deshacer lo hecho, y esto es lo único de que este pasaje se trata. Ningún despliegue de tristeza, o de condenación de sí mismo, por sincera que fuese, podía jamás restaurarle la prerrogativa del primogénito. La cuestión del perdón de su pecado contra Dios, considerado aparte de la cancelación de las consecuencias temporales de su pecado, yace enteramente fuera del argumento. . . . Sería igualmente cierto decir que respecto a los privilegios del primogénito que Esaú había vendido, no encontró lugar para arrepentimiento, y que respecto a su relación espiritual con Dios, si su tristeza fue sincera, sí encontró lugar para arrepentimiento.¹⁹

(Haciendo caso omiso de los métodos fraudulentos de Rebeca y de Jacob, Dios había rechazado a Esaú como el heredero del pacto Abrahámico y el progenitor de la línea del Mesías—un asunto que no tiene nada que ver con el punto de su salvación.)

¹⁷ J. H. Thayer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament*, p. 405.

¹⁸ Robertson, *op. cit.*, Vol. I, p. 222.

¹⁹ Westcott, *The Epistle to the Hebrews*, p. 408.

Lünemann presenta un caso muy fuerte en pro de aplicar la cláusula "no hubo oportunidad para el arrepentimiento," a Isaac, en vez de a Esaú.²⁰ Esta interpretación está en acuerdo completo con la narración de Génesis (27:33 y vrs. siguientes) y fue adoptada por los traductores de la *American Standard Version*: la que reza: "cuando él después quiso heredar la bendición, fue rechazado, pues no encontró un lugar para un cambio de parecer *en su padre*, aunque lo buscó diligentemente con lágrimas." Lo que Esaú buscó en vano no fue su propio arrepentimiento, sino que Isaac cambiara de parecer y que le diera la bendición que le pertenecía al primogénito, lo cual ahora era imposible, por mucho que esto angustiara tanto a Isaac como a Esaú. No hay justificación para el cuadro popular de Esaú llorando y tratando de llegar a un punto de arrepentimiento, pero incapacitado para siempre de hacerlo, estando eternamente más allá del alcance de redención.

Pero aunque el asunto respecto a Esaú mismo concernía sólo al punto de su bendición temporal como el primogénito, más que a su salvación, es cierto sin embargo que el escritor a los Hebreos presenta el episodio como una lección objetiva para advertirles a sus lectores que no jueguen con su primogenitura celestial como hijos de Dios, al volverse terrenos, tras el ejemplo del profano Esaú. Tal como Esaú perdió la herencia temporal que pudo haber sido suya, asimismo, advierte el escritor, los cristianos pueden perder la herencia celestial que es de ellos. Pero no fue sino hasta algunos años después de que consintió descuidadamente en vender su primogenitura que Esaú perdió finalmente, gracias al engaño de Rebeca y de Jacob, la herencia que anteriormente había considerado como de poco valor en comparación con la satisfacción inmediata de su apetito físico.

Con el paso del tiempo llegó un momento en que la herencia que Esaú había menospreciado quedó irremediablemente perdida. Después de que Isaac hubo pronunciado su bendición, la pérdida de Esaú no tenía remedio. La primera bendición de Isaac y los derechos de la primogenitura habían sido otorgados a Jacob; el asunto se había tramitado, y las lágrimas y vehementes pro-

²⁰ Gottlieb Lunemann, *Meyer's Critical and Exegetical Handbook to the New Testament: The Epistle to the Hebrews*, p. 710.

testas de Esaú eran en vano. Igualmente, para cada cristiano cuyo amor al mundo presente le conduce a jugar con su primogenitura celestial como heredero de Dios y co-heredero con Cristo, y perderla, debe llegar el momento (a menos que se arrepienta) en que el juicio se vuelve final; y la herencia perdida jamás puede ser recuperada.

Pero ese momento no ha llegado, en tanto que duren la vida y el día de gracia. Si no fuera así, las repetidas invitaciones de Dios a los que se han extraviado serían una burla vana, y muchos pasajes bíblicos de estímulo serían un engaño cabal de la clase más cruel. La puerta de esperanza no está cerrada para todos aquellos que, después de haberse vuelto "no mi pueblo," por su iniquidad e infidelidad, pueden todavía gemir: "Venid y volvamos a Jehová; porque él arrebató, y nos curará; hirió, y nos vendará" (Oseas 6:1). Pero que nadie presuma o cuente con tener "mucho tiempo" pues la vida y la oportunidad son inciertas, y el día de la gracia puede terminar. "Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar" (Isaías 55:6, 7).

Pero muchos persisten, a pesar de tantos pasajes bíblicos que afirman lo contrario, en negar que la restauración es posible para los que en efecto han caído de la gracia, y se basan en que un segundo nacimiento es una imposibilidad. Afirman que Jesús no dijo: "Os es necesario nacer otra y otra y otra vez," y por lo tanto concluyen que "no puede haber más que un nacimiento espiritual para cada persona, así como no hay sino un nacimiento físico." La objeción parece tener validez para personas cuyo concepto del nuevo nacimiento es inadecuado, diferente del concepto bíblico, y que por lo tanto razonan que existe una relación o comparación entre el nacimiento físico y el espiritual. Pero el caso no es así, tal como vimos en el capítulo VII. Lo que es más, aunque Lázaro de Betania no tuvo sino un nacimiento físico, él experimentó una resurrección que le permitió reanudar la vida física que había principiado con su nacimiento. ¿Podemos dar por sentado que el Dios que puede causar que hombres muertos reanuden su vida física, no puede restaurar a hombres perdidos, para que reanuden su vida espiritual en Cristo?

Al distinguir entre la conversión y la restauración, Westcott hace el siguiente comentario de Hebreos 6: 4-6:

De modo que alguna obra divina puede ser equivalente a esta renovación, si bien no idéntica con ella (Mateo 19: 26). El cambio en tal caso no sería un nuevo nacimiento, sino una resurrección de los muertos.

El propósito de esta renovación es *metanoia*, un completo cambio de mente, consecuente a la comprensión de la verdadera naturaleza moral de las cosas. La consecuencia natural es que en este sentido amplio no puede haber una segunda *metanoia* (comp. con el v. 1). Sí puede haber, por el don de Dios, un cambio correspondiente, una reconquista de la perspectiva perdida con la consecuente restauración de la plenitud de vida, pero esto es diferente de la frescura de la visión, por la cual la vida se realiza por vez primera. La idea popular del arrepentimiento, que limita a éste a un pesar por el pasado, ha venido a oscurecer el pensamiento que confrontamos aquí.²¹

Sin embargo, Delitzsch postula que no hay la posibilidad de restauración para los apóstatas descrita en Hebreos 6: "No más salvación (dice el escritor de la epístola) para aquellos que, habiendo aprendido por el Espíritu Santo a conocer a Jesús como el mismísimo Hijo de Dios, asumen la misma posición hacia su Salvador que la que toman los incrédulos que le llevaron a la cruz."²² Pero entonces, ¿qué podemos decir de Pedro? El sabía cabalmente que Jesús era "el Cristo, el Hijo del Dios viviente" (Mateo 16: 16), y esto no por mera intuición humana, sino por revelación divina: "No te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos." Y, ¿qué privilegio tan santo fue el del apóstol! En la montaña, con Juan y Jacobo, contempló la gloria de Cristo—gloria como del Unigénito del Padre—y oyó la Voz desde las nubes: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia" (Mateo 17: 5). Empero, en la hora del juicio, negó hasta la relación más remota con Jesús: "No conozco al hombre," como si El fuese una persona común y corriente, concediendo, de esta manera que el juicio de sus enemigos era, en la opinión de Pedro, enteramente correcto.

²¹ Westcott, *The Epistle to the Hebrews*, p. 150.

²² Franz Delitzsch, *The Epistle to the Hebrews*, Vol. I, p. 293.

¡Cuán persistente fue en su negación—nada menos que tres veces!
¡Y cuán enfática y certera fue! ¡Maldijo y juró, “no conozco al hombre!”

Sin embargo, Pedro encontró perdón. ¿No nos llena esto de estímulo a todos nosotros, al detenernos a pensar en cuántas veces y maneras hemos negado vergonzosamente a nuestro santo Salvador? ¿Acaso no hemos negado con acción y con nuestra vida, si no de palabra, diciendo: “No conozco al hombre”? ¿No necesitamos nosotros también salir y llorar amargamente con Pedro? Pero todavía El viene—el Hombre de dolores, con cicatrices eternas—y gentilmente nos pregunta: “¿Me amas?”

A cada pródigo cansado—desilusionado, hambriento, hastiado en su corazón del país remoto—el Salvador le ofrece el estímulo y la seguridad preciosa de que el Padre anhela que él regrese. Hay lugar para él en su sitio acostumbrado en la mesa del Padre, donde hay suficiente pan—Pan Viviente quebrado por nosotros, del cual podemos comer y vivir eternamente. Aun ahora, el Padre vela por su retorno. Sencillamente tiene que levantarse y regresar con la confesión humilde: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo.” ¡Con cuánta compasión el Padre le dará la bienvenida! ¡Cuán fervientes serán su abrazo y su beso! ¡Con qué gozo mandará: “Traigan la mejor túnica—la justicia de Cristo—póngansela a mi hijo, y pongan un anillo en su mano y zapatos en sus pies. Comamos y alegrémonos, porque mi hijo estaba muerto, y ha vuelto a vivir; estaba perdido y ha sido hallado!”

Apéndices

APENDICE A

Pasajes del Nuevo Testamento que Establecen la Doctrina de la Seguridad Condicional, y una Lista de Pasajes que Chafer Dice Son "Mal Interpretados" por los Arminianos.

En su obra de teología (*Systematic Theology*, Vol. III, págs. 290-312), el Dr. Lewis Sperry Chafer da una lista de 51 pasajes de la Biblia, a los que, en su opinión, los arminianos podrían naturalmente echar mano para apoyar sus argumentos en contra de la doctrina de la seguridad incondicional, dada su comprensión incompleta (de acuerdo a Chafer) de la revelación total de las Santas Escrituras. A continuación está una comparación de la lista de Chafer con una lista de 85 pasajes del Nuevo Testamento que establecen la doctrina de la seguridad condicional. Hemos evitado duplicar pasajes paralelos de los Evangelios Sinópticos, y no hemos incluido ningún pasaje cuyo significado no esté claramente establecido en el contexto inmediato. Por lo tanto, hemos omitido numerosos pasajes decisivos, cuyo significado debe establecerse comparándolos con otros pasajes bíblicos.

De los 51 pasajes que Chafer cita, sólo uno es del Antiguo Testamento. Una lista de pasajes pertinentes del Antiguo Testamento sería muy larga. Nuestro propósito presente no requiere tal lista. La objeción de Chafer de que ciertos pasajes son "mal aplicados dispensacionalmente" constituye una admisión de que la doctrina de la seguridad incondicional no puede establecerse en el Antiguo Testamento, o en cualquier otro tiempo excepto la era cristiana. También constituye una contención de que, en un aspecto esencial, la fe salvadora en la era presente difiere intrínsecamente de la fe salvadora en otras eras.

Las muchas omisiones del Dr. Chafer incluyen algunos de los pasajes más decisivos. Se puede asumir que sus omisiones,

muy lejos de ser deliberadas, fueron la consecuencia de su convicción vehemente de que la Biblia afirma la seguridad incondicional para los creyentes en la presente dispensación—una convicción que aparentemente afectó tan completamente su estudio de las Escrituras que el significado de muchos pasajes de advertencia se le pasaron por alto. En ese respecto, el Dr. Chafer puede ser considerado como representativo de muchos hombres piadosos y eruditos bíblicos sinceros.

Los cincuenta pasajes del Nuevo Testamento citados por Chafer son dados tal como él los incluye. Se observará que muchas de sus referencias difieren en alguna forma de las mías. Sinceramente creo que si las hubiera considerado en su contexto más amplio, sus conclusiones podrían haber sido diferentes.

Pasajes del Nuevo Testamento que establecen la doctrina de la seguridad condicional:

- | | |
|---|---|
| <ol style="list-style-type: none"> 1. Mateo 18: 21-35 2. Mateo 24: 4, 5, 11-13, 23-26 3. Mateo 25: 1-13 4. Lucas 8: 11-15 5. Lucas 11: 24-28 6. Lucas 12: 42-46 7. Juan 6: 66-71 8. Juan 8: 31, 32 9. Juan 8: 51 10. Juan 13: 8 11. Juan 15: 1-6 | <p>Pasajes que, de acuerdo a Chafer, son mal interpretados por los arminianos:</p> <ol style="list-style-type: none"> 1. Mateo 5: 13 (citado con I Juan 3: 10) 2. Mateo 6: 23 (citado con I Juan 3: 10) 3. Mateo 7: 16-19 (con I Juan 3: 10) 4. Mateo 18: 23-35 5. Mateo 24: 13 6. Mateo 25: 1-13 7. Chafer cita el pasaje paralelo, Mateo 13: 1-8, el lenguaje del cual no es muy definitivo. 8. Lucas 11: 24-26. La clave a la significación de la parábola en los versículos 27, 28, los cuales Chafer omite (véase Juan 8: 51) 9. Juan 8: 31 10. Juan 13: 8 11. Juan 15: 2 12. Juan 15: 6 13. Hechos 5: 32 |
|---|---|

- | | |
|-------------------------------|--|
| 12. Hechos 11: 21-23 | 14. Hechos 13: 43 (citado con I Juan 3: 10) |
| 13. Hechos 14: 21, 22 | 15. Hechos 14: 22 (con I Juan 3: 10) |
| 14. Romanos 6: 11-23 | |
| 15. Romanos 8: 12-14, 17 | 16. Romanos 8: 6, 13 (con I Corintios 11: 29-32) |
| | 17. Romanos 8: 17 (con I Corintios 9: 27) |
| 16. Romanos 11: 20-22 | 18. Romanos 11: 21 |
| 17. Romanos 14: 15-23 | |
| 18. I Corintios 9: 23-27 | 19. I Corintios 9: 27 |
| 19. I Corintios 10: 1-21 | |
| 20. I Corintios 11: 29-32 | 20. I Corintios 11: 29-32 |
| 21. I Corintios 15: 1, 2 | 21. I Corintios 15: 1, 2 |
| 22. II Corintios 1: 24 | |
| 23. II Corintios 11: 2-4 | |
| 24. II Corintios 12: 21-13: 5 | 22. Gálatas 5: 4 |
| 25. Gálatas 5: 1-4 | |
| 26. Gálatas 6: 7-9 | |
| 27. Efesios 3: 17 | 23. Filipenses 2: 12 |
| 28. Filipenses 2: 12-16 | |
| 29. Filipenses 3: 4—4: 1 | 24. Colosenses 1: 21-23 |
| 30. Colosenses 1: 21-23 | |
| 31. Colosenses 2: 4-8 | |
| 32. Colosenses 2: 18, 19 | 25. I Tesalonicenses 3: 5 (con I Juan 3: 10) |
| 33. I Tesalonicenses 3: 1-8 | 26. I Timoteo 1: 19 (con I Juan 3: 10) |
| 34. I Timoteo 1: 3-7, 18-20 | 27. I Timoteo 2: 14, 15 (con I Juan 3: 10) |
| 35. I Timoteo 2: 11-15 | |
| 36. I Timoteo 4: 1-16 | 28. I Timoteo 4: 1, 2 (con I Juan 3: 10) |
| 37. I Timoteo 5: 8 | 29. I Timoteo 5: 8 |
| 38. I Timoteo 5: 11-15, 5, 6 | 30. I Timoteo 5: 12 |
| 39. I Timoteo 6: 9-12 | 31. I Timoteo 6: 10 |
| 40. I Timoteo 6: 17-19 | |
| 41. I Timoteo 6: 20, 21 | |
| 42. II Timoteo 2: 11-18 | |
| | 32. II Timoteo 2: 12 (con I Juan 3: 10) |
| 43. II Timoteo 2: 22-26 | 33. II Timoteo 2: 18 |
| 44. II Timoteo 3: 13-15 | |
| 45. Hebreos 2: 1-3 | |
| 46. Hebreos 3: 6-19 | |
| 47. Hebreos 4: 1-16 | 34. Hebreos 3: 6, 14 |

48. Hebreos 5: 8, 9
 49. Hebreos 6: 4-9
 50. Hebreos 6: 10-20
 51. Hebreos 10: 19-31
 52. Hebreos 10: 32-39
 53. Hebreos 11: 13-16
 54. Hebreos 12: 1-17
 55. Hebreos 12: 25-29
 56. Hebreos 13: 9-14
 57. Hebreos 13: 17, 7
 58. Santiago 1: 12-16
 59. Santiago 1: 21, 22
 60. Santiago 2: 14-26
 61. Santiago 4: 4-10
 62. Santiago 5: 19, 20
 63. I Pedro 1: 5-9, 13
 64. II Pedro 1: 5-11
 65. II Pedro 2: 1-22
 66. II Pedro 3: 16, 17
67. I Juan 1: 5—2: 11
 68. I Juan 2: 15-28
69. I Juan 2: 29—3: 10
 70. I Juan 5: 4, 5
 71. I Juan 5: 16
 72. II Juan 6-9
 73. Judas 5-12
 74. Judas 20, 21
 75. Apocalipsis 2: 7
 76. Apocalipsis 2: 10, 11
35. Hebreos 5: 8, 9
 36. Hebreos 6: 4-9
37. Hebreos 10: 26-29
38. Santiago 2: 17, 18, 24, 26
39. II Pedro 1: 10, 11
 40. II Pedro 2: 1-22
 41. Chafer cita v. 17 en relación con I Juan 3: 10, pero pierde el significado porque menosprecia el v. 16.
42. Chafer cita v. 19 en relación con Hebreos 3: 6, 14, pasaje del que él se deshace afirmando que sólo atañe a la profesión exterior.
43. I Juan 3: 10
 44. I Juan 5: 4, 5
 45. I Juan 5: 16
46. Judas 3-19
47. Chafer cita v. 10 en relación con I Corintios 9: 27, pero pierde el significado porque menosprecia el v. 11.

77. Apocalipsis 2: 17
78. Apocalipsis 2: 18-26
79. Apocalipsis 3: 4, 5
80. Apocalipsis 3: 8-12
81. Apocalipsis 3: 14-22
82. Apocalipsis 12: 11
83. Apocalipsis 17: 14
48. Chafer se deshace de Apocalipsis 2: 7, 11, 17, 26; 3: 5, 12, 21 al declarar que el término "al que venciere" es el equivalente de *cris- tiano*, y que todos los que se con- vierten o vuelven salvos son in- mediatamente hechos "vencedores" mediante la experiencia del nuevo nacimiento, el cual es en sí mismo, el acto final e irrevocable de vencer (p. 306). Pero tal aseveración pasa por alto el hecho de que los mensajes son dirigidos, no a los inconversos, sino "a las iglesias," y las adverten- cias y exhortaciones a vencer son dirigidas a hombres que ya han entrado en la experiencia del nuevo nacimiento.
84. Apocalipsis 21: 7, 8
49. Apocalipsis 21: 8, 27. Asociando v. 8 con v. 27 y menospreciando el v. 7, Chafer pierde el significado de v. 8.
85. Apocalipsis 22: 18, 19
50. Apocalipsis 22: 19. Chafer declara que el pasaje es "una advertencia a todos los hombres." Pero de acuerdo a la "gracia soberana," y la "elección soberana" (incondicional) es imposi- ble que la parte de cualquier hom- bre pudiese ser quitada del libro de la vida y de la ciudad santa. Los reprobados, por decreto eterno, fueron excluidos de los propósitos en gracia de Dios. No tienen parte alguna en el libro de la vida o en la ciudad santa que se les pueda quitar por causa alguna, porque nunca estuvieron incluidos.

APENDICE B

¿Quién Es Dado por el Padre a Jesús?

Las Escrituras afirman que ciertas personas son dadas por el Padre al Hijo, que nadie puede venir a Jesús a menos que el Padre lo traiga (Juan 6:44), y que todos aquellos que el Padre le dé a Jesús vendrán a El (v. 37). Se suscita la pregunta: ¿Quién es aquel a quien el Padre "trae" y da al Hijo? ¿Hay algo en el hombre que el Padre considera, o es la decisión algo meramente arbitrario de parte de Dios?

Muchos han presentado la acusación de que si Dios considerara algo en los hombres, sería lo mismo a hacer "acepción de personas." Pero las Escrituras declaran que si Dios deja de notarlo entonces sí estaría haciendo acepción de personas, y sería arbitrario e injusto en sus tratos con los hombres. (Considérense los siguientes versículos con su contexto: Hechos 10:34, Romanos 2:11; Efesios 6:9; Colosenses 3:25; I Pedro 1:17). Es solamente la teología de algunos hombres lo que afirma que si Dios toma en consideración mérito alguno en los humanos, efectivamente estaría haciendo acepción de personas. Las Escrituras declaran exactamente lo opuesto.

Los defensores de la doctrina de la elección incondicional han hecho un uso exagerado del hecho de que en Juan 6:37, 44, 65; 17:2; Efesios 1:4; II Tesalonicenses 2:13 y algunos otros pasajes (especialmente Romanos 9:6-29, la discusión de lo cual aparece en el Apéndice C), no se hace declaración alguna de que haya un factor en el hombre que Dios tome en consideración al hacer su elección. Pero es una necedad dar tal cosa por sentada: que puesto que hay pasajes en los que no se menciona ningún factor condicional, por lo tanto ningún factor tal existe, ya que en otros lugares de las Escrituras la existencia de tal factor se postula explícitamente.

Jesucristo dice: "Escrito está en los profetas: Y serán todos enseñados por Dios. Así que, todo aquel que oyó al Padre, y

aprendió de él, viene a mí" (Juan 6:45). Pero Jesús declaró además que para cada persona, el efecto de la enseñanza del Padre (de la cual El Salvador era el vehículo ungido, Juan 7:16; 12:49, 50; 17:8) es determinado directamente por algo en el interior del individuo mismo, que es parte de él. "El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta" (Juan 7:17; véase 5:40-47; Lucas 7:30; Juan 3:14-21). Todos los que "quieran hacer la voluntad de Dios" se persuaden de la verdad de su enseñanza, y por lo tanto "oyen" y "aprenden" del Padre y son atraídos a Jesús, como el don que el Padre le da al Hijo, para que Este pueda ver "el fruto de la aflicción de su alma, y quede satisfecho" (Isaías 53:11).

No hay nada en el don de Dios de hacer que los creyentes sean la herencia del Hijo que murió por ellos, que en alguna forma transforme el "todo aquel que quiera" del Evangelio en "todo el que tenga que" y en "la mayoría de ustedes no lo harán." No hay nada en esa oferta que ponga a los hombres en una camisa de fuerza de un decreto antecedente de elección positiva y reprobación incondicionales, al mismo tiempo que insiste en que los hombres son "libres." No hay nada en el evangelio que apele a alguna paradoja oscura e inescrutable, y que insista a gritos en que no es posible reconciliar la revelación que las Santas Escrituras nos dan tanto de la soberanía de Dios como de la libertad moral y la responsabilidad de los hombres. Es sólo la teología de algunos hombres lo que hace tales cosas. Aunque todos los teólogos declaren lo contrario, las Escrituras declaran que, respecto a los que se salvan y los que se pierden, Dios toma cabalmente en consideración la facultad de iniciativa y decisión espirituales con las que El dotó al hombre en la creación. El tiene respeto para su propia creación.

APENDICE C

El Significado de Romanos 9-11.

Los exponentes de la doctrina de la elección incondicional dicen que en Romanos 9-11 (especialmente 9:6-29) encuentran una confirmación completa de su argumento de que la salvación eterna se otorga o logra independientemente de cualesquier factor en el hombre. Parece que muchos han abordado Romanos 9:11 después de haber dado por sentado que el propósito de Pablo en esa porción de su carta a los Romanos era postular la doctrina teológica de la soberanía de Dios. Pero no es así. Su propósito era contestar una pregunta urgente que estaba trastornando a los creyentes judíos por todos lados, de los cuales indudablemente había muchos en Roma.

En los días de los apóstoles, el evangelio de Cristo fue verdaderamente "primero para los judíos." Dondequiera que los apóstoles iban, acostumbraban entrar a las sinagogas y predicar el evangelio, primero a los judíos de la comunidad. Muchos judíos se volvieron creyentes y asambleas que eran predominantemente gentiles tenían fuertes núcleos de convertidos judíos. Esta era la situación en Roma. Al escribirles a los creyentes en Roma, Pablo se dirige a ellos algunas veces como gentiles (1:13-15; 11:13 y vrs. siguientes) y algunas veces como judíos (2:17 y vrs. siguientes; 4:1 y vrs. siguientes; 7:1 y vrs. siguientes).

Después de llegar a una culminación gloriosa en su consideración de los asuntos cardinales del pecado, de la salvación, de la justificación y redención por la gracia por fe en Cristo Jesús, Pablo se torna a la consideración de las circunstancias presentes de Israel—un asunto de interés primordial para todos los creyentes judíos. Habían aceptado a Jesús como el Mesías prometido y ahora anticipaban el cumplimiento de las promesas mesiánicas tocantes a Israel—tal vez muy pronto (Hechos 1:6, 7; 3:19-26). Pero las bases de sus esperanzas parecían eva-

porarse. ¿A qué se debía la demora? ¿Había sido rechazado Israel? ¿Serían olvidadas las gloriosas promesas que Dios había hecho a los padres? Más y más parecía que, o las promesas no se cumplirían, o que Jesús no era realmente el Mesías prometido.

La pregunta no era meramente de interés académico. Las dudas que se suscitaban por una comprensión incompleta y que se nutrían por la desilusión amenazaban destruir la fe de muchos. Era una pregunta penosa entre todos los judíos creyentes, y requería una contestación firme y positiva. Sin duda alguna Pablo había confrontado la pregunta en otros lugares, y ahora escribe detalladamente para contestarla a los convertidos judíos en Roma. Consideremos un análisis breve de su contestación:

1. (9:6-13) La palabra de Dios no había resultado ser infructuosa. Hay un "Israel" *dentro* de Israel—tal como, históricamente, sólo los descendientes de Isaac y Jacob fueron considerados como los hijos de la promesa y del pacto, excluyendo a todos los demás descendientes de Abraham.

2. (9:14-31) Dios es soberano y por lo tanto tiene el derecho de hacer como le agrade con individuos y naciones. Es libre de prodigar favores a algunos, y negarlos a otros, sin por ello tener que dar contestación alguna a ninguna de sus criaturas. Esta soberanía absoluta incluye a Isaac y a Ismael (vrs. 7-9), a Jacob y Esau (vrs. 10-13), a Moisés (vrs. 15, 16), al Faraón (v. 17), a todos los demás individuos (vrs. 18-24), y colectivamente a Israel y a los gentiles (vrs. 25-31). Dios, como soberano, tiene un derecho absoluto de hacer de la masa común de la humanidad algunos vasos para honra y otros para deshonra; algunos para ira y otros para destrucción, y otros para mostrar su misericordia y gloria. El tiene el derecho absoluto para decir de Israel: "no (es) mi pueblo." No le toca a los hombres el poner en tela de duda a Dios. (El hacerlo no sólo es presunción; es positivamente peligroso, puesto que tal actitud es incompatible con la fe. Por ende, el vigor y lo cortante de la contestación de Pablo a los que podrían objetar a sus argumentos).

3. (9:30—10:21) El fracaso de Israel (de "no alcanzar") no se debe, sin embargo, a algún decreto absoluto incondicional que emana de la soberanía de Dios, sin consideración de cosa alguna en los hombres. La causa de la frustración presente de

Israel es su propia incredulidad y desobediencia. No tiene a nadie a quien culpar sino a sí mismo. Dios continúa extendiendo sus manos hacia ellos, pero en vano.

4. (11:1-6) En efecto, a pesar de los alegatos de algunos, Dios no ha rechazado a su pueblo. Aunque Israel, nacionalmente, "no es mi pueblo," Dios todavía tiene su remanente en el Israel en la carne. El mismo apóstol Pablo es uno del remanente (11:1). Como en generaciones pasadas, Dios tiene su "Israel" *dentro de Israel*. Los creyentes judíos en Cristo constituyen su remanente presente en Israel, y son de la elección, no por obras, sino por gracia.

5. (11:7-10) El endurecimiento presente de Israel, nacionalmente—lejos de ser la consecuencia de un acto arbitrario de Dios de desecharlos (11:1, 2)—es la consecuencia de su propia falla, al no haber obtenido la justicia que buscaban. Su fracaso (como Pablo afirma, 9:31—10:21) emanó del hecho de que buscaron la injusticia por sus propias obras, más bien que por la fe, tropezándose por ende ante Cristo, a quien consideraron una ofensa. Su tropiezo y su endurecimiento habían sido profetizados por Isaías, David y otros.

6. (11:11, 12, 15) Dios es poderoso para hacer que el lapso presente de Israel resulte en un buen efecto, tanto para la proclamación inmediata de la salvación entre los gentiles, como para la recuperación final del mismo Israel. Habiendo logrado un valor mediante el lapso de Israel, Dios multiplicará (sus) bendiciones para todas las naciones mediante la restauración de Israel.

7. (11:13-24) Durante el lapso presente de Israel, nacionalmente, la salvación de individuos, tanto judíos como gentiles (10:12, 13), sigue siendo un asunto aparte y distinto, enteramente independiente del asunto de la circunstancia de Israel, nacionalmente. Es evidente de los vrs. 14, 23, 24, que "el endurecimiento" de "algunos de ellos" (distinguiéndolos de "los escogidos," v. 7) no es la consecuencia de un decreto arbitrario de reprobación incondicional; no es absoluta, sino sólo relativa.

8. (11:25-27) La recuperación y la restauración de Israel, nacionalmente, es segura en el propósito de Dios. Los israelitas se volverán una vez más "pueblo mío" (9:25-26).

9. (11:28-29) Aun en la era presente de incredulidad nacional, mientras que son "enemigos por causa de vosotros," los israelitas según la carne son todavía amados por causa de los padres, y las promesas que Dios les hizo a éstos todavía se cumplirán.

10. (11:30-32) El propósito sincero y constante de Dios es tener misericordia de todos, tanto judíos como gentiles, e incluye a todos los hombres individualmente, y a cualquiera de ellos, en la medida en que crean (10:12, 13; 11:20-24).

Muchos han fracasado precisamente aquí: en que no han reconocido que la consideración de Pablo en Romanos 9:6-29 es el asunto de la circunstancia de Israel, más que el de la salvación personal de hombres individuales, que su argumento sirve sólo para afirmar que Dios, como un Creador soberano, es libre para ordenar todas las cosas como le agrada, y de otorgar o negar favores como escoja hacerlo, sin por ello tener que dar cuenta a los hombres—una verdad que Pablo desea intensamente dejar establecida en las mentes de los judíos cristianos que estaban profundamente trastornados por el tema de la circunstancia de Israel, y en peligro de negar la sabiduría y la justicia de Dios. Pablo declara solamente la libertad inherente de Dios, como un Creador soberano, de actuar sin por ende tener que dar cuenta a sus criaturas. Pero no hay que interpretar esto como que significa que Dios no se gobierna por principios morales inherentes en su propio carácter santo, ni que El esté en libertad de ser arbitrario o caprichoso. Dios se gobierna en sus acciones, no por el juicio de sus criaturas, sino por la integridad moral de su propia Persona. Los que han dado por sentado que Romanos 9:6-29 afirma que Dios es meramente arbitrario en sus relaciones con los hombres, incluyendo la decisión incondicional de algunos para que sean salvos, y la consigna arbitraria de otros para que sean condenados, han interpretado erróneamente el pasaje. También han pasado por alto gran parte de lo que sigue en Romanos, capítulos 9 al 11, incluyendo las declaraciones categóricas de que Dios quiere que todos los hombres sean salvos, y que no quiere que nadie se pierda, sino que se tornen al arrepentimiento.

Liddon comenta: "En toda esta sección (9:6-29), el apóstol

no hace esfuerzo alguno por armonizar la libertad absoluta y la omnipotencia de Dios con la auto-determinación y responsabilidad del hombre. Por el momento, la primera verdad es postulada con fuerza tan imperativa que parece que se pierde de vista la segunda verdad: y lo que hizo necesaria esta presentación unilateral de la doctrina fue la falsa noción albergada por los judíos, de que en virtud de su posición teocrática, Dios *tenía* que ser misericordioso (por gracia) con ellos. Sin intentar la determinación de la relación de interdependencia que existe entre la libertad divina y la humana (la cual está segura por la verdad de que la primera es regida por la santidad esencial de Dios y es condicionada consecuentemente por factores—acciones—morales de parte del hombre), San Pablo pasa a la consideración del otro lado del fenómeno que tiene por delante, o sea, la responsabilidad de los judíos mismos por su fracaso, al no haber 'alcanzado la justicia de Dios.'¹

La Biblia afirma ambas la soberanía de Dios y la libertad de la voluntad humana. Muchos han insistido en que las dos verdades, tal como se revelan en las Escrituras, no pueden reconciliarse. Pero la irreconciliación que ellos afirman no existe entre las dos verdades tal como las Escrituras las afirman, sino entre las aseveraciones categóricas de la Biblia de la libertad y la responsabilidad de los hombres, y las conclusiones injustificadas que muchos han deducido de ciertos pasajes en los que el factor humano sencillamente no se afirma—por lo que dichas conclusiones no son sino teorías sin base.

El Dios soberano que está en libertad de ordenar todas las cosas tal como le agrade, ha declarado que a El le agrada, por la locura de la predicación, salvar a los que creen (I Corintios 1:21); que se agrada por la fe de los hombres que le buscan diligentemente (Hebreos 11:6); y que no se agrada con la muerte del impío (Ezequiel 33:11; 18:20-32), sino que quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad (I Timoteo 2:4), no queriendo que nadie se pierda, sino que todos procedan al arrepentimiento (II Pedro 3:9).

¹ H. P. Liddon, *Explanatory Analysis of St. Paul's Epistle to the Romans*, p. 174.

APENDICE D

La Teoría de Calvino sobre la Reprobación, y su Premisa Fundamental Errónea.

Calvino consideraba la reprobación un decreto positivo. "Por la predestinación entendemos el decreto eterno de Dios por el cual El determinó consigo mismo cualesquier cosa que quería que sucediera tocante a cada hombre. Todos no son creados en términos iguales, pero algunos son preordenados para la vida eterna, otros para la condenación eterna; y, de acuerdo a ello, tal como cada uno ha sido creado para uno u otro de estos fines, decimos que ha sido predestinado para vida o para muerte" (3:21:5). "De modo que entonces decimos que las Escrituras claramente demuestran todo esto, que Dios por su consejo eterno e inmutable decidió de una vez por todas quiénes serían de su agrado para que algún día fuesen admitidos a la salvación, y quiénes, por el otro lado, fue de su agrado condenar a la destrucción. Sostenemos que este consejo, en lo que toca a los electos, se basa en la misericordia gratuita, sin respecto al valor o mérito humano, en tanto que aquellos que El condena a la destrucción son excluidos de acceso a la vida por un juicio justo y santo, pero al mismo tiempo incomprendible" (3:21:7). "Ahora, si para excusarse a sí mismos y a los impíos, los pelagianistas, los maniqueístas, los anabaptistas o los epicúreos (pues es con estas cuatro sectas que tenemos que discutir este asunto) objetaran a la necesidad que los constriñe a ellos en consecuencia de la predestinación divina, no hacen nada que sea atinado a la causa" (3:23:8). Sin embargo, en el mismo párrafo escribe: "Lo que es más, aunque su perdición depende de la predestinación de Dios, la causa y contenido de ello están en ellos mismos."

Así que, de acuerdo a Calvino, por un decreto eterno antes de la creación, Dios "determinó consigo mismo cualquier cosa que quería que sucediera tocante a cada hombre." A algunos El los preordenó "para la vida eterna, otros para la condenación eterna," sin que tenga nada que ver cualesquier elemento o factor en el hombre, sea en los electos o en los reprobados—"ellos no

hacen nada que sea atinado a la causa." Y sin embargo, en alguna manera, "la causa y contenido de la perdición de los reprobados están en ellos mismos."

No puede contradecirse que hombres, como pecadores culpables, sean merecedores de la perdición. Pero de acuerdo a la teoría de Calvino de la reprobación, la culpa de los reprobados es una consecuencia en vez de ser una causa. Puesto que si por un decreto eterno Dios incondicionalmente "preordenó" a ciertos individuos a la condenación eterna sin tomar en cuenta factor alguno en ellos, sino simplemente porque "fue de su agrado condenarlos a la destrucción," no puede ser cierto que "la causa y contenido" de su perdición se encuentre en los reprobados mismos, como Calvino declara, porque el decreto de Dios fue antecedente a cualquier acto del hombre. De acuerdo a la definición de Calvino de la elección y la reprobación, la culpa de los reprobados es, ella misma, la consecuencia directa del decreto positivo de Dios de reprobación. Dios creó a los reprobados con el único propósito de que llevaran la culpa y la condenación eterna, y la verdadera "causa y contenido" de su perdición ha de encontrarse en el decreto de Dios, más que "en ellos mismos" como Calvino declara.

Calvino se embrolla en la misma clase de contradicción en su consideración de la caída de los ángeles. Escribe: "Pablo les da el nombre de *electos* a los ángeles que mantuvieron su integridad. Si su firmeza se debía al buen agrado o placer de Dios, la revuelta de los otros prueba que fueron abandonados. No se puede aducir ninguna otra causa para esto que la reprobación, la cual está escondida en los consejos secretos de Dios" (3: 23: 4). Obviamente, este razonamiento hace que la rebelión de los ángeles sea la consecuencia directa de un acto de Dios. De acuerdo a Calvino, toda la compañía de ángeles iba muy feliz y contenta en su rutina acostumbrada, cuando, de repente, ¡pum! Dios súbitamente dejó caer la trampa bajo los pies de algunos de ellos al retirar su gracia sustentadora y al "abandonarlos" a la perdición. Esto se debió sencillamente "al buen placer o agrado de Dios" y "no se puede aducir ninguna otra causa para esto, que la reprobación, la cual está escondida en los consejos secretos de Dios."

Pero en otra parte de sus *Institutos*, Calvino declara que

“ . . . cuando primero fueron creados, eran los ángeles de Dios, pero al rebelarse lograron ambas cosas, arruinarse a sí mismos y volverse los instrumentos de perdición para otros. . . . Todo lo que es de condenarse en él, Lucifer lo trajo sobre sí con su rebelión y caída. La Escritura nos lo recuerda, para que no sea que, al creer que al principio Lucifer fue creado con tal grandeza, le atribuyamos a Dios lo que es más ajeno a su naturaleza. Por esta razón Cristo declara (Juan 8:44) que Satanás, cuando mienta, ‘habla de sí mismo,’ y menciona la razón, ‘porque no moró en la verdad.’ Al decir que no moró en la verdad, definitivamente implica que hubo un tiempo en que estuvo en la verdad, y al llamarle el padre de las mentiras, pone fuera de su alcance el poder acusar a Dios con la depravación, de la cual él mismo (Lucifer) fue la causa” (1:14:16).

De modo que así, en una página, “no hay otra causa” para la caída de los ángeles excepto “el buen agrado de Dios” al substraer repentinamente su gracia sustentadora de algunos y de “abandonarlos a la perdición,” al mismo tiempo que continúa asegurando (preservando) la “firmeza” de otros que “mantuvieron su integridad.” Sin embargo, en otra página, no hay otra causa que la que podamos encontrar en los ángeles mismos, quienes, sin provocación ni necesidad o excusa, perversamente se rebelaron contra Dios y su divina voluntad.

Es difícil leer ampliamente a Calvino sin llegar a la conclusión de que el teólogo francés era un especialista en “querer ver la procesión y salir en ella.” Con la mano izquierda otorga, y con la diestra quita. La dificultad de Calvino emana de que su trabajo intelectual se basaba en una premisa fundamental equivocada. Su error cardinal fue que no logró reconocer que la voluntad de Dios tiene más que un solo aspecto, lo que le llevó a su negación consecuente de que Dios desea que todos los hombres sean salvos. Es aparente, de sus escritos, que Calvino razonaba de esta manera: Si Dios de veras quisiera que todos los hombres fuesen salvos, entonces todos los hombres serían salvos. Pero la mayoría de los hombres no son salvos. Por lo tanto, debemos llegar a la conclusión de que Dios no quiere que todos los hombres sean salvos. La lógica de Calvino parece incontrovertible; pero se basa en la premisa errónea de que la voluntad de Dios sólo tiene un aspecto.

Calvino deploraba el hecho de que sus opositores “. . . recurren a la distinción entre voluntad y permiso, con el propósito de probar que los perversos perecen sólo por el permiso, pero no por la voluntad de Dios. Pero, ¿por qué decimos que El permite, sino sencillamente porque lo desea?” (3:23:8). Seguramente cualquier cosa que esté dentro de su permiso está dentro de la voluntad de Dios. Pero esto no establece el hecho de que su voluntad tenga un solo aspecto. Todo lo que ocurre en el universo está dentro de la voluntad permisiva de Dios. Ni los hombres ni los ángeles ni los demonios pueden ir más allá de los límites de la voluntad permisiva de Dios. Pero por ningún concepto es cierto que todo lo que sucede está de acuerdo con la perfecta voluntad de Dios.

Uno puede argüir que, puesto que el mundo está lleno de avaricia, lujuria, violencia, degeneración, odio e impenitencia, Dios evidentemente quiere que así sea y está satisfecho con ello. Pero las Escrituras nos declaran lo contrario. Aunque Dios permite que tales cosas existan en el mundo, El ha revelado su desagrado y su ira hacia ellas, y ha ordenado que todos los hombres se arrepientan. Por lo tanto, es evidente que hay dos aspectos de la voluntad de Dios respecto al pecado: su voluntad permisiva lo permite; pero su voluntad perfecta lo prohíbe y lo traerá a juicio y condenación.

Hay dos aspectos de la voluntad de Dios en cuanto a los hombres respecto a la salvación. Numerosos pasajes de la Biblia revelan la voluntad perfecta de Dios de que “todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (I Timoteo 2:4); pero el hecho de que no todos los hombres son salvos refleja la voluntad permisiva de Dios. Si un hombre es salvo, es de acuerdo a la voluntad perfecta de Dios de que todos los hombres sean salvos; si un hombre se pierde, es de acuerdo a la voluntad permisiva de Dios de que los hombres, siendo agentes morales libres en vez de meros títeres, pueden rehusarse a obedecerlo. La latitud entre la voluntad perfecta de Dios y su voluntad permisiva es el área dentro de la cual funcionan los hombres con libertad como inteligencias morales responsables, que darán cuenta ante Dios en un juicio solemne. Dios está obrando en la humanidad “llevando a muchos hijos a la gloria” (Hebreos 2:10) mediante el proceso redentor arraigado en

su gracia y obrado por Cristo. Pero como inteligencias morales creadas a su imagen, los hombres tienen que concurrir, por su propio libre arbitrio, en el proceso redentor de Dios si es que han de compartir su gloria eterna como sus hijos. El hecho de que los hombres son responsables, como agentes morales libres, es un corolario del hecho de que la voluntad de Dios tiene dos aspectos en vez de uno.

El hecho de que la voluntad de Dios tiene dos aspectos, en vez de uno, resulta plenamente aparente en numerosos pasajes de la Escritura. Consideremos los siguientes: "El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá. . ." (Juan 7:17). "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. . ." (Mateo 7:21). "Mas los fariseos y los intérpretes de la ley desecharon los designios (*boulē*, propósito) de Dios respecto de sí mismos, no siendo bautizados por Juan" (Lucas 7:30). De acuerdo a las Escrituras, los hombres pueden escoger hacer la voluntad de Dios, o *no* hacerla. Puesto que todo lo que pasa está necesariamente dentro de los límites de la voluntad de Dios, y sin embargo (de acuerdo a las Escrituras) mucho de lo que pasa es *contrario* a la voluntad de Dios, es evidente que la voluntad de Dios tiene dos aspectos, en vez de uno solo.

Calvino sí afirma que Dios tiene "una doble voluntad" (3:24:17). Pero con ello sólo quiere decir que Dios tiene una voluntad para los electos y otra para los reprobados, y que ambas voluntades son sencillamente manifestaciones correspondientes de una voluntad inmutable de Dios. (Pero si su voluntad tiene meramente un solo aspecto, Dios necesariamente es insincero; puesto que ostensiblemente está enojado con los pecadores impenitentes, con quienes sin embargo debe agradarse secretamente, pues están nada más cumpliendo su voluntad inmutable para ellos). La premisa errónea de Calvino de que la voluntad de Dios tiene un solo aspecto enredó al Reformador en un error fundamental que deformó tanto su teología como su interpretación de las Escrituras.

Una gran parte de la exposición que Calvino hace de las Escrituras es excelente, inclusive sus interpretaciones de las advertencias en contra de la apostasía y las exhortaciones a perseverar. Calvino insiste en que los creyentes deben perseverar

en la fe si han de permanecer en gracia. Francamente reconoce que las Escrituras declaran que algunos en efecto caen de la gracia (cristianos reprobados, en cuyos casos un decreto divino decidió que su fe y su experiencia de gracia fuesen sólo temporales). Correctamente declara que los electos perseverarán en la fe y continuarán en la gracia hasta la salvación final. Pero él considera la perseverancia de individuos específicos como la *consecuencia* de la elección, más que como una condición de ella. Por lo tanto, se ve necesitado a negar que Dios desea que todos los hombres sean salvos, porque si Dios desea que todos los hombres sean salvos, entonces la perseverancia tiene necesariamente que ser una condición, en vez de una consecuencia de la elección. Por ende, sus interpretaciones de las declaraciones explícitas de la Escritura, de que Dios quiere que todos los hombres sean salvos, y de que Cristo murió por todos los hombres, son ingeniosas y artificiales. La razón es aparente: de haber Calvino aceptado el significado y contenido obvios de tales declaraciones categóricas y sencillas de la Santa Escritura, su definición de la elección y toda la lógica de su teología se hubiesen desintegrado. Por lo tanto Calvino rechazó el significado latente de numerosos pasajes de las Escrituras, en pro de su teología, la cual él pudo apoyar al apelar a ciertos pasajes de prueba y al asignarles interpretaciones ingeniosas a algunas de las declaraciones más explícitas de las Santas Escrituras.

Un ejemplo de la interpretación que Calvino da a pasajes incompatibles con su teología lo tenemos en sus comentarios sobre I Timoteo 2: 4-6, donde escribe: "(Pablo) demuestra que Dios realmente desea la salvación de todos, puesto que invita a todos al reconocimiento de la verdad."¹ Habiendo hecho tal concesión, (por cierto en cabal armonía con el significado obvio de las palabras de Pablo), Calvino inmediatamente empieza a retractarse al decir: "Esto pertenece a esa clase de argumento en el cual la causa se prueba por el efecto." En otras palabras, puesto que muchos no son salvos, no puede ser veraz que Dios realmente quiera que todos los hombres sean salvos. Concediendo que "si 'el evangelio es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree' (Romanos 1: 16), es cierto que todos aquellos

¹ John Calvin, *Commentaries on the Epistles to Timothy, Titus, and Philemon*, p. 54.

a quienes se dirige o declara el evangelio son invitados a la esperanza de la vida eterna," empero Calvino insiste en que sólo "aquellos a quienes Dios hace partícipes de su evangelio son admitidos por él para poseer la salvación"—los que, son desde luego aquellos que tienen la buena fortuna de haber sido incluidos en la "elección secreta" de Dios. Por lo tanto no debemos creer que Dios realmente desea que todos los hombres vengan al conocimiento de la verdad y sean salvos. La declaración sencilla de Pablo debe ser "interpretada" para hacerla que concuerde con la teología de Calvino. De acuerdo a Calvino, Dios "invita a todos al aceptamiento de su verdad:" pero se asegura que sólo los individuos debidos acepten su invitación universal. El ha dado todos los pasos necesarios para asegurarse de que ninguno de los "que están en el otro lado" (que no deben) obedezcan su mandato justo dado a todos los hombres en todo lugar de que se arrepientan o de que acepten su misericordiosa invitación a "todo aquel."

En defensa de su teología, Calvino asevera que "todos" no significa *todos*, sino más bien sólo *algunos hombres de cada una de todas las clases*. Declara que al afirmar que Dios quiere que todos los hombres sean salvos, ". . . el apóstol sencillamente significa que no hay gente ni rango en el mundo excluidos de la salvación; porque Dios desea que el evangelio sea proclamado a todos sin excepción. Ahora bien, la predicación del evangelio da vida; y por eso justamente concluye que Dios invita a todos igualmente a participar de la salvación. Pero el presente discurso se relaciona a clases de hombres, y no individuos específicos, pues su solo propósito es incluir en este número a príncipes y a naciones extranjeras."² En otras palabras, cuando Pablo declaró que Dios "quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad," realmente él sólo quiso decir que Dios quiere tener *algunos* hombres de cada una de las naciones y clases, incluyendo a unos cuantos reyes, que sean salvos y que vengan al conocimiento de su verdad.

En otro lugar Calvino escribe: "El término universal *todos* debe siempre referirse a clases de hombres, y no a personas. . . ."³

² *Ibid.*, p. 54.

³ *Ibid.*, p. 57.

Tal premisa es necesaria para la defensa de la teología de Calvino. Y parece ser una concesión modesta lo que Calvino pide, en vista de que toda su elaborada teología está de por medio. Pero nos preguntamos por qué Pablo dependió tanto de "intérpretes" en vez de decir sencillamente que Dios desea tener algunos hombres de cada una de todas las clases diferentes para que sean salvos y que vengan al conocimiento de la verdad, y que Jesús se dio a Sí mismo en rescate de algunos hombres de cada una de todas las clases.

En otro lugar Calvino escribe: "Al decir esto (Pablo) sin duda alguna se refiere solamente a que el camino de la salvación no estaba cerrado para ninguna clase de hombres; y que, todo lo contrario, Dios había manifestado su misericordia de tal manera que no quería que nadie se viera impedido de (entrar en) él" (3:24:16). Pero claro que Calvino no quiere decir verdaderamente que Dios en realidad "había manifestado su misericordia de tal manera que no quería que nadie se viera impedido de (entrar en) él." Tal declaración contradice su teología puesto que de acuerdo a Calvino, la mayoría de los hombres fueron creados para el propósito específico de ser privados para siempre de la misericordia de Dios. Por lo tanto Calvino significa sólo que Dios ha eliminado (privado) a los reprobados de su misericordia, no sobre la base de "clase" u "orden de hombres," sino más bien como individuos específicos a quienes creó para la perdición y para quienes nunca se intentó que fuese su misericordia. En contra de cualquiera que pudiera resistirse a aceptar su "interpretación" de una declaración tan sencilla y categórica de las Escrituras y su definición necesaria de la palabra *todos* como sólo: *algunos hombres de todas las clases*, Calvino fulmina: "Porque si persisten en echar mano de las palabras, 'Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos' (Romanos 11:32), yo, por el contrario, echaré mano de lo que está escrito en otro lugar, 'Nuestro Dios está en los cielos; todo lo que quiso ha hecho' (Salmos 115:3)" (3:24:16). Claro que a Calvino le corresponde el derecho exclusivo de definir qué es lo que Dios "quiso" hacer que "ha hecho."

"Por ende vemos la necedad infantil" escribe Calvino "de aquellos que interpretan este pasaje (I Timoteo 2:4-6) como si se opusiera a la predestinación (o sea a la hipótesis particular

de Calvino de la elección y la reprobación). 'Si Dios,' dicen esas personas, 'desea que todos los hombres sin distinción alguna sean salvos, es falso que algunos sean predestinados por su propósito eterno para la salvación, y que otros lo sean para la perdición (quiero decir, incondicionalmente). Habrían tenido base de decir esto, si Pablo estuviese aquí hablando de personas u hombres individuales; y aún entonces no habríamos carecido de los medios de contestar a su argumento, puesto que, aunque la voluntad de Dios no debe ser juzgada por sus decretos secretos, cuando El nos los revela por señales (evidencias) externas, sin embargo, no se concluye por lo tanto que El no ha decidido en su fuero interno lo que intenta hacer tocante a cada hombre individual.'⁴

Así que, casi al mismo tiempo, Calvino declara que Dios tiene en su corazón el deseo de la salvación de todos . . . y sin embargo esto no significa que El haya decidido en Sí mismo lo que intenta hacer tocante a cada hombre individual—pues a algunos de éstos El los creó para la salvación, y otros para la perdición. Una vez más, como en muchos casos de Calvino, la mano izquierda da, y la mano derecha quita. "Dios tiene en su corazón el deseo de la salvación de todos e invita a todos al reconocimiento de su verdad." Pero también tiene en su corazón la perdición eterna de hombres a quienes creó con ese sólo propósito o destino—hombres a quienes, desde antes de la creación, El les negó completamente cualquier posibilidad de llegar al reconocimiento de su verdad y salvación. "Dios tiene en su corazón el deseo de la salvación de todos"—¡y la condenación de la mayoría! Sin dar atención a factor alguno en los hombres, Dios está contento, o se agrada de enviar a la perdición eterna a muchos cuya salvación "desea en su corazón." ¿Por qué? Tal vez para confirmar la lógica de la teología de Calvino.

Calvino echa mano de artificios exegéticos parecidos en su interpretación de pasajes que afirman que Cristo murió por toda la humanidad. Por ejemplo, de acuerdo a su interpretación de I Juan 2:2, Juan (el apóstol) no significó que Jesús sea verdaderamente la propiciación "por los pecados . . . de todo el mundo." En vez de eso, el apóstol quiso decir que Jesucristo es

⁴ Calvin, *Commentaries on the Epistles to Timothy, Titus, and Philemon*, p. 54.

la propiciación por los pecados de los electos, quienquiera que resulten ser a través de todo el mundo, y en cualquiera generación que les toque vivir en la tierra. “. . . el propósito de Juan no era otro sino extender o hacer que este beneficio fuese común a toda la Iglesia. Entonces bajo la palabra *todos* él no incluye a los reprobados, sino que designa a aquellos que creerían al igual que a aquellos que entonces estaban diseminados por diversas partes del mundo. Pues entonces resulta verdaderamente evidente, como se intentó que fuese, que la gracia de Cristo, cuando es declarada como la única verdadera salvación del mundo.”⁵

Debe haber sido una revelación sorprendente para los lectores de Juan el oír que Jesucristo es la propiciación de los pecados de los electos tanto en una parte del mundo como en otra, y tanto en una generación como en otra. ¡Solemne tontería! Pero claro que la sencilla declaración de Juan necesita la debida “interpretación.” La lógica de la teología de Calvino demanda una propiciación limitada. (En su “Introducción” a la edición de la Casa de Publicaciones Eerdmann de los *Institutos*, John Murray escribe: “La exégesis (de Calvino) es, en una palabra, teológicamente orientada.” Esto es cierto hasta un grado mucho más allá de lo que Murray quiso decir, y tal vez hasta incluyendo algo que no quiso decir. Es una profunda lástima que la teología de Calvino no fue orientada exegéticamente).

Aunque muchos calvinistas conceden que tal doctrina es manifiestamente carente de base bíblica, la propiciación limitada sigue siendo uno de los postulados esenciales de la teología de Calvino. Los “Cinco Pilares del Calvinismo” son cinco en número, no cuatro. Pero los calvinistas que abogan por una propiciación limitada no tienen derecho moral alguno para asegurarle a cualquier hombre que Cristo murió por él, personalmente, puesto que, de acuerdo a su teología, su declaración puede ser veraz, o puede ser falsa; y en la mayoría de los casos es falsa.

Los calvinistas que rechazan la doctrina errónea de la propiciación limitada, si bien son más bíblicos, son por ese mismo paso correspondientemente menos lógicos. Muy carente de uniformidad es la posición de los calvinistas moderados que rechazan

⁵ Calvin, *Commentaries on the Catholic Epistles*, p. 173.

una propiciación limitada al mismo tiempo que abogan por una elección incondicional. ¿Por qué había de llevar Jesús los pecados de hombres que no tienen la posibilidad del perdón y cuyo destino inevitable, por el decreto de Dios, es la perdición eterna? ¿Por qué había Dios de sacrificar a su Hijo en favor de hombres a quienes El no quiere salvar y a quienes no ama? O, ¿cómo puede ser cierto que Dios *ame* a hombres a quienes El haya creado deliberadamente para el único propósito de la separación eterna de Sí mismo? Es un "amor" muy raro el que crea a seres humanos sólo para la ira. O, si uno insiste en que la reprobación no es "un decreto positivo" como dicen algunos "calvinistas" (algo que es imposible establecer, si la elección es incondicional), ¿cómo es que Dios ame a hombres a quienes sencillamente "pasa por alto" al mismo tiempo que salva a otros que no merecen un ápice más de su misericordia? Un Dios que "pasa por alto" a la gran masa de pecadores indefensos, con una actitud de indiferencia fortuita, no es muy diferente al sacerdote y al levita de la parábola que contó el Salvador. Si se protesta que los pecadores han ofendido a Dios y que no merecen su misericordia, preguntemos si nuestro Salvador nos enseñó a amar a nuestros enemigos y a perdonar a los que nos han ofendido. Preguntemos también si, de acuerdo a la enseñanza de nuestro Salvador, amar y perdonar y buscar la reconciliación nos hace que seamos *como* Dios, o *muy diferentes* a El (Mateo 5:43-48). La única demanda que la víctima de los ladrones podía hacer del buen samaritano se basaba en el carácter mismo del samaritano—el espíritu de amor y de fraternidad que tenía hacia sus semejantes. La única demanda que los pecadores culpables pueden hacer de la misericordia de Dios es el carácter misericordioso del mismo Dios. Esa demanda fue suficiente para mandar a Jesús al Gólgota y a una muerte vergonzosa como la propiciación "por los pecados de todo el mundo." La culpa de los hombres que persisten en la desobediencia se multiplica muchas veces por el hecho de que Jesús se "dio a Sí mismo en rescate por todos," y de que Dios no quiere que nadie perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento y al conocimiento de su verdad y gracia salvadora.

Chafer, quien rechaza la doctrina de la propiciación limitada, tácitamente admite lo contradictorio de afirmar al mismo tiempo

la redención ilimitada y la elección incondicional: "Para el que cree en la redención ilimitada, la aparente inequidad de una condenación que se cierne sobre (los reprobados) después de que Cristo ha llevado esa condenación es tan sólo un misterio más que la mente finita no puede entender."⁶ Pero el "misterio" y la contradicción no están presentes para hombres que reconocen que la voluntad de Dios tiene más de un solo aspecto, y que las Escrituras presentan ambas cosas: una propiciación ilimitada y una elección condicional (con respecto a individuos particulares). La única manera en que podemos tener armonía interior en nuestro razonamiento (y ser bíblicos), es reconociendo que el amor que proveyó una propiciación infinita "por los pecados de todo el mundo" encuentra su expresión en el deseo sincero de Dios de que nadie se pierda, y de que todos procedan al arrepentimiento y a la salvación. La elección condicional es el corolario inevitable de la redención ilimitada. "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres, sus pecados, . . . (por lo tanto es) como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios" (II Corintios 5: 19, 20).

Es cierto, como los calvinistas se deleitan en aducir, que hay una médula sólida de lógica en el centro de la teología de Calvino. Pero es una lógica que procede sobre la premisa errónea de que la voluntad de Dios tiene un solo aspecto, lo cual es enteramente inválido. Por lo tanto es inevitable que, a pesar de su médula de lógica, haya tanto en la teología de Calvino que es horriblemente ilógico—cosa que los calvinistas conceden, pero que excusan aduciendo que las paradojas terribles son "misterios" que nuestra mente finita no puede comprender. Es raro que hombres que se glorían en la "lógica" de la teología de Calvino estén tan listos a aceptar todo lo que es crasamente ilógico en ella. Aún más trastornador es el hecho de que estén tan dispuestos a aceptar las muchas interpretaciones ingeniosas y artificiales de declaraciones sencillas y explícitas de las Santas Escrituras, que requiere la defensa de la teología de Calvino.

La profunda intolerancia de Calvino hacia todos los que dudaban de sus opiniones no era meramente la evidencia de una

⁶ Lewis Sperry Chafer, *Systematic Theology*, Vol. III, p. 188.

vanidad muy susceptible a ofenderse; era también la reflexión de su evaluación sincera de sus *Institutos de la Religión Cristiana*; esto es lo que escribió de su libro: "No me atrevo a dar un testimonio demasiado fuerte en su favor y declarar cuán útil será su lectura, no sea que dé la apariencia de que aprecio demasiado mi propio trabajo. Sin embargo, puedo prometer esto, que será algo así como una llave que les abrirá a los hijos de Dios el derecho y el acceso fácil al entendimiento del volumen sagrado. . . . Y puesto que estamos obligados a reconocer que toda la verdad y la doctrina sana proceden de Dios, me aventuraré audazmente a declarar lo que pienso de esta obra, reconociéndola como que es la obra de Dios más bien que mía."⁷

No ponemos en tela de duda la sinceridad de Calvino en su razonamiento de que sus *Institutos* son una expresión comprensiva de la verdad santa, bastante libre del error, y que es la llave indispensable para el entendimiento de las Escrituras. Pero negamos que haya sido sabio compartir esta premisa básica. Es causa de lamentarnos que, durante los pasados cuatro siglos, muchos han dado la apariencia de considerar los *Institutos* de Calvino, no meramente como la expresión de un sistema de teología, sino en realidad como una clase de norma infalible por la cual se ha de juzgar toda exégesis y doctrina. Tal premisa milita en contra de la posibilidad de cualquier estudio verdaderamente objetivo de las Santas Escrituras, y de la formulación de una teología verdaderamente bíblica. "¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido."

Pero haremos bien en honrar a Calvino por su propósito vehemente de estar siempre "listo y sincero en la obra del Señor," y por su celo y sus trabajos para guiar a los hombres a la luz de la verdad santa, de la mejor manera en que él la vio. Celoso por la gloria de Dios e indignado en contra de las presunciones de "hombres impíos en oficios santos," que traficaban con las almas de los hombres, apropiándose a sí mismos las provincias de Dios, Calvino trabajó diligentemente para exponer las Escrituras, y especialmente para defender la doctrina de la soberanía de Dios, de acuerdo a sus conceptos y su definición.

⁷ Calvin, *The Institutes of the Christian Religion*, p. 22.

APENDICE E

Otros Pasajes Bíblicos a los que Frecuentemente Apelan los que Abogan por la Doctrina de la Seguridad Incondicional.

En este libro nuestro propósito ha sido considerar los pasajes principales de las Escrituras a los que apelan frecuentemente los que abogan por la doctrina de la seguridad incondicional. En adición a los que hemos considerado en los capítulos precedentes, hay otros que justifican una discusión breve:

1. "Irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios" (Romanos 11:29). Algunos declaran que la aseveración de Pablo indica que, cualesquiera que sean las circunstancias subsecuentes, Dios no puede quitarle a ningún individuo el don de la justificación y la salvación, una vez que se lo ha dado. Pero Romanos 11:29 no es un principio general aplicable a cualquiera y a toda situación en las relaciones de Dios con los hombres; pues tal cosa sería una contradicción de muchos pasajes de las Escrituras. El contexto gobierna el significado de la declaración de Pablo (Romanos 9-11, especialmente 11:26-29). El contexto indica que la afirmación de Pablo atañe a la elección corpórea de Israel. A pesar de la presente infidelidad de Israel, colectivamente la promesa de Dios a los padres todavía se cumplirá en una generación que buscará al Rey de gloria y que estará dispuesta en el día de su poder (Salmos 24:6; 110:3; véase Oseas 3:4; 5:15—6:3; Zacarías 12:10; 13:6 y vrs. siguientes, etc.). Mientras tanto, aun aquellos en quienes la promesa no puede cumplirse—una generación rebelde—todavía son "amados por causa de los padres." Los dones de Dios y el llamamiento a Israel a los privilegios de su elección corpórea, si bien temporalmente su cumplimiento se ha visto impedido por la incredulidad general de generaciones rebeldes, nunca serán finalmente retirados, sino que más bien finalmente se cumplirán en una generación que esté "dispuesta." Romanos 11:29 no tiene aplicación al asunto de la salvación y la seguridad individuales (contraste con los vrs. 20-23). La declaración de Pablo en el

v. 29 fue escrita no tocante a hombres salvos, sino acerca de homhres que eran "enemigos" del evangelio (v. 28).

2. "¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio señor está en pie, o cae; pero estará firme, porque poderoso es el Señor para hacerlo estar firme" (Romanos 14: 4). Este versículo, con su contexto, solamente indica que la persona cuyas convicciones sean diferentes de las nuestras en cuanto a la definición exacta de la vida cristiana práctica, no por esa única razón será desaprobado por Dios, sólo porque sus convicciones difieren en algo de las nuestras. Dios, de quien él es un siervo, es el único que tiene la responsabilidad del juicio. Aunque nuestro hermano difiera en algunos aspectos pequeños, puede todavía ser aprobado ante los ojos de Dios (tal vez hasta más que nosotros) y, puesto que es un siervo de Dios, la gracia divina lo sostendrá. Pero es sólo por la fe que uno continúa en la gracia de Dios (Romanos 11: 20-22; II Corintios 1: 24).

3. "Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego" (I Corintios 3: 15). Algunos afirman que estas palabras de Pablo indican que, si bien es posible que los cristianos pierdan las recompensas que la fidelidad trae, es imposible que ellos pierdan la salvación. Pero observemos que, si bien es cierto que todos los creyentes deben comparecer ante el tribunal de Cristo (Romanos 14: 10-12; II Corintios 5: 10), el pasaje de I Corintios 3: 12-15 atañe específicamente al juicio de los ministros del evangelio (véase el v. 5 y los siguientes). (Sin duda alguna hay en principio una aplicación secundaria, a todos los creyentes.) El único asunto que se considera en este pasaje es cómo edifican los hombres que "edifican sobre este fundamento," Jesucristo. Aquellos que "sufrirán pérdida" serán los hombres que, aunque no edificaron bien, empero edificaron (y permanecieron) sobre el único Fundamento adecuado y por lo tanto, a pesar de sus pobres labores, son sin embargo salvos. El pasaje no afirma en ninguna manera que es imposible que los hombres abandonen "este fundamento" y sean separados de la esperanza del evangelio, perdiendo así su salvación. El peligro de la apostasia, tan prominente en muchos otros pasajes de la pluma de Pablo, no es considerado en este pasaje.

4. "Dijo también el Señor: Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos" (Lucas 22:31, 32). Jesucristo anticipó, no sólo la negación de Pedro, sino también su restauración. Pero lo que fue cierto en el caso de Pedro no gobierna lo que puede ser cierto en otros casos. El dar por sentado que la experiencia de Pedro implica una experiencia universal, que la restauración es inevitable en cada caso y que la apostasía final es por lo tanto imposible, es negar la enseñanza y testimonio llanos de las Escrituras. Jesús, nuestro Abogado para con el Padre, ora por todos los que confían en El. Pero se nos advierte que no abandonemos la fe, alejándonos así de nuestro Sumo Sacerdote (Hebreos 4: 14-16; 10: 19-39).

5. "Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera" (Juan 6:37). Muchos declaran que Jesús ha prometido con estas palabras que nadie que venga a El será echado fuera, y que una relación salvadora con Cristo, una vez que se ha efectuado, es por lo tanto indisoluble. Pero tal premisa contradice numerosas advertencias de Jesús, por ejemplo la de Juan 15:1-6. La promesa de Jesús en Juan 6:37 es, como Robertson comenta, "una promesa definida de Jesús de darle la bienvenida a quien venga a él."¹

6. "Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero" (Juan 6:39). No es la voluntad del Padre que ninguno que venga a Jesús subsecuentemente se pierda. Pero tampoco es su voluntad que nadie se pierda (II Pedro 3:9), o que deje de venir al conocimiento de la verdad y sea salvo (I Timoteo 2:4). Pero hay una vasta diferencia entre la perfecta voluntad de Dios y la voluntad permisiva (véase el Apéndice D). No puede abrogarse ni la libertad que los hombres tienen de actuar, ni su consecuente responsabilidad. En su oración intercesora en vísperas de ser traicionado, Jesús oró: "A los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición" (Juan 17:12). La fidelidad

¹ A. T. Robertson, *Word Pictures in the New Testament*, Vol. V, p. 108.

del Buen Pastor de proteger a sus ovejas no las exime de su obligación de escuchar la voz del Pastor y de seguirlo (Juan 10: 27-29).

7. "Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo" (I Pedro 2: 4, 5). Algunos han abogado que si los salvos llegan a perderse, la casa espiritual de la que Pedro escribe (véase Efesios 2:22) podría, hasta cierto grado, desmantelarse. Tal argumento implica que la "casa espiritual" está siendo edificada sólo para uso futuro y que debe quedar incompleta hasta la consumación de la edad. Pero no es así. La "casa espiritual" está siempre completa y lista para el ofrecimiento de "sacrificios espirituales" en el culto, la adoración y el servicio a Dios. Independientemente del número de "piedras vivientes," la casa espiritual de Dios en la tierra está siempre completa, pues se compone de todos los que están en Cristo mediante una fe obediente. Asimismo, el "cuerpo de Cristo" (I Corintios 12:27) aunque continuamente está en aumento (Efesios 4: 16; Colosenses 2:19), está sin embargo constantemente entero y completo.

8. "Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubiesen sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron para que se manifestase que no todos son de nosotros" (I Juan 2: 19). Algunos han declarado que la frase de Juan indica que todos los que son falsos profesantes tarde o temprano se separarán de la compañía de los verdaderos creyentes (lo cual es contrario a muchos pasajes de la Biblia) y que todos los que se separan nunca fueron verdaderos creyentes (lo cual es contrario tanto a los pasajes de advertencia como a los casos efectivos de apostasía). Respecto a los anticristos de los que habla Juan, hay dos posibilidades. Sus profesiones de fe pudieron haber sido falsas desde el principio; o bien esas personas pudieron haber sido en efecto apóstatas que abandonaron la fe y se alejaron de Cristo. Cualquiera de estas dos situaciones pudo haber sucedido. Juan solamente declara que, en el tiempo en que se retiraron del compañerismo espiritual

de los verdaderos creyentes “no eran de nosotros;” de otra manera habrían continuado en compañerismo con los fieles.

Hay que hacer la observación de que, cualesquiera que haya sido la circunstancia de los anticristos en perspectiva, Juan estaba escribiendo de casos específicos, en vez de declarar un principio universal. Tengamos cuidado de la falacia de dar por sentado de que toda la verdad puede y debe ser comprimida en una sola frase de la Biblia, y que las circunstancias precisas en un caso de deserción necesariamente gobiernan las circunstancias de todos los demás casos. Hay algunos cuyas profesiones de fe son falsas desde el principio, y hay otros que abandonan la fe y se alejan de una relación salvadora con Cristo. Las Escrituras reconocen ambas circunstancias, y la circunstancia precisa de los anticristos que Juan menciona no determina nada con respecto a la circunstancia de otros casos. Observemos que, después de aludir al caso trágico de los anticristos que negaron que Jesús es el Cristo (vrs. 18-23), Juan urgentemente les advierte a sus hijos en la fe que tengan cuidado del peligro de sucumbir a las seducciones de los anticristos al adherirse a su herejía fatal, dejando de retener, al hacer tal cosa, el verdadero evangelio salvador y de permanecer en el Hijo y en el Padre, y de compartir la vida eterna en El (vrs. 24-28).

9. “Y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna” (Hechos 13:48b). Los defensores de la doctrina de la elección y la seguridad incondicionales se ufanan de encontrar fuerte apoyo en Hechos 13:48, aseverando que la declaración de Lucas implica que creer el evangelio es una consecuencia de la elección y una evidencia de predestinación individual a la vida eterna, y que uno que haya creído sinceramente, tiene por lo tanto, una evidencia infalible de que es uno de los electos y que está seguro incondicionalmente para toda la eternidad.

Los comentaristas están divididos en cuanto al significado preciso de *tetagmenoí*, que nuestra versión castellana (siguiendo a la Vulgata) traduce: “ordenados.” Lange asegura que “las palabras no tienen ningún otro sentido excepto que todos aquellos, y sólo esos, fueron verdaderamente convertidos, que fueron ordenados, destinados, por Dios para la vida eterna.”² Pero tam-

² Lange, *Commentary on the Holy Scriptures: Acts*, p. 258.

bién insiste en que “la libre autodeterminación de la voluntad humana se niega tan poco como se afirma en este pasaje; un *decretum absolutum* no está de por medio en manera alguna en el término *tetagmenoi*.”³ Meyer está de acuerdo. A la misma vez que insiste en que el significado literal es “la destinación divina para salvación eterna,” declara: “Fue una arbitrariedad dogmática lo que convirtió nuestro pasaje en una prueba del *decretum absolutum*, puesto que Lucas deja enteramente fuera la relación de ‘ser ordenado’ a la autodeterminación libre. . . . Lo que es más, la relación evidente, que esta información tiene a las propias palabras del apóstol, *επειδή . . . σοῦς*, v. 46, testimonia en *contra* del concepto del decreto absoluto, y a *favor* de la idea, de acuerdo a la cual la destinación de Dios no excluye, compárese con 2: 41, la libertad individual. . . .”⁴

Alford comenta: “El significado de [*tetagmenoi*] debe determinarse por el contexto. Los judíos se habían juzgado a sí mismos indignos de la vida eterna: los gentiles, cuantos de ellos se inclinaron a la vida eterna, creyeron. *Quién* los inclinó, no se nos dice *aquí*: ni tampoco necesita esto detallarse aquí más ampliamente. Sabemos que Dios es quien obra la voluntad (o el deseo) de creer, y que la preparación del corazón es cosa suya:⁵ pero encontrar *en este texto* la aserción de la predestinación a la vida es hacer violencia sobre ambos, el versículo y el contexto de modo que se les atribuye un significado que no tienen. La clave de la palabra aquí es la comparación entre I Corintios 16: 15 y Romanos 13: 1: en ambos casos *los agentes* son expresados, en tanto que aquí la palabra es absoluta. Véase también cap. 20: 13. . . . Wordsworth correctamente observa que sería interesante inquirir qué influencia había tenido la traducción de este pasaje como *praecordinati* de la Vulgata en las mentes de hombres como San Agustín y sus seguidores en la Iglesia Occidental, en su deliberación de los grandes asuntos del libre albedrío, la elección, la reprobación, y la perseverancia final: y en algunos escritores en las iglesias reformadas quienes,

³ *Ibid.*

⁴ Meyer, *Critical and Exegetical Hand-Book to the Acts of the Apostles*, p. 264.

⁵ Pero al hacer tal cosa, Dios no obra arbitrariamente. Véanse los Apéndices B y C.

aunque rechazaron la autoridad de esa versión, sin embargo se dejaron arrastrar por ella, del significado del original aquí y en 2:47. La tendencia de los Padres Orientales, que leían el griego original, fue, dice Wordsworth, en dirección muy diferente a la de la Escuela Occidental.⁶ Las observaciones de Wordsworth merecen reflexión seria.

Todos los que dan por sentado que *tetagmenoi* en Hechos 13:48 implica que todos los que creyeron el evangelio en ese momento y lugar en particular, lo hicieron como la consecuencia de un decreto absoluto de elección incondicional, están aceptando una segunda premisa infundada, y completamente absurda: Todos los que estaban presentes en la congregación que habían de creer jamás en el evangelio lo hicieron inmediatamente. No podía haber otra oportunidad posterior de considerar el evangelio, y ningún hombre que no quiso creer ese día podría jamás creer y ser salvo, puesto que todos los que estaban predestinados a creer, lo hicieron inmediatamente. ¡Una premisa absurda! Tal norma no se apega a la realidad ni en el caso de Pablo ni en el de la experiencia universal de la iglesia a través de todas las generaciones.

Debería ser obvio que *tetagmenoi* en el pasaje que tenemos por delante no puede tener ningún significado que sea incompatible con su contexto⁷ o con aserciones explícitas y categóricas de que Dios quiere que todos los hombres sean salvos (I Timoteo 2:4) y que no quiere que nadie perezca sino que todos procedan al arrepentimiento (II Pedro 3:9). En cualquier evento, observemos que, cualesquiera que sea el significado preciso de *tetagmenoi* en la frase de Lucas, la doctrina de la seguridad incondicional no encuentra sostén alguno en Hechos 13:48. Es seguro que los electos creerán el evangelio. Pero la frase de Lucas no establece en ninguna manera, ni que la elección es incondicional, ni que todo aquel que una vez cree en el evangelio

⁶ Alford, *The Greek Testament*, p. 153.

⁷ Verso 46. Seguramente que Pablo no quiso decir que los judíos que rechazaron el evangelio lo hicieron porque, en su humilde opinión de sí mismos, se juzgaron (significado común de *hriñō*) a sí mismos indignos de la vida eterna. Su significado es entonces que, con respecto a Dios y a sus propósitos eternos en gracia, debido a que rechazaron su Palabra, pronunciaron un juicio y condenación (un significado más frecuente de *hriñō* en el Nuevo Testamento) sobre sí mismos, de que eran indignos de la vida eterna que Dios les ofrecía gratuitamente por medio del llamado sincero del evangelio.

es electo eternamente y necesariamente continuará en la fe. Las Escrituras citan numerosos casos de apostasia (lo cual no sería posible si Hechos 13:48 implicara lo que algunos han dado por sentado) y en sus páginas se les advierte urgentemente a los creyentes que no dejen de continuar en la fe: "Mas el justo vivirá por fe; y si retrocediere, no agradará a mi alma." El hecho de la fe pasada no ofrece garantía alguna en contra de la posibilidad, o de la consecuencia desastrosa, de abandonar la fe y alejarse del Salvador. El encontrar apoyo para la doctrina de la seguridad incondicional en Hechos 13:48 es leer algo en la declaración de Lucas que no está allí.

10. "Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conforme a la imagen de su Hijo, para que El sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó" (Romanos 8:29-30). Este pasaje ha sido llamado frecuentemente "una cadena irrompible"—preconocimiento, predestinación, llamamiento, justificación y glorificación. Para los electos es efectivamente una cadena irrompible; y sólo los electos están incluidos en la afirmación de Pablo (v. 33). El llamamiento, la justificación y la glorificación constituyen la implementación de la predestinación (conformidad a la imagen del Hijo) que Dios planeó para los electos. Para ellos, el llamamiento y la justificación resultarán en la glorificación final, de acuerdo al propósito eterno de Dios de "llevar muchos hijos a la gloria" (Hebreos 2:10), la gloria de conformidad plena a la imagen de su Hijo. Pero no hay nada en la afirmación de Pablo que establezca que la elección es incondicional o que todos los que experimenten el llamado y la justificación sean necesariamente electos por toda la eternidad, y que perseverarán inevitablemente. Claro que es cierto que los electos (a quienes Dios conoce) perseverarán. Pero eso es sólo *la mitad* de la verdad; porque es igualmente cierto que los que perseveran son [los] electos. Esta última y solemne verdad es presentada en las Santas Escrituras, no como el resultado inevitable de algún decreto divino inexorable con respecto a individuos específicos incondicionalmente, sino como un asunto del interés constante y propósito santo de los creyentes.

La certidumbre de la elección y la perseverancia es con respecto, no a individuos particulares incondicionalmente, sino más bien con respecto a la *ekklesia*, el cuerpo completo de todos los que, por su fe viviente, están en unión con Cristo, los verdaderos electos y el Pacto Viviente entre Dios y todos los que confían en su Siervo justo (Isaías 42: 1-7; 49: 1-12; 52: 13—53: 12; 61: 1, 2). Considérese lo siguiente:

El propósito eterno de Dios en gracia:

Efesios 1: 4 El nos escogió en Cristo para que fuésemos *hagious kai amōmous* delante de El.

Colosenses 1: 22, Nos reconcilió a Sí mismo en Cristo, mediante su muerte, para presentarnos *hagious kai amōmous* delante de El.

La plenitud corporal (cierta):

Efesios 5: 27, Cristo se presentará la *ekklesia* a Sí mismo *hagia kai amomos*.

La plenitud individual (contingente):

Colosenses 1: 23, El nos presentará *hagious kai amōmous* delante de El—si permanecemos fundados y firmes en la fe, y sin movernos de la esperanza del evangelio.

El dar por sentado que la gloria eterna es la conclusión inevitable de “una cadena irrompible” para todos los que experimentan la gracia salvadora es menospreciar las advertencias explícitas, no sólo en otros lugares de la Escritura, pero en este mismo pasaje que estamos considerando. Pablo advierte: “Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne; porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios” (Romanos 8: 12-14). “Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados” (v. 17).

No permitamos que vanas presunciones tocantes a pasajes tales como Romanos 8:29-30 destruyan nuestro interés vehemente de hacer caso de las muchas advertencias y exhortaciones a perseverar en la fe. Dios nos presentará santos y sin mancha e irrepreensibles delante de El sólo si permanecemos en la fe y no nos movemos (o alejamos) de la esperanza del evangelio. "Si sufrimos," escribe Pablo, "también reinaremos con él; si le negáremos, él también nos negará." "El que venciere," promete nuestro Salvador, "será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles. . . . Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que venciere, no sufrirá daño de la segunda muerte."

11. "De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas" (II Corintios 5:17). Muchos abogan, basándose en este versículo, que el estado espiritual de uno que una vez está "en Cristo" jamás puede ser alterado, puesto que su nueva circunstancia es la consecuencia de un acto creativo de Dios que no puede ser revocado.

Efectivamente, en Cristo el creyente es "una nueva criatura" —"hechura suya (de Dios), creados en Cristo Jesús" (Efesios 2:10). Pero es tal cosa sólo *en Cristo*, de quien es posible ser cortado (Juan 15:1-6), y por lo tanto no es una "criatura" espiritual a la que no sea posible destruir (véase lo que he dicho en la pág. 172 sobre Judas 11, 12—*apothanonta* y *apōlonto*). Esto es implicado por las muchas advertencias en contra de apostatar, y comprobado por el historial del Nuevo Testamento de casos efectivos de apostasía (véase la pág. 172 y siguientes).

En Romanos 14 y I Corintios 8, Pablo considera el asunto de comer carne que ha sido ofrecida a los ídolos. Declara que los ídolos son nada y que la carne ofrecida a ellos no es por eso contaminada espiritualmente. Para el creyente bien instruido, ni el comer ni el abstenerse (de tal carne) tiene consecuencia alguna (I Corintios 8:8). Pero para todos los que son débiles en la fe, el comer tal carne sería violar su conciencia ante Dios, lo que sí constituiría pecado y les acarrearía condenación (Ro-

manos 14:20-23; I Corintios 8:7-13). El estimular a estos últimos a comer, en violación de sus conciencias, sería hacerlos pecar, y ponerlos en peligro. Por lo tanto Pablo amonesta a sus lectores a que no hagan que "por la comida suya se pierda aquel por quien Cristo murió" (Romanos 14:15). Y más adelante: "No destruyas la obra de Dios por causa de la comida" (v. 20). La "obra de Dios" (v. 20) en peligro de ser destruida es "el hermano . . . por quien Cristo murió" (v. 15)—una "nueva criatura en Cristo," pero al mismo tiempo un hermano débil en la fe que puede ser destruido si se le hace tropezar.

Naturalmente no debemos dar por sentado que Pablo implique que un solo acto de comer constituiría la apostasía total. Pero una violación de la conciencia hace más fácil la siguiente y, a menos que la tendencia se frene, el espíritu de obediencia (un aspecto esencial de la fe salvadora) es destruido inevitablemente, y tiene como su consecuencia final la apostasía. Ésta es la razón del vehemente interés de Pablo, tal como se expresa en sus advertencias a otros y en su propio voto solemne (I Corintios 8:13).

La doctrina de la seguridad incondicional y de la perseverancia inevitable no encuentra sostén en I Corintios 5:17. Somos "nuevas criaturas" no *per se*, como la consecuencia irrevocable de una experiencia de conversión, pero sólo "en Cristo"—en unión con Aquél, a través de quien, por la fe, participamos de la naturaleza divina y de la vida eterna que es nuestra solamente en el Hijo (I Juan 5:11, 12). Permanezcamos, por lo tanto, en el Hijo y en el Padre, para que continuemos compartiendo su vida eterna (I Juan 2:24 y siguientes; Juan 15:6) como nuevas creaciones en Cristo.

BIBLIOGRAFIA

- Alford, Henry, *The Greek Testament*. London: Rivingtons, 1868.
- Barnhouse, Donald Grey, *Life by the Son*. Philadelphia: American Bible Conference Association, 1938. Usado con permiso de *Eternity Magazine*, Philadelphia.
- Berkouwer, G. C., *Faith and Perseverance*. Traducido por Robert D. Knudsen. Grand Rapids: Eerdmans, 1958. Usado con permiso.
- Bloomfield, S. T., *The Greek Testament with English Notes, Critical, Philological, and Exegetical*. Boston: Perkins and Marvin, 1837.
- Burton, Ernest De Witt, *Syntax of the Moods and Tenses in New Testament Greek*. Tercera Edición. Edinburgh: T. & T. Clark, 1898.
- Calvin, John, *Commentary on the New Testament*. 15 vols. Traducido por Henry Beveridge, John Owen, John Pringle y William Pringle. Grand Rapids: Eerdmans.
- , *Institutes of the Christian Religion*. 2 vols. Traducido por Henry Beveridge. Grand Rapids: Eerdmans.
- Chafer, Lewis Sperry, *Major Bible Themes*. Wheaton: Van Kampen Press, 1953. Usado con permiso del Seminario Teológico de Dallas, Dallas, Texas.
- , *Systematic Theology*. 8 vols. Dallas: Dallas Seminar Press, 1947. Usado con permiso del Seminario Teológico de Dallas.
- Clarke, William Newton, *An Outline of Christian Theology*. New York: Charles Scribner's Sons, 1898.
- Dargan, Edwin Charles, *The Doctrines of Our Faith*. Nashville: The Sunday School Board of the Southern Baptist Convention, 1920. Usado con permiso.
- Delitzsch, Franz, *Biblical Commentary on the Psalms*. 3 vols. Traducido por Francis Bolton. Edinburgh: T. & T. Clark, 1873.
- , *Commentary on the Epistle to the Hebrews*. 2 vols. Traducido por Thomas L. Kingsbury. Grand Rapids: Eerdmans.
- Denney, James, *Studies in Theology*. London: Hodder and Stoughton, 1895.
- , *The Christian Doctrine of Reconciliation*. New York: George H. Doran Company, 1918.
- , *The Death of Christ*. New York: The American Tract Society, 1903.
- Eadie, John, *Commentary on the Epistle of Paul to the Colossians*. Grand Rapids: Zondervan.

- Godet, Frederick L., *Commentary on the Epistle to the Romans*. Traducido por A. Cusin y revisado y publicado por Talbot W. Chambers. Grand Rapids: Zondervan.
- , *Commentary on the Gospel of John*. 2 vols. Traducido por Timothy Dwight. Grand Rapids: Zondervan.
- Goodspeed, Edgar J., *The New Testament: An American Translation*. Chicago: The University of Chicago Press, 1935. Usado con permiso.
- Hengstenberg, E. W., *Commentary on the Gospel of St. John*. Edinburgh: T. & T. Clark, 1868.
- Hodge, Charles, *A Commentary on the Epistle to the Romans*. Philadelphia: William S. Martien, 1851.
- Knox, R. A., *The New Testament of Our Lord and Saviour Jesus Christ*. New York: Sheed and Ward, 1945. Usado con permiso.
- Kuyper, Abraham, *The Work of the Holy Spirit*. Traducido por Henri de Vries. New York: Funk & Wagnalls, 1900.
- Liddon, H. P., *Explanatory Analysis of St. Paul's Epistle to the Romans*. London: Longmans, Green, and Company, 1893.
- Lightfoot, J. B., *Saint Paul's Epistles to the Colossians and to Philemon*. Grand Rapids: Zondervan.
- , *The Epistle of St. Paul to the Galatians*. Grand Rapids: Zondervan.
- Lockyer, Herbert, *Blessed Assurance*. Grand Rapids: Zondervan, 1955. Usado con permiso.
- Maclaren, Alexander, *Expositions of Holy Scripture*. 32 vols. New York: Hodder and Stoughton, and George H. Doran Company.
- , *The Epistles of St. Paul to the Colossians and to Philemon (The Expositor's Bible, ed. W. Robertson Nicoll)*. New York: Hodder and Stoughton, and George H. Doran Company.
- Mayor, Joseph B., *The Epistle of St. James*. Grand Rapids: Zondervan.
- Meyer, H. A. W., et. al., *Critical and Exegetical Hand-Book to the New Testament*. Traducido y publicado por Frederick Crombie y William Stewart. New York: Funk & Wagnalls, 1884.
- Moffatt, James, *The New Testament: A New Translation*. New York: Harper & Brothers, copyright 1922, 1935, and 1950. Usado con permiso.
- Montgomery, Helen Barrett, *The New Testament in Modern English*. Philadelphia: The American Baptist Publication Society, 1924. Usado con permiso.
- Moule, H. C. G., *Colossian Studies*. London: Hodder and Stoughton, 1909. Usado con permiso de Pickering & Inglis, Ltd., Glasgow.
- , *Thoughts on Christian Sanctity*. Chicago: Moody Press.

- Moulton, James Hope, and George Milligan, *The Vocabulary of the Greek Testament*. Grand Rapids: Eerdmans.
- Murray, John, *Redemption—Accomplished and Applied*. Grand Rapids: Eerdmans, 1955. Usado con permiso.
- Pierson, A. T., *Keys to the Word*. Grand Rapids: Zondervan.
- , *The Heart of the Gospel*. London. Passmore and Alabaster, 1892.
- Robertson, A. T., *A Grammar of the Greek New Testament in the Light of Historical Research*. Nashville: Broadman Press, 1934. Usado con permiso de la Junta de Escuela Dominical de la Convención Bautista del Sur de Nashville.
- , *Word Pictures in the New Testament*. 6 vols. New York: Harper & Brothers, 1930. Usado con permiso de la Junta de Escuela Dominical de la Convención Bautista del Sur de Nashville.
- Ryle, J. C., *Expository Thoughts on the Gospels*. 4 vols. Grand Rapids: Zondervan.
- Shepardson, Daniel, *Studies in the Epistle to the Hebrews*. New York: Revell, 1901.
- Strong, Augustus H., *Systematic Theology*. Philadelphia: The Judson Press, 1907. Usado con permiso.
- Thiessen, Henry C., *Introductory Lectures in Systematic Theology*. Grand Rapids: Eerdmans, 1949. Usado con permiso.
- Tholuck, Augustus, *Commentary on the Gospel of St. John*. Edinburgh: T. & T. Clark, 1860.
- Verkuyl, Gerrit, *Berkeley Version of the New Testament*. Grand Rapids: Zondervan, 1945. Usado con permiso.
- Vincent, Marvin R., *Word Studies in the New Testament*. Grand Rapids: Eerdmans, 1946. Usado con permiso.
- Westcott, B. F., *The Epistles of St. John*. Grand Rapids: Eerdmans.
- , *The Epistle to the Ephesians*. Grand Rapids: Eerdmans.
- , *The Epistle to the Hebrews*. Grand Rapids: Eerdmans.
- , *The Gospel According to St. John*. London: John Murray, 1903.
- Weymouth, Richard Francis, *The New Testament in Modern Speech*. New York: Harper & Brothers. Usado con permiso.
- Williams, Charles B., *The New Testament: A Translation in the Language of the People*. Chicago: Moody Press, 1950. Usado con permiso.
- Wuest, Kenneth S., *The Gospels: An Expanded Translation*. Grand Rapids: Eerdmans, 1956. Usado con permiso.
- , *Treasures from the Greek New Testament for the English Reader*. Grand Rapids: Eerdmans, 1943. Usado con permiso.

INDICE DE ASUNTOS Y NOMBRES

- Abel, su sacrificio aceptable ofrecido "por fe," 21, 230
- Permanecer en Cristo, más que "compañerismo" y "consagración," 95
- Abraham, un ejemplo de fe duradera, 110, 175, 228
- Adán, necesidad de la fe perseverante en su estado original, 20, 229
- Adeney, W. F., 31
- Alexander, Joseph Addison, 301
- Alford, Henry, 59, 109, 312, 352
- Animales, sacrificio de, ofrecidos como un acto de confesión y fe, 21
- Aoristos, no especifican acción puntia-guda, requieren definición por el contexto, la lógica y la analogía, 75
- Apostasía, no (es) la acción de incrédulos, 154; significado del término, 155; casos específicos de ella que narra el N.T., 170; generalmente no es sin remedio, 302
- Seguridad de salvación, siete medios de lograr, 291
- Propiciación, objetiva e ilimitada, individual en su aplicación, 24, 132
- Agustín, San, 103, 149, 352
- Barnhouse, Donald Grey, 132, 252, 254
- Berkouwer, G. C., 163, 168, 175
- Beza, Teodoro, 35
- Blasfemia contra el Espíritu Santo, la, no es imperdonable inmediatamente, 310
- Bloomfield, S. T., 35
- Pámpanos de la vid, sólo los verdaderos creyentes, 42
- Browne, E. Harold, 22
- Burton, E. D., 55, 59, 76, 77, 310
- Calvino, Juan, 43, 146, 147, 279, 287, 291, 334, 346
- Chafer, Lewis Sperry, 37, 53, 64, 67, 93, 133, 322, 326, 344
- Disciplina (o castigo), dos resultados posibles a ella, en vez de uno solo, 142
- Cristo, ejemplo supremo de fe, 235; murió como Hijo del hombre, 238; su muerte fue voluntaria, 239
- Clarke, William Newton, 85
- Clephane, Elizabeth C., 24
- Cromwell, Oliver 257
- Dargan, Edwin Charles, 61
- Davidico (de David), pacto de, aplicación errónea de Calvino a, 146, 148
- Muerte, ambas espiritual y física, el castigo del pecado, 22—Jesús la sufrió en la cruz, 23
- Delitzsch, Franz, 144, 149, 161, 197, 317
- Denney, James, 25, 61, 126
- Eadie, John, 287
- Elección a la salvación final, comprende a la *ekklēsia* corporalmente, 354, a los individuos sólo secundariamente, 356
- Eli, hijos de, apostasía final, 300, 311
- Eterna, vida, una cualidad de vida que emana de Dios, más bien que una mera existencia sin fin, 19; no es la posesión personal inalienable *ipso facto* del creyente, 50
- Fe, esencial para la felicidad de Adán en el Edén, 20; fe salvadora, una fe con obras y no meramente especulativa, 7, 8, 214
- Fidelidad a Dios, no les sirve a los hombres infieles, 109
- Perdonador, espíritu, un aspecto esencial de la fe salvadora, 36, 38
- Godet, F. L., 57, 117, 146, 196, 204, 215
- Hengstenberg, E. W., 43, 56, 204
- Hodge, Charles, 7, 287
- Huther, J. E., 261
- Judas, un ejemplo de apostasía, 176; careció de verdadero arrepentimiento, 313
- Justificación, por la fe más que por ordenanzas o por las obras, 3, 6, 249, 251, 255, 256
- Kendrick, A. C., 162
- Kenosis, 238

- Kierkegaard, 199
 Knox, Ronald A., 252
 Kuyper, Abraham, 6, 21, 25, 86, 209, 222
 Lange, J. P., 97, 301, 351
 Lázaro, regresó a la vida física, 316
 Legalismo, controversia en la iglesia primitiva, decisión del concilio de Jerusalén, 3; condenado como un peligro a la fe sencilla en Jesús, 4
 Liddon, H. P., 94, 112, 196, 204, 332
 Lightfoot, J. B., 7, 195
 Lunemann, Gottlieb, 314
 McClymont, J. A., 79
 Maclaren, Alexander, 6, 45, 50, 111, 112, 126, 149, 206, 272
 Massie, J., 188, 192
 Mayor, J. B., 270
 Melancthon, 7, 53
 Meyer, H. A. W., 56, 106, 115, 190, 352
 Montgomery, Helen Barrett, 40, 55, 125, 136, 193
 Moule, H. C. G., 262, 263
 Moulton, James Hope y George Miligan, 155
 Murray, John, 288, 343
 Naturalezas, "dos naturalezas del creyente," una falacia popular, 209, 210
 Nuevo Nacimiento, doctrina embrionica en el A. T., 84; circunstancia esencial de la salvación, 86; no hay que igualarlo con el nacimiento físico, 87; aspecto condicional de relación, 92
 Nicodemo, probablemente estaba bajo gracia salvadora cuando tuvo su conferencia con Jesús, 86
 Obediencia, un aspecto esencial de la fe salvadora, 214
 Ofrenda, la que Cristo hizo de una vez por todas, pero eficaz para individuos sólo si creen, 122, 128
 Owen, John, 285
 Pablo, una "rama desgajada" e "injer-tada otra vez," 302; sin duda alguna (fue) culpable de la blasfemia contra el Espíritu, 311
 Payne, Paul Calvin, 13
 Pecado, dos peligros para el cristiano, 131-36
 Perfecto, tiempo (griego), no hace afirmación alguna en cuanto al futuro, 59; no es el equivalente del tiempo perfecto en inglés, 96
 Perseverancia en la fe, sólo (es) la seguridad de la salvación final, 284-290; la certidumbre de ella es respecto a la *ekklesia* corporalmente, en vez de a los individuos incondicionalmente, 354
 Pierson, A. T., 263-264
 Relación de Cristo con el creyente, el principio que la gobierna, 40
 Robertson, A. T., 20, 35, 40, 42, 54, 60, 75, 77, 79, 92, 107, 157, 158, 176, 180, 212, 213, 216, 226, 264, 270, 271, 278, 301, 304, 305, 314, 349
 Ryle, J. C., 57
 Santo Espíritu, sello de la propiedad de Dios, arras de la herencia del creyente, 105; no es seguridad de la fidelidad del creyente, 111; la blasfemia contra el Espíritu no es inmediatamente imperdonable, 309
 Scofield, Biblia con Anotaciones de, 222
 Scriven, Joseph, 137
 Shepardson, Daniel, 310
 Spurgeon, C. H., 272
 Strong, A. H., 5, 163, 258
 Tennyson, Alfred, 19
 Thayer, J. H., 30, 89, 141, 155, 178, 250, 251, 314
 Tholuck, Augustus M., 56
 Verkuyl, Gerrit, 40, 91, 92, 109, 125, 160
 Vincent, Marvin R., 79
 Waite, Joseph, 191
 Watts, Isaac, 6, 203
 Westcott, B. F., 52, 57, 62, 79, 91, 97, 112, 116, 123, 146, 154, 155, 205, 219, 227, 234, 236, 307, 308, 310, 315, 318
 Weymouth, Richard Francis, 62, 107
 Williams, Charles B., 40, 78, 80, 92, 93, 108, 115, 144, 174, 187, 206, 207, 215, 230, 249, 250, 254
 Wuest, Kenneth S., 55, 59-61, 73-75, 78, 181
 Young, Robert, 58
 Zinzerdof, Conde, 46

INDICE DE CITAS BIBLICAS

<p>GENESIS</p> <p>2: 16, 17 20</p> <p>2: 17 21</p> <p>3: 15 21</p> <p>3: 21; 4: 4 21</p> <p>27: 33 312, 315</p> <p>EXODO</p> <p>20: 25 256</p> <p>NUMEROS</p> <p>4: 15-20 256</p> <p>DEUTERONOMIO</p> <p>14: 1 84</p> <p>32: 6, 19 84</p> <p>21: 18-21 143</p> <p>31: 6, 8, 16 268</p> <p>JUECES</p> <p>16: 20 198</p> <p>I SAMUEL</p> <p>2: 25 301</p> <p>3: 14 301</p> <p>II SAMUEL</p> <p>6: 6, 7 256</p> <p>I CRONICAS</p> <p>28: 9 268</p> <p>29: 10 84</p> <p>II CRONICAS</p> <p>15: 2 268</p> <p>ESDRAS</p> <p>8: 22 268</p>	<p>SALMOS</p> <p>9: 10 260, 268</p> <p>19: 12, 13 197</p> <p>24: 6 347</p> <p>36: 9 80</p> <p>41: 9 179</p> <p>51: 17 314</p> <p>55: 12-14 179</p> <p>82: 6 84</p> <p>85: 10 23</p> <p>87: 7 80</p> <p>89: 18, 27, 28, 33 147</p> <p>89: 30, 31 148</p> <p>89: 31-34 146</p> <p>89: 33-36 147</p> <p>103: 13 84</p> <p>110: 3 347</p> <p>115: 3 341</p> <p>119: 11 99</p> <p>PROVERBIOS</p> <p>28: 13 149</p> <p>29: 1 149</p> <p>CANTARES</p> <p>5: 9—6: 1 26</p> <p>ISAIAS</p> <p>1: 2 84</p> <p>1: 4 312</p> <p>1: 27, 28 149</p> <p>12: 3 79</p> <p>30: 1, 9 84</p> <p>42: 1-7 354</p> <p>43: 6 84</p> <p>45: 11 84</p> <p>49: 1-12 354</p> <p>53: 10, 12 23</p> <p>53: 11 328</p>	<p>55: 1 80</p> <p>55: 6, 7 312</p> <p>58: 11 78</p> <p>61: 1, 2 354</p> <p>63: 8, 16 84</p> <p>64: 8 84</p> <p>JEREMIAS</p> <p>2: 13 80</p> <p>2: 24, 13 174</p> <p>3: 4, 19 84</p> <p>5: 3, 29 148</p> <p>17: 13 80, 149</p> <p>22 147</p> <p>31: 9 84</p> <p>31: 35-37 148</p> <p>33: 25, 26 148</p> <p>EZEQUIEL</p> <p>20: 38 149</p> <p>18: 20-32 333</p> <p>33: 11 333</p> <p>36: 25-27 84</p> <p>OSEAS</p> <p>1: 10 84</p> <p>3: 4, 5 347</p> <p>5: 15—6: 3 347</p> <p>6: 1 317</p> <p>AMOS</p> <p>3: 3 137</p> <p>ZACARIAS</p> <p>12: 10 347</p> <p>13: 6 347</p> <p>MATEO</p> <p>1: 21 135</p> <p>3: 14 41</p>
---	--	---

5: 13	324
5: 31	155
5: 43-48	344
6: 23	324
6: 24	186
7: 16-19	324
7: 21	338
7: 23	96
10: 6	56
10: 22	61
10: 24-26, 28, 31, 32	152
10: 27-29	204
10: 32	214
11: 28	324
11: 28, 29	186
12: 27	179
12: 30	184
12: 31, 32	300
12: 32	310
13: 1-8	324
13: 12-15	155
13: 34-35	294
13: 24	98
16: 16	318
16: 23	240
16: 24-26	16
16: 24-27	242
17: 5	318
18: 21-35	36
19: 7	155
19: 26	317
21: 44	14
23: 1-3	3
24: 4, 5, 11-13...156, 324	
24: 13	236
25: 1-13	324
26: 52-54	240
26: 53	241
27: 3	313
28: 20	116

MARCOS

3: 14	41
3: 29	310

4: 24, 25	226
4: 31	98
10: 4	155

LUCAS

1: 6	86, 302
2: 34	87, 303
6: 13	41
6: 46	185, 214
6: 46-49	215
7: 30, 109, 242, 338	
8: 4-15	235
8: 11	98
8: 11-15	323
8: 12, 13	156
11: 24-28	323
11: 28	31
12: 10	311
12: 35-40	235
12: 35-46	235
12: 42-46	32, 324
12: 39	34
12: 42-46	324
12: 42-48	235
13: 25, 27	97
14: 16-24	25
14: 25-35	14
14: 28-30	235
14: 34, 35	235
15: 4	56
15: 21-24	319
12: 19..161, 205, 236	
22: 23	179
22: 31	41
22: 31, 32	349
24: 47	15, 185

JUAN

1: 11	87
1: 12..60, 61, 91, 253	
1: 13 ... 88, 89, 92	
1: 14	76
1: 18	76
2: 20	76
2: 23	175

2: 23-25	30
2: 24, 25	177
2: 29—3: 10 ...	98
3: 1	86
3: 3, 5, 6	82
3: 5	87
3: 3-8	84
3: 3-13	87
3: 11	86
3: 14	243
3: 14 y sig. ...	328
3: 17, 18	110
3: 18, 19	59
3: 36..195, 214, 215	
4: 10	12
4: 13, 14 ...	73, 74
4: 14 ...	72, 76, 78
5: 19	237
5: 24 ...	48, 57, 59
5: 39, 40	121
5: 40	25
5: 40-47	329
5: 46, 47	154
6: 15	179
6: 28, 29	5
6: 37 ...	327, 349
6: 39	349
6: 44	327
6: 45	327
6: 46	187
6: 56, 57 ...	39, 51
6: 63	28
6: 64	175
6: 65	328
6: 66-71 ..	180, 324
6: 70	41
6: 71	180
7: 16	328
7: 17 ...	154, 242, 328, 338
7: 37 ...	25, 77, 78
7: 37, 38 ...	72, 77, 78, 79
7: 50	86
8: 12	55, 293
8: 23, 44	96

8: 31, 32 56,
 235, 324
 8:31, 51 ... 267, 293
 8: 33-42 90
 8: 43-47154
 8: 44 336
 8: 47155
 8: 51 31, 55,
 63, 296, 325
 10: 10 26
 10: 17 ... 239, 243
 10: 17, 18 241
 10: 18 243
 10: 27 55
 10: 27-29 349
 10: 28, 29 48,
 54, 55
 11: 25, 26 51
 11: 41 237
 11: 42 267
 12: 4-6 180
 12: 25 213
 12: 49, 50 328
 12: 50 185
 12: 50 183
 13: 8 324
 13: 18 41, 179
 13: 34, 35 293
 14: 6 51, 131
 14: 12 7, 195,
 214, 293
 14: 16 ... 113, 115
 14: 18 115
 14: 21, 21-23 ... 215
 14: 21, 23 115
 14: 21-24 293
 14: 26 105
 15: 1-5 170
 15: 1-6 38, 40,
 41, 45, 157, 169,
 323, 349, 356
 15: 1-14 235
 15: 2, 4, 5 230
 15: 2, 6 ... 173, 324
 15: 4 .. 25, 40, 205
 15: 4-6 204

15: 4, 6 264
 15: 5 216
 15: 6 308, 357
 15: 8-10, 13, 14... 215
 15: 9, 10 114
 15: 9, 10 267
 15: 9-14 292
 15: 10-14 214
 15: 13, 14 ... 16, 195
 15: 16 308
 15: 26, 27 105
 16: 13 105
 17: 2 327
 17: 3 26
 17: 6 267
 17: 8 328
 17: 11, 15 266
 17: 12 349
 18: 37 154
 19: 39-42 86
 21: 15-17 127

LOS HECHOS

1: 2 41
 1: 6 114
 1: 6, 7 329
 1: 8 105
 1: 25 174
 2: 40 94
 3: 19-26 329
 5: 32 324
 5: 37 156
 6: 7 311
 8: 20 12
 10: 34 ... 272, 327
 11: 21-23...157, 325
 11: 23 ... 127, 272
 13: 2 105
 13: 38, 39 4
 13: 43 325
 13: 48 ... 351, 352,
 353
 14: 21, 22...70, 157,
 232, 325
 14: 22 ... 271, 290,
 325
 15: 1, 5 248

15: 2 4
 15: 4 41
 15: 5 3, 311
 15: 6-11 4
 15: 7-9 4
 15: 9, 11, 28 ... 249
 15: 11 2
 17: 28 20
 17: 30 ... 109, 142,
 185
 20: 21...49, 185, 314
 21: 18-26 248
 21: 21 155

ROMANOS

1: 11 232
 1: 13-15 329
 1: 16 339
 1: 24, 26, 28 ... 301
 2: 4 109
 2: 11 327
 2: 17 329
 3: 3-8 ... 110, 167
 3: 21 68
 3: 22 66, 270
 3: 26 23
 4: 21 110
 5: 1, 2 253
 5: 10 269
 5: 12-19 239
 5: 15-18 11
 5: 18 24
 6: 1 94
 6: 11-16, 23 ... 184
 6: 11-13, 16-23... 325
 6: 14 193, 196
 6: 15, 16, 12, 23... 134
 6: 23 ... 10, 51, 194
 7: 7-25 210
 8: 1-13 105
 8: 1, 4, 9, 6,
 12-14, 17 ... 211
 8: 4 105
 8: 6 325
 8: 6, 12-14 ... 134,
 325
 8: 9 116

8: 10116
 8: 11105
 8: 12-14 .. 95, 112,
 117, 144, 196,
 232, 355
 8: 14...95, 105, 143,
 207
 8: 16...105, 271, 294
 8: 16-23207
 8: 17205, 325
 8: 17, 18272
 8: 24-27207
 8: 26105
 8: 28-39207
 8: 29, 30 . 354, 355
 8: 31-39 .. 203, 204
 8: 35, 37-39 .. 202
 8: 37, 39 55
 8: 37207, 215
 9: 6-13330
 9: 6-29 ...327, 329
 9: 14-31330
 9: 25, 26331
 9: 30—10: 21 ...330
 9: 32 87
 10: 8-17 89
 10:12, 13...330, 332
 11: 1-6331
 11: 7-10331
 11: 11, 12, 15...331
 11: 13-24332
 11: 20...87, 110, 193
 11: 20-22 ... 167,
 302, 325
 11: 20-23...309, 332
 11: 21325
 11: 25-27331
 11: 28, 29331
 11: 29347
 11: 30-32332
 11: 32303, 341
 12: 2 91
 13: 1352
 14: 4349
 14: 10-12 68
 14: 15-23...325, 356

15: 4172

I CORINTIOS

1: 6103
 1: 8104, 110
 1: 9103
 1: 21186, 333
 1: 22104
 1: 24232
 1: 30269
 2: 9105
 2: 14280
 3: 3188
 4: 5 68, 303
 5: 1190
 5: 1-5304
 5: 4, 5104
 5: 7, 8188
 5: 19 24
 6: 13-20188
 8: 7-13356
 8: 17326
 9: 10 97
 9: 19-22248
 9: 23-27325
 9: 24234
 9: 27 .. 34, 35, 234,
 278, 305, 325
 10: 1189, 232
 10: 1-21325
 10: 4 76, 77
 10: 6-21189
 10: 12181
 10: 13 ...108, 146
 10: 21189
 11: 21325
 11: 29-32325
 11: 31, 32188
 11: 32145
 12: 1105
 12: 27350
 15: 1, 2, ... 31, 65,
 158, 233, 325
 15: 21, 22, 45...239
 15: 3898, 238
 16: 15352

II CORINTIOS

1: 21, 22102
 1: 22104
 1: 24325
 2: 5-11304
 4: 1469
 4: 16 92
 5: 4, 5104
 5: 10 68
 5: 17 87, 356
 5: 19 24
 5: 19, 20...133, 345
 5: 21 23
 6: 14—7: 1 ...188
 6: 17 84
 7: 8-11191
 7: 9314
 7: 12192
 9: 10 98
 9: 15 10
 11: 2, 3247
 11: 2-4325
 11: 3303
 11: 13249
 11: 31, 32 ... 140,
 141, 146, 188
 12:21 ... 190, 191,
 304
 12: 21—13: 5 ...325
 13: 2190
 13: 5...35, 149, 192,
 199, 234, 278

GALATAS

1: 7251
 2: 4 5
 2: 20116, 216
 3: 3106, 107
 3: 23—4: 7 ... 84
 4: 6115
 4: 19303
 5: 1 5
 5: 1-4325
 5: 2-4303

5: 2, 4-6, 10, 7...	250
5: 4	175, 325
5: 4, 2	303
5: 6	7
5: 10	349
5: 16	105
5: 16, 17, 19-21...	116
5: 16, 17, 21, 24	134
5: 17	211
5: 19-21	145
5: 21	127
5: 22	105
5: 25	117
6: 1	308
6: 7-9 ... 105, 117, 133, 144, 194, 197, 232, 325	
6: 8	135

EFESIOS

1: 4	327, 354
1: 13, 14	102, 104
2: 1	24
2: 7	103
2: 8	5, 10
2: 8, 9	2
2: 10	356
2: 22	350
3: 3	172
3: 14, 15	263
3: 17	25, 325
4: 16	350
4: 17	94
4: 18	24
4: 30...102, 104, 112	
5: 1-7	144
5: 11	145
5: 18	105
5: 27	66, 355
6: 9	328
6: 12	212

FILIPENSES

1: 5-7	106
1: 6...103, 106, 110	

1: 27, 29, 30 ...	208
2: 5-8 ...	237, 239
2: 8-11	243
2: 12	325
2: 12, 13	108
2: 12-16	325
3: 3-17	108
3: 4, 7-9	256
3: 4—4: 1	325
3: 6	302
3: 7-14	233
3: 12	35
3: 13, 14	289
3: 16	107
3: 18—4: 1 ...	108
4: 13	216

COLOSENSES

1: 16, 17	50
1: 21, 22	66
1: 21-23 ... 32, 63, 65, 68, 157, 232, 261, 325	
1: 22, 23	290
1: 23 ... 263, 287, 355	
2: 4-8 ... 157, 325	
2: 4-19 ... 69, 157	
2: 4-10, 16-19 ... 250, 251	
2: 16	251
2: 18, 19 ... 157, 325	
2: 19 ... 254, 350	
3: 4...24, 40, 51, 269	
3: 7-14	233
3: 10	92
3: 25	327

I TESALONICENSES

3: 1-8	325
3: 5	325
3: 11-13, 1-10 ...	265
5: 19	105
5: 23, 24 ... 104, 265	
5: 24	110

II TESALONICENSES

1: 4, 5	95, 269
2: 3	155
2: 9-11	300
2: 10-12	310
2: 13	326
3: 3	104, 110

I TIMOTEO

1: 3-7, 18-20 ...	324
1: 18, 19	174
1: 19	325
2: 4...142, 242, 333 353	
2: 4-6 ... 339, 341	
2: 5	252
2: 6	24
2: 11-15	325
2: 14, 15	325
4: 1	266, 295
4: 1, 2	324
4: 1-6, 16	231
4: 1-16	325
4: 1, 16 ... 31, 65	
4: 16 ... 94, 290	
5: 6	190
5: 8	325
5: 11-15, 5, 6 ...	325
5: 9-15	175
5: 12	325
6: 9, 10	172
6: 9-12	325
6: 10	325
6: 10-12	158
6: 13	20
6: 17-19	325
6: 20, 21	325

II TIMOTEO

1: 12	153, 266
1: 12-14	266
2: 11-18	325

2: 12...95, 152, 207,
208, 212, 269,
271, 290
2: 12, 13167
2: 13109
2: 18325
2: 19 33
2: 22-26325
2: 25, 26...305, 308
3:13-15...32, 65, 153
158, 233, 266, 325
3: 14, 15263
3: 16249
4: 2-5158
4: 6-8153
4: 7 36, 263
4: 18104, 110,
261, 272

TITO

1: 16214
3: 5 91
3: 5-7 2

FILEMON

10 92

HEBREOS

1: 1-14220
2: 1-3 160, 325
2: 1, 3325
2: 1-4220, 223
2: 5—3: 6220
2: 9350
2: 9-18238
2: 10337, 354
3: 1...198, 223, 246
3: 1, 6-8, 12-14...160
3: 1, 13, 12200
3: 6...223, 226, 246
3: 6-14284
3: 6, 14 ...152, 325
3: 6-19 ...223, 325
3: 6—4: 16 ...220

3: 8, 15227
3: 12267
3: 12, 13198
3: 12-14246
3: 13196, 226
3: 14226, 258
3: 16—4: 13 ...223
4: 1234
4: 1-16325
4: 11227
4: 14226
4: 14-16...130, 223,
254, 349
4: 14, 16350
5: 1-10221
5: 7-9 ...214, 242
5: 8, 9 ...293, 326
5: 9128, 195
5: 11, 12226
5: 11-13, 14 ...225
5: 11—6: 20 ...221
6: 1225
6: 4-6 ... 162, 175,
307
6: 4-8222
6: 4-9326
6: 7, 8308
6: 9175
6: 9-12224
6: 10-20326
6: 11227
6: 11, 12228
6: 11, 12, 15 ...228
6: 11-15110
6: 11-15, 18 ...177
6: 12226, 283
6: 18-20224
7: 1—10: 18 ...221
7: 22112
7: 22-25120
7: 24, 25125
7: 25136, 193
7: 27122
9: 9124
9: 12122
9: 14243
9: 24133

9: 25-28123
9: 26 22
10: 1 22
10: 1, 2123
10: 1-4123
10: 4 22
10: 9-14120
10: 10-14 ...21, 124,
125
10: 10, 14122
10: 11, 12123
10: 14224
10: 19-23120
10: 19-25224
10: 19-31326
10: 19-26, 35-39
10: 19-39350
10: 19—12: 29 227
10: 22227
10: 23 ...110, 226
10: 26 ...198, 308
10: 26-29300
10: 26-29326
10: 26-29298
10: 26-29, 31 ...300
10: 27 ...313, 349
10: 29 ...105, 181,
198, 310, 349
10: 29, 32-39 ...161
10: 29; 12: 25...178
10: 32-39...224, 325
10: 35-37236
10: 35, 36, 38 .227
10: 35-38218
10: 38 20
11: 2, 13, 14,
39—12: 2 ...218
11: 6333
11: 9, 10, 13,
14-16228
11: 13229
11: 13-16326
11: 39, 2, 1 ...228
12: 1, 2227
12: 1-17326
12: 1-29224
12: 2242

12: 3, 4, 2	236
12: 3, 5, 9, 13, 15, 16, 25	227
12: 5-10	140
12: 5, 9	143
12: 6	149
12: 7	146
12: 9	227
12: 10	209
12: 10, 11, 14	142
12: 16, 17	315
12: 25	178, 227, 268
12: 25-29	326
13: 1-6	221, 224
13: 1-6, 7, 17, 24	224
13: 5	267
13: 7-17	221, 325
13: 8	109
13: 9-14	326
13: 9, 13	227
13: 10-14	225
13: 12-17	127
13: 13	227, 229
13: 13, 14	218
13: 17	193
13: 17, 7	326
13: 18, 22	225
13: 18-25	221
13: 19, 23	219
13: 20, 21, 24, 25	225
13: 22	220
13: 23	225

SANTIAGO

1: 12	135, 272
1: 12-16	194, 326
1: 13-16	230
1: 14-16	134
1: 15	144, 189
1: 16	189
1: 18	89
1: 18, 21	82
1: 18-22	98

1: 21	32, 127
1: 21, 22	326
1: 22	214, 215
1: 22, 26	195
1: 26	278
2: 14-26	7, 214 325
2: 17, 18, 24, 26	326
2: 19	30
2: 26	195
3: 2	141
4: 4	229
4: 4-10	326
4: 7	212
5: 7-11	236
5: 19, 20	158, 308, 325

I PEDRO

1: 3-9	260
1: 3, 23	92
1: 4, 5	262, 268
1: 5-9	269
1: 5-9, 13	326
1: 5, 8, 9	62
1: 7	208
1: 15	262
1: 17	181, 327
1: 19	22
1: 23	97
2: 4, 5	350
2: 11	132
4: 12, 13	272
4: 13	272
4: 19; 5: 8, 9	268

II PEDRO

1: 4	209
1: 5-11	230, 325
1: 8-11	158, 215
1: 8	173
1: 8-12	170
1: 10, 11	326
1: 11	270, 272

2: 1-22	326
2: 1, 15, 17	80
2: 20, 21	170, 226
2: 9, 17	311
2: 15, 17	174
2: 18	145
2: 20, 21	174
2: 22	174
3: 7, 9, 15	311
3: 9	142, 242, 333, 349, 353
3: 16, 17	326
3: 16-18	158, 278
3: 17, 16	231

I JUAN

1: 1, 2	18, 52, 130
1: 5-7	94, 137, 295
1: 5-2: 2	131
1: 5-2: 11	326
1: 8	208
1: 8, 10	131, 141
1: 8-2: 2	93
1: 9	137
2: 1	136
2: 1, 2	130
2: 2	132, 342
2: 3-5	292
2: 3-11	94
2: 3-5; 3: 24a	215
2: 4	16, 214
2: 4-6	196
2: 6	292
2: 9-11	196, 197, 293
2: 11	132, 278
2: 15-17	94, 187 229, 241, 293
2: 15-28	326
2: 18-26	231, 265
2: 18-27	231, 241
2: 18-28	307
2: 19	350
2: 23-25	278
2: 23-25	159, 278, 296

2: 23-28231
 2: 24, 25 .. 28, 32,
 52, 63, 357
 2: 24-29 94
 2: 29293
 2: 29—3: 10 ..326
 3: 6 95
 3: 6, 8136
 3: 6-9134
 3: 6, 9 95
 3: 6-24 94
 3: 8-10293
 3: 9 ... 93, 98, 206
 3: 10326
 3: 14, 15, 18,
 19294
 3: 23294
 3: 24292, 294
 4: 1295
 4: 1-3307
 4: 2, 3306
 4: 7 94
 4: 7, 8 94
 4: 8, 11, 12, 16...294
 4: 20—5: 1 94
 4: 9, 10 8
 4: 13294
 4: 15; 5: 1, 5 ... 211
 4: 15; 5: 1, 5, 9,
 10, 13, 20;
 1: 2306
 4: 20—5: 1294

5: 1, 4, 18 92
 5: 2292
 5: 5213
 5: 4, 5326
 5: 8 92
 5: 10293, 296
 5: 11, 12 .. 24, 28,
 49, 52, 357
 5: 11-13 ... 18, 276
 5: 13...291, 292, 293
 5: 16...301, 306, 326
 5: 18 92, 267
 5: 18, 21265

II JUAN

6-9326
 7-11307

JUDAS

1, 24, 25262
 3-19326
 4145
 4-6, 11, 20, 21...173
 4, 12, 14, 15 ...174
 5-12326
 11356
 12215, 356
 19-21159
 20, 21326

21268
 22, 23 ...305, 308

APOCALIPSIS

1: 9213
 1: 16, 20170
 2: 7273, 326
 2: 10...213, 230, 270
 2: 10, 11...271, 326
 2: 17327
 2: 18-26327
 3: 4, 5 94, 269
 3: 4, 5, 12, 21...327
 3: 5271
 3: 5, 8-12327
 3: 8, 10265
 3: 8-12327
 3: 14-22...305, 327
 3: 21271
 7: 14313
 9: 20, 21313
 12: 11 ...212, 272,
 327
 16: 9, 11, 21 ...313
 17: 14327
 21: 3103
 21: 7 95
 21: 7, 8 ...271, 327
 22: 11123
 22: 17 .. 12, 25, 80
 22: 18, 19327

